



perry

EL CASO DE

LA CLEPTÓMANA

ERLE STANLEY GARDNER

mason

de

Después de que su acomodada tía Sarah sea sorprendida robando en unos almacenes, Virginia Trent está convencida de que tiene que buscar ayuda psiquiátrica para la cleptomanía. ¿Por qué recurre entonces Virginia al abogado Perry Mason? A causa de la desaparición de unos diamantes que su tía Sarah tenía en custodia.

Virginia piensa que tía Sarah puede acabar en prisión por el robo de las piedras, pero el traficante en joyas Austin Cullens piensa de manera diferente. De hecho, él está dispuesto a perdonar y olvidar, hasta que aparece misteriosamente asesinado y tía Sarah es atropellada cerca de la escena del crimen. Ahora parece que la señora de dedos ligeros puede tener sangre en las manos.



Erle Stanley Gardner

# **El caso de la cleptómana**

**Perry Mason - 13**

**ePub r1.1**

**Titivillus 04.03.15**

Titulo original: *The Case of the Shoe Shoplifter's*  
Erle Stanley Gardner, 1938  
Traducción: Eduardo Macho-Quevedo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



## Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

BARNES: Juez mesurado e imparcial.

BEDFORD (Ione): Empleada por este para dicho tráfico.

BREEL (Sarah): Simpática anciana; la supuesta cleptómana.

CULLENS (Austin): Traficante en joyas.

CHENNEY (Pete): Esposo de Ione Bedford.

DIGGERS (Harry): Motorista, causante del atropello de Sarah Breel.

DRAKE (Paul): Detective y jefe de la agencia de detectives «Drake».

FRANKEL (Dr. Carl): Médico forense.

GIFFORD: Doctor y amigo de Mason.

GOLDING (Bill): Propietario de «The Golden Platter», lujoso garito.

HANKINS: Detective particular de unos grandes almacenes.

HOGAN (Carl): Perito en balística.

HOLCOMB: Sargento de la Brigada de Homicidios.

JACKSON: Pasante de Perry Mason.

MARQUAD: Banquero y cliente del «The Golden Platter».

MASON (Perry): Abogado y protagonista de esta novela.

Ogilby: Simpático teniente, novio de Virginia.

SAMPSON (Larry): Fiscal.

SHINAHARA (Itsumo): Cocinero japonés, al servicio de los Trent.

STREET (Della): Linda muchacha, secretaria de Mason.

TANNIS (Eva): Amante de Bill.

TRENT (George): Tío de Virginia, hermano de Sarah y negociante en joyas.

TRENT (Virginia): Joven y hermosa sobrina de Sarah Breel.

## Capítulo 1

Cuando las primeras gotazas de lluvia estallaron en la acera, Perry Mason rodeó con su mano el codo de Della Street, y dijo:

—Podemos refugiarnos en aquellos almacenes... si echamos a correr.

La joven asintió, se recogió la falda con la mano izquierda y echó a correr a largos pasos y con gran movimiento de rodillas. Perry Mason, zanquilargo como era, no tuvo que refrenarse para mantenerse a su nivel.

Los primeros transeúntes que huían de la lluvia los alcanzaron en una bocacalle donde no había marquesinas protectoras. Cuando llegaron a la esquina, los aleros vomitaban agua. Y el pórtico de los almacenes estaba a unos veinte metros de la esquina. Procuraron ganarlo al sprint, mientras las gotazas de lluvia, cual balas líquidas, chocaban contra la acera con tal fuerza que parecían rebotar antes de estallar la metralla de agua.

Mason guió a Della Street a través de la puerta giratoria.

—Vamos —dijo—, esta lluvia va a durar media hora, y hay en el último piso un restaurante donde podemos tomar el té y charlar.

Los risueños ojos de la secretaria le miraron a través de las largas pestañas que tanto realce daban a sus ojos.

—Nunca creí que le haría entrar a usted en el salón de té de unos almacenes, jefe.

Mason contempló las gotas de agua en el ala de su sombrero de paja.

—Es el Destino, Della —rió—. Y recuerde que no voy a escoltarla a usted de un lado a otro mientras compra. Nos meteremos en el ascensor y subiremos al último piso. No dedicaré la menor atención cuando la dependienta diga: «Segundo piso... Abrigos de pieles y ropa blanca: tercer piso, diamantes, collares de perlas y pendientes de oro: cuarto piso, relojes de pulsera, dijes

y...».

—¿Qué me dice del quinto piso? —interrumpió la secretaria—. Flores, bombones y libros. Podría usted detenerse allí. ¿No quiere obsequiar a una muchacha trabajadora?

—Nada de obsequios —refunfuñó el abogado—. Derechitos al sexto piso... té, pastas, jamón y tarta.

Entraron en el ascensor. La jaula ascendió lentamente deteniéndose en cada piso, mientras la empleada nombraba los diversos departamentos con voz monótona y cansada.

—Hemos olvidado los juguetes de los niños en el quinto —comentó Della Street.

Mason la miró con ojos de ensueño.

—Algún día —dijo—, cuando haya ganado un buen caso, voy a comprarme un tren eléctrico con estaciones, túneles, señales y apartaderos. Lo tenderé desde mi despacho particular hasta la biblioteca y...

Se interrumpió al ver que ella reía entre dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me estaba acordando de Jackson, consultando en la biblioteca algún punto legal, en silenciosa concentración, y apareciendo de pronto su ferrocarril eléctrico en la puerta para dirigirse rechinando y balanceándose hacia la mesa.

Mason contuvo la risa y guió a Della a través de las mesitas del salón de té. La lluvia caía como una cortina por los cristales de las ventanas.

—Jackson —dijo— no sabría apreciar el humor de la situación. Dudo que haya tenido nunca infancia.

—Quizá —aventuró la secretaria— fuese chiquillo en otra encarnación. Bien, *mister* Mason —añadió cogiendo el menú—, puesto que usted convida a almorzar, voy a despacharme a mi gusto.

—Yo creí que estaba usted a régimen —repuso el abogado con burlón interés.

—Lo estoy —confesó ella—. Peso ciento doce libras y quiero volver a las ciento nueve. Me conviene perder peso.

—Tostadas de pan, té sin azúcar —suspiró él.

—Eso estará bien para otra noche —replicó ella—. Pero como muchacha trabajadora, sé cuándo debo aprovecharme. Tomaré sopa

de crema de tomate, ensalada de aguacates y toronjas, un *filet mignon*, alcachofas, patatas ensartadas y pastel de ciruelas con salsa de *brandy*.

Mason levantó las manos.

—Se me van ir las ganancias de mi último caso de asesinato. Yo tomaré una tostada muy delgada y un vasito de agua. —Pero cuando levantó la mirada y vio a la camarera a su lado, añadió con firmeza—; Dos sopas de crema de tomate, dos ensaladas de aguacates y toronjas, dos *filets mignon*, dos raciones de patatas ensartadas y dos pasteles de ciruelas con salsa de *brandy*.

—¡Jefe! —exclamó Della—. ¡Que solo fue una broma!

—No se debe bromear a la hora de la comida —dijo él severamente.

—Pero yo no puedo comer todo eso.

—Pues será una poética justicia por mentir a su patrón —dijo Mason, y añadió dirigiéndose a la camarera—: Empiece a servirnos y no escuche protestas.

La camarera sonrió y se retiró.

—Tendré que vivir una semana a pan y agua para no aumentar de peso —se lamentó la secretaria—. ¿No le gusta observar a la gente en un local como este? —preguntó cambiando de conversación.

Mason asintió, paseando su tolerante mirada de mesa en mesa, apreciando a los ocupantes en rápido examen.

—Dígame, jefe —prosiguió la secretaria—. Usted que ha visto la naturaleza humana a lo vivo, usted que trata a tantos seres atormentados por emociones que borran la hipocresía y las apariencias de la vida diaria... ¿no se siente espantosamente cínico?

—Muy al contrario —contestó Mason—. Las gentes tienen sus puntos fuertes y sus puntos débiles. El verdadero filósofo las ve como son y nunca se siente decepcionado, porque no espera demasiado. El cínico es el que se ha imaginado un falso patrón y se siente decepcionado porque la gente no se conforma a él. La mayoría de nuestros pequeños desengaños provienen de tratar de olvidar nuestras convenciones económicas. Cuando se profundiza lo suficiente, se ve que las gentes son bastantes buenas. El vecino que os engañaría en una libra de azúcar, arriesgaría su vida por salvar la vuestra cuando os estáis ahogando.

—Hay mucha diferencia de unas personas a otras —dijo Della, tras reflexionar un momento—. Mire aquella agresiva mujer de la izquierda, la que está riñendo a la pobre camarera... y compárela con aquella del pelo blanco, de pie junto a la ventana... la que tiene un aire tan maternal y bondadoso. ¡Qué buena parece, qué hogareña...!

—Pues da la casualidad de que es una «mechera» —declaró Mason.

—¡Cómo! —exclamó Della.

—Y el hombre que está junto a la mesa de la cajera —prosiguió Mason—, ocupado al parecer en cobrar un cheque, es un detective de la casa que ha seguido a la mujer hasta aquí.

—¿Cómo sabe usted que es una «mechera», jefe?

—Fíjese en la manera de mantener su brazo izquierdo, rígidamente apoyado contra el costado. Retiene algo bajo ese largo abrigo a cuadros. Conozco al detective. Estuve en la audiencia una vez cuando él declaraba en un caso... Fíjese como vuelve la cabeza la mujer. Creo que sabe que la siguen.

—¿Se sentará y se pondrá a comer? —preguntó Della, brillante la mirada por el interés.

—Probablemente no. Debe de tener muchos géneros ocultos debajo del abrigo. Sería difícil comer sin... Ahora se mete en el cuarto tocador.

—¿Para qué? —preguntó Della.

—Si se ha enterado de que la siguen —dijo Mason—, esconderá probablemente allí lo robado... El detective va a hablar con la negra encarnada del servicio. Tratarán de arreglar el asunto muy tranquilamente.

—No puedo imaginarme que esa mujer sea una «mechera» —protesto Della—. El pelo blanco, la frente despejada, la mirada serena, la boca delicada... ¡No es posible!

—La experiencia me ha enseñado —dijo Mason— que Cuando una persona de noble rostro ha robado algo que conserva en su poder, su cara es generalmente una careta cuidadosamente estudiada.

La camarera les trajo la sopa, humeante y olorosa. La doncella apareció en la puerta del tocador e hizo una seña al detective. Un momento después salía la mujer del pelo blanco y se dirigió a una

mesa próxima, puesta para dos cubiertos, con el pan, la manteca, los vasos de agua y los cuchillos y tenedores en su sitio. Y se sentó tranquilamente.

Mason oyó una exclamación a su lado:

—¡Oh, estás ahí, tía Sarah! Te he estado buscando.

El abogado levantó la mirada y vio a una esbelta joven que, avanzaba con decisión. La experiencia judicial reveló a Mason que había temor en su voz. En cambio, la de la mujer de pelo blanco era firme y reposada.

—Te perdí de vista entre la gente, Ginny —explicó la anciana—, y decidí subir a tomar una taza de té. A mi edad, he descubierto que no vale la pena preocuparse por nada. Sabía que eras perfectamente capaz de arreglártelas sola, llamando un coche para que te trasladase a casa...

—Pero yo no sabía qué había sido de ti —repuso la joven, sentándose con una risa nerviosa, que hacia chillona la intranquilidad—. Yo no estaba segura de que no le hubiese sucedido algo, tía Sarah.

—A mí nunca me pasa nada, Ginny. Nunca te preocupes por mí. Recuerda siempre que suceda lo que quiera, sé cuidarme de mí misma y...

El detective de la casa interpuso su corpulencia entre los ojos de Mason y el rostro de la mujer de pelo blanco.

—Lo siento, *madame* —dijo—, pero tengo que pedirle que venga conmigo al despacho.

Mason oyó un ligero grito de consternación de la muchacha, pero la voz de la mujer continuó tranquilamente plácida.

—No tengo la menor intención de ir a ese despacho, joven. Ahora voy a almorzar. Si alguien de la casa desea verme, que venga aquí.

—Estoy tratando de evitar una escena —dijo con dignidad el detective.

Mason apartó su sopa para observar con franco interés, mientras el detective se colocaba detrás de la silla de la mujer.

La mujer partió tranquilamente un pedazo de pan, lo untó con manteca, miró calmamente por encima de su hombro y dijo:

—No trate por mi causa de evitar esa escena, joven. Siga adelante.

—Me está usted poniendo en una situación difícilísima.

—¿De veras?

—Por Dios, tía Sarah —suplicó la joven—, piensa que...

—Lo que pienso es no moverme hasta que termine de comer —interrumpió tía Sarah—. Dicen que la sopa a la crema de tomate que dan aquí es excelente. Voy a pedir un plato y...

—Lo siento —se interpuso el detective—, pero a menos que me acompañe usted, me verá obligado a efectuar una detención pública.

—¿Detención? —inquirió la mujer haciendo una pausa con el trozo de pan con manteca a mitad del camino de sus labios—. ¿De qué está usted hablando?

—Voy a detenerla por hurto —dijo el detective.

La mujer se llevó el pan a la boca, asinténdose a sí misma, como dirigiendo mentalmente las posibilidades de la situación.

—¡Qué divertido! —murmuró.

La irritación en la voz del detective la hizo distintamente audible para las personas sentadas en un radio de tres mesas.

—La he estado siguiendo a usted —acusó—, y observando cómo se metía los géneros debajo del abrigo. —Y como la mujer hiciese ademán de ir a abrirse el abrigo, añadió rápidamente—: Ya sé que no los tiene usted ahora. Los dejó en el cuarto tocador.

Se volvió e hizo una seña a la doncella, que se desvaneció tras la cortina de la puerta.

—No creo —dijo reminiscentemente la mujer, como tratando de recordar un acontecimiento pasado—, no creo que yo haya sido detenida nunca por hurto... No, estoy completamente segura de que no.

—¡Tía! —exclamó la joven—. Este señor no bromea, habla en serio. No...

Surgió la doncella del cuarto tocador, llevando una brazada de ropa. Había medias de seda colgando de su brazo, cortes de seda blanca, una blusa de seda, un chal y un par de pijamas.

La joven abrió su bolso y sacó un cuaderno de cheques.

—Mí tía —explicó rápidamente— es un poco excéntrica. A veces hace sus compras de una manera desacostumbrada. Me temo que quizá tenga distracciones graves. Si tiene usted la bondad de decirme el importe exacto y hacer que me envuelvan las compras,

yo...

—No haré nada de eso —interrumpió el detective—. Esas martingalas no dan resultado conmigo. Es un viejo truco puesto en práctica por todas las «mecheras» del país. Cuando se les coge con las manos en la masa, están ustedes «comprando». Nosotros lo llamamos de otro modo. ¡Lo llamamos «robando»!

Otros comensales, atraídos por la escena, empezaron a mirar. El rostro de la joven enrojeció de vergüenza. Pero la mujer del pelo blanco parecía solamente interesada en el menú.

—Creo —dijo— que tomaré unas cuantas croquetas de pollo.

—*Madame* —exclamó el detective colocando una mano sobre su hombro—, ¡queda usted detenida!

—¿De veras? —exclamó la mujer mirándole por encima de sus gafas—. ¿Es usted empleado de este almacén, joven?

—Sí. Soy un detective. Estoy debidamente autorizado para...

—Entonces si es usted empleado —dijo ella— voy a pedirle que tenga, la bondad de hacer venir a una camarera. Después de todo, lo que quiero es almorzar y no cenar.

La mano del detective se engarfió más en su hombro.

—¡Queda usted detenida! —repitió—. ¿Va usted a bajar al despacho tranquilamente o la llevo a la fuerza?

—¡Tía, por favor! —suplicó la joven—. Podemos arreglar esto de algún modo, Podemos...

—No tengo la menor intención de hacerlo —declaró tía Sarah.

El detective se dispuso a entrar en acción.

Mason empujó su silla hacia atrás y se puso en pie, descollando sobre el rechoncho detective. Su mano se posó sobre las espaldas del individuo con fuerza explosiva.

—Espere... un momento —dijo.

El detective giró sobre sí mismo, rojo el rostro de rabia.

—Quizá sea usted un detective —le dijo Mason—; pero conoce muy poco la ley. En primer lugar, esta no es manera de efectuar una detención. En segundo, usted no tiene evidentemente un mandamiento, ni se ha cometido ningún delito en su presencia. En tercero, si usted conociese la ley, sabría que no puede hacer una acusación de hurto hasta que la persona intente sacar los géneros de estos locales Cualquiera puede elegir géneros en un departamento y llevarlos por todo el establecimiento, y usted no puede hacer nada

en el asunto hasta que esa persona salga a la acera.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó el detective—. ¿Un cómplice?

—Soy un abogado. Me llamo Perry Mason, en caso de que eso signifique algo para usted.

Se hizo instantáneamente aparente por la expresión del rostro del individuo que aquello significaba mucho para él.

—Y lo que es más —prosiguió Mason—, está usted exponiendo su establecimiento a una demanda por daños y perjuicios. Trate de utilizar la fuerza contra esta señora y se transformará usted en un hombre mucho más triste y quizá más prudente.

La joven volvió a indicar su cuaderno de cheques.

—Yo estoy dispuesta a pagar todo lo que tía Sarah ha elegido —declaró.

El detective se mostraba indeciso. Sus ojos revelaban sorda rabia.

—Y yo estoy dispuesto a arrastrarlos a los dos al despacho —dijo.

—Ponga la mano sobre esta señora —declaró tranquilamente Mason— y la aconsejaré que demande a estos almacenes por veinte mil dólares de indemnización. Ponga una mano sobre mí, mi corpulento amigo, y le romperé las narices.

Un alto empleado, evidentemente llamado por teléfono, penetró apresuradamente en el salón.

—¿Qué pasa aquí, Hawkins? —preguntó.

El detective indicó a la mujer.

—La cogí con las manos en la masa —dijo—. Mire la pila de géneros que se llevaba debajo del abrigo. Debió de sospechar que yo la estaba vigilando porque se desprendió de todo lo robado en el cuarto tocador.

—Evidentemente —intervino Mason— su detective está un poco verde en el oficio.

—¿Y quién diablos es usted? —preguntó el empleado.

Mason presentó su tarjeta.

El empleado le echó un vistazo, luego movió la cabeza de arriba abajo, como si tirasen con un cordel.

—Baje al despacho, Hawkins —dijo—. Me temo que haya usted cometido una equivocación.

—Le digo a usted que no hay equivocación alguna —insistió Hawkins—. La he estado siguiendo y...

—He dicho que baje al despacho.

Una vez más, la joven indicó su cuaderno de cheques abierto.

—He tratado repetidamente de decir a este hombre —explicó— que mi tía no ha hecho otra cosa que comprar. Si tiene usted la bondad de decirme el importe total de su compra, le extenderé un cheque.

El empleado paseó la mirada desde el plácido rostro de la imperturbable señora al de la joven, y después al del abogado. Luego suspiró profundamente, aceptó la derrota, se inclinó y dijo:

—Haré que envuelvan las compras. ¿Se las enviamos a casa, *madame*, o prefiere llevarlas usted misma?

—Envuélvalas y tráigalas aquí —dijo la señora del pelo blanco —, y si es usted el director, ¿tendrá la bondad de decir a una camarera que dedique alguna atención a esta mesa?... Ah, ¿está usted ahí, querida? Creo que tomaremos dos platos de sopa de crema de tomate y unas croquetas de pollo. ¿Tú qué quieres, Ginny?

La joven, con las mejillas como la grana, hizo un gesto negativo.

—No puedo comer nada, tía Sarah —declaró.

—¡Tonterías, Ginny! No debes dejarte trastornar por tan poca cosa. El hombre estaba evidentemente en un error. Ha confesado su falta. —Levantó la mirada hasta Perry Mason y añadió—: Y creo, joven, que le debo a usted algún agradecimiento. Aceptaré una de sus tarjetas, si no tiene inconveniente.

Mason sonrió y miró a Della mientras entregaba una de sus tarjetas a la señora.

—¿Querrían acompañarnos a la mesa? —preguntó—. Formaríamos un cuarteto. Y además —añadió bajando la voz y mirando a la joven—, se sentirían ustedes menos conspicuas.

—Por mí, encantada —dijo la señora empujando su silla hacia atrás—. Permítame que me presente. Soy *mistress* Sarah Breel. Aquí, *miss* Virginia Trent, mi sobrina. Usted es Perry Mason, el abogado. He leído mucho de usted, *mister* Mason. Celebro conocerle.

—*Miss* Della Street, mi secretaria —presentó Mason.

Della extendió su mano.

—Encantada de conocerles —dijo.

Mason acomodó a las mujeres, completamente olvidado al

parecer de las miradas curiosas de los ocupantes de las mesas cercanas.

—Siga con su sopa —dijo *mistress Breel*—. No deje que se enfríe. Le alcanzaremos en el resto de la comida.

—Yo no puedo comer nada —volvió a declarar Virginia Trent.

—No seas tonta, Ginny. Come y tranquilízate.

—Realmente —animó Mason— encontrará usted deliciosa esta sopa a la crema de tomate. Le hará a usted olvidar... la lluvia.

La joven miró el humeante tazón de sopa de Mason, encontró la afectuosa mirada de Della Street, y dijo dudando:

—No se debe comer cuando está uno disgustado.

—No te disgustes entonces —aconsejó la tía.

—Dos raciones más de sopa a la crema de tomate —dijo Mason a la camarera—. Dese prisa, por favor. Creo que también hay una orden de croquetas de pollo y...

—Que traiga dos raciones —intervino *mistress Breel*—. A Ginny le gustan las croquetas de pollo. Y dos tazas de té, con limón, querida. Que sea más bien fuerte.

La mujer se recostó en su asiento con un suspiro de completa satisfacción.

—Siempre me gusta comer aquí —explicó—, guisan maravillosamente y, hasta ahora, el servicio ha sido excelente. Esta es la única vez que tuve motivos de queja.

Mason guiñó imperceptiblemente a Della, y su mirada volvió a *mistress Breel*.

—Ha sido una vergüenza que la molestasen a usted.

—Oh, no me molestaron en lo más mínimo —repuso con indiferencia *mistress Breel*—. A mi sobrina, desgraciadamente, le preocupa mucho lo que piense la gente. Quizá demasiado. Personalmente, a mí me importa un comino. Yo vivo mi vida de la manera que quiero y... Ahí viene ese individuo con las cosas. Ponga el paquete en la silla, joven.

—¿Cuánto importa? —preguntó Virginia.

—Treinta y siete dólares y ochenta y tres céntimos con el impuesto —contestó con dignidad el empleado.

Virginia extendió un cheque. Mientras escribía las cifras en la matriz y efectuaba la sustracción, la mirada de Mason, impulsada por la curiosidad, más fuerte que los convencionalismos, lanzó un

rápido vistazo a los números. Vio así que, después de pagar el cheque, quedaba un remanente de veintidós dólares con quince céntimos en la cuenta.

Virginia Trent entregó el cheque al empleado.

—Tenga usted la bondad de bajar al despacho para llenar una carta de crédito —dijo el individuo.

—No será necesario —intervino *mistress* Breel—. Todavía estaremos aquí una media hora. El Banco está en la manzana siguiente. Puede usted enviar a cobrar el cheque... Espero que habrá usted envuelto bien el paquete, joven. Está lloviendo allá fuera.

—Creo que lo encontrará a su completa satisfacción —dijo untuosamente el dependiente. Y añadió mirando a Mason—: Veo, *mister* Mason, que ha consolidado usted su amistad. ¿Puedo preguntarle si tiene intención por su parte de presentar alguna demanda contra los almacenes?

Mistress Breel contestó por el abogado.

—No —dijo magnánimamente—. Lo pasado, pasado. Estuvo usted un poco grosero... Aquí viene la camarera con mi sopa. ¿Tiene usted la bondad de hacerse a un lado para que me sirva...? Gracias.

El empleado se inclinó afablemente. Había una expresión burlona en sus ojos.

—Si encuentra usted que alguna de estas cosas no son de su completó agrado —dijo—, recuerde que tendremos mucho gusto en cambiársela. Quizá su elección fue un poco apresurada, y no haya cogido usted los tamaños requeridos...

—Oh, nada de eso —intervino *mistress* Breel—. Yo tengo mucho cuidado en elegir los tamaños que necesito. No soy una joven, pero tampoco tengo la cabeza a pájaros. Estoy completamente segura de que los géneros estarán bien. Elegí lo mejor que había en los mostradores.

El empleado se inclinó y se retiró. La gente estiró el cuello para verlo avanzar por el salón y luego las cabezas se juntaron mientras el local se llenaba de cuchicheos.

Mistress Breel, al parecer completamente ajena al interés que había despertado, chasqueó los labios sobre la sopa y dijo a su sobrina:

—Pruébala, querida, y verás qué rica está. Ya te he dicho que guisan muy bien aquí.

Virginia Trent no mostró el menor entusiasmo por su comida, pero *mistress* Breel devoró el menú con verdadero placer. Nadie volvió a mencionar el episodio del hurto. Por otra parte, nadie ofreció explicación alguna ni Mason la pidió. Se limitó a desempeñar su papel de perfecto anfitrión, y Della Street, adiestrada por años de experiencia a leer sus intenciones, le siguió la corriente.

Gradualmente fue desapareciendo el ambiente de tensión que rodeaba la mesa. La calma perfecta de *mistress* Breel, la cortés hospitalidad de Mason y la simpática comprensión de Della Street, contribuyeron a que Virginia Trent perdiese la conciencia del vivo interés desplegado por los curiosos comensales de las mesas próximas.

Mason saboreó con calma su media taza de café, con evidente desgana de dar por terminada la reunión. Finalmente, no obstante, llamó a la camarera y anunció que se veía obligado a retirarse para acudir a una cita a la una y media.

Al despedirse, Virginia Trent evidenció una vez más su recuerdo de las peculiares circunstancias que los habían reunido, pero tales sentimientos no se hicieron aparentes en la conducta de la tía.

De vuelta en la calle, donde el cielo mostraba su azul entre nubes errabundas, Mason se volvió a Della Street.

—¡Bonita aventura! —exclamó—. No sabe usted lo que me ha divertido.

—¿Cree usted que la mujer es una «mechera» profesional? —preguntó la secretaria.

—Lo dudo. El azoramiento de la muchacha era demasiado natural.

—Entonces ¿por qué lo hizo, jefe?... Me refiero a la tía.

—Ahora me ha cogido usted, Della —contestó Mason—. La mujer no tiene tipo de delincuente. Detrás de ella hay cierto fondo interesante de filosofía... Lo anotaremos como una de las aventuras de la vida, un capítulo aislado que no podemos comprender sin saber lo que ha pasado antes, pero interesante, sin embargo. Es como cuando se coge una revista y se interesa uno por un artículo de una serie en el que se traba conocimiento con personajes que hacen cosas que no tienen sentido, porque ignoramos lo que ha

pasado antes, pero que, sin embargo, acaban por interesarnos. Así sucede en este caso: no sabemos lo que ha pasado antes y no sabemos lo que pasará después.

»Hace un rato me preguntó usted si el conocer a la gente no me hacía cínico, y le contesté que no. El verdadero inconveniente de conocer a la gente demasiado bien es que quita toda emoción a la vida. La gente se hace desesperadamente grisácea y monótona a medida que se la conoce mejor. Nada hay nuevo. Las personas que uno va conociendo son como una procesión de mediocridades que se apretujan en el sendero de la vida para ir a cumplir misiones insignificantes.

»Pero de vez en cuando, la vida se complace en presentarnos una experiencia que no puede ser clasificada. Así, pues, marquemos esta como uno de los intermedios interesantes de la vida y dejémoslo así.

## Capítulo 2

Pero Perry Mason se equivocó al suponer que no iba a saber lo que iba a seguir. Había despachado su entrevista y se encontraba estudiando un caso reciente relacionado con la admisibilidad como prueba de un testimonio obtenido por telegrafía, cuando Della Street abrió la puerta que comunicaba la secretaría con el despacho.

—Miss Trent se encuentra en la sala de espera —anunció—. Pregunta si puede verle a usted sin acuerdo previo.

—¿Virginia? —preguntó Mason.

La secretaria asintió.

—¿No dijo lo que desea, Della?

—No.

—¿Y está sola?

—Sí.

—Perfectamente. Hágala pasar.

Mason aclaró un espacio en su mesa por el sencillo procedimiento de empujar hacia atrás unos libros. Y estaba encendiendo un cigarrillo cuando Della Street introdujo a Virginia Trent en el despacho. En su primer encuentro, el abogado había dedicado toda su atención a la tía. Ahora estudió pensativamente a la sobrina, mientras esta atravesaba la habitación para ir a sentarse en el gran sillón de cuero negro, cercano al ángulo izquierdo de la mesa. Era una muchacha alta y delgada, con una boca que revelaba demasiada decisión y demasiado poco lápiz en los labios; ojos grandes y húmedos; traje de severas líneas, y manos delgadas y ligeramente nerviosas, como de persona muy sensible.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó Mason, con voz que indicaba que había dejado de ser definitivamente el anfitrión amable para convertirse en el abogado atareado.

—Se trata de mi tía Sarah —contestó la joven.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mason.

—Ya vio usted lo que sucedió en el almuerzo. Tía Sarah no me engañó y estoy completamente segura de que tampoco le engañó a usted. Estuvo robando.

—¿Y por qué roba?

—No tengo la menor idea.

—¿Necesitaba aquellos géneros?

—No.

—¿No tiene dinero suficiente para comprar lo que necesita?

—Claro que sí.

Mason se retrepó en su asiento. Sus ojos mostraron interés.

—Prosiga —dijo—. Escucho... pero límitese a lo esencial.

Las enguantadas manos de Virginia Trent alisaron los pliegues de su falda gris.

—Tengo que empezar por el principio y contárselo todo —dijo al fin—. Mi tía es viuda. Su marido murió hace años. Mi tío, George Trent, no se casó. Es perito en pedrería: compra y vende piedras a la comisión, las talla, las pulimenta y las reconstruye. Tiene un despacho y una tienda en una casucha de South Marsh Street. Allí tiene constantemente ocupados dos lapidarios y pulimentadores... Dígame, *mister* Mason, ¿es usted aficionado a la psicología?

—A la psicología práctica —contestó el abogado—. No me ocupo mucho de la teoría.

—Pues tiene usted que interpretar los hechos con arreglo a la teoría, si quiere comprenderlo —dijo didácticamente la joven.

Mason sonrió.

—La experiencia me ha enseñado que hay que interpretar las teorías con arreglo a los hechos para poder comprender aquellas, No obstante, prosiga. ¿Qué iba usted a decir?

—Era sobre tío George. Su padre murió cuando él era un chiquillo. George tuvo que hacerse cargo del sostenimiento de la familia. Lo hizo maravillosamente bien, pero nunca tuvo niñez. Nunca tuvo ocasión de jugar y...

—¿Qué tiene eso que ver con su tía? —preguntó Mason.

—A eso voy —contestó la joven—. Lo que trato de explicar es que tío George siente una repulsión innata, una rebelión subconsciente contra lo que le rodea que le impulsa a...

—¿A qué? —preguntó Mason al ver que titubeaba.

—Que le impulsa a embriagarse —terminó la joven.

—Perfectamente; prosiga —dijo el abogado—. No se preocupe de elegir sus palabras. Su tío se embriaga. ¿Y qué más?

—Se embriaga... periódicamente. Por eso sé que es una rebelión subconsciente contra, un ambiente rutinario que... —Se contuvo al ver que el abogado levantaba una mano y se apresuró a añadir—: De todos modos, lo que quiero decir es que es un hombre completamente normal durante meses, a veces. Luego ocurre algo y se entrega a una de sus francachelas. El pobre tío George es tan metódico en todo que basta en eso lo demuestra. Cuando siente uno de esos arrechuchos, lo encierra todo cuidadosamente en la caja fuerte del despacho, de la que mi tía tiene la combinación. Luego saca las llaves de ignición de su coche, las mete en un sobre franqueado, se lo dirige a sí mismo, echa las llaves al correo, y después se embriaga. Y mientras se embriaga, juega. Tres días o una semana más tarde, reaparece completamente destrozado, con los ojos inyectados en sangre, sin afeitar y con las ropas hechas una lastima.

—Y entonces, ¿qué hace su tía? —preguntó Mason con interés.

—Tía Sarah lo toma con mucha paciencia —contestó la joven—. Nunca pronuncia una palabra de recriminación. Le envía a su baño turco, reúne sus ropas, las manda limpiar y planchar, envía otro equipo al baño turco y, cuando mi tío está completamente sereno y presenta un aspecto, respetable, le deja volver a su despacho.

»Entre tanto, tía Sarah tiene la combinación de la caja. Saca la pedrería en que tienen que trabajar los operarios y cuida de que no les falte que hacer.

—Sus tíos hacen una buena pareja —comentó Mason.

—Sí —convino la joven—. Pero usted no se da cuenta de lo que esto significa para tía Sarah. La tensión de su sistema nervioso tiene que ser terrible. Y tanto más porque nunca da señales externas de ello.

—¡Bah! —exclamo Mason—. Su tía Sarah es una mujer que mira al mundo a la cara y no se asusta de ella. Conoce bien su camino y no riñe con la vida. Me atrevería a decir que no tiene un nervio en su cuerpo.

—Da esa impresión —repuso Virginia Trent—. Pero estoy completamente segura, *mister* Mason, de que siuviésemos que justificar su peculiar complejo de cleptómana, encontraríamos que

es debido a una perturbación refleja subconsciente.

—Quizá —dijo Mason—. ¿Cuánto tiempo hace que se manifiesta esa cleptomanía?

—Hoy fue la primera manifestación que le he observado.

—¿Y qué explicación da su tía? —preguntó Mason con voz que revelaba su interés.

—Eso es lo más chocante: no da ninguna. Se las arregló para rehuirme tan pronto como abandonamos los almacenes. No sé a dónde fue. Me temo que se encuentre todavía emocionalmente trastornada. Su equilibrio psíquico se ha visto afectado por...

—En otras palabras, que teme usted, que haya vuelto a sus latrocinios, ¿no es esto?

—Sí.

—Y cree usted que ha sido detenida y quiere que yo lo averigüe. ¿Es eso lo que desea usted?

—No exactamente —contestó la joven.

—Puntualícenos entonces —dijo Mason—. ¿Qué es lo que desea usted?

—Verá usted, *mister* Mason. Específicamente, temo que mi tía haya robado los diamantes Bedford.

El abogado se inclinó hacia delante.

—¿Qué diamantes son esos? —preguntó.

—Son unos diamantes que pertenecen a *mistress* Bedford. Se los dejaron a tío George para que los modificase por completo, colocándolos en monturas modernas y poniéndolos a la moda. Había que tallarlos... Bueno no conozco todos los detalles del encargo.

—¿Debo suponer que su tío George se encuentra en una de sus francachelas? —preguntó Mason.

—Sí. No vino a casa el sábado por la noche. Ya sabemos lo que esto significa. Los sábados no hay reparto de correspondencia, pero tía Sarah subió al despacho y preparó las cosas para la mañana del lunes.

—¿Abrió la caja fuerte? —preguntó Mason.

—Supongo que sí. Esta mañana subió temprano al despacho, se puso al habla con el encargado y los dos acordaron el trabajo del día. Como esperábamos, las llaves del coche de tío George llegaron por el primer reparto del correo. Pero sin indicación alguna de

dónde se encontraba el coche. Hasta poco después de mediodía, el Departamento de Tránsito no nos llamó para decirnos que se encontraba estacionado en una zona de treinta minutos... Como usted comprenderá, fue dejado allí el sábado por la noche, después de cesar las restricciones del estacionamiento, y claro está, durante el domingo no se computó el tiempo. Pero esta mañana los tickets del tránsito empezaron a apilarse sobre el coche.

—¿Y fueron ustedes y retiraron el vehículo?

—Sí, fuimos juntas, tía y yo. Recogimos los tickets de estacionamiento y llevamos el coche a un garaje. Tía Sarah necesitaba hacer algunas compras y yo quería adquirir un par de zapatos. Entramos en los almacenes y yo me puse a probarme los zapatos, creyendo que tía Sarah se encontraba detrás de mí. De pronto, la eché de menos... Ya sabe usted lo que sucedió después.

—¿Y la encontró usted en el salón de té? —preguntó Mason.

—Sí. La había estado buscando por todo el edificio. Y la encontré allá arriba poco antes de... Bien, ya lo sabe usted.

—Perfectamente —dijo Mason—. Cuénteme algo más de los diamantes Bedford.

—Los diamantes Bedford —dijo la joven— vinieron a nosotros por intermedio de Austin Cullens.

—¿Quién es ese señor?

—Un antiguo amigo de la familia. Hace muchos años que conoce a mis tíos. Ha viajado mucho, es un gran coleccionista de gemas y conoce a mucha gente interesante. Tío George trabaja muy bien y muy barato, y *mister* Cullens le proporciona con frecuencia lucrativos negocios. Y es que como *mister* Cullens pasa mucho tiempo embarcado, habla de pedrería con los pasajeros, conoce a los buenos coleccionistas y es una valiosísima amistad para tío George.

—¿Cuándo tuvieron entrada los diamantes Bedford? —preguntó Mason.

—El sábado. Mister Cullens los trajo. Mistress Bedford quedó en venir a fines de semana.

—¿Cuándo se dio cuenta que habían desaparecido?

—Hará una media hora. Y decidí venir a verle a usted en seguida.

—Prosiga —dijo Mason ya vivamente interesado.

—Después de echar de menos a tía Sarah, se apoderó de mí la exasperación. Regresé al despacho de tío George, pensando que pudiera estar allí. El encargado me enseñó una nota que había dejado tío George, dando instrucciones para los diseños y dibujos de los diamantes Bedford. Pero... Bueno, los diamantes Bedford no se encontraban allí.

—¿La caja estaba abierta?

—Sí. Tía Sarah la había abierto esta mañana.

—¿Qué me dice de los operarios de la tienda? ¿Tiene usted confianza en ellos?

—Completa.

—¿Y qué la hace a usted pensar que tía Sarah tiene los diamantes?

—Pues... pues ya vio usted lo que sucedió al mediodía Y cuando una persona tiene un complejo... bueno, no sé si habrá usted estudiado mucho sobre cleptomanía, *mister* Mason, pero es una cosa terrible. Los cleptómanos no pueden resistir el impulso de apoderarse de cosas que no les pertenecen... Es indudable que tía Sarah subió al despacho el domingo y preparó las cosas para esta mañana. Regresó a casa ayer por la tarde y dijo que, encontrándose en el despacho, se había sentido atacada por un desvanecimiento muy extraño; que había perdido por completo la memoria durante un período que debió de ser de media hora; que no tenía el menor recuerdo de lo que había estado haciendo. Creía que había sido cosa del corazón. Yo quise llamar a un médico. Ella se negó. Dijo que cuando recobró el conocimiento tuvo la sensación de haber hecho algo que no debía. Sintió como si hubiese matado a alguien, o algo por el estilo.

—¿Llamó usted al doctor? —preguntó Mason.

—No, mi tía se metió en su habitación y durmió un par de horas, y luego dijo que se sentía mejor. Durante la cena me pareció casi normal.

—Está bien —dijo Mason—. Pero continúo sin saber lo que quiere usted de mí, A mi juicio, hará usted mejor en buscar a su tía y hacer algunas gestiones para localizar a su tío George. Los sitios, que frecuenta deben de ser bien conocidos. Un hombre que se entrega periódicamente a esas francachelas, por lo general...

—Pero es que *mistress* Bedford quiere que se le devuelva la

pedrería —repuso la joven.

—¿Desde cuándo?

—Llamó al mediodía, mientras yo estaba fuera, y dijo que había cambiado de propósito; que no quería que se hiciese nada en las piedras; que tenía en perspectiva un comprador a quien le interesaban las joyas antiguas e iba a ofrecerle las suyas en sus monturas primitivas.

—¿Habló usted con *mistress* Bedford? —preguntó Mason.

—No. Habló el encargado del taller.

—¿Qué contestó el encargado?

—Contestó que tío George estaba fuera en aquel momento, pero que lo diría que llamase tan pronto como regresase.

—Entonces —dijo Mason— podría usted ponerse al habla con la jefatura de policía paga que averigüen si su tía ha sufrido algún accidente. Aquel desvanecimiento pudo muy bien ser producido por el corazón. Y quizá haya sufrido otro y hayan tenido que llevarla al hospital de urgencia o...

Se interrumpió al ver que se abría la puerta del antedespacho y que la empleada de la mesa de información penetraba silenciosamente para detenerse delante del umbral.

—¿Qué pasa? —preguntó el abogado.

—Un tal *mister* Cullens está en el antedespacho —anunció la muchacha—. Parece muy excitado y dice que tiene que ver a *miss* Trent inmediatamente.

Virginia Trent lanzó una exclamación de desmayo.

—Tiene usted que esconderme en alguna parte —dijo a Mason, y añadió dirigiéndose a la muchacha—: Dígale que no estoy aquí. Dígale que me he marchado. Que...

—No le diga nada de eso —interrumpió Mason—. Aclaremos ese asunto de una vez. ¿Cómo ha sabido que estaba usted aquí, *miss* Trent?

—Dejé recado en el despacho de que si regresaba mi tía viniera aquí. Supongo que *mister* Cullens fue al despacho y el encargado se lo dijo.

—¿Y Cullens fue quien proporcionó a su tío el negocio Bedford? La joven afirmó con un gesto.

—Tiene usted que verle tarde o temprano —dijo Mason—. Mejor es que sea temprano. Después de todo, tiene derecho a una

explicación, supongo que él respondería de su tío ante *mistress* Bedford.

—Sí —contestó la joven, dudando—. Supongo que sí.

Mason hizo una seña a la empleada que permanecía junto a la puerta.

—Haga pasar a *mister* Cullens —ordenó.

Las manos de Virginia Trent empezaron a dar muestras de nerviosidad sobre su regazo.

—¡Oh, no me atrevo a verle! —exclamó—. No sé qué decir. No sabré cómo explicar...

—¿Qué inconveniente hay en decirle la verdad? —preguntó Mason.

—Pero es que yo no sé la verdad —repuso la joven.

—Bien, ¿pues por qué no le dice eso?

—Porque... oh, no sé...

Se abrió la puerta del antedespacho al empujón de un corpulento individuo de unos cuarenta años, que prescindió por completo de Mason y avanzó hacia el gran sillón de cuero ocupado por Virginia Trent.

—¿A qué diablos viene todo este lío, Virgie? —preguntó.

—No sé de qué me habla usted —contestó la joven, rehuyendo su mirada.

—¿Dónde está tu tía?

—No lo sé. Salió temprano. Estará de compras.

Cullens se volvió hacia Mason, observando al abogado con rápida apreciación. Luego su incisiva mirada volvió a Virginia Trent. Un gran diamante que llevaba en la mano izquierda destelló en un resplandeciente arco al posarse sobre el hombro de la joven.

—Vamos, Virgie, hágame con franqueza. ¿A qué has venido a ver a un abogado?

—Quería hablar con él sobre mi tía Sarah —contestó la joven con débil voz.

—¿Y qué le pasa a tía Sarah?

—Ha cometido una ratería en unos almacenes.

Cullens se echó hacia atrás y rompió a reír. Era una risa jovial y ruidosa, a pleno pecho, que pareció clarificar algo la atmósfera. Se volvió a Perry Mason, extendió las manos y dijo:

—Usted es Mason. Yo soy Cullens. Celebro conocerle. Lamento

haberme presentado de este modo, pero el asunto es importante. — Volvió a dirigirse a Virginia Trent—. Y ahora, Virgie, desciende a la tierra y dime la verdad. ¿Qué ha sucedido con los diamantes Bedford?

—No lo sé.

—Bien. ¿Quién lo sabe?

—Tía, supongo.

—Muy bien. ¿Dónde está tu tía?

—Ya le he dicho que robó en unos almacenes.

—¡Hará una buena «mechera»! —Volvio a reír Cullens—. Supongo que tío George será uno de los cómplices. Mistress Bedford me telefoneó. Dijo que quería que se le devolviesen los diamantes. Había tratado de hablar con George por teléfono y no le agradó lo que le contestaron. Green que tratan de darle un pretexto y por eso me llamó. En seguida me di cuenta de lo sucedido. Pero sabía también que George enviaría por correo las llaves de su coche y que tu tía abriría la caja de caudales y llevaría adelante el negocio. Ione Bedford tiene un cliente que desea ver sus joyas. Ella, naturalmente, no quiere perder la venta. Necesita sus piedras y las necesita inmediatamente.

—Ya le he dicho a usted —repitió Virginia Trent, mirándole desafiadora— que tía Sarah ha cometido un hurto en unos almacenes. Ríase si quiere, pero esa es la verdad. Si lo duda, pregúnteselo a *mister* Mason. Y mientras estaba bajo la influencia de uno de sus ataques, mi tía pudo coger los diamantes Bedford y esconderlos en alguna parte.

Un pliegue de perplejidad apareció en la frente de Cullens.

—¿No te estás burlando de mí? —preguntó. Luego se volvió a Mason y, al ver la expresión de sus ojos, añadió lentamente—: ¡Me he lucido! —Arrastró una silla, eligió un cigarro del bolsillo de su chaleco, cortó la punta con una navajita de oro, y dijo a Virginia—: Cuéntame lo sucedido.

—No hay nada que contar —dijo la joven—. Tía Sarah ha estado viviendo bajo una tensión de nervios terrible. Creo que ha padecido también de obsesión, pero no profundicemos en eso ahora. Hay períodos durante los cuales sufre una falta completa de memoria. Durante esos períodos se vuelve cleptómana y coge todo lo que cae al alcance de su mano. Este mediodía fue sorprendida en unos

almacenes y yo tuve que entregar un cheque con casi hasta el último penique de mi cuenta corriente para salvarla de ir a la cárcel.

Cullens encendió su cigarro, observó un momento la llama del fósforo en pensativa contemplación y luego lo apagó de una sacudida.

—¿Cuándo fue la primera vez, Virgie? —preguntó.

—Este mediodía.

—¿Fueron esos los primeros síntomas?

—Bueno, verás. Ayer subió al despacho y tuvo un desvanecimiento y no pudo recordar nada de lo que sucedió durante media hora. Cuando volvió en sí, sintió una sensación extraña de culpabilidad, como si hubiese asesinado a alguien. Creo que fue entonces cuando cogió los diamantes Bedford y los escondió en alguna parte. Ella...

El diamante de Cullens destello deslumbrador al levantar la mano para quitarse el cigarro de la boca.

—¡Poco a poco! —exclamó—. Sarah no es ninguna ladrona. Lo que trata es de encubrir a tu tío.

—No comprendo...

—Cuando subió ayer al despacho —prosiguió Cullens—, se encontró con que los diamantes Bedford habían desaparecido. Dicho sea entre nosotros, eso es lo que siempre la preocupó... que algún día, cuando tu tío se entregase a una de sus francachelas, se le olvidase que llevaba alguna pedrería en el bolsillo. Tu tía representó la comedia de la cleptómana para engañarte y para engañarme a mí, si fuese necesario. A estas horas estará buscando a tu tío George.

—No creo que tía Sarah hiciese eso —dijo Virginia.

—¿Pero de veras crees que se hizo ladrona? —preguntó Cullens con sorna.

—Yo... Tengo el testimonio de mis propios ojos.

—Perfectamente. No discutamos eso ahora. Hay que decirle a Ione Bedford lo que ha sucedido.

—¡Oh, que no se entere! —suplicó Virginia—. Suceda lo que sucediese, tenemos que evitar que descubra...

Cullens dejó de escucharla para volverse al abogado.

—Siento tener que llevar las cosas de esta manera, *mister* Mason

—dijo—, pero creo que lo mejor es aclararlas sobre la marcha. El asunto es importante. Significa muchísimo para mí. Esas piedras valían de veinticinco a treinta mil dólares. Mi coche está abajo; es un convertible verde con la capota echada. Dentro me espera *mistress* Bedford. ¿Tendría usted inconveniente, pues, en que una de sus empleadas...?

Mason se dirigió a Della Street.

—Baje, Della —dijo—. Busque a *mistress* Bedford y hágala subir.

—No apruebo esa decisión —protestó Virginia Trent con firmeza—. No creo que a tía Sarah le agrade que hayamos llevado el asunto de esta manera.

—Bueno, pues yo quiero llevarlo así —replicó Cullens— y, después de todo, soy el principal interesado. Recuerda que soy quien llevó la pedrería a tu tío George. ¿Quién le parece a usted que tiene razón, *mister* Mason?

—No me atrevo a opinar —contestó Mason sonriente—. Me limito a permanecer al margen. Da la casualidad de que estuve presente cuando *mistress* Breel dio lo que al parecer era su primera demostración pública de ladrona de tiendas. Por cierto que fue una escena edificante.

—Sí que lo sería —rió Cullens—. ¿Qué sucedió?

—La escena le salió muy bien —dijo reminiscentemente Mason—. Y a continuación, *mistress* Breel y su sobrina tuvieron la amabilidad de acompañarme a almorzar. Yo ya no esperaba oír hablar más del asunto hasta que *miss* Trent vino a consultarme. Todavía no he averiguado exactamente lo que desea que yo haga, pero creyó que tenía usted derecho a una explicación. Y me parece que se la estamos dando completa.

Cullens volvió a dirigirse a Virginia. Hubo un destello de desagrado en sus ojos.

—Supongo que querrías encontrar una salida para dejarme a mí sosteniendo el saco, ¿no es eso? —preguntó.

—¡Nada menos cierto! —protestó la joven.

Cullens se echó a reír destempladamente.

—Y fue Mason quien insistió en que me vieses, ¿no es cierto?

La joven no contestó nada.

—¿Qué querrías que hiciese Mason? —preguntó Cullens.

—Que localizase a tía Sarah y que bueno, que descubriese la

manera de ir ganando tiempo hasta que averiguásemos nuestra situación.

—Eso lo podemos averiguar sin necesidad de dar largas al asunto —dijo Cullens.

—Usted lo cree así —replicó la joven—, porque corta usted el tocino a costa de la reputación de tío George. Mistress Bedford denunciará que le han robado sus piedras... y tendremos un conflicto espantoso.

—Tú no conoces a Ione Bedford —repuso Cullens—. Es mujer de mucho temple. Resistirá el golpe. Lo que ahora nos interesa es encontrar las piedras.

—No sé cómo vamos a conseguirlo —murmuró Virginia.

—Ni yo tampoco... todavía —dijo Cullens.

El rápido taconeó de Della Street se dejó oír en el pasillo. Un momento después se abrió la puerta del despacho particular, y la secretaria introdujo a una mujer de unos treinta años.

—Mistress Bedford —anunció.

—Entre, Ione —dijo Cullens sin levantarse—. Coja una silla y acomódese. Le presento a *mister* Perry Mason, el abogado. Sus diamantes han desaparecido.

Por un momento, *mistress* Bedford permaneció en el umbral, observando a los ocupantes de la habitación con sus ojos oscuros y lánguidos. Un poco más corpulenta que Della Street, poseía una atractiva figura, realzada por una blusa con chorreras y un traje hechura sastre, de color gris. El sombrero hacía juego con la blusa, así como sus zapatos, cuyos altos tacones servían para destacar su diminuto pie. La mujer cruzó hacia una silla, se detuvo un momento al ver abierta la caja de cigarrillos de Mason, enarcó las cejas en gesto de silenciosa interrogación, y, como él asintiera, cogió un cigarrillo. Luego se inclinó para que el abogado se lo encendiese, y tomó asiento.

—Bueno, eso ya es algo —dijo—. Cuénteme lo que sea, Aussie.

—No puedo contar gran cosa hasta que conozca los detalles —dijo Cullens—. Ahora me los estoy proporcionando... o tratando de ello. George Trent es lo que le dije: uno de los mejores lapidarios del país. Su trabajo no deja nada que desear. Es un hombre honrado. Pero tiene un vicio y solamente uno: se embriaga periódicamente. Y cuando se embriaga, juega, pero hasta eso lo

hace metódicamente. Guarda entonces todas sus gemas en la caja fuerte, se reserva una limitada cantidad de dinero en el bolsillo, echa al Correo las llaves de su coche, y luego se lanza a la calle y se embriaga y juega. Cuando pierde su dinero y no puede comprar más alcohol, se serena, regresa a casa y vuelve a su trabajo. Esta vez parece ser que se ha llevado inadvertidamente su pedrería consigo. Yo se la di el sábado por la tarde. Él inició su francachela el sábado por la noche. Tal vez, mi querida amiga, la mala noticia es una cáscara de nuez.

Mistress Bedford inhaló una profunda bocanada de su cigarrillo, exhaló el humo en dos columnitas gemelas y preguntó inclinando la cabeza hacia Perry Mason:

—¿Por qué el abogado?

Cullens se echó a reír.

—Esta señorita, Virginia Trent... la sobrina de George... cree que su tía Sarah se ha visto atacada repentinamente de cleptomanía. Opina que su tía cogió las piedras en uno de esos ataques e hizo algo con ellas.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ione Bedford, dirigiéndose a Virginia—. ¿Ha estado usted leyendo los cuentos de hadas de Grimm, querida?

Virginia Trent se irguió, indignada.

—Nada de cuentos de hadas —replicó Cullens, con sorna—, psicología, obsesión, complejos y demás mandanga. La muchacha estudia a Freud.

—Da la casualidad —dijo Virginia Trent con acritud— de que mi tía se rindió en público y en presencia de testigos a impulsos de cleptomanía. Fue sorprendida en el acto de robar unos géneros, aun no hará cuatro horas.

Ione Bedford enarcó interrogadoramente las cejas en dirección a Austin Cullens.

Mason observó que aquel era evidentemente un gesto habitual en ella, observó también que eran sus cejas muy bonitas y que el gesto servía para atraer la atención hacia unos ojos indudablemente bellos. No dio Ione Bedford otra indicación de que estaba enterada de la belleza de sus ojos ni de las graciosas líneas de las esbeltas piernas que su corta falda descubrían en gran parte.

—Esto no es más que una comedia, Ione —dijo Cullens.

—Si viese usted a Sarah Breel nada más que diez segundos, se convencería de que es una comedia. Cuando el encargado fue a ejecutar el trabajo preparado, para esta mañana, se encontró con que faltaban las gemas. Sarah comprendió en seguida que las tenía George y se trazó un plan. Por eso empezó a representar su comedia, para encubrir a su hermano.

Una hermosa esmeralda que lucía *mistress* Bedford en una mano destelló deslumbradora al sacudir las cenizas de la punta del cigarrillo con su gracioso meñique.

—¿Y qué se propone usted hacer? —preguntó la dama.

—Voy a echarme a buscar a George —contestó Cullens—. Estará en alguna casa de juego lindamente embriagado. Las piedras iban envueltas en papel de seda y Trent las llevaba en un cinturón de cabritilla, junto a la piel. Probablemente habrá olvidado por completo que las llevaba. Pero si ha perdido mucho dinero, puede haberlas dejado en garantía a algún jugador —Cullens se volvió a Mason y añadió—: ¿Qué le parece, *mister* Mason, podemos alegar desfalco y pedir que se nos devuelvan?

—Probablemente se necesitaría entablar una demanda —contestó Mason—. Eso dependerá de las circunstancias y de la forma en que se le entregaron las piedras y por quién.

—Ya se las entregué —dijo Cullens—, pero no queremos pleitos, ¿verdad, Ione?

La mujer movió la cabeza y lanzó a Mason una sonrisa.

—Nadie saca dinero de los pleitos, excepto los abogados —dijo. Mason le devolvió la sonrisa.

—Los abogados no se lo sacan a los pleitos, sino a los pleiteantes —replicó.

—Bien, Ione, ¿qué hacemos ahora? —apremió Cullens.

Ella contempló meditabunda la punta de su cigarrillo.

—Supongamos que empeñó las piedras —dijo—. ¿Cuánto cree usted que sacaría por ellas, Aussie?

—Tres o cuatro mil dólares a lo sumo —contestó Cullens—. Estando embriagado y necesitando el dinero para jugar, y con la gran posibilidad de que lo perdiera, ningún jugador le daría más de la quinta parte de su valor en el mercado.

—¿Cuánto costaría una demanda judicial? —preguntó la mujer a Perry Mason.

—¿Es tres o cuatro mil dólares a lo sumo la contestación que espera usted? —preguntó el abogado.

—Sí —contestó ella, y una vez, más la esmeralda despidió sus rayos al hacer un gesto como desechando la proposición—. No hay que dudarlo, Aussie. Busque a Trent. Si tiene las piedras, que las devuelva. Si no las tiene, averigüe a quién se las empeñó y pague el préstamo. Es más barato que un pleito... y más rápido.

La mujer hizo una pausa y añadió, dirigiéndose a Virginia Trent:

—Me doy cuenta de sus sentimientos. ¡Pobre chiquilla! Supongo que me tenía usted miedo. No había por qué. Después de todo, no es culpa suya.

—No soy una chiquilla. Soy una adulta —replicó Virginia—; y lo que es más, sigo opinando que se oculta algo detrás de la conducta de mi tía, algún trastorno emocional que...

Cullens se puso en pie.

—Bien, vámonos, todos —interrumpió—; tenemos que trabajar y es inútil robar más tiempo a *mister* Mason...

Cullens guió a los otros hacia la puerta de salida. Virginia Trent empezó, una vez más, a hablar de psicología mientras salían al pasillo. Ione Bedford lanzó a Cullens una maliciosa mirada.

—¿Qué sabe usted de emociones contenidas, querida? —preguntó a Virginia.

Virginia Trent se irguió en rígida dignidad.

—Yo no hablo de emociones contenidas —dijo en tono doctoral.

Mason, que miraba a Della mientras esta sostenía la puerta, pronta a cerrarla detrás de los visitantes, observó que el rápido guiño del párpado derecho de Ione Bedford, al sonreírle en despedida, no fue accidental.

Cuando la puerta se cerró, Mason buscó la mirada de Della.

—¿Recuerda —preguntó— que en este mismo mediodía estuve hablando de la gente mediocre que camina insubstancialmente por la vida?

—Sí —contestó Della—. Pero una combinación de caracteres como la que acaba de salir puede resultar explosiva.

—Pero no dan origen a un misterio —replicó Mason—. Todos son perfectamente normales. Aparte de Virginia Trent, no hay ninguno que tenga tanto así de nervio.

—¿Dónde supone usted que está la tía? —preguntó Della.

Mason entornó los párpados.

—Habiéndola visto en acción —dijo—, me inclino a aceptar la explicación de Cullens. Creo que trata de elaborar una complicada defensa para su hermano. Pero, como concesión a los caprichos de la suerte, que ha querido hacernos intervenir en la aventura, vamos a averiguarlo, Della Llame a Jefatura de Policía. Vea si la han detenido o si la han llevado a algún hospital de urgencia. Entérese de los accidentes de automóvil ocurridos y de las llamadas a las ambulancias.

## Capítulo 3

A las siete y treinta, aproximadamente, llamaron a Mason por teléfono a la cabina del bar de su hotel... Mason reconoció la voz rica y pastosa, aun antes de que ella le diera su nombre.

—¿Sabe usted algo de la tía... de *mistress* Breel, me parece que se llama? —preguntó, *mistress* Bedford.

—Todavía no —contestó Mason—. Su desaparición, sin embargo, es aparentemente voluntaria. He hecho que telefonen a los diversos puestos de policía, hospitales de urgencia y ambulancias.

—¿Y no ha sido detenida por «mechera»? —preguntó *mistress* Bedford con un tono de ironía.

—Si lo ha sido —contestó Mason—, la policía no se ha enterado. *Mistress* Bedford se echó a reír.

—Bien, creo que mis gemas están a salvo. Se me ocurrió telefonarle para que tranquilice usted a aquella pobre flor de los valles.

—¿Las ha recuperado usted? —preguntó Mason.

—Tanto como recuperarlas, no; pero Aussie me telefoneó que ha averiguado dónde las empeñó George Trent. Es un garito de segunda clase de la calle East Third, conocido por The Golden Platter. Abajo tienen un café, y arriba un poco de todo. Aussie dice que George se llevó las piedras y las empeñó por seis mil dólares. Contesté a Aussie que tres mil era mi límite. Él me contestó que creía que esa era precisamente la cantidad que Trent había recibido realmente por las piedras y que los oíros tres mil eran un intento de estafa. Añadió que ejercería alguna presión sobre el individuo que regentaba el garito para conseguir rescatar las piedras en tres mil dólares. Le autoricé para que lo hiciese así. Los tres mil dólares se los cobraremos a Trent cuando se serene... Se lo comunico porque me pareció que le agradaría saberlo.

—Muchas gracias, así es —contestó Mason—. ¿Cullens no ha encontrado a Trent?

—No. Cree que Trent sabe cuidarse de sí mismo. Aussie no se ha ocupado más que de rescatar las piedras. Espero volver a recibir sus noticias dentro de una hora.

—¿Cómo se enteró usted del número de este teléfono?

Ella se echó a reír y hubo en su risa algo felino y sensual, calculado expresamente para excitar la conquista del macho.

—Olvida usted, *mister* Mason, que es usted famoso —dijo—. Y, una vez olvidado eso, descuida usted también, al parecer, el hecho adicional de que es usted interesante Buenas noches, *mister* Mason.

Se oyó al otro extremo de la línea el sonido del chasquido final, y el conductor quedó muerto.

Mason colgó el receptor, observó mecánicamente la hora en su reloj de pulsera y volvió a su combinado.

Pensando en el asunto, llamó a Della Street y la ordenó que telefonease a Virginia Trent que se habían localizado las gemas y que no tardarían en ser rescatadas.

Mason cenó en el departamento del hotel y cenó Solo. Estando para terminar su taza de café y su cigarrillo se le acercó un botones.

—Le llaman al teléfono, *mister* Mason —dijo.

—Déjalo —contestó el abogado—. Toma el número y después llamaré...

—Perdón, señor, pero es el sargento Tremont de la Jefatura. Dice que es importante.

Mason arrojó su cigarrillo, apartó la taza de café, dejó sobre la mesa la servilleta y una propina, y siguió al muchacho al teléfono, donde oyó la voz fría y premiosa del sargento Tremont.

—Mason, sus oficinas llamaron a todos los hospitales esta tarde buscando a una tal *mistress* Sarah Breel. También trataron ustedes de averiguar los accidentes, de automóvil y las llamadas a las ambulancias.

—Es cierto —dijo Mason, haciendo gestos de extrañeza, pero con voz jovial—. ¿Y qué hay de particular en ello, sargento?

—*Mistress* Breel —prosiguió Tremont— fue atropellada hará una media hora por un motorista en el Boulevard Saint Rupert. En este momento está sufriendo una cura de urgencia. Se encuentra sin conocimiento, presenta la fractura del cráneo, una pierna rota y

posibles lesiones internas... Ahora bien, Mason, lo que nos interesa particularmente es lo que indujo a usted a creer que esa señora iba a ser atropellada.

Mason se echó a reír y trató de que su risa no pareciese forzada.

—Comprenderá usted, sargento, que yo no podía prever y anticipar que iba a ser arrollada por un automóvil...

—¿No? —preguntó el sargento, y su voz tuvo algo más que esa débil nota de escepticismo—. Pues en caso de haberlo sabido, no se habría mostrado usted más solícito.

—Olvídelo —dijo Mason—. Me interesa obtener una información, eso es todo.

—Bien, pues ya la tiene usted —dijo el sargento—. ¿Qué va usted a hacer con ella?

—Conozco a la sobrina de la víctima, una tal *miss* Virginia Trent, y voy a avisarla —contestó Mason.

—Nosotros hemos tratado de hacerlo y no la hemos podido localizar —repuso el sargento—. Hay un par de aspectos en esto. Creo que será mejor que venga usted a Jefatura y hablaremos del asunto.

Hubo en la voz del sargento cierto indicio de que la invitación podía llegar a ser más insistente, si lo requiriesen las circunstancias, por lo que Mason contestó displicentemente:

—Bien, no es mala idea. Me agradará enterarme de más detalles y ver si puedo hacer algo. ¿Quién fue el causante del atropello, sargento?

—Un individuo llamado Diggers. Parece sentirse muy impresionado por la desgracia.

—¿Lo tienen ustedes detenido?

—Temporalmente. Dentro de unos minutos lo pondremos en libertad. Evidentemente, la mujer se puso delante del automóvil.

—Estoy acabando de cenar —dijo Mason—. Mandaré que me preparen el coche y me presentaré ahí.

—No tarde mucho —dijo el sargento—. Necesitamos hacerle unas preguntas sobre unos diamantes.

—¿Diamantes? —repitió Mason.

—Uh, uh —rezongó Tremont y colgó.

Mason hizo que sacasen su coche del garaje, y, mientras lo esperaba, volvió a telefonear a Della Street.

—¿Se sabe algo de Virginia Trent? —preguntó.

—Nada, jefe. La he estado llamando a intervalos de diez minutos. No contesta.

—Muy bien, déjelo. Mistress Breel ha sido atropellada por un automóvil en el Boulevard Saint Rupert. Al parecer, tiene el cráneo fracturado, una pierna rota y posibles lesiones internas. La policía trata de localizar a *miss* Trent. El sargento Tremont me ha dado algo que equivale a una citación oficial para que comparezca en Jefatura a contestar unas preguntas sobre ciertos diamantes. El asunto presenta un par de aspectos que no acaban de agradarme. Llame a la Agencia de Detectives Drake. Que Paul se ponga personalmente a la tarea. Dígale que coja un coche y se dirija a Jefatura. Por allí encontrará estacionado el mío. Estará abierto. Que se meta en él y espere. Dígale también que tenga preparados un par de hombres de los buenos.

—Muy bien, jefe —contestó Della Street—. Ahora me ocuparé de todo eso. ¿Para qué le llaman de Jefatura?

—Es todo lo que sé, Della. Pero la voz del sargento Tremont tenía un tonillo que no me agradó.

—Nunca oí nada en la voz de un sargento que a usted le agradase, jefe —rió Della entre dientes.

—¡Qué graciosa! —exclamó Mason, y colgó el receptor, mientras el portero entraba a comunicarle que tenían preparado el coche.

Mason se dirigió lentamente hacia la Jefatura de Policía, fruncida la frente por un pliegue de preocupación. De pronto se dio cuenta de que había descuidado obtener alguna dirección donde poder comunicar con Ione Bedford, y aquello le disgustó. Por ciertas rabones, Mason comprendía que le hubiera convenido mucho saber lo sucedido en el Golden Platter antes de hablar con la policía.

Estacionó el coche cerca de una ambulancia sanitaria, y apenas había recorrido veinte pasos cuando el sargento Tremont surgió de las sombras para agarrar su brazo en cordial pero firme apretón.

—¿Quién era aquella mujer, Mason? —preguntó—. ¿Una cliente suya?

—No exactamente —contestó Mason.

—¿Una amiga?

—No tanto. Almorcé con ella hoy por casualidad.

—¿En dónde?

—Oh, en el salón de té de unos almacenes.

—¿No es algo raro que usted coma en el salón de té de unos almacenes?

Mason se detuvo para encender un cigarrillo.

—Puesto que parece ser asunto de interés profesional —dijo— no tengo inconveniente en confesar que la comida fue excelente. Además, la elección del local me fue impuesta en cierto modo. Recordará usted que empezó a llover a eso del mediodía.

—De donde se deduce —dijo el sargento— que usted no invitó a la dama a almorzar, sino que la conoció durante el almuerzo.

—He ahí el resultado de tener una imaginación deductiva —rió Mason.

—Eso no es contestar a mi pregunta —dijo Tremont.

—Ya se la contestó usted —repuso el abogado.

Tremont se le encaró bruscamente.

—¿Qué hay de los diamantes, Mason?

—¿Qué diamantes?

—Ya sabe usted a qué diamantes me refiero. Mason movió la cabeza lentamente.

—Los diamantes se salen un poco de mi profesión, sargento —dijo—. Yo estoy especializado en asesinatos y anticipos. Los anticipos, gracias a Dios, me los pagan generalmente en metálico. Los asesinatos son la inevitable consecuencia de los odios y rivalidades engendrados por una civilización competitiva. Sepa, sargento, que siempre me ha fascinado el conocimiento de que jamás transcurre un período de más de cuarenta y cinco días en la ciudad sin un homicidio. Imagínese esperando, pongamos el cuadragésimo día, en la Jefatura de Policía, sabiendo que en cuestión de pocos minutos alguien caerá asesinado en alguna parte. Es asombroso...

—Es también un intento por parte de usted para ganar tiempo y sonsacar me alguna información —interrumpió Tremont—. Pero no le va a dar resultado. Necesito saber todo lo relacionado con esos diamantes.

—¿Diamantes? —repitió Mason.

—Si, diamantes. Eso que llevan las mujeres en anillos y pendientes. Son gemas pulimentadas que reflejan la luz. Duros, cortan el cristal. Si esta descripción no le sirve para darle una

rudimentaria idea de lo que son, tenemos en Jefatura un diccionario que podrá usted consultar.

—Ah, sí, diamantes —dijo Mason—. Ahora que recuerdo, creo que ella mencionó que tenía algunos diamantes, o que iba a adquirir unos diamantes, o algo por el estilo... No lo puedo recordar exactamente. Su hermano, como usted sabe, es traficante en pedrería.

—Sí —dijo Tremont—, sabemos todo lo que se refiere a esa mujer. En el momento en que sus oficinas insistieron en averiguar lo que le había sucedido decidimos que sería un buen plan buscarla. Muchas de las personas por quienes se interesó resultaron tarde o temprano complicadas en casos de asesinato.

—Gracias por la noticia —dijo Mason—. La tendré en cuenta en lo futuro cuando me sienta inclinado a pedir informes.

—No hay de qué. Es un placer. Pero no ha contestado usted todavía a la pregunta de los diamantes.

—Estoy seguro de que no podría decirle nada, sargento —declaró Mason, frunciendo la frente como si se tratase de recordar—. La mujer mencionó que su hermano se dedicaba al negocio de los diamantes. Me pareció entender que el tal hermano se encontraba fuera de la ciudad y que ella llevaba el negocio en su ausencia. Siento no poder decirle exactamente lo que me dijo la mujer.

—Bien, ya hablaremos de eso más tarde —dijo el sargento Tremont—. Ahora vamos a entrar aquí, Mason.

El sargento precedió a Mason hasta la antecámara, donde un esquelético individuo se puso apresuradamente en pie al abrirse la puerta, y luego al ver la expresión del rostro del sargento Tremont, volvió a sentarse lentamente.

—Es Harry Diggers —explicó el sargento, sin volver la cabeza—, el individuo que guiaba el coche. Aquí Perry Mason, el abogado, Diggers.

Mason asintió jovialmente. Diggers avanzó para estrecharle la mano. El sargento Tremont se dirigió a su empleado sentado detrás de una ventanilla.

—Tráigame ese bolso de Breel —dijo.

El empleado pasó por la ventanilla un voluminoso bolsa negro. Las asas estaban formadas por dos anillas, imitación de jade, de una

seis pulgadas de diámetro. Separando estas anillas se hacía fácilmente visible el contenido del bolso.

—Tiene aspecto de ser el suyo —comentó Mason—. ¿Es esa alguna labor de malla que estaba haciendo?

El sargento asintió y tiró del principio de un jersey y de un par de agujas de malla clavadas en un ovillo de lana azul oscura. Debajo de aquello encontró media docena de pares de medias de seda.

—Observe las etiquetas de los precios y las marcas del comercio. Hemos averiguado la procedencia de estas medias. No fueron vendidas. Alguien las cogió del mostrador. ¿Sabe usted algo de esto?

Mason denegó con un movimiento de cabeza.

—Está bien, no ha visto usted nada todavía —le dijo Tremont. Hurgó más hondo en el bolso y sacó unos paquetitos envueltos en papel de seda blanco. Y los fue desenvolviendo uno por uno.

Mason se quedó pasmado ante los cinco grandes diamantes con sus monturas antiguas.

—¡Soberbio! —exclamó—. No entiendo mucho de pedrería, pero esto debe de valer mucho dinero.

—Lo vale —confirmó Tremont—. ¿Tiene idea de dónde proceden estas piedras?

Mason sacudió las cenizas de su cigarrillo y se encaró con el policía.

—Cuando la conocí —dijo—, parece que había habido una pequeña confusión. Uno de los detectives de los almacenes creyó que la mujer había cometido algunas raterías por los mostradores. Su sobrina alegó que había comprado aquellas cosas. Y como los géneros elegidos no habían salido de los almacenes, me sentí inclinado a unirme a la sobrina para insistir en que el asunto debía ser examinado a una luz más caritativa.

—Y después, ¿qué? —preguntó el sargento.

—Después nos sentamos a almorzar. Fue una aventura divertida. Aquella señora me pareció todo un carácter. Más tarde, la sobrina me visitó. Dijo algo de ciertos diamantes que habían sido confiados a *mister* George Trent. Creo, sargento, que si consiguen interrogar a *miss* Trent averiguarán que esos diamantes son pedrería confiada a *mister* Trent en el curso de su negocio.

—¿Y cómo vinieron a parar a este bolso?

—Estoy seguro de que no puedo contestar a esa pregunta.

—Esta otra mercancía fue robada —dijo el sargento, golpeando la pila de medias de seda con el dorso de los dedos—. Por consiguiente, ¿por qué no pudieron serlo los diamantes?

Mason se echó a reír de buena gana.

—Aplicando el mismo razonamiento —dijo—, ¿por qué no ha de haber sido robada también la labor de malla?

—No se haga usted el gracioso. Mason. La labor de malla es algo que una mujer lleva naturalmente en su bolso.

—Recuerde —observó Mason— que su hermano es perito en pedrería. Compra y vende a la comisión y hace arreglos, reformas y monturas, talla y pule gemas por encargo. Mientras está fuera, su hermana se encarga del negocio.

—¿Dónde está ahora?

—Al parecer en una cacería.

—Bien, pues será una suerte para ella si resulta que estos diamantes le fueron dejados legítimamente. ¿Y cómo fue el intervenir usted en este asunto, Mason?

—En realidad no he intervenido para nada —contestó el abogado—. Como las invité, a ella y a la sobrina, a almorzar conmigo, la sobrina me visitó aquella tarde para decirme que su tía había desaparecido y suplicarme que tratase de encontrarla, unas personas, que tenían asuntos completamente diferentes con la sobrina, la siguieron hasta mi despacho e insistieron en tratar sus negocios allí.

El sargento hizo un gesto al empleado de la ventanilla.

—Los zapatos, Bill —dijo.

El empleado pasó por la ventanilla un par de zapatos de gamuza gris, con tacones cuadrados y punteras abultadas e igualmente cuadradas. El sargento Tremont cogió el zapato izquierdo y dijo:

—Estos eran sus zapatos, Mason. Eche un vistazo al izquierdo.

Mason examinó, unas tenues manchas rojizas, adheridas al cuero del zapato y que habían tomado en la suela un color oriente.

—¿Cómo se mojaría de sangre ese zapato? —preguntó el sargento.

Mason se encogió de hombros.

—Puede usted registrarme —contestó—. Lo único que le puedo

decir es que la última vez que vi a esa mujer fue cuando pagué la cuenta de su almuerzo en los almacenes. Aquello debió de ser hacia la una y cuarto o quizá la una y diecisiete, para mayor exactitud. Yo tenía una entrevista a la una y media en mi despacho y tuve que abandonar la reunión.

—Eso no explica, todavía lo de la sangre en el zapato.

—Recuerde —dijo Mason— que sufrió un accidente de automóvil y que resultó con una pierna rota.

—El hueso resultó roto, pero no la piel —repuso el sargento—. Además, observe usted la sangre en la suela del zapato... ¿No habrá matado su cliente a alguien, recibiendo estas salpicaduras?

Mason decidió que ya era hora de mostrar su impaciencia.

—¿Cómo diantres voy a saberlo yo? —replicó—. En primer lugar, no es mi cliente. En segundo, no sé nada de ella, y en tercero traté solamente de tranquilizar a una pobre muchacha que me lo pidió con lágrimas en los ojos y yo soy muy sensible a las lágrimas.

—Bien, dejemos eso a un lado —dijo el sargento—. Nosotros esperábamos que podría usted ayudarnos.

—Bien, pues no puedo —contestó lacónicamente Mason, arrojando la colilla de su cigarrillo al cenicero.

—¿Cuándo podré retirarme, sargento? —preguntó el individuo sentado a la mesa.

—Muy pronto —contestó Tremont, sin apartar la mirada de Mason.

Mason se volvió a Diggers.

—¿Cómo ocurrió el accidente? —preguntó.

—Este señor es un abogado, Diggers —explicó el sargento—, usted ya ha prestado declaración. No tiene por qué decir nada más.

—Yo no tengo nada que ocultar —replicó Digiera—. Iba guiando mi coche por el Boulevard Saint Rupert. Estaba en una zona donde solo se permite una velocidad máxima de treinta millas, y no creo que marchase, a más de veinticinco o veintiséis a la hora. De todos modos, yo avanzaba metido en la lenta corriente del tráfico. Iba muy a la derecha, casi pegado a la acera. Había un gran coche sedan azul parado junto al bordillo. Y aquel coche arrancó de pronto y yo giré hacia la derecha para evitar la colisión. Aquello sucedió nada más que al pasar la calle Noventa y Tres. Me parece que sería hacia la mitad de la manzana. Tan pronto como torcía

hacia la acera, aquella mujer surgió delante de mis faros... casi en el sitio donde había estado el sedan azul. Cuando la mujer me vio, se azoró y empezó a agitar las manos. Yo accioné los frenos, toqué la bocina y desvié el coche. El estribo del lado derecho le golpeó la pierna y se la rompió por debajo de la rodilla. La mujer cayó y se dio un golpe en la cabeza. Este bolso quedó sobre el pavimento, muy cerca de donde cayó la mujer. Yo iba a subirla a mi coche para llevarla al hospital de urgencia, pero algunas personas que se habían detenido me dijeron que ya habían telefoneado pidiendo una ambulancia, y que sería mejor que esta se la llevase... descargándome de responsabilidades.

—¿Iba usted solo? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Con qué antelación vio usted a la mujer antes de arrollarla?

—Con uno o dos segundos. Saltó de la acera, echó a correr delante de mis faros y luego pareció incapaz de hacer nada. Se quedó quieta. Nos rodeó mucha gente y yo hice, delante de todos el inventario del contenido de este bolso. El hecho de encontrarse un revólver tirado en el...

—¡Un revólver! —exclamó Mason.

El sargento Tremont cogió a Diggers por el brazo.

—Venga conmigo, Diggers —dijo—. No creo que haya necesidad de retenerle más tiempo. Y no conteste usted a más preguntas.

Mason se encaminó hacia la puerta.

—Voy a ver a *mistress* Breel —anunció.

—Oh, no, eso no es posible —contestó Tremont.

—¿Y por qué no?

El sargento sonrió afablemente.

—En primer lugar —dijo—, está al cuidado de un doctor que ha prohibido las visitas. En segundo, se encuentra bajo la vigilancia de la policía. En tercero, ha recalcado usted demasiado que no era su cliente, sino una amiga casual. En tales circunstancias no la verá usted.

Mason reflexionó un momento y cogió el sombrero.

—En tales circunstancias —confesó con gesto de resignación— usted gana, sargento.

## Capítulo 4

Paul Drake, Jefe de la Agencia de Detectives Drake, era alto, delgado y perpetuamente pesimista por temperamento. Su rostro era rojizo, y sus ojos miraban al mundo desde detrás de una película de cristal. Pero por alguna extraña desviación de los músculos faciales las comisuras de sus labios se volvían hacia arriba, dándole la apariencia de sonreír constantemente a la vida, mientras que su verdadero carácter era exactamente el contrario.

Arrellanado en el asiento del automóvil de Perry Mason, con la cabeza caída y un cigarrillo pendularmente colgando de sus labios, se irguió ligeramente al ver al abogado dar vuelta al coche y abrir la portezuela del lado del conductor.

—¿De qué se trata esta vez, Perry? —preguntó—. ¿Te cogieron por fin como cómplice?

—Todavía no —contestó jovialmente Mason—, pero vamos a hacer cierta investigación, Paul.

—¿Qué clase de investigación?

—No lo sé todavía —contestó Mason.

—¿Cuándo lo sabrás?

—Lo sabré tan pronto como me meta en una cabina telefónica y averigüe dónde vive un individuo llamado Austin Cullens.

—¿Qué tiene eso que ver con el asunto?

—Si vive en el Boulevard Saint Rupert, entre las calles Noventa y Una y Noventa y Dos, va a tener que ver mucho, Paul.

Hizo describir al coche una U, se dirigió rápidamente hacia la tienda de la esquina y dijo al detective:

—Despréndete de algunos tickets por doble estacionamiento, Paul. Necesito echar un vistazo a una guía telefónica.

Penetró en la tienda y buscó el nombre de Austin Cullens. La dirección era Boulevard Saint Rupert 9158.

Mason se encerró en la cabina telefónica, introdujo una moneda

y marcó el número de Della Street.

—Lamento seguir molestándola, Della —dijo cuando oyó la voz en la línea—. Supongo que no interrumpiré alguna jaqueca...

—Cuando tengo jaqueca —replicó la joven— no oigo ni siquiera el teléfono. ¿De qué se trata ahora?

—No lo sé —contestó Mason—. Hay aquí algo que no puedo imaginarme. ¿Tenemos la dirección de *mistress* Bedford?

—No lo creo —contestó la secretaria.

—Pues averíguela. Luego póngase al habla con esa señora y llévela a un sitio donde no pueda encontrarla la policía.

—¿Le hago saber lo que nos proponemos, jefe? —preguntó Della, con repentina entonación de mujer de negocios.

—No, a menos que sea absolutamente necesario, Della. Dígale que yo le he ordenado que vaya a buscarla para tenerla disponible por si ocurrieran acontecimientos importantes. O ensaye el viejo truco de la personalidad y dígale que tiene entendido que es forastera en la población y que si le gustaría salir a cenar. En resumen, dígale cualquier cosa. Pero llévela a donde la policía no pueda encontrarla y no la deje traslucir sus propósitos.

—Muy bien, jefe, ¿dónde le encontraré a usted?

—Manténgase en comunicación con la Agencia de Detectives Drake. Deje recado a quien esté encargado de la oficina. Dígale que Drake o yo podemos telefonar más tarde pidiendo información y que tío deben comunicarla a nadie más. Claro que si no puede usted localizar a esa señora, tendrá usted que...

—Déjemelo eso a mí, jefe, —interrumpió ella—. La localizaré. ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé todavía —contestó Mason—. Lo estoy averiguando. Acuérdesse de ponerse al habla con la oficina de Drake.

—Muy bien, jefe, ahora mismo empiezo a trabajar —dijo Della y colgó el receptor.

De vuelta en el automóvil, Mason se deslizó detrás del volante y puso el coche en marcha. Paul Drake se dejó resbalar en el asiento de manera que su espalda quedó apoyada en el ángulo formado por la portezuela y el almohadón.

—¿Hay que hacer algo? —preguntó.

—Ir a ciertos sitios —contestó Mason.

—¿Qué haremos cuando lleguemos allí?

—Subiremos a un porche y tocaremos el timbre de una puerta.

—Eres muy comunicativo —murmuró Drake, adoptando otra postura aún más cómoda, con la cabeza descansando en el almohadón—. Avísame cuando lleguemos.

Cerró los ojos y cayó pesadamente en rápido sueño.

Mason salvó todas las señales de tráfico en las intersecciones, penetró en el Boulevard Saint Rupert y puso el coche a toda velocidad. Poco después se detenía frente a una casa de la mano derecha que se levantaba algo apartada de la calle, rodeada por un bien cuidado césped. Era una residencia presuntuosa, de dos pisos y medio, con amplia veranda y un paseo que conducía a un garaje de tres coches, con vivienda para los chóferes sobre el garaje.

—¿Quién vive aquí, Perry? —preguntó Drake.

—Austin Cullens —contestó Mason, mientras cruzaba la acera y subía al porche.

Encontró un timbre y lo oprimió. Se oyó el repiqueteo en el interior de la casa, pero no se produjo ruido ni movimiento alguno detrás de las apagadas ventanas.

—La puerta está entreabierta, Perry —observó el detective en tono indiferente—. ¿Significa algo?

—Significa que podemos entrar —contestó Mason.

Drake sacó una linterna del bolsillo.

—Supongo que sabrás que hay gente que dispara contra los intrusos —murmuró.

—Estoy enterado —contestó lacónicamente Mason—. Busquemos el conmutador de la luz.

El haz luminoso de la linterna de Drake descubrió un conmutador. Mason alargó la Mano y de pronto se detuvo y dijo:

—Espera un momento. Este conmutador está cerrado y, sin embargo, la luz está apagada.

—Faltará un fusible —opinó Drake.

—Sigamos —dijo Mason—. Apunta tu linterna al suelo. Busquemos... ¡allí está!

Drake examinó la mancha rojiza que acababa de descubrir.

—Vamos despacio, Perry —dijo—. Antes de seguir adelante, dime exactamente lo que buscas. Si es esto...

Mason arrebató la linterna de la mano del detective.

—Si esto es lo que yo creo —dijo—, no hay que perder tiempo

en discutir.

El haz de luz de la linterna descubrió un círculo.

—De aquella puerta arranca otro reguero —observó Drake.

Mason empujó la puerta, y Drake lanzó una exclamación al posarse el rayo de la linterna sobre el cuerpo rígido y sin vida de Austin Cullens.

—Prueba esas luces —ordenó Mason.

Drake buscó el conmutador y lo accionó repetidas veces inútilmente.

—Escucha, Perry —dijo—, no hay que dejar huellas digitales por aquí. Hay que avisar a la policía y... sin falta.

—En una casa de esta capacidad —le interrumpió Mason— tiene que haber diversos circuitos. Un fusible saltado no puede inutilizar todas las luces. Claro que puede estar abierto el conmutador principal, pero es más probable que se trate de un fusible. Prueba en otras habitaciones hasta dar con una donde se enciendan las luces.

—Perry, no me gusta esto —refunfuñó Drake—. Cada vez que tocamos algo dejamos huellas digitales.

—No toques nada, entonces —replicó Mason.

—Déjame la linterna —dijo Drake.

—Tendrás que ir a tiendas Paul —contestó Mason—. Recuerda que tienes que buscar el teléfono para avisar por él a la policía.

—¿Y tú que vas a hacer? —preguntó Drake.

—Yo también voy a buscar un teléfono —contestó Mason.

—Es que yo, en cuanto encuentre el teléfono, avisaré a la policía —advirtió el detective.

—Lo supongo —dijo impaciente Mason— y por eso te dejo en libertad. Tú contarás la historia. Tan pronto como descubriste el cadáver, empezaste a buscar un teléfono. Tan pronto como encontraste el teléfono. Llamaste a la policía. Ya puedes empezar.

Drake salió al pasillo. Mason paseó el haz luminoso por la habitación y lo detuvo sobre el cadáver tendido en el suelo. Evidentemente había sido muerto de un disparo, entrándole la bala por el lado izquierdo, un poco por encima del corazón. El chaleco y la americana aparecían desabrochados. La camiseta estaba recogida, dejando al descubierto un cinturón de gamuza, en el que las solapas de diversos bolsillos aparecían levantadas. Al parecer el cinturón

estaba vacío. Junto al cuerpo se había formado un charco viscoso y rojizo. En torno de este charco se veían algunas salpicaduras, como si alguien, al inclinarse sobre el cadáver, hubiese pisado dos o tres veces en el charco.

La habitación era un cuarto de estar, con una gran chimenea en un extremo, estanterías en el otro, cómodos sillones, una enorme mesa de nogal y, en un rincón, un aparato de radio de toda onda. El suelo era de madera dura, brillante como un espejo, con media docena de alfombras orientales artísticamente colocadas. Un abrigo, una bufanda, un sombrero y unos guantes, presumiblemente; propiedad de Cullens, habían sido arrojados apresuradamente sobre el respaldo de una silla.

Mason, teniendo cuidado de no tocar nada, se aproximó al cadáver, se inclinó y de pronto oyó una voz de hombre que decía:

—Coche número dieciséis, preséntese inmediatamente en la intersección de Washington y Maple Street para investigar un accidente de automóvil. Coche número treinta y dos, llame a su estación. Coche catorce, diríjase al número treinta y ocho y diecinueve de la calle Walpole a intervenir en una riña.

La radio volvió a guardar silencio.

Mason oyó las pisadas de Drake en el pasillo, y vio que se filtraba alguna luz por la puerta medio abierta. Un momento después se presentó el detective.

—Bien, Perry, ya he avisado a la Brigada de Homicidios —dijo.

—¿Les dijiste que yo estaba aquí? —preguntó Mason.

—No, solo les hablé del cadáver y...

Se interrumpió al oír que del rincón de la habitación decía una voz con pasmosa claridad: «Atención coche veintidós, atención coche veintidós. Preséntese inmediatamente en el número noventa y uno cincuenta y ocho del Boulevard Saint Rupert. Un detective particular llamado Drake acaba de telefonar que se encuentra en la casa el cuerpo de un hombre asesinado. Probablemente el cadáver es el de Austin Cullens. Diríjase inmediatamente a la casa. Absténgase de interrogar a los que se encuentren en aquel lugar. La Brigada de Homicidios está en camino».

El mensaje fue repetido.

—¿Abriste tú la radio para oír los avisos de la policía, Perry? —preguntó Drake.

Mason denegó con un movimiento de cabeza.

—No necesitaste decirles el nombre del muerto, Paul —reprochó el detective.

—Me lo preguntaron —replicó Drake—. Me preguntaron cómo me encontraba aquí, y les contesté que había venido a visitar a un tal Austin Cullens, acompañado por su abogado.

—¿Les diste mi nombre? —inquirió Mason, alarmado.

—No —contestó Paul.

—Menos mal —gruñó Mason—. No había necesidad de contarles la historia de tu vida. ¿Por qué no te limitaste a decir que había un cadáver y nada más?

—El individuo que se puso al aparato no quiso conformarse con eso.

—Siempre hay el recurso de colgar el receptor —replicó Mason.

—Sí —repuso Drake—, tú podrás hacer eso, pero yo no. Tengo que renovar mi licencia el mes que viene.

—Ah, muy bien —dijo Mason—. De todos modos, se habrían enterado tarde o temprano. Lo que me ha disgustado es esa información lanzada por la radio de la policía. Nunca se sabe quién está escuchando. ¿Qué hay de las luces, Paul?

—Están todas apagadas en este lado de la casa. El circuito que suministra corriente al comedor, a la despensa, a la cocina y a la escalera, está bien.

—¿Dejaste todas las luces encendidas?

—Sí.

—¿Dónde estaba el teléfono?

—El que encontré estaba en el comedor. Creo que es una extensión. Probablemente habrá otra aquí.

Mason paseó el haz de luz de la linterna.

—En aquel rincón está —dijo Drake.

—No lo había visto —confesó Mason—. Está bien, Paul, a tus oficinas. Un individuo llamado Harry Diggers sufrió un accidente de automóvil frente a esta casa hará aproximadamente una hora. Hirió a Sarah Breel. Alega que ella se salió de la acera y se plantó delante del coche. La policía le retuvo un rato y luego lo puso en libertad. Necesito una declaración completa de ese individuo, y me convendría tenerla antes de que la policía le interroge otra vez. Tus hombrea pueden enterarse de su dirección por los registros.

Hay una casa de juego en la calle East Third, encima de un café conocido por The Golden Platter. Dedicar dos de tus hombres a averiguar lo que puedan de ese garito. Un traficante en perlas llamado George Trent se encuentra perdido por ahí, dedicado a la bebida. Que algunos de tus esbirros se dediquen a buscarle. Que consigan su descripción por la gente que le conozca. Una fotografía. Suya sería lo mejor. Que registren su despacho es preciso. Trent tiene una sobrina que se llama Virginia. Vive en su casa. Figura en la guía telefónica. A ver si pueden sacarle una fotografía y una descripción de George, y dedicar gente suficiente para encontrarle. Debe de estar merodeando por algún sitio donde se venda licor y se juegue en combinación.

—¿Y de mujeres? —preguntó Drake.

—Quizá mujeres también. No lo sé. No importa. Ponte a la tarea. Tendrás que darte prisa antes de que venga la policía.

Drake, moviéndose con silenciosa rapidez, que contrastaba con el desmadejamiento de sus brazos y piernas, volvió a salir al pasillo, y unos momentos después, Mason oyó el apagado sonido de su voz en el teléfono. De la calle llegó el patinazo de unas cubiertas al detenerse bruscamente un coche frente a la puerta. Mason, tratando de dar a Drake más tiempo para hablar, salió al encuentro de la policía hasta la mitad del sendero de cemento que conducía al porche.

—¿Se llama usted Drake? —preguntó uno de los agentes.

—No —contestó el abogado—. Me llamo Mason. Yo descubrí el cadáver.

—Tenía entendido que se llamaba usted Drake.

—No me llamo así. Vea usted mi tarjeta.

Mason hurgó en un tarjetero, ganando unos precisos segundos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un agente.

—No lo sé —contestó Mason—. Vine a visitar a Austin Cullens, que vive aquí. Quería verle para algo relacionado con cierto asunto que me fue consultado esa mañana. Encontré las luces apagadas y la puerta entreabierta. Entré y...

—Las luces están ahora encendidas —observó otro policía, indicando las iluminadas ventanas de la parte izquierda de la casa.

—Ese es otro circuito —explicó Mason—. Al parecer ha saltado un fusible. La habitación donde está el cadáver tiene un fusible

fundido. No obstante, afecta solamente a uno de los circuitos. Observen que la radio no ha dejado de funcionar todavía...

—¿Quién encendió las luces del otro lado de la casa? —preguntó el agente.

—Se hizo para localizar un teléfono —contestó evasivamente Mason.

—Muy bien, echemos un vistazo. Me pareció entender que el aviso decía que usted se llamaba Drake.

—Mister Drake es mi acompañante —explicó.

—¿En dónde se encuentra ahora?

—Allá dentro.

—¿Por qué diablo no lo dijo usted así?

—Porque no me lo preguntó usted —contestó Mason, con expresión de inocencia lastimada—. Precisamente salí a explicarles lo que encontrarían.

—¿Qué está haciendo Drake?

—Esperando.

Uno de los agentes cogió a Mason por el brazo. El otro se adelantó por el sendero y entró en la casa. Drake salió a su encuentro en el pasillo, con un cigarrillo balanceándose en sus labios.

—Hola muchachos —dijo—, ya veo que recibieron ustedes mi llamada. Avisé a los de la Brigada.

—Bien —le interrumpió uno de los policías—. ¿Qué pinta usted en este cuadro?

Drake les enseñó su tarjeta y su licencia de detective particular.

—¿No ha tocado usted nada? —preguntó el agente.

—Nada, excepto el teléfono —contestó Drake.

—¿Y por qué el teléfono?

—De algún modo tenía que avisar a los de la Brigada, ¿no le parece?

—Drake —intervino Mason— tuvo cuidado de no utilizar el teléfono de la habitación donde se encuentra el cadáver. Allí no hemos tocado nada. A la víctima le pegaron un tiro. Parece que el móvil ha sido el robo.

Chilló a lo lejos una sirena.

—¡Bravo, Jim! —dijo uno de los agentes—. Ahí están los de la brigada. Echemos un rápido vistazo antes de que entren aquí...

¡Qué oscuro está este pasillo!

—Es lo que les dije —explicó Mason—. Ha saltado uno de los fusibles.

—¿Cómo vio usted el cadáver?

—Con una linterna.

—¿Dónde está esa linterna?

Mason se la sacó del bolsillo.

—¿Tiene usted costumbre de llevar una linterna encima? —preguntó suspicazmente el policía.

—Drake, sí —contestó Mason—. La linterna es suya.

Uno de los agentes sacó otra linterna, paseó el haz por la habitación, lo detuvo sobre el cadáver y dijo:

—Está muerto, no hay duda.

Las sirenas chillaron en la esquina. Un coche se detuvo bruscamente. Se oyeron pasos en el sendero de cemento y después en el porche. El sargento Holcomb, de la Brigada de Homicidios, se encaró con Mason.

—¿Está usted también metido en esto? —preguntó con sorna.

—Solo me metí en la casa —contestó Mason.

—¿Con qué objeto?

—Quería ver a *mister* Cullens para cierto asunto.

—¿Qué asunto?

—Uno sobre el que me consultó.

—¿Era cliente suyo?

—No exactamente.

—Muy bien; entonces, ¿cuál era el asunto?

—Yo estaba buscando a un individuo llamado George Trent, perito en pedrería, y tenía razones para creer que Cullens sabía algo.

—¿Qué le hacía creerlo así?

—Llámelo corazonada, si quiere —contestó Mason.

—El caso es que no quiero —replicó Holcomb— y que, además, no me parece lógico.

—Muy bien, entonces —dijo Mason, dejando traslucir en su voz la ira—. No fue corazonada, ni es cosa lógica. ¿Y qué?

—Llévese a estos individuos a una habitación aislada —ordenó Holcomb a uno de los agentes—. No hable con ellos y no consienta que ellos le hablen. Nos les permita que telefonen. Y, sobre todo,

no les deje que husmeen por aquí... bien, muchachos, vamos a recorrer la casa. Empezaremos por esta habitación... Aseguraros de que los hombres están apostados allá detrás. Bien, vamos.

Mason y el detective fueron escoltados hasta el comedor por un agente, quien les indicó, con silenciosa hostilidad, unas sillas y continuó observándolos en hosco silencio, mientras Mason oía pisadas en las escaleras y en los pasillos de arriba, y zumbas de coche en el *boulevard*, que cesaba bruscamente frente a la casa.

Veinte minutos más tarde el sargento Holcomb volvía a comparecer ante la pareja para seguir el interrogatorio, al final del cual no sabía más que cuando lo empezó.

—Perfectamente —dijo—; pueden ustedes retirarse. Pero hay algo en todo esto que no me agrada.

—No sé qué más quería usted que hiciéramos para colaborar —repuso Mason—. Drake avisó a la policía en cuanto llegamos y descubrimos el cadáver.

—¿Dónde estuvieron ustedes antes de venir aquí? —preguntó Holcomb.

—Estuve en un establecimiento telefoneando —contestó Mason.

—¿A quién?

—A mi secretaria, si le interesa.

—¿Con qué objeto?

—Para averiguar la dirección de cierto cliente.

—¿Esta dirección?

—No, era otro cliente.

—¿Quién?

—No tiene nada que ver con el caso, y además da la casualidad de que no conseguí su dirección.

—Entonces, ¿cómo fue el venir aquí?

—Necesitaba ver a Cullens.

—¿Y decidió usted que necesitaba verle inmediatamente después de enterarse de que no podía conseguir aquella otra dirección?

—En realidad —contestó Mason—, encontré la dirección de Cullens en el listín telefónico, en la tienda.

—Bien, pueden retirarse —repitió Holcomb—. Y recuerde, Drake, que su licencia se presentará a renovación uno de estos días.

—Protesto de ese intento de intimidación —intervino Mason—. Drake se ha portado admirablemente en todo este asunto. Los dos

hemos contestado a todas las preguntas que usted nos ha dirigido.

—Sí, ya lo sé —dijo Holcomb—; pero tengo la sensación de que no he hecho las preguntas más apropiadas.

—Pues todavía está usted a tiempo: hágalas —dijo Mason.

—¿Y cómo diablo voy a hacerlo si no sé cuáles son?

—Bien —replicó Mason, exasperado—, ¿y cómo diablo puedo yo contestarlas si usted no me las hace?

Holcomb apuntó un pulgar hacia la puerta.

—Retírense —dijo—, y cuidado con descubrir más cadáveres hasta mañana. No hay cosa peor que un detective particular que quiere mostrarse demasiado eficiente... ya me comprende usted lo que quiero decir, Drake.

Drake fue a decir algo, pero Mason le interrumpió:

—¿Quiere usted indicar que en lo futuro Drake se abstenga de notificar al departamento de homicidios el hallazgo de los cadáveres que encuentre?

El rostro de Holcomb se ensombreció.

—Ya sabe usted lo que quiero decir. ¡Retírense! —ordenó una vez más.

Los agentes los acompañaron por el pasillo que, en aquel momento, estaba lleno de fotografías, periodistas, un representante del fiscal y media docena de policías de paisano. A mitad del camino hacia el coche Drake se detuvo para exclamar:

—¡Maldito sea! Tratará de indisponerme con la Junta de Directores de Prisiones cuando mi licencia se presente a renovación.

Mason se echó a reír.

—No tengas miedo —dijo—. No puede oponerse a tu licencia sin causa justificada, y no la hay. Trata de ser respetuoso con un hombre como ese y te zarandeará. Lo mejor es decirle las verdades en la cara.

—Así y todo —refunfuñó Drake—, no nos conviene encontrar más cadáveres.

—Bien —convino Mason.

—¿A dónde vamos ahora?

—Adonde podamos telefonar a tus oficinas para recibir noticias. Si no ha sucedido nada notable, iremos, al Golden Platter para tratar de conseguir alguna información antes de que la policía espante a aquellos pajarracos.

—Eso es lo que no me gusta de tus procedimientos, Perry —dijo Drake—. Siempre tratas de anticiparte a la policía.

—Así protejo a mis clientes —repuso Mason.

—Y algún día me va a costar mi licencia.

—¿Por qué motivo?

—Porque oculto información a la policía.

—¿Pero qué información tienes tú que necesite conocer la policía? —preguntó Mason.

—Ninguna. Pero me da el corazón de que tú la tienes.

—Muy bien —rió Mason—. Trata entonces de no ser adivino. En otras palabras, Paul, como abogado tuyo, mi mejor consejo es que obres como un mudo.

—Bueno, Perry, soy mudo —dijo Drake.

## Capítulo 5

Mason dio vuelta a la manzana de casas buscando un lugar de estacionamiento.

—Oye, Paul —dijo—, ¿qué averiguasteis de estos individuos?

—Comprenderás, Perry —se disculpó Drake—, que la información tiene que ser un poco esquemática. Al fin y al cabo, mis hombres solo tuvieron disponibles unos minutos...

—Suprime el preámbulo —le interrumpió Mason—. Dime lo que sepas.

—Bien, pues al principio esto empezó por ser un verdadero restaurante. Lo llamaban The Golden Plate. Después cambió el nombre por The Golden Platter, hacia la época en que se inauguró el garito de allá arriba.

—¿Propiedad de los dos socios?

—Sí, de Bill Golding y Eva Tannis. Últimamente se hicieron pasar por marido y mujer, pero al parecer no están casados.

—¿Se dedicaron antes al juego? —preguntó Mason.

—Sí, Golding explotó un local en San Francisco, y luego fue *croupier* en un gran casino de México. Más tarde vino aquí, aparentemente arruinado, pero siempre pensando en abrir una casa de juego tan pronto como encontrase fondos.

—¿Y ella?

—Eva Tannis actuó de «gancho» en el local de San Francisco donde Golding trabajó. Tenía por misión animar a los muchachos, haciéndoles beber. Luego, valiéndose de su atractivo personal, les imbuía la idea de que los corazones cobardes nunca consiguieron el amor de las mujeres, y ellos se tentaban los bolsillos y se iban derechos a la mesa de juego.

—¿Y si ganaban los muchachos? —preguntó Mason, mientras doblaba la esquina hacia la derecha y se preparaba para estacionar el coche.

—Entonces ella no se apartaba de ellos y los inducía a seguir jugando hasta que la casa recuperaba su dinero. En caso de que el ganancioso abandonase el local mientras ganaba todavía, ella salía con él, no le dejaba un momento, le citaba para un par de noches más tardé, y volvía con él al garito. Allí jugaba otra vez, soltaba lo que se llevó y todo había terminado.

Mason paseó la mirada por la fachada del edificio.

—El negocio no parece estar montado muy a lo grande —observó.

—No lo está —confirmó el detective—. No es más que un garito. Pero tratan de hacer ganancias para trasladarse a un local mayor.

—Bien; entremos —dijo Mason, comprobando el número de la casa.

Pasaron por delante de una rubia pintarrajeada que ocupaba la mesa del cajero, y Drake indicó una puerta que se abría sobre una escalera. Nadie protestó al verlos subir por el oscuro tramo hasta llegar a un pasillo débilmente iluminado. El extremo anterior de este pasillo estaba aparentemente amueblado como el despacho de una casa de huéspedes. Había un pequeño mostrador, un registro, un timbre sobre la mesa, y un rótulo que decía: Llamar al director.

Drake apoyó delicadamente una mano sobre el botón del timbre y dijo al abogado:

—Enseña un fajo de billetes y finge que estás un poco... mareado.

El abogado sacó una cartera del bolsillo, se recostó en el mostrador y empezó a contar dinero con la grave dignidad de un ebrio que trata de parecer sereno.

Se abrió una puerta y apareció un hombre.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó...

—Mason le miró de arriba abajo y le hizo una mueca. Drake indicó vagamente con la mano el otro extremo del pasillo y dijo:

—Jugar. ¿Qué se creía usted?

—No sé exactamente lo que quiere usted decir —repuso el hombre dudando.

Mason se apoyó en Drake y volvió los billetes a la cartera...

—Vámonos, Paul, que aquí no nos quieren —dijo—. Vámonos a otro sitio.

—No en tu vida —replicó Drake—. Este garito me debe ciento

cuarenta pavos y tengo que recuperarlos.

—Bien, muchachos, entren. Segunda puerta a la izquierda —dijo el hombre del mostrador.

Recorrieron lo que aparentemente era el pasillo de una casa de huéspedes vulgar e hicieron girar el tirador de la segunda puerta de la izquierda. Mason oyó el ruido de un zumbador eléctrico, luego un cerrojo que se descorría y un hombre abrió la puerta.

Lo que en tiempos había sido al parecer una serie de habitaciones, se había reunido formando un gran salón. Este tenía ciertas pretensiones de elegancia. El suelo, encerado, estaba cubierto de alfombras de brillantes colores. Había en las paredes unos chapuceros cuadros al óleo, pero estaban iluminados a la manera de las obras maestras, con pequeñas luces individuales alojadas en cilindros al cromo. Distribuidas por el salón, se veían dos mesas de ruleta, dos dedicadas al 30 y 40 y una ruleta de la fortuna. Un bar, situado al fondo de la habitación, estaba complicadamente equipado con espejos y luces ocultas. A Mason le pareció que había en el local unos treinta o cuarenta hombres y quizá quince mujeres, de las que siete u ocho lucían traje de noche con la espalda al aire. Casi todos los hombres llevaban traje de calle. Mason vio solamente dos *smokings*.

—No perdamos tiempo —dijo a Drake—. Ya que hemos llegado aquí, recorramos apresuradamente lo que nos falta.

—Bien —dijo Drake.

Los dos hombres se acercaron al bar. Mason arrojó un billete de cinco dólares en el mostrador.

—Un par de Old Fashioneds y dígame a Bill Golding que queremos hablar con él.

—¿Quiénes quieren hablar? —preguntó el del mostrador.

—Nosotros.

—¿Quiénes son ustedes?

Mason deslizó una de sus tarjetas profesionales sobre el húmedo mostrador de nogal.

—Llévele esto —dijo—; pero no se olvide de los Old Fashioneds.

El dependiente asintió, llamó a un ayudante y le habló en voz baja, con la mirada fija en Mason y Drake. El ayudante leyó la tarjeta, rezongó y desapareció por una puerta. El del mostrador mezcló la bebida pedida y se disponía a servirla cuando volvió el

ayudante y, sin separarse de la puerta, asintió con un movimiento de cabeza.

—Bueno —dijo el dependiente—, Golding los recibirá a ustedes.

Devolvió el cambio de los cinco dólares. Mason, dijo a Paul en voz baja:

—Vigila esto y ten los ojos bien abiertos.

Luego abandonó su copa y cruzó el salón. El ayudante abrió la puerta. Mason apartó unos pesados cortinones verdes y se encontró en un despacho. Un individuo le miró fríamente desde detrás de su mesa. Junto a él, una mujer, algunos años más joven, disimulaba sus exuberancias bajo los tules de un traje de coche de color azul. Sus cabellos eran negríssimos y llenos de reflejos. Sus labios rojos no sonreían en aquel momento. A sus ojos negros se asomaban emociones que ella trataba de contener. De espléndida garganta, carnes apretadas y morenas, parecía seductoramente llena de vida, en rudo contraste con el individuo sentado detrás de la mesa, cuya seca piel se estiraba tanto en los salientes pómulos, que apenas parecía quedar la suficiente para cubrir los dientes, que mostraban esa tétrica mueca de los famélicos. Contra la palidez de la piel, un poco por debajo de donde cruzaba los pómulos, se destacaban dos manchas de vivo color. Sus ojos eran tan negros como los de la mujer, pero los de ella destellaban vitalidad, mientras los de él brillaban febrilmente.

—Siéntese —dijo el individuo con voz ronca.

Mason se sentó en un sofá de cuero y cruzó sus largas piernas. En los segundos de silencio que siguieron, quedó patente que el individuo no se proponía presentar a la mujer, e igualmente patente que ella no pensaba retirarse. Mason sacó su pitillera, miró a la mujer y preguntó:

—¿No le molestará que fume?

—Por el contrario —contestó ella—. Fumaré con usted.

Se trasladó al lado de Mason, ondulando suavemente los músculos de su exuberante figura bajo el raso azul del vestido.

—No se levante —dijo.

Mason rascó un fósforo y ella le sujetó la mano entre las suyas mientras él aproximaba la llama al cigarrillo.

—Bien, ¿qué desea usted? —preguntó Bill Golding desde detrás de su mesa.

—¿Dónde están las piedras que le dio a usted George Trent? —preguntó Mason.

Bill se agitó intranquilo. Las rojas manchas de color de sus mejillas se intensificaron.

—¿De manera que esa es la cantaleta? —preguntó.

—Tómalo con calma, Bill —dijo la mujer sentándose al lado de Mason, con el brazo desnudo apoyado en el respaldo del sofá, y su cuerpo tan próximo al abogado, que este percibió el suave olor del perfume que se había aplicado detrás de las orejas.

—No recogí pedrería alguna de George Trent —afirmó Golding.

—Hará un par de horas... quizá una hora —prosiguió Mason—, Austin Cullens estuvo aquí.

—No conozco a ningún Austin Cullens.

—Es un hombre grueso, de unos seis pies de estatura, de unos cuarenta años, cabello castaño, rizado, una gran sortija de diamantes y un alfiler de corbata con diamantes también.

—No lo he visto.

—Tuvo que estar aquí preguntando por George Trent y hablando de rescatar unas gemas que Trent le dejó a usted.

—No ha estado aquí. Ningún hombre de esas señas ha estado aquí.

—Pues yo creo que sí —insistió tranquilamente Mason.

—¿Es que miento yo?

Mason sonrió despiadadamente y luego con acento irónico:

—Digamos que está usted equivocado —dijo.

—Ni miento ni estoy equivocado. El camino que siguió usted para entrar aquí es el mismo por donde se sale. Será mejor que se vaya mientras pueda hacerlo por sus propios medios.

—Bonita radio tiene usted sobre esa mesa —dijo Mason sin alterarse.

—A mí también me gusta —rezongó Golding.

—¿Por qué no la enciende usted y escuchamos un poco de música? —preguntó Mason.

—No me dedico a dar demostraciones de radios, gracias.

—La razón de pedírselo —prosiguió Mason en tono indiferente— es que he observado que la tiene usted en onda corta y qué la manecilla señala la parte del cuadrante reservada a las llamadas de la policía. Quizá haya oído usted la noticia de que Cullens ha sido

asesinado.

—No sé de qué está usted hablando —dijo Golding.

Mason mantuvo su tranquilo tono displicente.

—Cullens se detuvo a telefonar mientras se dirigía a esta casa. Quizá eso varíe algo la situación.

—¡Me tiene sin cuidado! —exclamó Golding.

—Claro está —prosiguió Mason— que yo sé apreciar su situación. Regentando un lugar de esta clase, usted no tiene el menor deseo de atraerse la publicidad. Con la policía investigando el asesinato, usted preferiría mantenerse al margen.

—Siga usted —dijo Golding con sorna—. Está usted cantando un solo. No espere que yo le haga el dúo.

—Si usted quisiera ser razonable —prosiguió Mason—, podríamos arreglar las cosas. De lo contrario, telefonaré a mi amigo, el sargento Holcomb de la Brigada de Homicidios, y le daré una pista. Últimamente se me quejó de ser muy reservado con él...

—Continúe, continúe —animó Golding—. Ya ve usted lo que me asusto. Telefonee a todas las fuerzas de policía si gusta.

—No —dijo Mason con naturalidad—, Holcomb será suficiente. Se presentará aquí y empezará a hacer preguntas... no solamente a ustedes dos, sino también a algunos de los clientes del salón de delante. Quizá alguno de ellos viera entrar o salir a Cullens.

El individuo sentado detrás de la mesa se quedó mirando a lo lejos, con ojos fijos e inexpresivos.

—Ha dolido, ¿verdad? —rió Mason.

Golding se humedeció los delgados labios con la punta de la lengua. Sus ojos rodaron intranquilos para mirar interrogadores a la mujer sentada al lado de Mason.

—Bravo, cariñito —dijo la mujer, con voz gangosa—, el señor te tiene en el puño.

—Está fanfarroneando —refunfuñó Golding.

—Quizá fanfarronee —replicó ella—. Pero fanfarronea con todos los ases en la mano.

—Gracias —insinuó Mason sin apartar su mirada de Golding.

—No me las dé —repuso ella—. Déselas a su suerte. ¿Por qué no sale a jugar a la ruleta? Nos desbancaría esta noche.

—Está bien, Mason —dijo Golding—, confieso que estuvo aquí. Dijo que necesitaba verme. Entró y sacó a relucir esa historieta de

que yo había recibido ciertas piedras de George Trent. Yo le contesté que no era cierto, pues George Trent no ha estado aquí desde hace dos meses. Discutimos un rato, y luego él se levantó y se fue.

—¿Eso fue todo? —preguntó Mason.

—Eso fue todo.

—Pues no coincide con los hechos que yo conozco —dijo Mason.

—Bien, pues díganos lo que usted sabe —invitó Golding.

—Cullens —dijo Mason— se enteró de que usted tenía ciertas piedras, usted no se mostró de acuerdo. Entonces Cullens le demostró que se vería en un compromiso, porque las joyas tío pertenecían a Trent. Usted no quería pleitos. Cogió el dinero y entregó a Cullens las piedras. Cullens regresó a su casa y allí alguien lo asesinó.

—¿Quién le ha contado ese cuento chino? —preguntó Golding.

—Un pajarito —contestó Mason.

—Pues para los pájaros hay temporadas en que se permite cazarlos.

—¿Me amenaza usted? —preguntó Mason.

—¡Bill, cállate! —intervino la mujer. Mason sacó unas bocanadas de su cigarrillo.

—Por lo visto —comentó— alguien declaró para Cullens abierta la temporada.

Golding fue a decir algo, pero la mujer volvió a gritar:

—¡Cállate, Bill! ¡Ya has hablado demasiado!

—O no bastante —corrigió Mason.

—Bien, pues se terminó —insistió la mujer—. Usted ha contado su historia y nosotros la nuestra.

—Es que la de ustedes no tiene sentido —repuso Mason.

—Póngaselo usted —invitó Golding.

—Usted recibió la noticia de que Cullens había muerto —afirmó Mason—. Usted decidió que era preciso ocultar que había estado aquí. Y usted instruyó a sus empleados para que guardasen el secreto, creyendo que el conflicto no surgiría tan pronto. Cuando yo amenacé con hacer que la Brigada de Homicidios interrogase a los clientes de la casa, se sintió usted perdido; y por eso decidió confesar que Cullens había estado aquí, pero jurando que eso era todo. ¿Se figura usted que ningún ser viviente puede contradecirle?

—Eso es lo que dice usted —repuso Golding—. Yo he expuesto mi versión y a ella me atengo. Tenga cuidado. Si insiste en molestarme, haré que las cosas se pongan demasiado calientes para usted.

Mason rió sarcásticamente y agitó una mano en dirección a la sala de juego.

—Con su manera de vivir —dijo—, dudo que pueda usted hacer que las cosas se pongan calientes para nadie.

La mujer sentada al lado de Mason se inclinó un poco más.

—¿Por qué no llegan ustedes a un acuerdo? —preguntó zalamera.

—No deseo otra cosa —contestó Mason—. Pero necesito la verdad.

—Está bien. Pregunte usted.

—¿Estaba, usted presente cuando Cullens estuvo aquí? —inquirió Mason volviéndose hacia la mujer.

—No...

—¿Quién estuvo?

—No lo sé. ¿Estuvo alguien más aquí, Bill? —preguntó ella al individuo sentado detrás de la mesa.

El individuo hizo un gesto de triunfo.

—Nadie —dijo—. Solo Cullens a aquel lado de la mesa y yo en este.

Mason se puso en pie.

—Bien —dijo con indiferencia—, por mí puede usted seguir en esa actitud. Recuerde que fue usted la última persona que vio a Cullens vivo. Si Cullens le trató a usted con demasiada dureza y quiso comprometerle, hay probabilidades de que usted le hiciese seguir para quitarlo de en medio.

El rostro de Golding se demudó de rabia.

—Si lo quité de en medio —vociferó— lo hice con un revólver de seis tiros.

—¿Lo que significa? —preguntó Mason.

—Que todavía quedan cinco.

La mujer se abalanzó a la mesa, con los ojos echando llamas.

El rostro de Bill Golding se transformó de pronto en una careta inexpresiva.

—¡Se terminó! —declaró la mujer con energía—. Es inútil que

discutan ustedes, más. Se terminó la partida.

El abogado atravesó la puerta, recogió a Drake en el casino, y los dos bajaron las escaleras y salieron a la calle por el restaurante.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Drake.

—Cullens estuvo aquí... no quieren hablar. Llama a tus oficinas, Paul. Haz que dos o tres hombres se presenten aquí disparados. Hay que vigilar este sitio estrechamente. Necesito que sigan a Golding y a la mujer cuando se marchen y que me proporcionen los nombres de algunos de los, clientes que están ahí arriba para utilizarlos como testigos.

—Comprenderás, Perry, que no podemos meternos en un sitio como este y preguntar —a la gente...

—Que vigilen a los clientes al salir —indicó Mason—, y que los sigan hasta sus automóviles para anotar los números de las matrículas.

—Esos no hablarán —objetó el detective—. Una vez que se vean en casa, jurarán que nunca han oído hablar de este garito.

—Sé hombre moderno, Paul —dijo impaciente el abogado—. Elige los individuos de más posición social que se encuentren en compañía de jovencitas de la mitad de su edad. Esos pájaros harán cualquier cosa para evitar la publicidad. Yo me encargaré de interrogarlos. Que me digan que nunca han oído hablar de este garito y les leeré la letanía.

—Eso sí que creo que lo podremos hacer —murmuró Drake.

—Pues al avío —dijo Mason—. Y cuando hables con oficinas, diles que echen un vistazo a una tal Ione Bedford, que era amiga de Austin Cullens. Que se enteren de todo lo referente a su persona. Uno de tus hombres puede presentarse a Harry Diggers, diciendo que es representante de una Compañía de Seguros, para conseguir de él una declaración escrita. Proporcionáte también un inventario del contenido del bolso que llevaba *mistress* Breel.

—Conforme —dijo Drake—. Ahora mismo vendrán unos operarios que conocen a Bill Golding y a Eva Tannis. Eso me dejará en libertad para volver a mi despacho y dirigir las cosas desde allí.

—Yo vigilaré mientras tú telefoneas —dijo Mason.

Drake asintió y se encaminó hacia la esquina, donde telefoneó a su despacho desde un puesto de tabacos.

—Oye, Paul —le dijo Mason cuando regresó—, yo me retiro.

Abre bien los ojos y no pierdas de vista esta puerta.

—Los tengo bien abiertos, Perry —contestó Drake, registrándose para buscar un cigarrillo.

## Capítulo 6

Mason abrió su coche y fue a meterse dentro, pero se detuvo en profunda concentración en la acera. De pronto cerró de golpe la portezuela del vehículo y se dirigió a un restaurante de servicio permanente, donde buscó un teléfono. Después de hojear el listín telefónico, marcó un número y dijo:

—Deseo hablar con el doctor Charles Gifford... Dígale que le llama Perry Mason para un asunto de la mayor importancia.

Oyó pasos que se alejaban del teléfono. Un momento después surgió la voz del doctor Gifford.

—Hola, Mason, ¿de qué se trata?

—Una mujer llamada Sarah Breel —explicó el abogado—, se encuentra en la ambulancia de la Jefatura de Policía con una pierna rota, posible fractura del cráneo y lesiones internas. Está sin conocimiento... la vigila la policía. Ya sabe usted cómo es. Todo lo que quiere es información. Le importa poco el paciente. Y empezarán a acosarla a preguntas en cuanto mueva un párpado. Oficialmente, yo no figuro como su abogado, y por eso no puedo presentarme en escena. Nadie solicitó los servicios de un médico particular para que la asista. Yo solicito los de usted. No necesita usted decir a nadie quién paga la factura. Preséntese por allí con un par de enfermeras oficiales. Trasládela, si puede ser trasladada, a una habitación particular del mejor hospital de la ciudad. Si no hay posibilidad de moverla, cuide de que tenga todas las comodidades que pueda proporcionar el dinero. Que la acompañen constantemente las enfermeras... Y usted manténgase en frecuente contacto con ellas. En cuanto la paciente recobre el conocimiento, quiero que se encuentre usted a la tarea.

—¿Algunas instrucciones particulares? —preguntó el doctor Gifford en tono profesional.

—No creo que sea necesario nada más, ¿no le parece? —

contestó Mason.

—Sin haberla visto —prosiguió el doctor en su tono de eficiencia —, me atrevo a decir que padece una conmoción nerviosa, y que tan pronto como recobre el conocimiento será necesario rodearla de tranquilidad. Por lo tanto, no podrá ser interrogada durante algunos días sin comprometer seriamente sus probabilidades de restablecimiento. La mantendré, pues, absolutamente tranquila, sin admitir visitas.

—Es usted un excelente doctor —dijo Mason—. Si le es posible, proporciónese enfermeras pelirrojas.

—¿Por qué pelirrojas? —preguntó el doctor Gifford.

—Oh, por nada —contestó Mason—, solamente que, en el caso de que los policías se pongan pesados, es siempre conveniente tener una enfermera pelirroja a mano. No se puede intimidar a una pelirroja.

—Conozco una pareja que se portará magníficamente —dijo el doctor—. Una de ellas es pelirroja y la otra morenita. Son competentes profesionalmente y no se dejan intimidar. Comprenderá usted, Mason, que los que sufren lesiones graves tienen que estar rodeados de completa tranquilidad.

—Insisto en que es una maravilla de doctor —dijo Mason, y colgó el aparato.

El abogado telefoneó a la Agencia de Detectives Drake y preguntó qué noticias había.

—Su secretaria telefoneó —contestó el encargado de teléfonos— y dijo que había localizado a la persona que usted deseaba. Ahora está ejecutando sus instrucciones, *mister* Mason.

Mason le dio las gracias, colgó el receptor y se dirigió directamente a la casa de la calle South Marsh número 913, donde George Trent tenía la tienda y el despacho.

Mason llamó al portero, cuyo malhumor se cambió en sonriente cooperación en cuanto se deslizó en la palma de su mano un billete doblado.

—¿Trent? —dijo—. Oh, sí. Tiene el despacho en el quinto piso. La sobrina subió hará míos cinco minutos escasamente.

—¿Virginia? —preguntó Mason.

—Creo que se llama así. Es alta, delgada...

—Necesito verla —dijo Mason—. Subamos.

El portero le subió en el ascensor, y salió el primero al pasillo para indicar una puerta iluminada.

—Ese es el despacho —dijo.

Mason le dio las gracias y echó a andar pasillo adelante. Llamó a la puerta y oyó que la voz de Virginia Trent preguntaba:

—¿Quién es?

—Mason —contestó el abogado.

—Oh, espere un momento, *mister* Mason.

La joven retiró una barra y abrió la puerta. Mason entró en una habitación amueblada como un despacho; una pequeña mesa a un lado, ficheros, una mesita de estenógrafa y una silla al otro. A uno de los lados de la habitación se abría una puerta, y otra en el fondo. Virginia Trent vestía un abrigo ligero a cuadros, con profundas bolsillos laterales. La joven llevaba las manos enfundadas en unos guantes de gamuza claros. Un sombrero color castaño, muy calado, se inclinaba ligeramente sobre la oreja derecha, contrabalanceado por una ala de pájaro de brillantes colores.

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó la joven.

Mason la observó mientras ella cerraba la puerta y ponía la barra en su lugar.

—Subí para charlar con usted —contestó.

—¿Sobre qué?

Mason miró a su alrededor, buscando una silla. Ella le indicó la colocada junto a la mesa de despacho. El abogado observó entonces que el gran bolso de cuero de la joven reposaba sobre la mesa de la estenógrafa.

—¿Ha estado escribiendo? —preguntó.

—Acabo de llegar aquí.

—¿En dónde ha estado usted? —inquirió Mason, displicente—. La he estado buscando.

—Fui a una sesión de cinematógrafo —contestó la joven—. Quería apartar a tía Sarah de mi imaginación. Ya sabe usted que cuando uno piensa continuamente en una cosa, pierde la perspectiva mental. Creo que es mejor ir a una sesión de cine y dar a la imaginación un descanso. ¿No hace usted eso cuando trabaja en algún caso, *mister* Mason?

—No —dijo sonriendo el abogado—. No me atrevo a emplear en eso el tiempo por temor de que alguien se me adelante. ¿Fue buena

la película?

—Bastante buena... Mister Mason, quiero preguntarle una cosa.

—Hágalo —la animó el abogado.

—¿Qué es un detector de la mentira?

Mason observó un momento a la joven y no encontró la menor expresión de malicia en sus ojos.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo.

—Por saberlo, nada más.

—¿Alguna razón particular?

—Me interesa desde un punto de vista psicológico, eso es todo.

—Pues el detector de la mentira —explicó Mason— no es realmente, nada más que un aparato para tomar la presión de la sangre, y se basa en la teoría de que cuando un testigo se dispone a mentir, sostiene una especie de lucha mental, y eso se traduce en un cambio de presión sanguínea, que, a su vez, se revela en una aguja. El decir la verdad es fácil y no exige esfuerzo. La mentira implica un esfuerzo mental.

—¿Tiene el aparato algún valor real? —preguntó la joven.

—Sí —contestó Mason—. Su valor, no obstante, depende de la habilidad del individuo que realiza el interrogatorio. En otras palabras, la máquina registra lo que podríamos llamar un cambio psíquico en el individuo. La habilidad del interrogador acentúa esos cambios psíquicos y les hace manifestarse.

—¿Sabe usted, *mister* Mason —dijo la joven—, que yo creo que podría vencer al detector de mentiras?

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Sería un experimento psicológico —dijo la joven—. Me gustaría intentarlo.

—¿Sobre qué mentiría usted? —preguntó el abogado.

—Sobre cualquier cosa.

—¿Sobre lo que ahora estaba usted haciendo aquí, por ejemplo?

—Aquí he subido a escribir unas cartas personales —explicó la joven—. Me acordé de la máquina y se me ocurrió subir a escribir un par de cartas a mis amigos.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—No lo sé, cinco minutos, o, quizá, diez.

—¿Pero usted no había empezado a escribir cuando yo llamé?

—No.

—¿Pues qué estaba usted haciendo?

La joven se echó a reír.

—¿Pero qué es esto, *mister* Mason, un interrogatorio en toda regla?

—¿Estaba usted pensando en la manera de vencer al detector de mentiras? —preguntó Mason.

—No diga tonterías, *mister* Mason. Le pregunté a usted eso porque me interesa su significación psicológica... Dijo usted que quería verme, *mister* Mason. ¿Para qué me necesita usted?

—Quería hablarle de su tía —dijo él, observándola atentamente.

—¿De tía Sarah?

—Sí.

—Oh, Dios mío, lo esperaba —gimoteó la joven—. Tuve un presentimiento horroroso en el cine. Estaba segura de que había sucedido.

—¿De que había sucedido qué? —preguntó Mason.

—De que la habían detenido, naturalmente.

—¿Por qué?

—Por cleptómana... o por lo de los diamantes.

—Me gustaría saber algo más de esos diamantes —dijo Mason—. ¿Puede usted darme una descripción bastante exacta de ellos?

—Sí. Tío George tenía algunas notas... Pero hágale de tía Sarah. ¿Qué pasó? ¿Está detenida?

—Fue atropellada por un automóvil —dijo Mason.

—¡Un automóvil! —exclamó la muchacha.

—En el Boulevard Saint Rupert, cerca de la calle Noventa y Uno. ¿Significa eso algo para usted?

—¿Tan lejos? —preguntó la joven—. ¿Y qué estaba haciendo tía Sarah por allí?

—Allí vive Cullens, ¿no es cierto? —preguntó Mason.

La joven quedó unos momentos pensativa.

—Me parece que sí —dijo—. Espere un momento. Tengo su dirección en los ficheros...

—No necesita usted mirarlo —interrumpió Mason—. Cullens vive allí. Es decir, vivía.

—¿Se ha mudado?

—No. Lo han matado.

—¿Matado?

—Sí, de un tiro en el costado izquierdo, con un revólver.

—¿Qué significado da usted a ese suceso, *mister* Mason? Tenga la bondad de decírmelo.

—Su tía —explicó Mason— se desbordó de la acera y se colocó delante de un automóvil. El vehículo la atropelló y le rompió una pierna y le fracturó el cráneo. Existen posibles lesiones internas. Presentaba sangre en el zapato izquierdo. Esta sangre no provenía de las heridas recibidas. Además, estaba manchada también la suela del zapato, lo que parece indicar que...

Se interrumpió al ver que la joven se dejaba caer en una silla, pálido el rostro y temblorosos los labios.

—Tranquilícese —aconsejó Mason.

La joven trató de sonreír.

—¿Hay por aquí un poco de whisky? —preguntó el abogado.

La joven indicó con un gesto la mesa.

Mason tiró del cajón de la parte derecha de la mesa y encontró una botella medio llena de whisky. Quitó el tapón y entregó el frasco a Virginia. La joven bebió torpemente, tratando de succionar el líquido del recipiente y derramando alguno por la pechera del vestido al retirar la botella de los labios.

—Tendrá usted que aprender a beber de una botella —dijo Mason—. Hay que dejar que entre algo de aire. Así.

La joven le observó y sonrió tristemente.

—Lo hace usted muy bien —dijo—. Prosiga, *mister* Mason, podré resistirlo. Cuénteme el resto.

—Casi he terminado —dijo Mason—. Su tía está sin conocimiento. En su bolso encontraron un revólver, unos diamantes, algunas medias de seda robadas en otros almacenes, y una labor de punto.

—¿Se salvará mi tía?

—Creo que sí —contestó Mason—. He contratado al mejor doctor de la ciudad para cuidarla. Además he encargado enfermeras especiales.

La joven le dio las gracias con la mirada.

—En el bolso de su tía había cinco diamantes —prosiguió Mason—. Estaban envueltos en papel de seda. A mí se me ocurrió si serían los diamantes Bedford...

—La colección la formaban cinco diamantes —confirmó la joven

—. ¿Pero dónde los encontraría mi tía?

—Eso está por averiguar —dijo Mason—. Cullens llevaba un cinturón de gamuza pegado a su cuerpo. Alguien se lo arrancó y, probablemente, se llevó el contenido.

—¿Pero dónde encontraría Cullens los diamantes Bedford? —preguntó la joven.

—Probablemente en una casa de juego conocida por The Golden Platter. Cullens telefoneó a *mistress* Bedford que su tío había pignorado allí las piedras por seis mil dólares y que iba a hacer presión para intentar rescatarlas por tres mil...

—Pero tía Sarah —repuso la joven— no pudo quitarle las piedras a *mister* Cullens. Quizá se las diera él aunque...

—Si no se las quitó a Cullens —replicó Mason—, probablemente las cogería de la caja de caudales.

—Eso ya es más fácil —confesó la joven—. Nunca se me ocurrió mirar en aquel bolso. Era de bastante tamaño. En él llevaba toda clase de cosas.

—¿No lo llevaba este mediodía en los almacenes? —preguntó Mason.

—No, lo dejó en el automóvil.

—No lo hubiera hecho si hubiese llevado en él los cinco gruesos diamantes, ¿no le parece?

—Bueno, nunca se sabe... Después de todo, si mi tía hubiese pensado cometer algún latrocinio hubiese sido el sitio más seguro para el producto del robo.

—No está mal pensado —dijo Mason pensativo—. ¿Qué hay detrás de aquella puerta, Virginia? ¿El almacén?

La joven hizo un gesto afirmativo.

Mason abrió la puerta y se asomó al oscuro interior.

—Parece que tienen ustedes mucho espacio aquí —dijo.

—Sí —confesó la joven—, más de lo que tío George realmente utiliza, pero necesita más espacio del que podría disponer en un edificio dedicado a oficinas.

—¿Dónde está el conductor de la luz? —preguntó Mason.

—No lo hay —contestó Virginia—. Se enciende la luz tirando del cordón que cuelga de cada lámpara. Así se evita que los operarios malgasten, electricidad... Aquí tengo una linterna para buscar el cordón, si lo necesita.

La joven abrió su bolso de cuero castaño y sacó una linterna niquelada de unas seis pulgadas de largo por media de diámetro.

—Bonita linterna —comentó Mason—. ¿La lleva usted siempre?

—Sí —contestó la joven—, es tan manejable...

Mason encendió la linterna y, con su ayuda, localizó el cordón de la primera lámpara. Se disponía a acercarse para tirar de él, cuando el haz luminoso, deslizándose sobre una pila de cajas de embalaje colocada en un rincón, descubrió una mancha de color. Mason se detuvo para concentrar el haz sobre la descolorida madera.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿Qué?

—Esta pila de cajas de embalaje —dijo Mason—. La de encima tiene un... No importa, yo mismo lo miraré.

Sosteniendo la linterna en la mano izquierda, Mason se acercó al rincón y examinó la mancha rojiza que tenían las tablas. El abogado olfateó el aire, luego arrimó un pequeño cajón y se subió a él.

El cajón se bamboleó bajo el peso del abogado y antes de que pudiera descender, cedió bajo él con un crujido. Mason extendió la mano para conservar el equilibrio y se agarró al borde de la gran caja de embalaje colocada encima de la pila. Un momento después, toda la pila de cajas se bamboleó precariamente.

—¡Cuidado! —gritó Virginia Trent desde la puerta.

Mason se echó a un lado. La gran caja de embalaje se desprendió de la pila, cayó con estruendo sobre un ángulo y arrojó el cuerpo inerte de un hombre, que rodó por el suelo, donde quedó inmóvil, indistinto a la media luz de la habitación como un grotesco muñeco despatarrado. Virginia se le quedó mirando con los ojos muy abiertos; luego empezó a chillar con chillidos histéricos que cortaron el silencio del edificio.

Mason avanzó hacia ella.

—¡Cállese! —dijo—. Ayúdeme a encontrar el cordón de la luz.

Había dejado desprenderse la linterna en su caída y ahora, a tientas, con las manos extendidas, buscaba el cordón que encendía la luz. Virginia retrocedió ante él como si, en cierto modo, le asociase con lo que yacía en el suelo. Los ojos parecían ir a salirse de las órbitas. Su boca formaba un gran círculo oscuro, mientras continuaba gritando.

Mason oyó pasos en el pasillo y unos golpes a la puerta.

—¡Cállese, loca! —dijo, abalanzándose a la joven—. ¿No ve usted que...?

Virginia retrocedió gritando, hasta el antedespacho. El ruido de los puñetazos se hizo más audible. Virginia se refugió en un rincón. Alguien hizo saltar de un golpe el panel de cristal de la puerta, metió el brazo por el hueco y accionó el pestillo.

Mason se encontró frente al sargento Holcomb.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó este.

Mason indicó el almacén con una inclinación de cabeza.

—No lo sé —dijo—. Hay algo ahí que debe usted mirar.

Virginia Trent continuaba gritando.

—¿Qué le pasa? —preguntó Holcomb.

—Histerismo —contestó Mason.

Virginia señaló hacia el almacén, trató de dominarse y no pudo.

—Vamos, vamos, muchacha, tranquilícese —dijo Mason, acercándose a ella.

La joven huyó de él, horrorizada, echó los brazos al sargento Holcomb y se colgó de él, temblorosa y balbuciente.

—¿Pero qué diablos le ha hecho usted? —preguntó Holcomb a Mason.

—No diga tonterías, sargento —contestó el abogado—. La muchacha está trastornada. Hay un cadáver en la otra habitación.

—¡Un cadáver!

Mason asintió.

—¿De quién?

—No lo sé. Estaba metido en una caja de embalaje en lo alto de una pila. Vi una mancha que me pareció sospechosa. Me subí a un cajón y empecé a investigar. El cajón cedió. Me agarré a la caja y toda la pila se vino abajo. Una de las cajas dejó escapar el cadáver. Esto estaba medio a oscuras. A la muchacha le dio la pataleta y yo traté de tranquilizarla.

—Echemos un vistazo —dijo Holcomb.

Virginia Trent se agarró a él en el frenesí del terror. Holcomb se esforzó por desprenderse de sus brazos, que se ceñían rígidamente a su cuerpo.

—Tranquilícese —dijo—. Suélteme ya... me parece que ha bebido usted.

—No está embriagada —explicó Mason—. Hay whisky en la mesa. Esta joven se desmayó cuando le dije lo de su tía y tuve que darle algo a beber para reanimarla...

—¿Cuándo fue eso?

—Hará un minuto.

—El portero dice que acaba de llegar —contestó Holcomb de mala gana—. ¿En qué cajón estaba el whisky?

—Arriba, en el de la derecha.

Holcomb abrió el cajón, sacó la botella de whisky, luego se agachó, curioseó más al fondo del cajón, metió una mano y sacó un revólver.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Yo diría que es un revólver de calibre treinta y ocho —contestó Mason, inspeccionándolo.

—Ayúdeme a sostener a esta muchacha —dijo Holcomb— mientras le damos un trago. Si no, no me soltará.

La muchacha arreció en sus chillidos cuando se acercó Mason.

—Parece que le hace a usted responsable de sus cuitas —comentó Holcomb.

—¡Cállese! ¿Qué sabe ella? Vamos, Virginia, beba un poco de esto.

Virginia balanceó la cabeza de un lado al otro, rechazando el whisky.

—Es la única manera —dijo Mason—; sosténgala así, sargento.

—Es una buena cosa que lleve guantes y no pueda arañar. —Entre los dos la obligaron a que bebiese un buen trago de whisky. Ella se debatió, escupió, empezó a toser.

—¡Vamos, Virginia, no hay más remedio! —la animó Mason.

El portero se presentó en la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Hágase cargo de esta joven —dijo Holcomb, empujando a Virginia a los brazos del portero. Ella se colgó de su cuello como lo había hecho antes del sargento. Holcomb y Mason entraron en el almacén y buscaron a tientas el cordón de la luz. Cuando lo encontraron, tiraron de él y una lámpara brilló cegadora...

—Presumo que es George Trent —dijo Mason—. Evidentemente, lleva muerto un buen rato.

Holcomb llamó al portero.

—¡Oiga! Entre aquí y eche un vistazo a este individuo y vea si puede identificarlo.

Mientras el portero avanzaba hacia la puerta, Virginia Trent soltó su presa, se dejó caer en la silla de la estenógrafa, apoyó la cabeza en sus brazos y sollozó violentamente.

El portero contempló la escena con la boca abierta.

—Ese es George Trent —dijo simplemente.

Holcomb se acercó al teléfono, se inclinó sobre los agitados hombros de la muchacha para coger el aparato, marcó el número de la Jefatura de Policía y dijo:

—Homicidios... Aquí Holcomb. Tenemos otro cadáver en el número nueve trece de la calle South Marsh. Esta vez se trata de George Trent. Vengan en seguida...

Colgó el auricular y dijo a Mason:

—Enséñeme dónde estaba.

Mason indicó la pila de cajas de embalaje.

—Las oí caer cuando salía del ascensor —dijo Holcomb—. ¿Cómo supo usted que estaba allí?

—Noté, por casualidad, esa peculiar mancha rojiza producida por algún líquido filtrado a través del fondo de la caja. Me subí en un cajón. El cajón cedió. Me agarré a la caja de arriba y toda la pila se vino abajo.

—¿Dónde estaba el cadáver?

—Metido en esa caja grande.

—¿Y la caja?

—En lo más alto de la pila.

El sargento Holcomb inspeccionó la caja.

—Evidentemente —murmuró—, lo metieron aquí poco después de matarlo de un tiro.

—Y a continuación subieron la caja allá arriba —añadió Mason.

Holcomb asintió.

—Eso fue porque no tenían tapa para la caja y no querían que se descubriese el cadáver.

—Pues debieron suponer que se descubriría tarde o temprano —dijo Mason.

—Más bien tarde que temprano —repuso Holcomb—. El que lo mató quería ganar tiempo.

Contempló pensativo el cadáver unos segundos y luego añadió a

guisa de comentario:

—Verdaderamente es un extraño lugar para meter un cadáver.

Reinó el silencio durante unos segundos, silencio solo interrumpido por los sollozos ininterrumpidos de Virginia Trent.

—Observe usted lo que llevaba debajo de la camisa, sargento —propuso Mason—. Vea si es un cinturón de gamuza con alguna pedrería en los bolsillos.

—Haré una investigación después de que llegue el forense —contestó bruscamente el sargento—. Si desea usted más detalles, puede leer los periódicos.

—¿Eso quiere decir que puedo marcharme? —preguntó Mason.

Holcomb reflexionó unos momentos.

—Sí —contestó—. El portero me dijo que entró usted un minuto antes que yo. Oí derrumbarse las cajas cuando salía del ascensor, y luego los chillidos de la muchacha. Me parece que por esta vez puedo darle un certificado de sanidad, y algo parece decirme que podré sacar muchos detalles de esta joven si usted no se queda para aconsejarla.

—Está frenética —observó Mason.

—Ya se repondrá.

—Sería una vergüenza interrogarla ahora. Haría usted de ella una madeja de nervios.

—¿Sabe usted qué hacia aquí? —preguntó Holcomb.

—Trabaja en este despacho. Es su ocupación.

—Ya. ¿Y en qué trabaja a esta hora de la noche? Cuando usted se presentó aquí, ¿cómo sabía que la iba a encontrar?

—No lo sabía —contestó Mason—. Se me ocurrió subir. Ella había estado en una sesión de cinematógrafo y había venido a escribir unas cartas.

—¿Qué cartas?

—No lo sé. Unas cartas que quería escribir a máquina.

El sargento Holcomb apuntó su pulgar en dirección a la puerta del pasillo.

—Bien, Mason; nada más —dijo—. Esta muchacha habla inglés y no necesitaré intérprete.

## Capítulo 7

Mason llamó al despacho de Paul Drake.

—¿Algún recado para mí? —preguntó.

—Sí, *mister* Mason. Su secretaria dijo que la llamase al Green Room del Maxime Hotel. Dijo que era importante.

—¿Algo más? —inquirió Mason.

—Drake acaba de entrar. Quiere hablar con usted.

Mason oyó el chasquido de la conexión y luego la voz de Paul Drake en la línea.

—¿A qué se debe la conmoción que has armado en la Brigada de Homicidios, Perry?

—Les he encontrado otro cadáver —contestó Mason.

—¡No me digas!

—Como lo oyes.

—Menos mal —dijo Drake.

—¿Por qué menos mal?

—Porque no estaba yo contigo. ¿De quién es el cadáver, Perry?

—De George Trent.

Mason oyó el silbido de sorpresa de Drake.

—¿Dónde estaba? —preguntó el detective.

—En una caja de embalaje en su taller. ¿Qué pudiste averiguar de él?

—Nada más que sus señas personales. Tengo varios hombres buscándole por la población. Los llamaré.

—Dame esas señas.

—Cincuenta y dos años de edad, seis pies de estatura, doscientas diez libras de peso, cabellos castaños, ojos castaños... Dime, Perry, ¿estás seguro que es George Trent?

—Razonablemente seguro —contestó Mason—. La sobrina tenía un ataque de histerismo. El portero lo identificó. El cadáver había sido metido en una caja de embalaje. Yo quise curiosear por allí,

pero Holcomb me expulsó. Quería «trabajar» a la muchacha mientras estaba histérica. ¿Qué más, Paul?

—Tengo algunos datos que mis hombres recogieron a la salida del Golden Platter. Estoy traduciendo los números de las matrículas en nombres y direcciones.

—¿Averiguaste algo de Ione Bedford? —preguntó Perry Mason.

—Ahora está en el Green Room del Maxime Hotel con Della.

—¡Magnífico! —dijo Mason—; aprovéchate de que está allí para que uno de tus hombres registre sus habitaciones.

—Está bien —dijo Drake—. Han trasladado a Sarah Breel. Han llegado a la conclusión de que no tenía el cráneo fracturado.

—¿A dónde la han trasladado? —preguntó Mason.

—Al Dearborn Memorial Hospital.

—¿Tenía conocimiento?

—Me parece que no, pero, aparte de posibles lesiones internas, le han encontrado una pierna rota y una contusión. Cuéntame más de Trent, Perry. ¿Quién lo —mató?

—Al parecer, una bala —contestó Mason—. Por cierto que había un revólver del calibre treinta y ocho en el cajón de la parte superior derecha de la mesa del despacho de Trent. Eso puede o no ser significativo. Había también una botella de whisky en el cajón. Yo estuve haciendo beber a la sobrina y hablé a Holcomb de la botella. Él tiró del cajón un poco más que yo y se dio cuenta de la presencia del revólver.

—Dedicaré unos hombres a la tarea y veremos lo que se puede averiguar —dijo Drake—. Della quiere hablarte.

—Ahora la llamo —dijo Mason.

El abogado colgó el receptor, marcó el Maxime Hotel, pidió el Green Room y rogó que se avisase a Della. Unos momentos después, oyó su voz, un poco más chillona que de costumbre.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto, jefe?

—¿A qué se refiere?

—Ya lo sabe usted —contestó la secretaria, y dejó escapar una risita.

—¿Se refiere usted a lo de seguir mis instrucciones con Ione Bedford?

—Naturalmente.

—Pues no lo sé... quizá no mucho más. ¿Por qué?

—La muchacha tiene ideas —dijo Della Street.

—¿Referentes a qué? —preguntó Mason.

—A lo que estamos haciendo ahora.

—¿Y qué están ustedes haciendo ahora?

—Puniendo bebidas en la cuenta de gastos.

—Continúen con ello —dijo Mason—. La cuenta de gastos puede resistirlo.

Della Street hipó en el teléfono. Mason no pudo decir si el hipo fue en broma o verdadero.

—Perdóneme —dijo la joven, con dignidad—. Algo que comí... Quizá la cuenta de gastos pueda resistir, pero yo no.

—Aguante un poco más —dijo Mason—. Ahora mismo me presento ahí.

—Usted habrá oído hablar de la música, ¿verdad, jefe?

—Sí. ¿Qué hay de la música?

—Que no hace más que tocar —dijo Della Street y colgó el aparato.

Mason se dirigió al Maxime, entró en el Green Room y encontró a Della Street, Ione Bedford y tres caballeros sentados a una mesa. Mason trató de hacer parecer el encuentro como casual.

—Bien, bien —dijo—. ¿Cómo por aquí?... ¡Y también *mistress* Bedford! Verdaderamente es un placer.

—Siéntese, jefe —dijo Della Street—. Todavía cabe otra silla.

—Es el cumpleaños de su secretaria —explicó *mistress* Bedford.

Un camarero trajo una silla. Mason se sentó a la mesa. Los caballeros le saludaron sin entusiasmo. Nadie se molestó en hacer las presentaciones.

Della Street giró en su asiento, buscando al camarero.

—He llegado casi al límite de mi capacidad —declaró—. Voy a pagar la cuenta y a marcharme. —Abrió su bolso, rebuscó en el interior, sacó un monedero, y su rostro expresó la mayor consternación—. ¡Dios mío! —exclamó—. Me he venido sin el billetero. Solo tengo unas monedas.

Mason empezó a llevarse la mano al bolsillo, pero se contuvo al sentir que Della Street le aplicaba un puntapié en el tobillo por debajo de la mesa.

—Empezó la música de baile —dijo uno de los muchachos—. Ustedes me perdonarán, pero voy a bailar esta pieza con una

muchacha de San Francisco.

Della Street miró significativamente al camarero. Mason oyó el arrastrar de sillas en un éxodo general. Della Street sonrió complacida y sacó de su bolso un fajo de billetes.

—Ha sido un buen truco —comentó *mister* Bedford.

—De algún modo tenía que deshacerme de ellos —dijo Della—. El patrón quiere hablar de negocios.

—¿Quiénes eran? —preguntó Mason.

—Nada más que unos gorriones —explicó Della—. Vienen, beben, bailan y vuelven a beber.

La secretaria volvió los billetes a su bolso.

—Debió usted tener más tacto —dijo Ione Bedford a Della Street—. Uno de los muchachos había tenido todavía ocasión de preguntarme el número de mi teléfono.

—He ahí el resultado de dejar venir solas a dos muchachas a estos lugares —declaró solemnemente Mason—. Vamos, Della, tenemos que ir a otro sitio.

El camarero se acercó a la mesa.

—¿Algo? —preguntó.

—Sí —dijo Della—, mi cuenta. —Rebuscó en su bolso—. No encuentro aquellos billetes —añadió—. Me parece que me vine sin ellos.

El camarero deslizó gravemente la factura frente a Perry Mason. Este sonrió, sacó el billetero del bolsillo, dejó un billete de veinte dólares encima de la factura, miró de nuevo su importe y dijo al camarero:

—Quédese con la vuelta como propina.

El camarero se inclinó, dando las gracias.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ione Bedford.

—A la Jefatura de Policía —contestó Mason.

—¡A la Jefatura!

—Ciertamente. Hay allí unos diamantes que quiero que identifique usted.

—¿Mis diamantes?

—Eso creo... Esperen un momento, antes tengo que hacer una llamada telefónica.

—Bien, yo me arreglaré un poco —dijo *mistress* Bedford—, y para cuando nos hayamos empolvado la nariz y cogido nuestros

abrigos, ya habrá usted terminado con su teléfono. Vamos, Della, deme su apoyo moral.

Mason llamó a la oficina de Drake.

—Escucha, Paul —dijo—, es muy importante. Ione Bedford, Della Street y yo vamos a la jefatura de Policía. Voy a echar un vistazo a aquellos diamantes. Luego haré unos cuantos comentarios y dejaré a *mistress* Bedford en libertad. Quiero que te enteres adónde va y lo que hace después de abandonar la Jefatura. Envía algunos de tus hombres que nos conozcan a Della y a mí. Nos verán entrar y eso será quizá como poner el dedo en *mistress* Bedford. Ella quizá salga sola después.

—Bien —dijo Drake—. En seguida enviaré esos hombres.

Mason colgó el receptor y se entretuvo por los alrededores del guardarropa hasta que las muchachas salieron del tocador.

Las ayudó entonces a ponerse los abrigos, gratificó a la encargada y abrió camino hacia su coche.

—¿Qué le hace a usted creer que son mis diamantes? —preguntó *mistress* Bedford.

—No creo nada —dijo Mason—. Solo quiero que los vea usted.

—¿Dónde los encontraron y cómo es que están en la Jefatura de Policía?

—*Mistress* Breel fue atropellada por un motorista —explicó Mason—. Después la llevaron a un hospital de urgencia. Entre otras cosas encontradas en su bolso, figuraban esos diamantes envueltos en papel de seda.

—Pero no pueden ser los míos —objetó *mistress* Bedford—, porque Aussie los iba a rescatar en The Golden Platter.

—¿Le telefoneó a usted que tenía ya los diamantes? —preguntó Mason con indiferencia.

—No volvió a telefonearme después de aquella, primera vez. Dijo que los había localizado, que habían sido pignorados en seis mil dólares y que podría rescatarlos por tres mil. Yo le dije que pagase los tres mil.

—Perdóneme, *mistress*, Bedford —interrumpió Mason—, pero hay un pormenor en este caso que preferiría no comentar hasta que hubiese visto usted los diamantes.

—Está bien —dijo *mistress* Bedford, encogiéndose de hombros—. No me desagrada que se haga usted el misterioso.

—No hay derecho, jefe, a que se ponga usted tan serio en el día de mi cumpleaños —dijo Della Street—. Lo que pasa es que no ha bebido usted y se conserva completamente sereno.

Mason miró a hurtadillas su reloj de pulsera.

—Bien —dijo—, eso no es una enfermedad incurable.

Della Street le miró con exagerada gravedad.

—En su caso lo es —declaró—. Está usted trabajando. Podrá usted beber una o dos copas, pero le resbalarán por el espinazo como agua por el estómago de un pato.

Ione Bedford rió ruidosamente. Della Street se volvió para dirigirle una mirada de reproche.

—No lo he dicho accidentalmente —declaró—. Lo dije a propósito. Fue un rasgo de ingenio.

—Ya lo sé, querida. Por eso me reía —repuso *mistress* Bedford.

—Ninguna mujer se ríe de ese modo de los rasgos de ingenio de otra cuando hay un hombre en la partida —replicó Della—. Otra mujer se reiría política y cortésmente. Usted no se rió políticamente. Usted creyó que yo quería decir que la bebida le resbalaría a *mister* Mason por la espalda... pero, bueno, esto no es importante. ¿Quién va a querer malgastar unas copas en el estómago de un pato?

—Su secretaria es más joven de lo que yo creía —dijo Ione Bedford a Mason.

Della Street se echó a reír.

—Lo que ella quiere decir es que soy demasiado inexperta en mi cumpleaños después de haber celebrado tantos.

—¡Oh, no, querida! —protestó Ione Bedford—. Después de todo, solo ha bebido usted cinco o seis copas.

Della Street abrió mucho los ojos y los volvió a Perry Mason.

—Si será burlona —dijo—, que se atreve a usar la palabra «solo» para hablar de cinco o seis combinados.

—Al parecer, ha sido un cumpleaños muy divertido —comentó Mason.

—No emplee usted el tiempo pasado —le dijo Ione—. El cumpleaños de su secretaria no termina hasta medianoche. Y ahora que nos acompaña usted, estamos llenas de nuevas ideas para celebrarlo... Esto me recuerda que yo también tengo que hacer una llamada telefónica. Tardaré solamente un minuto.

Se precipitó hacia la cabina telefónica y tuvo buen cuidado de cerrar bien la puerta.

—¿Tiene usted idea de a quién va a llamar, Della? —preguntó Mason a su secretaria.

—No.

—¿Qué objeto tuvo esta francachela? —preguntó Mason.

—Mistress Bedford —contestó Della— no hacía más que servirme bebidas, tratando de hacerme hablar. Yo no sabía lo que usted podía tardar en presentarse, y por eso fingí que empezaba a sentir los efectos.

—¿En qué proporción calcula usted que es fingimiento? —preguntó Mason.

La joven se dignó dar a la pregunta unos minutos de consideración.

—En un cincuenta por ciento es verdadero, jefe —declaró. Luego hipó y añadió—: Bueno, quizá haremos bien en poner un setenta y cinco por ciento.

Ione Bedford salió de la cabina telefónica, se dirigió a Mason, entrelazó un brazo con el suyo y dijo:

—Bien. Vamos donde quieran. ¿Podremos beber en la Jefatura de Policía?

—Allá veremos —contestó el abogado.

Precedió a las dos mujeres hasta su coche y lo puso en marcha hacia la Jefatura de Policía, mientras las dos muchachas, de muy buen humor, hacían hilarantes comentarios sobre los coches que pasaban, sobre las señales eléctricas y sobre otros detalles que atraían su atención...

En la Jefatura de Policía, el empleado sentado detrás de la ventanilla miró a Mason con hosca desconfianza. Mason le presentó a Ione Bedford.

—Mistress Bedford —explicó— confió unos diamantes a Austin Cullens para que los entregase a George Trent. Hay alguna posibilidad de que los diamantes encontrados en el bolso de *mistress* Breel sean los diamantes Bedford.

—¿Y qué? —preguntó el de la ventanilla.

—Quería ver si *mistress* Bedford puede identificarlos —contestó Mason.

—Espere un momento.

El empleado cogió un teléfono que tenía en la embocadura un dispositivo destinado a hacer inaudible la conversación. Habló durante dos o tres minutos y luego se apartó el teléfono para dirigirse a Mason.

—¿Cómo dijo que se llama esta señora? —preguntó.

—Mistress Bedford, Ione Bedford.

El individuo volvió el teléfono a sus labios, siguió una conversación adicional y luego colgó el auricular y se acercó a una caja fuerte. De ella sacó el bolso de *mistress* Breel, y de este las piedras envueltas en papel de seda, que colocó sobre el mostrador.

Mistress Bedford, disipada su hilaridad, observó cómo el empleado quitaba los papeles.

—No —dijo lentamente cuando los diamantes aparecieron a la vista—, estos no son los míos.

—¿Está usted segura? —preguntó Mason.

La dama asintió y se volvió para mirar a Mason.

—No los había visto en mi vida —dijo—. Son algo parecidos a los míos, pero no son los míos.

—Nada más —dijo Mason—. Gracias.

El empleado procedió a envolver cuidadosamente cada uno de los diamantes.

—¿Cómo llevaría *mistress* Breel estas piedras en su bolso? —preguntó *mistress* Bedford—. Valen dinero.

—Eso es algo que ignoramos —contestó Mason.

—Mistress Breel se salió de la acera y fue a colocarse delante de un automóvil. Esto fue en el Boulevard Saint Rupert, entre las calles Noventa y Uno y Noventa y Dos...

—¿Y qué hacía por allí? —interrumpió Ione Bedford, con la voz súbitamente alterada.

—No lo sé —dijo Mason—. Nadie lo sabe. Claro está que con el hallazgo del cadáver de Cullens la policía cree...

—¿Con el hallazgo de qué?

Mason la miró, sorprendido...

—¿Pero no lo sabe usted? —preguntó.

—¿Saber qué? —inquirió ella, pareciendo morder los finales de las palabras al pronunciarlas.

—Oh, lo siento —se disculpó Mason—. Creí que lo sabía usted.

—Prosiga; acabe de contármelo.

—Austin Cullens fue muerto de un disparo a cierta hora de esta noche. La policía encontró su cadáver tendido en el suelo del salón de su casa.

Ione Bedford permaneció rígidamente inmóvil.

—Y a mí, ¿cómo no me lo dijo usted, jefe? —preguntó Della Street a Perry Mason.

—Creí que se lo había dicho —contestó el abogado—. Han ocurrido tantas cosas esta noche, que no estaba seguro... Lamento mucho, mistress, Bedford, que esto sea un gran golpe para usted. Le conocía desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

Mistress Bedford se volvió repentinamente hacia Della Street. Había una fría sospecha en sus ojos.

—Muy bien —dijo—. Ustedes pueden seguir celebrando el cumpleaños de Della Street. Yo me retiro.

—¿Puedo llevarla a algún sitio? —preguntó Mason—. Recuerde que tengo coche.

—No —contestó ella lacónicamente, encaminándose hacia la puerta.

—Ha sido usted cruel, jefe —dijo Della a Mason en tono de reproche, cuando la puerta se cerró—. Quizás estuviera enamorada de él.

—Eso es precisamente lo que yo quería saber —contestó Mason.

## Capítulo 8

Mason, recién afeitado y boyante como una pelota nueva de tenis, enganchó diestramente su sombrero en el curvado brazo de latón del perchero, se acercó a su mesa, cogió el montón de correspondencia importante que Della había colocado sobre la carpeta, y lo depositó al otro extremo de la mesa.

Della Street abrió la puerta de su despacho e hizo un gesto de saludo.

—Hola, jefe. ¿Qué hay de nuevo?

—¿Cómo van esos cumpleaños? —preguntó a su vez Mason.

—Muy bien —contestó la secretaria—. Yo me he repuesto, pero no me dé más comisiones de esa clase.

—Después de todo —rió Mason—, fue un cumpleaños falso. Bien sabe usted que no es realmente un año más vieja.

—Pues yo me siento como si lo fuera —replicó la joven.

—¿De quién fue la idea del cumpleaños? —preguntó él.

—El Green Room parecía ser la única cosa que interesaba a *mistress* Bedford —explicó Della—, y naturalmente tuve que dar alguna excusa para invitarla a ir allí.

—¿Y aquellos caballeretes?

—¿Qué caballeretes?

—El grupo de jovencitos que rodeaba la mesa, bailando y...

—Oh, ¿se refiere usted a los gorriones? No he vuelto a saber de ellos.

—¿Cómo es eso? —preguntó él, regocijado—. ¿Todos pidieron a Ione Bedford el número de su teléfono y ninguno se lo pidió a usted?

—No sea tonto, jefe.

—¿Se atreve usted a decir que se negó a darles su número?

Della sonrió.

—Les dije que me llamaba Virginia Trent y les di su número. La

muchacha se llevará un alegrón.

Mason rompió a reír.

—Paul Drake —prosiguió la secretaria— quiere verle a usted lo antes posible.

—Dele un timbrazo —dijo Mason—. ¿Qué traen los periódicos? ¿Algo interesante?

—Ah, muchas cosas —dijo Della—, y Drake parece estar reventando de información. Voy a llamarle.

La secretaria volvió a su despacho, y Mason cogió los periódicos para ojearlos. Unos momentos después, Della cruzó el despacho para colocarse en la puerta de salida que daba al pasillo. Cuando oyó fuera los pasos de Paul Drake, abrió la puerta y, haciendo una burlona reverencia, se hizo a un lado.

—Hola, Della —saludó el detective—. Hola, Perry.

Mason indicó una silla.

—¿Qué hay de nuevo, Paul?

El detective se acomodó en el gran sillón de cuero, con las piernas colgando sobre uno de los brazos.

—Muchas cosas —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—Pues principia por el medio y camina hacia ambos extremos —dijo Mason.

—En el asunto del juego —empezó diciendo Drake— hemos escogido dos pájaros gordos. Uno de ellos es un contratista de unos cincuenta y cinco años, que se encontraba allí con una muchacha y que no pasaría de treinta y representaba veinte. El otro es el apoderado de un Banco que se encontraba muy amartelado con una rubita. Cualquiera de los dos puede ser lo que necesitamos.

—¿Qué hay de Ione Bedford? —preguntó Mason—. ¿La seguisteis?

—Naturalmente.

—¿Adónde fue?

—Cuando abandonó la Jefatura —dijo Drake, abriendo un cuaderno de notas y consultándolo—, parecía llevar mucha prisa. Corrió hasta la esquina para detener un taxi, no tuvo suerte, y bajó por la calle, un par de manzanas, hasta el Spring Hotel. Hay allí una parada de taxis. El conductor del vehículo que alquiló procuró anticiparse a las señales luminosas y correr lo más velozmente posible hasta llegar a los departamentos Milpas, en Canyon Drive.

La mujer subió allí al departamento trescientos catorce, ocupado por un tal Pete Chennery. Al parecer, *mistress* Bedford es también *mistress* Chennery.

—Pues ella tiene en Madison Avenue unas habitaciones a su nombre —intervino Della Street—. Este nombre no figura en el listín telefónico porque el teléfono fue conectado después de su publicación, pero está a nombre suyo, como pueden ustedes convencerse llamando a Información.

Drake asintió con un gesto.

—¿Cómo has descubierto que *mistress* Bedford es *mistress* Pete Chennery de los departamentos Milpas? —preguntó Mason.

—Los muchachos husmearon un poco por allí —dijo Drake.

—¿Dónde está *mistress* Bedford ahora?

—Según el último informe, en los Milpas.

—¿Registraron tus hombres sus habitaciones de Madison Avenue?

—Entramos, pero nos apremió el tiempo —contó Drake—. Tú fuiste a buscarla al Green Room, la llevaste a Jefatura, y no permaneció allí mucho tiempo. Cuando salió, nos figuramos que se dirigiría a su departamento, así es que avisé en seguida a mis hombres para que abandonasen la tarea. No obstante, hicieron buen trabajo. Nada de cartas ni correspondencia ni cuadernos de cheques. Nada personal, excepto lo que era de esperar: cepillos de dientes, cosméticos, ropas y un par de cientos de tarjetas de visita junto con la plancha que sirvió para imprimirlas.

—Y Chennery, ¿estaba en casa cuando ella llegó?

—Al parecer, no. Las habitaciones estaban a oscuras.

—Me gustaría saber algo más de ese Chennery —dijo Mason—. Necesito una descripción. Y particularmente me gustaría averiguar si hay probabilidades de que Chennery sea también conocido por Austin Cullens.

—Dedicaré más hombres a esa tarea —prometió Drake—. Voy a averiguar todo lo que podamos sin que ella sospeche nada. Porque tú no querrás que se entere de que la vigilamos, ¿verdad?

—Naturalmente —contestó Mason.

Sonó el teléfono de la mesa. Della cogió el receptor, escuchó un minuto, se volvió a Mason y dijo:

—El doctor Gifford.

Mason cogió el teléfono, un instante después, oyó la voz del doctor que decía con premiosidad profesional:

—Retenga lo que voy a decirle. Mason. No tendré ocasión de repetirlo. Mistress Breel ha recobrado el conocimiento. Realmente lo había recobrado ya, pero durmió la mayor parte de la noche. No hay fractura del cráneo, ni lesiones internas. La fractura de la pierna derecha está reducida. Se encuentra detenida, con un agente de guardia a la puerta de la habitación. No se permite a nadie visitarla. Se niega a hacer declaración alguna, excepto en presencia de su abogado, que dice que es usted. El sargento Holcomb está en camino. Sería un buen plan que se presentase usted aquí. Tenemos la habitación seiscientos veinte.

—¿Está usted ahora en el hospital? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Por qué la tienen detenida?

—Acusada del asesinato de Austin Cullens.

—¿No ha hecho manifestación alguna, ni siquiera a las enfermeras?

—Ni palabra. Le telefono a usted sin que nadie se entere. Guárdeme el secreto. Adiós.

Mason dejó el receptor en su soporte, cruzó el despacho y cogió el sombrero.

—Sarah Breel ha recobrado el conocimiento —anunció—. Hasta ahora no ha hablado. La acusan de asesinato en primer grado.

—Eso significa una cosa, Perry —dijo Drake.

—¿Qué? —preguntó Mason.

—Que el departamento de balística ha comparado la bala que mató a Cullens con las balas encontradas en el revólver que *mistress* Breel llevaba en el bolso de mano y ha comprobado que son idénticas.

—Yo no estoy tan seguro de que el revólver estuviese realmente en el bolso de *mistress* Breel —murmuró Mason.

—Diggers dice que había un revólver en la escena del accidente —repuso Drake—. Diggers creyó evidentemente que el bolso pudiera contener algo valioso, porque hizo que los hombres de la ambulancia inventariasen el contenido.

—¿Presenció alguien el accidente? —preguntó Mason.

—¿Quieres decir que si vio alguien cómo ella se plantaba

delante del coche?

—Sí.

—Al parecer, no —contestó Drake—. Unos minutos después se había reunido mucha gente, claro está. *Mistress Breel* yacía en tierra sin conocimiento.

—Ocúpate de ese Diggers —dijo Mason—. Averigua todo lo que puedas de él. Hasta luego.

—¿Puedo ayudarle, jefe? —preguntó Della Street.

—No —contestó Mason—. Ellos llevarán un taquígrafo. Tendré más probabilidades de colarme dentro yendo solo.

Se encasquetó el sombrero, atravesó la puerta y corrió hacia el ascensor. Ya en la calle, tuvo la suerte de encontrar un taxi.

—Al Dearborn Memorial Hospital todo lo más aprisa posible —dijo al conductor.

En el taxi, Mason repasó en su imaginación los detalles que había ido conociendo. Indudablemente, el revólver encontrado en el bolso de *mistress Breel* había sido el factor determinante que indujo al fiscal del distrito a aconsejar la detención de la mujer. De tío haber descargado aquella arma la bala que causó la muerte de Cullens, la prueba circunstancial de la mancha de sangre en el zapato no habría sido suficiente. Por otra parte, el zapato, el revólver con que se cometió el asesinato y la indiscutible evidencia que colocaba a *mistress Breel* en la escena del crimen, aproximadamente a la hora del asesinato, hacían que el fiscal del distrito se encontrase ante un caso que, inexplicado, podía conducir a envolver a *mistress Breel* en una red de indicios comprometedores.

En el Dearborn Memorial Hospital, Mason tomó un ascensor hasta el sexto piso y encontró sin dificultad la habitación de *mistress Breel*. Un agente estaba de guardia en el pasillo. Mason oyó ruido de voces excitadas que partían del interior de la habitación. Se dispuso entonces a empujar la puerta. El agente interpuso un brazo prohibitivo.

—No se puede entrar —dijo.

—Deseo ver a *mistress Breel* —manifestó Mason—. Ha preguntado por mí.

—No importa que haya preguntado por usted —replicó el agente—. O trae usted un permiso o se queda aquí fuera.

—¿Quiénes están dentro? —preguntó Mason.

—El doctor, un representante del fiscal, un taquígrafo judicial, el sargento Holcomb y alguno más.

—Bien, yo soy el abogado de *mistress* Breel.

—Me alegra saberlo.

—Quiero entrar.

—Ya lo dijo usted antes.

—Dígale al sargento Holcomb que estoy aquí.

—No puedo —contestó el agente—. A mí no me pagan para que diga nada a nadie. Estoy aquí para guardar la puerta.

Bruscamente, Mason levantó los nudillos y golpeó la puerta. El agente frunció el ceño y agarró a Mason por el brazo.

—¿Quién le ha dicho a usted que podía hacer eso? —preguntó.

—Olvídelo —dijo Mason en tono conciliatorio—. Usted está aquí para impedir que nadie entre sin un permiso. Eso no quiere decir que yo no pueda llamar...

Un hombre abrió la puerta y miró a Mason de arriba abajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Mason levantó la voz.

—Soy Perry Mason, el abogado de *mistress* Breel. Quiero ver a mi cliente.

—Entre, *mister* Mason —oyó el abogado que decía *mistress* Breel, y, al mismo tiempo, el individuo de la puerta y el agente que la guardaba e echaron sobre él y lo empujaron hacia el pasillo. El individuo que había abierto la puerta la cerró detrás de sí y dijo al agente:

—Sé le ordenó a usted que no admitiese visitas.

—Este individuo —se disculpó el agente— llamó por su cuenta. Yo no quería dejarle entrar.

—Bien, no le deje llamar —dijo el individuo y se volvió hacia la puerta.

El agente hizo retroceder a Mason hacia el pasillo. El abogado esperó hasta que el detective hubo abierto la puerta, y luego, levantando la voz de manera que fuese distintamente audible desde el interior de la habitación, dijo:

—*Mistress* Breel no contestará a ninguna pregunta a menos que me dejen entrar.

La puerta se cerró. El agente miró a Mason desafiadoramente.

—Sí que es usted testarudo —dijo.

Mason sonrió y le ofreció un cigarrillo.

—Oh, no lo crea.

El agente titubeó un momento, luego cogió el cigarrillo, rascó un fósforo e inclinó la cabeza hacia el pasillo.

—Siga su camino —dijo.

—Voy a esperar aquí —sonrió Mason.

—Que se cree usted eso.

—Usted está para enlardar la habitación, no para guardar el pasillo —repuso Mason.

—Usted no tiene que hacer nada aquí —replicó el agente.

—Pero voy a tenerlo.

Hubo un momento de silencio, mientras el agente examinaba la situación con ceñuda beligerancia. Una vez más se oyó el ruido de airadas voces detrás de la puerta. Unos momentos después, el sargento Holcomb apareció en el Umbral y dijo en tono de mal humor:

—Está bien, Mason; entre.

Mason entró en la habitación. Un reportero judicial estaba sentado delante de una mesita, con un cuaderno de taquigrafía abierto y una estilográfica suspendida sobre la hoja. Larry Sampson, representante del fiscal, estaba a los pies de la cama con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta. El doctor Gifford se mantenía profesionalmente alejado, junto a la ventana. A su lado se veía a una enfermera pelirroja de grandes ojos castaños, tez pecosa y una boca con todos los caracteres de la energía y la decisión.

Tendida sobre el lecho del hospital, cuya cabecera había sido levantada unas pulgadas, Sarah Breel los observaba con mirada serena e impasible. Una cuerda unida a la pierna rota corría, por debajo de las sábanas hasta una polea y terminaba en un peso que colgaba a los pies de la cama.

—Señores —dijo el doctor Gifford—, vuelvo a repetir que toda esta discusión no nos conduce a ninguna parte. Mi paciente ha sufrido una grave conmoción nerviosa. No estoy dispuesto a permitir que se comprometa su salud por un interrogatorio muy sostenido o por alguna intimidación.

—¡Oh, olvídelo! —exclamó el sargento, irritado—. ¡Nadie va a tratar de intimidarlo!

—En el momento en que observe algún indicio de ello —dijo el

doctor—, daré por terminada la entrevista.

Sarah Breel sonrió a Perry Mason. Fue una sonrisa algo inexpresiva por los vendajes que le cubrían la cabeza y parte de la cara.

—Buenos días, *mister* Mason. Le necesito a usted como abogado. Mason asintió.

—Tengo entendido —prosiguió la mujer— que se me acusa de asesinato. Me he negado a hacer ninguna declaración hasta que mi abogado estuviese presente.

—Comprenda usted, *mistress* Breel —intervino Holcomb—, que su imposibilidad de negar los hechos...

—Déjeme llevar el asunto, sargento —intervino Larry Sampson—. Voy a explicar una vez más a *mistress* Breel, y en obsequio de *mister* Mason, que el objeto de esta entrevista no es obligar a *mistress* Breel a hacer confesión alguna. Las pruebas que poseemos son por sí mismas más que suficientes para justificar la acusación de asesinato en primer grado. Ahora bien; si ella es inocente y puede explicar su conducta, nosotros retiraremos la acusación. Esta es una oportunidad que le damos para evitar la publicidad de los periódicos y el mal estigma de un proceso público.

—¡Paparruchas! —exclamó Mason—. La vieja trampa de siempre, *mistress* Breel. Una vez lanzada, la acusación de asesinato en primer grado contra usted, se necesitaría un milagro para hacerla retirar. Todo esto de que le dan a usted la oportunidad de explicarse es simplemente una excusa para hacerla hablar y cogerla en contradicciones, obligándola así a confesar ciertos hechos.

Sampson enrojeció.

—Ya empieza usted con sus inconveniencias y me voy a ver obligado a echarle de aquí —amenazó el sargento.

—Tengo perfecto derecho a ver a mi cliente —replicó Mason—. Mi deber es aconsejarla. La estoy aconsejando.

—¿Aconsejándola que no conteste a nuestras preguntas? —preguntó Sampson.

—Nada de eso —repuso Mason—. Me he limitado a corregir las inexactitudes de su afirmación. Mi cliente puede hacer lo que quiera. Yo considero, no obstante, que mi deber es avisarle que no tiene que contestar a pregunta alguna, y que si se siente nerviosa o emocionada, puede aplazar esta entrevista hasta que haya hablado

conmigo.

—Y la haya usted aconsejado lo que tiene que hacer —añadió con sorna Holcomb.

—Yo no he dicho nada de eso —replicó Mason.

—Bien —interrumpió *mistress* Breel—. Es inútil que sigan ustedes discutiendo. Voy a hacer una declaración sincera y completa. Solo quería que estuviese mi abogado presente para hacerla.

—Eso es mejor —dijo Sampson—. Es usted una mujer inteligente. Sabe usted apreciar el pernicioso efecto de dejar sin contradecir las pruebas que contra usted existen.

—No sé de lo que habla usted cuando se refiere a esas pruebas —dijo *mistress* Breel.

—*Mistress* Breel —prosiguió Sampson—, voy a ser franco con usted, quizá brutalmente franco. Y lo voy a ser por su propio bien. Anoche, cuando fue usted atropellada por aquel automóvil, llevaba usted en su bolso un revólver del calibre treinta y ocho. La policía ha disparado una bala de prueba de ese revólver, y ha obtenido algunas microfotografías de esa bala. También ha recuperado la bala fatal que mató a Austin Cullens. Y ha obtenido igualmente microfotografías de ellas. Las dos balas, comparadas una junto a otra bajo un potente microscopio, tal como ya habían demostrado las microfotografías, son no solamente idénticas, sino que han sido disparadas por el mismo revólver. En otras palabras, *mistress* Breel, que el revólver que usted llevaba en su bolso de mano disparó la bala que mató a Austin Cullens.

*Mistress* Breel le miró severamente.

—Joven —dijo—, ¿está usted seguro de que ese revólver fue encontrado en mi bolso?

—Absolutamente seguro —contestó Larry Sampson—. El bolso estaba en el sucio, junto a usted, cuando...

—Pero eso no indica que fuese mi bolso —replicó *mistress* Breel—. Yo estaba sin conocimiento en aquel momento. Usted no puede hacerme responsable de un bolso encontrado junto a mí. Yo no sé quién lo puso allí.

Mason hizo un rápido guiño al doctor Gifford. El sargento Holcomb se encaró airadamente con el facultativo.

—¿Y esta es la mujer que decía usted que no podría contestar a

pregunta alguna porque sus pensamientos quizá no fuesen coherentes? —preguntó.

Larry Sampson titubeó un momento y luego abrió un bolso de cuero que estaba en el suelo, apoyado en la pared.

—Mistress Breel —dijo—, voy a enseñarle a usted un bolso. Tenga la bondad de decirme si es suyo.

Levantó dramáticamente el bolso de las dos anillas imitación jade y lo mostró a la paciente. Mistress, Breel observó el bolso con mirada casi indiferente.

—Creo —dijo— que tuve un bolso parecido a este, pero no puedo estar segura. Por consiguiente, joven, no puedo decir con seguridad que este sea mi bolso... Lo tuve ya hace algún tiempo.

Sampson pareció perplejo. Bruscamente metió la mano en el bolso y sacó la labor de punto empezada.

—Trate de negar que esto es suyo —dijo.

La mujer examinó la labor con toda tranquilidad.

—¿De verdad que esta labor es mía? —preguntó.

—Usted lo sabrá.

—No, no lo sé —contestó la mujer con energía.

—Mire, *mistress* Breel, esto no es un juego —replicó Sampson—. Este es un asunto muy serio. Está usted acusada del delito de asesinato en primer grado, que es el crimen más grave reconocido por nuestra Ley. Las preguntas que le estoy haciendo y las respuestas que les da usted son tomadas en taquigrafía. Pueden ser utilizadas contra usted en cualquier momento. Ahora bien, *mistress* Breel, yo no quiero aprovecharme innoblemente de ninguna ventaja contra usted. Afirmo francamente, en presencia de su abogado, que las pruebas que existen contra usted son concluyentes. Si usted coopera con las autoridades, usted hace todos los esfuerzos posibles para ayudarnos a descubrir la verdad, habrá usted recorrido un largo trecho en el establecimiento de su inocencia. Si usted hace una sola declaración falsa, y se puede probar que lo es, puede usted darse por perdida. Mister Perry Mason, su abogado, está presente. Él le dirá que lo que le estoy diciendo es la verdad. Quede, pues, entendido que si usted niega la propiedad de este bolso, y podemos probar que realmente le pertenece, esa declaración la pondrá a usted en la picota. Fíjese, pues, en esta pregunta, *mistress* Breel: ¿Es suyo este bolso?

—No lo sé —contestó tranquilamente la acusada.

—Mírelo, examínelo —invitó Sampson—, cójalo en sus manos. Vuélvalo del revés y díganos si es su bolso.

—Repito que no lo sé.

—¿Debo entender que no puede usted decirnos si es o no su bolso?

—Así es.

—¿No llevaba usted un bolso la noche pasada?

—No lo sé.

—¿Se atreve usted a decir que no sabe si llevaba un bolso en la mano cuando fue a visitar a *mister* Austin Cullens?

—No sé siquiera que yo fuese a visitar a *mister* Austin Cullens.

—¿Tampoco lo sabe usted?

—No —contestó plácidamente la acusada—; en realidad he estado tratando de reunir mis recuerdos desde que recobré el conocimiento. Puedo recordar lo de ayer mañana es decir, supongo que fue ayer. —Se volvió a Perry Mason y le preguntó—: Hoy, estamos a martes, ¿verdad, *mister* Mason?

El abogado hizo un gesto afirmativo...

—Sí, fue ayer por la mañana —continuó la mujer—. Puedo recordar lo de ayer por la mañana. Puedo recordar todo lo que sucedió. Puedo recordar, que recibí las llaves del coche de mi hermano. Puedo recordar que fui a recocerlo. Puedo recordar que lo metí en el garaje. Puedo recordar que entré en la sección de zapatería de unos almacenes. Recuerdo que más tarde fui acusada de latrocinio. Recuerdo que almorcé con *mister* Mason... Y no puedo recordar ni una sola cosa de las que sucedieron después de abandonar aquellos almacenes.

—¿Ahora nos sale usted con el viejo truco de que perdió la memoria? —preguntó Sampson.

—Eso no es una pregunta, Sampson, eso es una discusión —intervino Mason.

—Bueno, y ¿qué es una discusión?

—Creo que *mister* Mason tiene razón —opinó el doctor Gifford—. Dentro de los límites razonables puede usted interrogar a mi paciente, pero no discutir con ella ni intentar intimidarla.

—Esa vieja coartada tiene barbas de un pie de largo —dijo burlonamente el sargento Holcomb.

—Pero si les interesa —prosiguió el doctor— les diré que sucede con mucha frecuencia que, a continuación de una conmoción, se presenta un lapso completo de pérdida de memoria que abarca un período de horas, y a veces de días, con anterioridad a la conmoción. Más tarde, con el transcurso del tiempo, la memoria vuelve lentamente.

—¿Cuánto tiempo —preguntó sarcásticamente Sampson— calcula usted que transcurrirá para que *mistress* Breel recobre su memoria?

—No lo sé —contestó el doctor—. Eso depende de diversidad de factores que están fuera de mi consideración.

—Permítame, doctor —intervino Mason—, que le pregunte si hay algo particularmente desacostumbrado en esa falta de memoria en relación; con un accidente como el ocurrido en este caso.

—Nada en absoluto —contestó el doctor Gifford.

Sampson sacó del bolso la labor de punto.

—Mire esto, *mistress* Breel —dijo—. ¿Lo reconoce usted como trabajo suyo?

—¿Me permite verlo? —preguntó la mujer.

Sampson lo extendió ante ella, quien lo examinó, con aire de inteligente.

—Es un buen trabajo —dijo—. Quien lo hizo era persona muy habilidosa.

—¿Usted sabe hacer labor de punto? —preguntó Sampson.

—Sí.

—¿Se considera usted como una experta en ese trabajo?

—Soy bastante buena —contestó *mistress* Breel.

—¿Reconoce usted eso como obra suya?

—No.

—¿Diría usted que no lo hizo?

—No.

—¿Afirmaría usted que si confeccionase una prenda azul de esta clase la haría aproximadamente de esta manera?

—Cualquier experto en esta labor la haría parecida si no igual.

—Eso no es contestar a mi pregunta... ¿Haría usted la labor de este modo?

—Sí, creo que sí.

—¿Y no nos podrá decir si es trabajo suyo?

—No. No recuerdo haberlo visto antes.

Sampson cambió una exasperada mirada con el sargento Holcomb y volvió a buscar en el bolso.

—Perfectamente —dijo—, ahora le voy a enseñar a usted algo más para ver si refresca su memoria. ¿Vio usted alguna vez estas joyas? —preguntó desenvolviendo el papel que contenía los diamantes.

—No podría decírselo —contestó la mujer.

—¿No puede usted decírnoslo?

—No. No puedo recordar si las he visto antes. Pero hasta qué no recobre por completo mi memoria no me atrevo a hacer una afirmación positiva.

—Oh, no, claro que no —dijo sarcásticamente Sampson—. Usted quiere ayudarnos todo lo posible, ¿no es cierto?

El doctor se creyó obligado a intervenir.

—¿Puedo recordarle una vez más, *mister* Sampson, que esta mujer ha sufrido una fuerte conmoción nerviosa?

—Sí, parece necesitar un guardián mental; es como una criaturita perdida en el bosque —dijo burlonamente Sampson.

—Como abogado de *mistress* Breel —dijo Mason—, les ruego, señores, que terminen su interrogatorio con la rapidez humanamente posible. ¿Desean ustedes hacer alguna pregunta más a *mistress* Breel?

—Sí —contestó el sargento—; *mistress* Breel, usted fue a visitar a Austin Cullens, ¿no es cierto?

—No lo recuerdo.

—¿Sabía usted dónde vivía Austin Cullens?

—Ni siquiera eso puedo recordar.

—¿No figura su nombre en el libro de direcciones del despacho de su hermano?

—Supongo que sí... Ahora que recuerdo, creo que le he enviado algunas cartas por correo a su dirección... en el Boulevard Saint Rupert, me parece.

—Eso es. ¿A qué hora fue usted allí, anoche?

—Ya le he dicho que ni siquiera sé si fui allí o no.

—Usted entró en aquella casa —afirmó el sargento—, y entró subrepticamente... Luego desenroscó usted una de las bombillas eléctricas y colocó una moneda de cobre dentro de la boquilla para

que, en caso de que Cullens regresase y accionase el conmutador de la luz, la moneda de cobre produjese un corto circuito y quemase todos los fusibles. ¿No fue así?

—Estoy segura que no sé de lo que está usted hablando —dijo la mujer.

—¿No recuerda usted haber hecho eso?

—En absoluto. Repito que lo último que recuerdo fue haber estrechado la mano de *mister* Mason al despedirme en los almacenes.

—Entonces —dijo triunfalmente Holcomb— si no puede recordar dónde estuvo ni lo que hizo, podrá usted jurar positivamente que no cogió un revólver del calibre treinta y ocho y no disparó contra *mister* Austin Cullens anoche, a eso de las siete y media.

—Claro que no —replicó la mujer—. Yo no puedo decir lo que hice y; por consiguiente, tampoco puedo decir lo que no hice. Pude asesinar al presidente. Pude hacer descarrilar un tren. Pude falsificar un cheque. Pude casarme. No sé lo que hice ni lo que no hice.

—Entonces, no negará usted que mató a Austin Cullens, ¿verdad?

—No tengo el menor recuerdo de haber matado a Austin Cullens.

—¿Pero no niega usted que lo hizo?

—No puedo recordarlo.

—Pero pudo usted hacerlo.

—Ese es otro asunto —replicó la mujer—. No puedo decir lo que pudo suceder. Solo sé que nunca maté a nadie antes de ayer por la tarde, y no tengo razones para creer que ayer por la tarde fuese diferente de cualquier otra tarde de mi vida.

—Usted estaba, preocupada por su hermano, ¿no es cierto?

—No más de lo que me he preocupado en otras ocasiones.

—¿Sabía usted que había salido a embriagarse?

—Sí. Me lo suponía.

—Permita que le haga una pregunta —intervino Larry Sampson—. ¿Recuerda usted haber cometido algún hurto?

—Sí —contestó la mujer tras titubear un momento.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Ayer por la tarde, o, mejor dicho, ayer al mediodía, poco antes de conocer a *mister* Mason.

—¿Y obró usted como lo que vulgarmente se conoce por una «mechera»?

—Sí. Mi hermano se había entregado a una de sus francachelas periódicas. Me tenía preocupada. El domingo fui al despacho a comprobar el contenido de la caja de caudales. No pude encontrar los diamantes que Austin Cullens había entregado a mi hermano el sábado por la mañana. En seguida se me ocurrió que mi hermano tuvo que llevárselos. Cullens conoce las desapariciones periódicas de George. Es el único que lo sabe... aparte de mi sobrina y yo. Me asustó que Cullens pudiera, necesitar sus piedras antes de que George se serenase. Me dio miedo que se produjese un escándalo y decidí encubrir a George. Pensé que podría fingir que me había vuelto cleptómana. Ahora que pienso en lo ocurrido, me parece una tontería, pero entonces me pareció lo único que podía hacer, la única manera de ganar tiempo hasta poder encontrar a George y que se serenase.

—¿Y planeó usted deliberadamente el ser sorprendida robando...?

—No fue eso precisamente —replicó la mujer—. Yo había leído en alguna parte que una persona no puede ser acusada de hurto en un comercio hasta haber retirado los géneros del establecimiento. Planeé, pues, ser sorprendida, mientras me encontraba todavía en la tienda. No obstante, si no hubiese sido por *mister* Mason...

—Muy bien —interrumpió el sargento Holcomb—. Ahora yo voy a decirle a usted una cosa. Su hermano fue encontrado...

El doctor Gifford se abalanzó a él.

—¡Cállese! —gritó—. Le advertí que había que evitar a mi paciente toda emoción. Usted accedió a esta entrevista con esa condición. No puede usted, por consiguiente...

—Yo puedo hacer lo que se me antoje —vociferó Holcomb—. Usted no es aquí el responsable. Lo soy yo.

—Puede usted creer que yo no soy aquí el responsable —repuso el doctor—, pero esta mujer está bajo mi cuidado. Me excedí permitiéndole a usted interrogarla en estas circunstancias, pero

usted no debe causarle la menor emoción. Esto quedó definitivamente entendido antes de que comenzase la entrevista.

—Bien, pues, da la casualidad de que he cambiado de opinión —repuso Holcomb—. Quizá no entienda mucho de medicina, pero creo que esta mujer está ahora en plena posesión de sus facultades y...

El doctor hizo una seña a la enfermera pelirroja. Esta sacó un paquete de debajo del brazo.

—Un momento —dijo el doctor, acercándose a la cama—. Déjeme ver su brazo derecho, *mistress* Breel.

La paciente extendió su brazo. El doctor Gifford hizo con la mano derecha un movimiento como para practicar un pinchazo.

—¿Qué hace usted? —preguntó el sargento acercándose al doctor.

Gifford se había colocado de manera que el cuerpo ocultaba la mano y el brazo de *mistress* Breel a la mirada del sargento. Luego se separó un paso e hizo una seña a la enfermera. Esta le entregó un pedazo de algodón. El doctor lo aplicó al cuello de un frasco de alcohol y luego frotó con él determinada parte del brazo de *mistress* Breel.

—Puede usted tomar nota —dijo, dirigiéndose al taquígrafo judicial— da que acabo de administrar a *mistress* Breel, hipodérmicamente, un, poderoso narcótico y sedativo. Ordinariamente no considero indicado tal tratamiento para casos de esta naturaleza pero lo creo infinitamente preferible a que el paciente se vea expuesto a nuevas conmociones.

—Me importa un comino lo que le haya dado usted —dijo el sargento—. Yo voy a continuar...

—Continúe, continúe —le animó burlonamente Gifford.

—La paciente está ahora empezando a sentir la influencia del narcótico. Como médico afirmo que, de ahora en adelante sus respuestas a las preguntas que se le hagan carecerán de toda veracidad...

Mistress Breel suspiró, se recostó en la almohada y cerró los ojos. Se veía la débil huella de una sonrisa en las comisuras de su boca.

—¡Está fingiendo! —exclamó el sargento Holcomb—. Esto es una farsa. La inyección hipodérmica no pudo surtir efecto tan

pronto.

—Por lo visto, entiende usted más de medicina que yo —repuso el doctor Gifford.

Holcomb perdió los estribos. Su rostro se ensombreció.

—Y sé lo que me digo —gritó—. Afirmo que está fingiendo. Todo esto es una ridícula simulación. De todos modos, voy a acabarle de contar lo de su hermano. Mistress Breel, puede usted hacer la marmota todo lo que quiera, pero su hermano fue encontrado...

Sampson se echó sobre Holcomb y le aplicó una mano a los labios.

—¡Cállese, loco! Yo soy aquí el que manda.

Holcomb dio un paso atrás con el puño en ristre, y esperó a Sampson con aires de lucha.

—¡Atrévase! —desafió.

—¡Cállese! —repitió Sampson—. ¿No comprende que está haciendo el juego a esta gente?

—¡Yo le enseñaré a usted! —gritó el sargento, descargando un directo.

Sampson dio un salto atrás para esquivarlo.

—Señores —intervino Gifford—, voy a ordenar a los enfermeros del hospital que desalojen esta habitación. Es una escena desagradabilísima que no puede por menos de perjudicar a mi paciente.

—Vuelva a su juicio, Holcomb —dijo Sampson—. ¿No comprende que si...?

—¡Venga y luce, ratoncillo! —vociferó Holcomb, haciendo todavía frente a Sampson con el puño en ristre—. A usted le podrá engañar esta comedia, pero a mi no. —Y todavía con los puños crispados y manteniendo a raya a Sampson, se volvió para encararse con la paciente—. Está bien, *mistress* Breel —dijo—, veamos como traga usted esto... El cadáver de su hermano fue encontrado en su despacho. Le habían pegado un tiro con un revólver del calibre treinta y ocho y luego metieron su cuerpo en una caja de embalaje.

Mistress Breel quizá no le oyera. Con los ojos cerrados y el rostro inexpresivo, continuó respirando tranquila y profundamente como si durmiera.

—¡Ya se salió usted con la suya, imbécil! —gritó Sampson—. Se ha jugado usted el único triunfo que teníamos en un momento en que esta mujer se encuentra bajo la influencia de un narcótico.

—Está tanto bajo la influencia de un narcótico como yo —repuso el sargento, pero su voz parecía falta de convicción.

—El caso es que usted ya no podrá sorprender a nadie con esa noticia —replicó Sampson—. Ha puesto usted las cartas sobre la mesa. Ahora dormirá la inyección y decidirá cómo le conviene jugar sus naipes cuando despierte.

—Quiero aprovechar este momento de calma en sus furiosas recriminaciones —intervino Mason— para que el taquígrafo se asegure de que ha hecho constar la hora en que el doctor Gifford aplicó a la paciente la inyección. Quiero que haga también constar que, a pesar del estado nervioso de la paciente, el representante del fiscal y el sargento Holcomb se han enzarzado a puñetazos a los mismos pies de la cama...

—No hubo tales puñetazos —protestó Sampson.

—A mí me pareció que sí —insistió Mason.

—Pues se engañó usted. Ni siquiera amagué un golpe a Holcomb. Me limité a ponerme fuera de su alcance.

—No hay duda de que Holcomb le dirigió un directo...

—Bueno, eso no tiene importancia.

—Podrá no tenerla —repuso Mason—, pero o se hace constar en el acta taquigráfica o me enteraré de por qué no se hizo.

—Ya está puesto —dijo el taquígrafo judicial un poco asustado.

—Gracias —dijo Mason.

Hubo un momento de silencio. Mistress Breel, tendida en el lecho, producía con la garganta un gorgoteo peculiar que pudiera haberse tomado por un ronquido.

—No hay inyección hipodérmica en el mundo que produzca un efecto tan rápido —afirmó el sargento Holcomb una vez más.

—¿Anotó usted la hora exacta en que el doctor Gifford aplicó la hipodérmica? —preguntó Mason.

—No —contestó Holcomb—; pero no hará ni dos minutos.

—El tiempo pasa muy rápidamente, sargento —repuso Mason— cuando se enzarza uno a puñetazos con un representante del Fiscal en la habitación de una paciente, cuyo estado físico es tan grave que el doctor advirtió a ustedes que le abortasen toda emoción

innecesaria.

—Vamos, esto no nos llevará a ninguna parte —dijo Sampson, disgustado—. Ahora no hacemos más que dar vueltas en manos de Mason.

—Sobre eso habría mucho que decir —replicó Holcomb.

—Pero no aquí —repuso Sampson.

El sargento se quedó mirando a la mujer tendida en el lecho, como si el penetrante impacto de su mirada pudiera volverla a la vida.

—Ustedes, señores —dijo Gifford—, pueden ir a arreglar sus diferencias a otro sitio. Mi paciente es ahora completamente indiferente a todo lo que está ocurriendo.

—Ya hablaremos más de este asunto —dijo Holcomb, encarándose con el médico.

—Ya lo creo que hablaremos —le desafió el facultativo—. Si se presenta alguna complicación, le haré a usted personalmente responsable.

—Creo, doctor —intervino Mason—, que podremos conseguir una orden del tribunal para impedir que la policía realice más interrogatorios hasta que usted juzgue que no pueden perjudicar la salud de la paciente.

—Ese intervalo —añadió el doctor Gifford con dignidad— deberá ser algo prolongado a causa de la tensión mental a que ha estado sometida. Señores, les ruego que desalojen la habitación. —Y como viera que titubeaban, añadió—: Si no se retiran, pediré a la dirección del hospital que me envíe suficientes ordenanzas para obligarlos a cumplir mi orden.

—Vamos, Holcomb. Aquí ya no hay nada que hacer —dijo Sampson.

—Bien, pero no me marcharé sin que Mason vaya delante —repuso el sargento—. No quiero que se quede aquí para que instruya a esta marmota de lo que tiene que decir.

Mason se encaminó hacia la puerta. En brusco contraste con las ruidosas recriminaciones que habían tenido lugar en aquella habitación, lo hizo de puntillas, como para no molestar a la durmiente.

—No se adelanta nada con turbar el sueño de una pobre mujer narcotizada —dijo cuchicheando.

El doctor Gifford asintió. A pesar suyo, Sampson contuvo una sonrisa. El sargento Holcomb, a punto de ahogarse de indignación, fue a decir algo, pero Sampson le tocó en el hombro.

—Se acabó sargento —dijo con energía.

## Capítulo 9

Mason se detuvo en la cabina telefónica del hospital para llamar a Paul Drake.

—Escucha, Paul —dijo—, las cosas se suceden con velocidad vertiginosa. Dime lo que hayas averiguado de Virginia Trent.

—La tienen bajo custodia de una enfermera de la policía —contestó Drake—. La llevaron a la Jefatura anoche y allí la marearon tanto, que le dio el ataque de histerismo más fuerte de su vida. Entonces hicieron que un doctor le administrase un buen sedativo y una enfermera de la policía se la llevó a casa. La enfermera monta la guardia desde entonces.

—¿Alguna acusación formal? —preguntó Mason.

—Ninguna por ahora. La retienen probablemente como testigo presencial, pero no están muy seguros de que lo sea. El tío fue muerto por una bala disparada por un revólver del calibre treinta y ocho encontrado en un cajón de la mesa de despacho. Tú estabas allí cuando el sargento Holcomb encontró el revólver.

—¿Y qué? —dijo Mason—. Ella entró allí unos minutos antes que yo. El cadáver llevaba en la caja algún tiempo.

—Ya lo sé, pero ellos se preguntan si iría a deshacerse del cadáver o tratar de sacarle algo de los bolsillos o...

—Todo eso es absurdo —replicó Mason.

—Bien, yo no estoy discutiendo contigo —repuso filosóficamente Drake—. Te estoy contando lo que piensan las autoridades. Antes de ahora han creído en muchos absurdos y probablemente seguirán creyendo en otros... ¿Qué sucedió por ahí arriba, Perry? Parece que tienes puesta la ropa de pelear.

—Oh, trataron de meter miedo a *mistress* Breel —contestó Mason.

—¿Consiguieron algo?

—Nada en absoluto —contestó Mason, conteniendo la risa ante

el recuerdo—. ¿Qué me cuentas de Ione Bedford?

—Está todavía en los departamentos Milpas.

—¿Ha regresado Pete Chennery?

—Todavía, no, según el último informe.

—Muy bien. Entonces —dijo Mason— nos ocuparemos de la casa de juego... Salgo ahora del Dearborn Memorial Hospital. Ven a recogerme. He venido en un taxi.

—Estaré ahí dentro de diez minutos —contestó Drake.

Mason colgó el teléfono, recorrió el largo pasillo cubierto de linóleo, y salió a la gran escalinata de mármol, situada delante del hospital, donde se dedicó a disfrutar del sol y a concentrar sus pensamientos al amparo de un cigarrillo, hasta que Paul Drake detuvo su coche junto a la acera.

Mason descendió por la escalinata y penetró en el coche.

—Vamos a ver qué da de sí ese banquero parroquiano de la casa de juego —dijo el detective.

—Vamos —dijo Drake, dando vuelta al vehículo—. ¿Por qué es tan importante eso de la casa de juego?

—Porque, las cuentas no están claras, Paul —contestó Mason.

—¿Que quieres decir?

—Observa que, según el informe que Cullens dio a Ione Bedford por teléfono, George Trent había estado en el Golden Platter el sábado por la noche y había pignorado las piedras por seis mil dólares. Cullens estaba dispuesto a rescatarlas por tres mil.

—¿Y qué? —preguntó Drake.

—El cadáver de George Trent —prosiguió Mason— fue encontrado en su despacho. Según todos los informes que tengo, cuando salía a embriagarse ni se afeitaba ni se bañaba ni se cambiaba de ropa. Presentaba un aspecto lamentable. Ahora bien, el cadáver ha sido encontrado bien vestido y sin pelo de barba en la cara. Esto demuestra que tuvo que ser muerto en su propio despacho. De haber ido a la casa de juego a empeñar las piedras por seis mil dólares, tuvo que regresar a su despacho a cierta hora de aquella noche y ser muerto en él.

—¿Y por qué no pudo suceder eso? —preguntó Drake.

—No encaja en el cuadro —contestó Mason—. En primer lugar, había mandado por correo las llaves de su coche. Había salido a embriagarse. Queda por aclarar si se llevó los diamantes Bedford. Si

se los llevó, cuesta trabajo creer que pignorase unos diamantes que no le pertenecían... y menos cuando estaba empezando, a jugar. Después de llevar dos o tres días de francachela y de haber sido embotado por el alcohol su sentido de la perspectiva, habría sido diferente.

—¿Adónde vas a parar? —preguntó Drake.

—Sencillamente a esto: Si Trent no dejó los diamantes en el Golden Platter a cambio de seis mil dólares, ¿por qué dijo Cullens a Ione Bedford lo contrario? Si Trent no dejó las piedras allí, y Cullens creyó que sí, y se presentó a discutir con los tahúres, estos pueden ser los responsables de lo que le ocurrió a Cullens. Al parecer, fue introducida una moneda de cobre en la boquilla de una de las lámparas de la casa de Cullens, de manera que cuando alguien entrase y accionase el conmutador, fundiese el fusible. Eso no me parece trabajo de un aficionado.

»Además, si las piedras encontradas en el bolso de *mistress* Breel eran los diamantes Bedford, y si el bolso pertenecía a *mistress* Breel, no existe prueba concluyente de que tales diamantes procediesen del cinturón de gamuza que llevaba Cullens. Por otra parte, añade a eso el hecho de que Ione Bedford jura que no eran sus diamantes, y tenemos otro factor que complica aún más el asunto.

—Y que lo digas —convino Drake—. Esto está más enredado que un ovillo en un cesto de gatos. Y cuanto más vueltas se le da, peor se pone.

—Por consiguiente —prosiguió Mason—, es importante que volvamos a cogerlo por el principio. Necesito averiguar si esas piedras fueron realmente pignoradas en el Golden Platter.

—No veo qué relación puede tener con eso el testigo que vamos a interrogar —repuso Drake.

—Puede ayudarnos mucho —dijo Mason—. Supón que Cullens tuviese alguna combinación y se propusiese simplemente estafar a Ione Bedford. Supón que no tuviese la menor noticia de que las piedras hubiesen sido pignoradas en el Golden Platter... O supón que no fue al Golden Platter y se puso de acuerdo con Bill Golding para realizar el negocio.

—Te comprendo —dijo Drake—. Tú quieres comprobarlo todo, ¿no es eso?

—Todo —confirmó Mason.

—Bien, ya hemos llegado —dijo Drake metiendo el coche en un lugar de estacionamiento—. El Banco es ese del otro lado de la calle.

Cruzaron la calle y entraron en el suntuoso vestíbulo del Banco, con dorados y mármoles, donde un policía de uniforme paseaba de uno a otro lado con lenta dignidad. Los empleados estaban sentados detrás de sus mesas, tomando notas, celebrando conferencias. Los cajeros estaban atareados en aceptar depósitos y pagar cheques.

—¿Quién es nuestro hombre? —preguntó Mason.

—El del pelo blanco de allá a la izquierda —contestó Drake.

—Parece completamente inabordable —comentó Mason.

Se aproximaron a un alto mostrador de mármol sobre el que aparecía una placa de metal que llevaba el nombre de: «Mister Marquad». El individuo del pelo blanco escuchaba con fría impasibilidad a un sujeto sentado en el lado opuesto de su mesa. El visitante estaba inclinado hacia adelante, sentado en el mismo borde de la silla, y daba la impresión de querer subirse a la mesa para estar más cerca del banquero.

Finalmente, *mister* Marquad movió la cabeza en gesto negativo.

El individuo hizo caer sobre *mister* Marquad una nueva lluvia de argumentos. Y otra vez el banquero movió la cabeza y, con un gesto de despedida, cogió alguna correspondencia que tenía sobre la mesa. Mason le oyó decir:

—Lo siento, pero es absolutamente imposible. —Y como el individuo no se decidiera a marcharse todavía, Marquad añadió—: Esa, claro está, es mi opinión. Llevaré el asunto a nuestros consejeros, si usted lo desea... Muy bien, tomaré nota. Puede usted pasar por aquí mañana a las diez y media a recoger la respuesta.

Tomó nota sobre una cuartilla, sonrió fríamente al visitante en despedida, y luego se puso en pie para aproximarse al mostrador de separación y mirar a Mason y al detective con expresión de acogida neutral. Mason se dio cuenta de que aquel rostro podía cambiar instantáneamente de la más acogedora cortesía a la más fría negativa sin parecer en lo más mínimo incompatible con aquella expresión inicial.

Drake lanzó una interrogadora mirada a Mason. Este hizo un imperceptible gesto afirmativo.

Mason se dirigió a Marquad:

—¿Ha leído usted el periódico de esta mañana, *mister* Marquad?  
—preguntó el abogado.

—¿De qué se trata? —inquirió Marquad.

Mason deslizó su tarjeta sobre el mostrador.

Marquad la miró y su rostro mostró un destello de expresión.

—He oído su nombre —dijo—. ¿A qué se refería usted particularmente, *mister* Mason?

—Al asesinato de Austin Cullens —contestó el abogado.

—No comprendo...

—Estoy tratando de comprobar las actividades de Austin Cullens inmediatamente anteriores al asesinato —explicó Mason—. La Prensa de la mañana publica una fotografía, y, además de la fotografía, una excelente descripción. En caso de que no lo haya leído usted, *mister* Marquad, llamo su atención sobre este recorte.

Mason sacó del bolsillo un recorte de periódico, lo desdobló y lo entregó al banquero. Marquad le echó un vistazo superficial.

—Haga el favor de leer la descripción —insistió Mason.

El banquero leyó la descripción y dijo:

—Puedo asegurarle que no sé lo que pretende usted, *mister* Mason.

—¿Le conocía usted? —preguntó el abogado.

—No —contestó el banquero—. No recuerdo haberlo visto nunca...

—Recuerde bien, *mister* Marquad. Creo que lo vio usted anoche.

—¿Anoche?

—Sí.

—¿Qué le hace a usted creer eso?

—Mis informes —contestó Mason—. Según ellos, *mister* Cullens fue al Golden Platter poco antes de ser asesinado.

—¿El Golden Platter? ¿A qué se refiere usted, *mister* Mason?

—A un restaurante y casa de juego de la calle East Third —contestó el abogado.

—No creo que llevemos aquí su cuenta —observó Marquad altivamente.

Mason se encogió ligeramente de hombros, sacó la mandíbula y dijo:

—No le pregunto a usted por ninguna cuenta. Le pregunto si estuvo usted anoche en el Golden Platter.

—¿Yo? —preguntó el banquero con indignada sorpresa—. ¿En un lugar de esa naturaleza? Seguramente, misten Mason, que...

Mason lanzó de soslayo una interrogativa mirada a Paul Drake. El detective asintió.

—Perfectamente, *mister* Marquad —dijo Mason—. Si quiere usted que hable claro, por mi no ha de quedar. Estuvo usted allí con una rubita muy mona.

—¡Mister Mason! —dijo Marquad con dignidad—, no estoy dispuesto a consentir insultos. Tenemos aquí un policía de guardia, y...

Drake sacó un cuaderno de notas del bolsillo y comenzó a leer datos.

—Usted salió a las once y cuarenta y cinco, *mister* Marquad. Llevó en automóvil a la joven hasta su departamento de la avenida Phyllis. Dejó usted el coche y subió con ella al piso. Encendió usted las luces y bajó las persianas. A las dos y cuarenta y cinco de la madrugada salía usted y...

El banquero miró alarmado en torno suyo, bajó la voz y dijo:

—¡Cállense, por favor, cállense!

—Está bien —dijo Mason—. ¿Qué contesta?

El banquero se humedeció los labios con la punta de su nerviosa lengua.

—¿Qué es esto? ¿Chantaje? —preguntó.

—Nada de chantaje —contestó Mason—. Trato de averiguar si ese hombre fue a Golden Platter a eso de las siete o las ocho de la noche. Creo que usted tuvo que verle allí Reflexione, pues, y vea si lo puede recordar.

—¿Se propone usted citarme como testigo de lo que ocurrió en aquel lugar? —preguntó Marquad.

—Si me da usted la información que necesito —dijo Mason—, probablemente no le molestaré para nada más. Si no me da usted esa información, le citaré, le haré subir al estrado de testigos, probaré que estuvo usted allí y le preguntaré lo que vio.

—Usted no puede hacer eso —protestó Marquad.

Mason sacó del bolsillo un papel doblado.

—¿Que no? Verá usted si puedo. Le voy a citar ahora mismo.

Marquad hizo un gesto como rechazando el papel.

—No, no, *mister* Mason —dijo—. Por favor. ¿No comprende

usted? Este sitio está abierto al público.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Lo vio usted allí?

—Hubo una pequeña conmoción en el club —confesó Marquad—. No recuerdo exactamente qué hora era. Yo estaba tomando un ligero estimulante en el bar. Un caballero que responde a esas señas había estado en el despacho interior. Se había oído el ruido de una conversación, en tono bastante alto. Pasado un momento, el encargado del bar cogió algo de debajo del mostrador y desapareció por la puerta del despacho, pero no hubo escándalo alguno cuando salió el caballero.

—¿Pudo usted oír la conversación?

—No. Solo el tono de las voces.

—¿Fue una reunión amistosa u hostil?

—Decididamente hostil.

—¿Qué más vio usted?

—Nada más.

—¿Estaba usted allí cuando entramos? —preguntó el abogado. Marquad asintió.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted allí después?

—Cerca de una hora. Mi ami... la joven que estaba conmigo alternaba entre el bar y la mesa de juego... Confío, señores, en que no se dará la menor publicidad a mis manifestaciones.

—¿Estuvo usted bebiendo? —preguntó Mason.

—Muy poco. El encargado del bar puede confirmarlo, *mister* Mason. Creo que bebí tres copas durante toda la noche.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Qué relación tiene usted con aquel lugar? ¿Cómo entró usted allí?

—No sé lo que quiere usted decir...

—Usted no irá ordinariamente a casas de juego, ¿verdad?

—No.

—¿Pagó usted sus bebidas?

—Verá. Yo era en cierto modo un invitado de la Dirección. Me pidieron muchas veces que les hiciese una visita.

—¿Bill Golding? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Tiene cuenta corriente aquí?

—Sí. Yo...

—¿Le conoce usted íntimamente? —interrumpió Mason.

—He hablado con él con frecuencia.

—¿Conoce usted a la mujer que vive con él?

—¿A su esposa?

—Bien, llamémosla así.

—Me la ha presentado, sí.

—¿Habló usted con alguno de ellos después de retirarse Cullens?

—No.

—¿Los vio usted?

—Solamente cuando salieron.

Mason frunció los ojos ligeramente.

—¿Cuándo salieron? —preguntó.

—No sé la hora exacta; poco después de que Cullens se marchase y poco antes de que usted entrase...

—¿Los vio usted regresar?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo diría usted que estuvieron fuera?

—No estoy seguro, *mister* Mason.

—¿Pudo ser tanto como media hora?

—Sí, desde luego... No me fijé mucho... En realidad me alegré de que no se acercasen y me hablaran. Y es que la señorita que estaba conmigo...

—Comprendo —le interrumpió Mason—. ¿Nos vio usted a *mister* Drake y a mí cuando entramos?

—Sí.

—Bill Golding y su esposa habían vuelto antes de aquella hora. ¿Sabe usted cuánto tiempo antes?

—Fue un poco antes —contestó Marquand—. Pero no puedo decirle cuánto.

—¿Y cuánto tiempo transcurrió entre la salida de Cullens y la de Golding?

—Pues... Yo diría que de quince minutos a media hora. Estábamos en el bar cuando Cullens entró, y cenábamos cuando Golding y su esposa salieron: Que yo recuerde, habíamos acabado de cenar cuando regresaron.

—Perfectamente —dijo Mason—, esto es todo. Solo quería comprobar algunos extremos.

—No hará usted públicas en modo alguno mis manifestaciones, ¿verdad, *mister* Mason?

—No, a menos que me vea obligado a ello, y no lo creo —contestó el abogado—. Por ahora me limito a comprobar detalles. Vamos, Paul.

Salieron del Banco, dejando a Marquard de pie junto al mostrador, viéndoles marchar con mal disimulada ansiedad.

—Comprueba lo del coche de Bill Golding —dijo Mason a Drake—. Había un sedan azul parado junto al bordillo de la acera poco antes de que *mistress* Breel saliese al arroyo. Existe la posibilidad de que Bill Golding guiase un sedan azul. Creo que Diggers dijo que el parachoques posterior estaba averiado.

—En seguida lo averiguaremos, Mason —prometió Drake—. ¿Quieres que telefonee al despacho?

—No corre tanta prisa. Puedo esperar a que tú regreses.

—¿Cuál es el número siguiente del programa? —preguntó el detective.

—Ione Bedford —contestó Mason.

—¿No quieres esperar a que se presente Pete Chennery?

—No tenemos tiempo de esperar por nada. Quiero hablarla antes de que lo haga la policía.

—Vamos, pues, allá —dijo Drake, poniendo en marcha su coche.

Era opinión de Drake que un observador no descubriría en él nada suficientemente distinto para atraer la atención o avivar la memoria. Mason, recostado contra los almohadones del pequeño coche de precio medio y dos años de antigüedad, observaba cómo Paul Drake sorteaba las señales del tránsito y salvaba audazmente de las caricias de otros sus parachoques, que no tenían nada que perder con una ocasional falta de juicio por parte del conductor.

—Si Austin Cullens —iba pensando Mason en voz alta— consiguió sacarle a Bill Golding los diamantes, ¿por qué no lo notificó a Ione Bedford? Si aquellos eran los diamantes Bedford, ¿por qué negó *mistress* Bedford que lo fuesen? Si no eran los diamantes Bedford, ¿de dónde procedían? Si Bill Golding tuvo las piedras, ¿por qué lo negó cuando hablé con él?

»Si, por otra parte, Cullens sacó las piedras de algún otro origen y no del Golden Platter, ¿cómo descubrió aquel otro origen? Aproximadamente dos horas antes de su muerte estaba firmemente imbuido con la idea de que Bill Golding tenía las piedras, de que había pairado por ellas seis mil dólares y de que podía obligársele a

cederlas por tres mil ahora.

—En otras palabras —comentó Drake—, que esto es como el impuesto sobre los ingresos: cada vez que se calcula se obtiene una cantidad diferente.

—No sabía que el departamento de impuestos tuviese tropiezos con las agencias de detectives —comentó Mason.

—Y no los tienen. Son las agencias de detectives las que tropiezan con el departamento de impuestos —replicó Drake.

Mason cayó una vez más en pensativo silencio. Drake llevó su coche a un lugar de estacionamiento, junto a la acera, y dijo:

—Bien, Perry, prepara tu emboscada, porque ya hemos llegado.

—No voy a preparar ninguna emboscada —replicó Mason—. Esta vez voy a jugar a cara descubierta.

—¿Crees que así adelantarás algo? —preguntó Drake.

—No lo sé. Pero me parece que esta mujer merece que se la trate de este modo.

—Recuerda —repuso Drake— que, aparte de las buenas cualidades que pueda tener, está viviendo una doble vida.

—Lo sé —dijo Mason, deslizándose fuera del asiento y parándose en la acera—. Aquel del *roadster* del otro lado de la calle, ¿es tu hombre, Paul?

Drake asintió. El individuo del *roadster* se tocó el ala del sombrero, encendió un cigarrillo, apagó el fósforo y se recostó en el asiento como esperando a alguien. Drake tradujo los gestos a Perry Mason.

—La mujer está dentro. El hombre no ha venido todavía.

—Está bien, entremos —dijo Mason, y se dirigió al vestíbulo de la casa. Allí tomaron el ascensor hasta el tercer piso.

Mason llamó a la puerta y dijo en voz baja a Paul Drake.

—Ella no conoce tu voz. Si abre la puerta, entramos. Si hace alguna pregunta, contesta que traes un paquete y un telegrama.

Drake asintió. La voz de Ione Bedford preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

—Un telegrama y un paquete para *mistress* Chennery —contestó Drake.

La mujer abrió inmediatamente la puerta. Mason, echándose rápidamente a un lado, colocó la palma de la mano entre los omoplatos de Drake y le empujó de manera que la mirada de la

mujer se enfocó en el detective.

—Bien —dijo—, ¿dónde están el telegrama y el paquete? No puede usted entrar...

Mason empujó ligeramente a Drake hacia la izquierda, obligando a abrir más la puerta. La mujer se volvió para encararse con el detective, sin enterarse, al parecer, de que le acompañaba otro hombre, hasta que Mason acabó de abrir la puerta y entró, esquivando el brazo izquierdo de la mujer. Ella se volvió entonces a mirarle, con expresión de enfado, y su rostro expresó de pronto la mayor consternación.

Mason, retrocediendo, agarró el borde de la puerta y la cerró tranquilamente. Luego se encaminó hacia una silla y se sentó.

—¿Quién es este señor? —preguntó Ione Bedford.

—Un detective, *mistress* Bedford —contestó Mason.

—Chennery —corrigió la mujer.

—Perfectamente —dijo Mason—. Drake sigue siendo un detective, *mistress* Chennery.

Drake observaba a Perry Mason, esperando una señal, avanzó cautelosamente hasta el brazo de un sofá y se sentó, teniendo cuidado de situarse entre *mistress* Bedford y la puerta. La mujer permaneció un momento desconcertada y, de pronto, rompió a reír.

—Está usted bromeando —dijo—. Este no es un detective.

—¿Qué le hace a usted creer que no lo es? —preguntó Mason, eligiendo un cigarrillo de su pitillera.

—Se ha quitado el sombrero —contestó la mujer—. Los detectives no se quitan el sombrero.

Mason sonrió y le ofreció un cigarrillo. Ella lo aceptó y se inclinó para encenderlo en el fósforo que le presentó él.

—Usted ha visto demasiadas películas —la reprochó el abogado.

—Lo que he visto son demasiados detectives —replicó la dama.

—¿Antecedentes delictivos? —preguntó Mason.

—No —contestó lacónicamente la mujer.

—Síntese y cuénteme eso —dijo Mason.

—No hay nada que contar.

—Yo creo que sí.

—¿Sobre qué quiere que le hable? —preguntó ella desafiadora—. Lo que más puede interesarle es que soy real y verdaderamente la mujer de Pete Chennery. Estamos legalmente casados.

—Eso lo hace más convencional, pero menos romántico — comentó Mason.

—¿Va usted a seguir con estas bromas hasta hacerme hablar? — preguntó la mujer.

—Creo que no hay medio mejor. ¿No le parece?

La mujer se recostó en la silla y cruzó las piernas.

—¿Por dónde quiere usted que empiece? —preguntó.

—Por el principio.

—Pete y yo reñimos.

—¿Riña muy grave? —preguntó Mason.

—Bastante.

—¿Por qué?

—Por dos rubias y una pelirroja.

—Eso es motivo suficiente para una batalla campal —rió Mason.

—Así fue —confirmó la mujer.

—¿Qué sucedió después?

—Le dejé.

—¿Y luego?

—Conocí a Aussie.

—¿Llevando en la cabeza la idea de hacer ver a su marido que el engaño es un juego en el que intervienen dos?

La mujer movió la cabeza, fue a decir algo y, de pronto, se contuvo y guardó silencio.

—No tiene usted necesidad de ocultarme nada —dijo Mason.

—¿Y su amigo? —preguntó ella, indicando a Drake con una inclinación de cabeza.

—Mi amigo es como una hucha —dijo Mason—. Las cosas le entran fácilmente, pero hay que romperla para sacárselas.

Ella se contempló las puntas de las uñas un momento.

—Está bien —dijo al fin—. Usted gana.

—¿Qué es lo que he ganado? —preguntó Mason.

—Aussie estaba a bordo del buque en que me embarqué. En seguida simpatizamos.

—¿Mucho? —preguntó Mason.

—Así, así —contestó ella.

—Y después... ¿qué?

—¿Qué desea usted saber?

—Todo.

—Aussie era un hombre de mundo. Había viajado mucho y poseía mucha experiencia. Tenía un modo genial de considerar la vida como una gran aventura. Para él todo era como un juego. Yo me haba embarcado con una sensación de fracaso trágico en el corazón y con la obsesión de que había sido engañada, que el amor era una farsa y el matrimonio una burla...

—Todo eso ya lo sé —la interrumpió Mason—. La conozco a usted y conocí a Cullens. He visto el lado amargo de la vida de matrimonio como lo ve un abogado. No necesita usted darme más explicaciones.

—¿Qué le interesa a usted?

—Las gemas.

—¿Las gemas?

Mason fumó en silencio. Pasado un momento, mientras ella continuaba observando las pintadas uñas de los dedos, repitió una vez más:

—Sí, las gemas.

Ella levantó la mirada hacia él.

—Bien —dijo—, de eso no sé mucho.

—¿Qué sabe usted?

—Yo no iba muy sobrada de dinero —prosiguió ella a guisa de explicación—. Tenía unos pequeños ahorros. Arramblé con ellos cuando abandoné a Pete para ir por el mundo en busca de fortuna. Pude marchar de casa y tratar de encontrar un empleo. Pete me habría seguido entonces para suplicarme que le perdonase. Al final, yo habría tenido que renunciar a mi puesto y volver a casa, en cuyo caso él habría sido el vencedor, o habría tenido que conservar el empleo y renunciar a Pete, y así habría sido yo la que perdiera.

—Pero ¿es que no pensaba usted realmente en renunciar a él? —preguntó Mason.

—Veo que entiende usted muy poco de asuntos domésticos —dijo ella con sorna.

—Prosiga usted —dijo Mason.

—En vista de ello, decidí comprarme algunas ropas de deporte, unos vestidos de noche y embarcarme para hacer un crucero, dejando a Pete que se devanase los sesos.

—Y usted, naturalmente, quería —que él se enterase que se iba divirtiendo de lo lindo en la excursión...

—Desde Cartagena le envié una postal —dijo ella sonriendo.

—¿Nada más? —preguntó Mason.

—La Compañía de navegación —prosiguió ella— había publicado un folleto hablando de las románticas posibilidades de la excursión: la luz de la luna sobre las plácidas aguas del mar Caribe; alegres reuniones de bañistas bajo los esbeltos cocoteros; noches de encanto, que principian con danzas en la pista y terminan dispersándose las parejas por la cubierta, mientras las brisas tropicales los bañan en sus gentiles caricias. Yo no tuve más que dar el nombre de mi marido como posible cliente y sugerir que le enviasen por correo algunos folletos.

—Y así, con los folletos en una mano y la postal en la otra, su marido pudo sacar sus propias conclusiones, ¿no es eso? —preguntó Mason.

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Prosiga.

—Yo creí, naturalmente, que él me estaría esperando en el muelle cuando regresase. Pero cuando llevaba un día o dos de navegación me di cuenta de que había sido una loca. Pete jamás haría semejante cosa. Es celoso y altivo y además... del Sur.

—¿Mal genio? —preguntó Mason.

—Malo.

—¿Celoso?

—Sí.

—Prosiga.

—Yo ya había ido tan lejos que no podía retroceder. A mi regreso iba a encontrarme falta de dinero. Y una vez empezado el juego de aquel modo, ya no me sería posible ponerme a trabajar, aun cuando encontrase un empleo. ¡Sería un descenso terrible!

—Así, pues, ¿qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Pensé que Aussie remediaría la situación bastante bien —dijo *mistress* Bedford—. Aussie era todo un carácter, había viajado mucho y... conocía a las mujeres.

—Lo que significa que la conocía a usted.

—Conocía a las mujeres, sí.

—Prosiga.

—Aussie se me presentó con una proposición. Tenía algunas gemas que quería vender por mediación de un comisionista. Aussie

era coleccionista de gemas y me explicó que el asunto que me proponía era como vender automóviles de segunda mano por medio de anuncios clasificados. La gente a veces titubea en comprar a un traficante, pero si cree que se trata de una persona particular, demuestra más interés, y por eso los profesionales se ponen de acuerdo con ciertas personas para que se queden en casa los domingos y enseñen automóviles de segunda mano como coches particulares y...

—Conozco el truco —interrumpió Mason—. ¿Y la proposición de Aussie fue que pasase usted por la dueña de ciertas gemas?

—Sí.

—¿Qué iba usted ganando en ello?

—Un salario y una comisión, y se me instalaría adecuadamente en un piso. Tenía que pasar por una alegre divorciada, una mujer de mundo, joven, atractiva, que prescindiendo de convencionalismos.

—¿Por qué de convencionalismos? —preguntó Mason.

—Porque ello me daría una razonable excusa para adquirir joyas y necesitar desprenderme de ellas. Aussie decía que a la gente le agrada creer que adquiere joyas generosamente prodigadas a una frívola damisela que desconoce por completo su valor, y que se encuentra temporalmente falta de dinero y necesita guardar las apariencias.

—Entonces lo que Cullens quería hacer de usted era una intermediaria que le sirviera para vender su pedrería, ¿no es eso?

—Sí.

—Pero aquellas joyas tan anticuadas no le parecieron muy a propósito para el papel que usted debía desempeñar —objetó Mason.

—Aussie me dijo que deberían figurar como un capricho mío —repuso *mistress* Bedford.

—¿Qué aspecto tenían?

—No lo sé. Nunca las vi. Aussie me dijo que las iba a llevar a George Trent para volverlas a tallar y modernizarlas.

—¿Y tenía usted que venderlas después de eso?

—Creo que era *mister* Trent quien las tenía que vender. Pero yo tenía que aparecer en segundo término. Si alguien preguntaba, yo debía figurar como la dueña.

—¿Y así conseguiría Trent mejor precio para las joyas? —

preguntó Mason.

—Eso creo.

—Pero usted telefoneó a Trent el lunes por la mañana y le dijo que tenía un comprador, que había decidido no...

—Aussie me ordenó que lo hiciese —interrumpió *mistress* Bedford.

—¿Cuándo?

—Una media hora antes de telefonear yo. Vino a verme y me instruyó cuidadosamente en lo que tenía que decir. Luego permaneció a mi lado mientras telefoneé.

—¿Preguntó usted por *mister* Trent?

—Sí.

—¿Qué le contestaron a usted?

—Que no estaba.

—¿Y entonces?

—Pregunté con quién hablaba. El hombre me dijo que era el encargado del taller.

—¿Y usted le dijo lo que deseaba?

—Sí.

—¿Cullens sabía ya de que Trent no estaba allí?

—Sí, porque me dijo que tenía que preguntar por *mister* Trent, que Trent había salido a una de sus francachelas; que los del taller me darían alguna excusa para ganar tiempo y que yo debía insistir en que se me devolviesen las joyas.

Mason contempló el humo que se desprendía en espirales de la punta de su cigarrillo.

—Vamos a poner esto bien en claro —dijo—. ¿Usted nunca vio las piedras que debieron figurar como suyas?

—No.

—Por consiguiente, cuando usted las vio en el bolso que le mostró la policía, no podía usted decir si eran o no las que tenían que pasar por suyas.

—Cierto.

—Pero usted afirmó positivamente que no lo eran.

—Algo tenía que decir —repuso la mujer—. Como no podía confesar que no conocía mis propias joyas, me imaginé cogida en una trampa.

—¿En aquel momento no sabía usted que Cullens había muerto?

—preguntó Mason.

La mirada de *mistress* Bedford rehuyó la del abogado, luego volvió a sostenerla, como si aquel gesto hubiese sido involuntario.

—No —dijo y añadió tras una pausa—: Por supuesto que no. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—En el asunto de las gemas pudo usted darme una disculpa para no ir a verlas —dijo Mason.

—Claro que pude, pero me puso usted en un aprieto y tuve que discurrir de prisa y adoptar la resolución que me pareció mejor.

Mason se puso en pie y se acercó a la ventana. Allí permaneció silencioso, contemplando la calle. Un convertible con ruedas de radios de alambre se detuvo lentamente. Saltó de él un hombre joven y alto. Mason movió repetidamente la cabeza en gesto negativo y se volvió para mirar a la mujer.

—Esto no tiene sentido —dijo.

—Poco me importa que lo tenga o no —replicó ella desafiadoramente.

—Cuando yo le dije a usted que Cullens había muerto... que había sido asesinado usted se apresuró a abandonar la Jefatura de Policía y arrancó chispas al pavimento hasta llegar aquí.

—Es que yo sabía —replicó la mujer— que habría una investigación y no quería verme envuelta en ella.

—¿Por qué?

—Por causa de Pete. ¿No comprende usted? No quería que Pete se enterase de que yo estaba complicada en un asunto de esa naturaleza. Habría sido fatal. Por otra parte, quería evitar que él se creyese que era mi única salvación. Si yo me hubiese separado de él para ganarme virtuosamente la vida en algún empleo rutinario, que apenas habría bastado para mantenerme, Pete habría ido a buscarme y se habría mostrado superficialmente contrito, pero en el fondo Habría tenido el secreto sentimiento de que yo era su mujer, de que nadie más me quería, y de que si le volvía a abandonar, sería para volver al trabajo. Me hubiera dejado entonces trabajar una temporada, hasta que me sintiera demasiado sola, y luego habría ido a buscarme. Pero con mi huida y mi excursión marítima, lo dejé dudando. Yo quería mantenerle en aquella duda, pero no deseaba ciertamente que se convirtiese en fría certidumbre. De ahí mi ansiedad por que, con la muerte de Cullens, no se descubriese

que había tenido relación alguna con otro hombre.

—¿Y creyó usted que una investigación conduciría a esa fría certidumbre? —preguntó Mason.

—Yo vivía como Ione Bedford en un piso pagado con el dinero de Aussie. Nuestras relaciones no tenían nada de pecaminosas y se reducían a lo meramente comercial, pero francamente si yo se lo hubiese explicado a Pete no me lo habría creído.

—Así, pues —dijo Mason—, en su deseo de evitar verse envuelta en la investigación, decidió venir directamente aquí. ¿No es eso?

—Sí.

Mason enganchó sus pulgares en las sisas de la americana y se puso a pasear por la habitación. Ella le observaba alerta, sin dedicar la menor atención a Paul Drake, quien se había recostado en el sofá, con el codo apoyado en la tapicería y la mejilla en la palma de la mano.

Durante algunos segundos, Mason paseó de un lado a otro en pensativo silencio.

—No acabo de encontrarle sentido —murmuró al fin.

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —preguntó la mujer.

—Su venida aquí.

—Ella se echó a reír nervosamente.

—Pues aquí vine —replicó—, y tiene que tener sentido, se lo encuentre usted o no.

—No, no lo tiene —insistió Mason—. Con los motivos que ha expuesto usted, su impulso natural habría sido dirigirse a algún hotel, inscribirse bajo un nombre supuesto y hacer saber a Pete donde podría encontrarla. El único objeto que tuvo usted al abandonar a Pete fue obligarle a que la buscase. Es usted una mujer demasiado inteligente y demasiado ingeniosa para tener que rendirse cuando tiene prácticamente la victoria en las manos.

—Bien; pues aquí estoy —repitió *mistress* Bedford.

Mason se encaro con ella.

—La razón de que esté usted, aquí —dijo lentamente— es que, cuando yo le dije que Austin Cullens había sido asesinado, el primer pensamiento que se le ocurrió fue que Pete había descubierto que Austin Cullens la había establecido a usted en un piso; que con su fogoso temperamento meridional, sus celos y sus ideas de protección al hogar, había buscado a Austin Cullens y...

—¡Mentira! —gritó la mujer—. ¡Le digo a usted que es mentira!

La puerta que daba al pasillo se abrió bruscamente. Un joven alto, de pelo negro y ojos azules, apareció en el umbral.

—¿Qué es mentira? —preguntó.

—¡Pete! —gritó ella, volviéndose a él.

Drake se puso en pie.

La mujer corrió hacia el hombre que seguía en el umbral. Drake alargó el brazo para sujetarla por la cintura. Ella luchó con él como un gato salvaje. El individuo avanzó dos pasos. Drake le miró a los ojos y trató de libertar su brazo de la cintura de la mujer para bloquear el puñetazo. Era demasiado tarde. El golpe le alcanzó a un lado de la barbilla y le lanzó hacia atrás, tambaleándose. Sus piernas tropezaron con el brazo del sofá y cayó cuan largo era, agitando los pies en el aire.

La mujer echó sus brazos al cuello del hombre. El individuo la apartó a un lado y cerró la puerta de un puntapié. Pasó luego por delante del sofá, prescindió del derrumbado detective y se encaró con Mason.

—Está bien —dijo con fría calma—; veamos ahora qué dice usted.

Mason, con los pulgares enganchados todavía en las sisas de la americana, contestó tranquilamente:

—Creo más bien que debemos escuchar lo que usted tenga que decirnos.

—Este es Perry Mason, el abogado —explicó la mujer.

Chennery no apartó su mirada de la de Mason.

—¿Y qué diablos hace aquí? —preguntó por encima del hombro.

Drake, rodando por el sofá, consiguió al fin ponerse en pie y se encaró con Chennery.

—¡Bravo! —dijo—. Probemos otra vez ese juego.

Chennery ni siquiera volvió la cabeza.

—Explíquese —dijo a Mason.

Mason prescindió de él y se dirigió a Drake:

—Puedes registrarle, Paul, a ver si por casualidad tiene un revólver del calibre treinta y ocho en el bolsillo de la cadera.

—¡Pete, no se lo consientas! —exclamó la mujer—. Tú no comprendes. Ellos caminan dos saltos delante de ti. Saben cosas que tú ignoras. Van a comprometerse para salvar...

—¿Por qué un revólver del calibre treinta y ocho? —preguntó fríamente Pete.

—Austin Cullens fue muerto con un revólver del calibre treinta y ocho —contestó Mason.

—¿Quién diablos es ese Austin Cullens? —preguntó Chennery.

La mujer se volvió para mirar a Mason con suplicante angustia en los ojos.

—Es un individuo que fue muerto con un revólver calibre treinta y ocho —dijo Mason.

—¿Y necesitaba usted echarme la culpa a mí? —preguntó Chennery.

Mason eligió cuidadosamente sus palabras.

—Los detectives que trabajan en el caso informaron que un coche había estado detenido cerca de la residencia de Cullens aproximadamente a la hora de su muerte. El coche era un convertible rojo con ruedas de alambre amarillas. El número de la matrícula, dado por los testigos, puede estar equivocado en una cifra. Si es así, coincide con el de su coche, y la descripción del individuo que fue visto rondando por los alrededores de la casa de Cullens coincide con la de su persona.

—¿Así que vinieron ustedes a tratar de sonsacar algo a mi esposa? —preguntó Chennery.

—Le hemos dirigido unas preguntas.

—¿Insinuando que yo pudiera ser el asesino?

—Ella pareció pensar que era eso lo que teníamos en la imaginación —contestó Mason.

Chennery hizo una mueca fría y despiadada.

—Está bien —dijo—; pueden registrarme.

El individuo elevó los brazos hasta ponerlos horizontalmente, con las manos extendidas y los pulgares separados. Drake le registró los bolsillos y le palpó bajo los brazos.

—No tiene nada, Perry —dijo.

—No iba a ser tan loco que trajese el revólver encima —comentó Mason—. Probablemente lo habrá dejado en la escena del asesinato.

—Ustedes no pueden acusarme de una cosa como esa —protestó Chennery.

—Usted no estuvo en casa la noche pasada... toda la noche —dijo Mason.

Chennery miró ceñudo a su mujer.

—No le eche usted la culpa —prosiguió Mason—. No nos ha dicho nada. Tenemos un detective vigilando esta casa desde las once de la noche.

—Bien —dijo Chennery—; confieso que no estuve en casa. ¿Y eso qué importancia tiene?

—No lo sé —dijo. Mason—. Necesito saber dónde estuvo usted.

—¿Es usted abogado? —preguntó Chennery.

Mason asintió.

—Y este otro individuo un detective —explicó la mujer.

—¿Pertenece a la Comisaría? —preguntó Chennery, volviéndose a Drake.

—No —dijo Mason—. Es un detective particular a mi servicio.

Chennery se encaminó a la puerta, la mantuvo abierta y exclamó:

—¡Líen el petate y lárguense!

Su esposa apoyó en su brazo una mano suplicante.

—Escucha, Pete —dijo—, no puedes hacer eso a estos señores. Son...

Él se sacudió la mano y se encaró con Mason.

—He dicho que líen el petate y que se larguen.

Mason pareció no oírle por el momento. Se volvió, con los pulgares todavía enganchados en las sisas de la americana, y miró pensativo por la ventana.

—Habla usted muy fuerte —dijo Drake, desafiador.

—Hablo fuerte —replicó Chennery— porque da la casualidad de que soy el que paga la renta de este piso. Esta es mi casa. Ustedes carecen de mandamiento de registro. ¡Salgan!

—Podríamos tener un mandamiento de detención —repuso Drake.

Chennery se echó a reír.

—¡Un detective particular con mandamiento de detención! ¡Tiene gracia!

Mason se separó bruscamente de la ventana. Sus ojos hicieron un guiño imperceptible.

—Vamos, Paul —dijo—; Chennery tiene todos los ases.

—¿Quieres decir que nos marchamos? —preguntó Paul Drake.

Mason asintió.

Chennery continuaba manteniendo la puerta abierta.

Sin decir palabra. Mason y el detective desfilaron por delante de él hacia el pasillo. La puerta se cerró de golpe detrás de ellos.

—Caramba, Perry —protestó Drake—, no podemos consentir que ese prójimo nos trate de este modo. Ahora que estábamos más próximos que nunca a aclarar el asesinato de Austin Cullens...

Mason entrelazó su brazo con el del detective y tiró de él hacia el ascensor.

—Olvidas, Paul —dijo—, que nosotros no queremos aclarar el asesinato.

—¿Qué diablos quieres decir? —preguntó Drake.

—Si nosotros aclaramos el asesinato —prosiguió suavemente Mason—, el sargento detective Holcomb, de la Brigada de Homicidios, no tendrá la gloria, de aclarar el asesinato y se enfadará muchísimo. Por consiguiente, el sargento Holcomb se sentiría inclinado a rechazar nuestra solución como algo discurrido, para salvar a Sarah Breel. Si, por otra parte, el sargento Holcomb decidiese que Pete Chennery debe ser interrogado, se encontraría, naturalmente, con que...

—Me he equivocado —interrumpió—. Lo siento, Perry. El puñetazo en la mandíbula me impidió discurrir tan rápidamente como tengo por costumbre.

—¿Te duele? —preguntó el abogado.

Drake medio se volvió hacia la puerta del piso. Mason sintió los músculos del detective tensarse bajo la manga de la americana.

—¡Ya lo creo que duele! —rezongó.

Mason continuó empujándole hacia el ascensor.

—Tomarás una aspirina en la farmacia —le dijo—. Y voy a decirte una cosa que es necesario no olvides. Hemos dejarlo que Chennery se entere de que lo vigilamos. No tendrá mucha dificultad en distinguir a tu detective ahí en frente. Su primer impulso será cogerle por las solapas y tratar de acogerlo. Diremos a tu detective que no ponga muchas dificultades para dejarse asustar. Pero, entretanto, otros tres detectives ocuparán disimuladamente el puesto que deje el muchacho para seguir su trabajo donde lo abandonó. ¿Me comprendes?

—Te comprendo —dijo Drake—. Para mí será un placer machacar de algún modo a ese prójimo.

—Bien —dijo Mason—. Puedes telefonear desde la farmacia y luego te tomas una aspirina...

—Y después, ¿qué? —preguntó Drake.

—Después —dijo Mason con un guiño—, te ocuparás en comprobar todos los robos importantes de joyas habidos durante los cinco últimos años. Si Ione Bedford no pudo identificar aquellos diamantes, hay buenas probabilidades de que alguna otra persona pueda hacerlo. Claro está, Paul, que no tengo que decirte cómo has de llevar tu negocio, pero podrías encontrarte con alguna recompensa en metálico si consigues averiguar las actividades del difunto Austin Cullens.

—Soy un bruto para detective —dijo Drake, acariciándose la dolorida mandíbula.

## Capítulo 10

Virginia Trent se incorporó en el lecho y miró a Mason con turbia mirada.

—Buenos días, *mister* Mason —refunfuñó torpemente.

—¿Cómo se siente usted? —preguntó Mason.

La joven hizo algunos ruidos de prueba con la boca y contestó:

—No lo sé. La enfermera acaba de despertarme.

—Se excitó usted mucho —dijo la enfermera colocada a un lado de la cama—. El doctor le dio a usted un sedativo.

—Bastante fuerte —añadió Virginia Trent, frotándose los ojos—. Apuesto a que estoy hecha un espanto. Deme un espejo y un poco de agua.

La enfermera le trajo el agua, pero no el espejo. Virginia Trent la bebió ávidamente, se miró el pesado camisón de franela que la tapaba hasta el cuello y dijo a la enfermera:

—Este es un camisón que no recuerdo haber usado nunca. ¿Dónde lo encontró usted?

—Estaba en el fondo del cajón de la derecha. Yo...

—Bueno, ¿por qué no cogió usted los que había encima? .—Tenía miedo de que se enfriase usted —explicó la enfermera—. Estaba usted muy débil. El sedativo empezó a surtir efecto en el taxi.

—Ahora recuerdo aquellos polizontes —dijo Virginia—. ¡Buena manada de sádicos! Les gusta torturar a seres indefensos.

—¿Qué hicieron? —preguntó Mason.

—Me acosaron a preguntas y casi me volvieron loca —dijo Virginia—. Me parece que me volvió a dar otro ataque de histerismo.

—Muy fuerte —confirmó la enfermera.

—¿Qué sucedió después?

—Un doctor le dio un calmante y a mí me comisionaron para que la trajese a casa y velase su sueño.

—Querrá usted decir para que no escapase —corrigió Virginia Trent.

La enfermera guardó un prudente silencio.

—¿Dónde está mi tía?

—En el hospital. Tenía solamente una ligera contusión y durmió la mayor parte de la noche. El doctor no comunicó hasta esta mañana a la policía que había recobrado el conocimiento.

—¿Cómo se encuentra?

—No se preocupe —dijo Mason—. Su tía sabe cuidarse bien.

—¿Qué fue todo eso que me contaron de que se encontró su bolso con el revólver que mató a Austin Cullens?

—Todavía no han podido comprobar si se trata de su bolso —repuso Mason.

La joven bostezó prodigiosamente.

—Va usted a tener que esperar, *mister* Mason, mientras me lavo con agua fría y me limpio los dientes.

—Perfectamente —dijo Mason—. Siento molestarla, pero tenemos mucho que hacer.

—¿Qué averiguaron de... de tío George?

—Nada, que yo sepa —contestó Mason—. Si descubrieron algo, lo guardan en secreto.

—¿Lo han... lo han enterrado ya?

—Tuvieron que practicarle la autopsia. Ahora están celebrando el funeral.

—Vuélvase de espaldas —dijo la joven—. Voy a levantarme.

—Haré algo mejor que eso —repuso Mason—. Esperaré abajo en la biblioteca. ¿Cree usted que podrá hablar con el estómago vacío?

—No —contestó lacónicamente Virginia—. ¿Dónde está Itsumo?

—Abajo —contestó la enfermera.

—Perfectamente. Voy a tomar un baño. Dígame que quiero jugo de tomate con mucha salsa de Worcestershire, café, huevos revueltos y tostadas. Y usted, *mister* Mason, va a tener que esperar hasta que recupere fuerzas.

—Está bien, esperaré allá abajo —dijo el abogado.

—¿No me acompañará usted a tomar unos huevos?

—No, gracias. Hace rato que desayuné.

—Café, entonces.

—Tomaré una taza de café y fumaré un cigarrillo. Esperaré

abajo.

Pasaron veinte minutos largos antes de que ella se le reuniese. El cocinero japonés los sirvió con su rapidez y destreza acostumbradas. Mason esperó a que la joven terminase de comer y empezase a saborear su segunda taza de café.

—¿Quiere usted que hablemos? —preguntó.

—¿De qué?

—De todo.

—No sé qué decir. Sabe usted tanto como yo.

—¿Qué me dice del revólver de la mesa? ¿Sabía usted que estaba allí?

—¡Claro que sí! He disparado con él muchas veces.

—¿Que ha disparado usted con él?

La joven asintió.

—¿Cuándo? —preguntó Mason.

—Con mucha frecuencia durante los últimos seis meses. Por lo menos una vez a la semana salía al campo a practicar.

—¿Puedo preguntar por qué? —inquirió Mason.

—Porque paso mucho tiempo sola. En aquella caja de caudales se guardan joyas por valor de muchos miles de dólares. Ciertamente que no entra en mis cálculos el quedarme como una momia mientras cualquier distinguido ladrón registra la caja y arruina a tío George.

—¿No están aseguradas las joyas?

—Algunas, sí. Pero no se trata de seguros, *mister* Mason, se trata del desarrollo de mi propio carácter. Necesito saber defenderme... tener confianza en mi misma. Al que se obstina en caminar con muletas, se le debilitan las piernas. Yo quiero sostenerme sobre mis dos pies. Además, tengo un amigo que... bueno, que le gustan las mujeres valientes, y él es también un excelente tirador. Y como me propongo compartir su vida, quiero que me gusten las cosas que a él le agraden. Voy a ser su compañera. Creo que la mujer que no cultiva los mismos gustos que el hombre por quien se interesa, comete una tremenda equivocación. Biológicamente, sabemos que lo opuesto se atrae, y eso sucede con los temperamentos opuestos.

»Cuando la atracción original se ha enfriado, la base de la camaradería tiene que ser una comunidad de intereses. Los seres no pueden seguir unidos para siempre a base únicamente de una

atracción biológica.

»La camaradería entre los sexos comprende dos etapas muy diferentes. Existe, primero, la reacción biológica. Luego, la...

—Yo hablo de tiros de revólver y usted habla de matrimonio —interrumpió Mason.

—No de matrimonio —replicó la joven—, sino de las reacciones básicas. El matrimonio es una consecuencia de...

—Dejemos eso... ahora —dijo Mason—. Vamos a dejar de hablar de lo que está usted hablando, y vamos a hablar de lo que yo estoy tratando de hablar.

La joven enrojeció.

—¿Qué hay de esas prácticas de revólver? —insistió el abogado.

—Nada tengo que añadir a lo que ya le he dicho —contestó la joven—. Durante los últimos seis meses he estado practicando el tiro de revólver. —Virginia hizo una pausa y añadió con orgullo—: Y he hecho grandes progresos durante este tiempo.

—¿Practicaba usted con aquel revólver de calibre treinta y ocho?

—La mayor parte de las veces. Hice algunos disparos con lo que llaman un revólver de reglamento, pero tenía demasiado rebufo.

—¿Habló usted a la policía de esas prácticas de revólver? —preguntó Mason.

La joven hizo un gesto afirmativo.

—Entonces, ¿cómo pudo convencerlos de que no había disparado contra su tío?

—Me favoreció el hecho de que mi tío fue muerto el sábado por la tarde y yo pude justificar cada minuto de mi tiempo. Dígame, *mister* Mason, ¿cree usted que volverán a marearme con nuevos interrogatorios esta mañana?

—No lo creo —contestó Mason.

—¿Por qué no lo cree usted?

—Porque yo voy a estar aquí —repuso el abogado.

—No le permitirán a usted quedarse —replicó la joven.

Mason se echó a reír.

—Es que da la casualidad —dijo— de que no tendrán nada que oponer, a menos que la detengan a usted realmente, la acusen de asesinato y la lleven a la cárcel. Mas por el momento no están en situación de hacer tal cosa. Tengo una orden del Tribunal que me

permite, como abogado suyo conferenciar con usted. Claro está que la enfermera habrá telefoneado la noticia y que... Ahí los tenemos ya.

Se oyó una sirena, y Virginia Trent empujó a un lado su taza de café.

—No sé si lo podré resistir —dijo con acento de cansancio—. Encima de todo lo demás, este hallazgo del cadáver de tío George...

—Prométame que no se pondrá nerviosa —dijo Mason—. Manténgase firme y déjeme discutir a mí.

—La policía no querrá...

Antes de que Mason pudiera decir nada, se oyeron pasos en el porche de la casa. La enfermera envió a Itsumo a abrir la puerta de entrada. Unos momentos después, el sargento Holcomb y dos detectives vestidos de paisano entraron en el comedor.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el sargento Holcomb a Perry Mason.

—Orden del Tribunal —dijo el abogado, mostrándole un documento.

—Debí meterla a usted en la cárcel —gruñó el sargento dirigiéndose a Virginia—. Esto me pasa por tener demasiadas consideraciones con usted.

—Yo no tengo la culpa —replicó la joven, indignada—. Yo estaba durmiendo cuando me despertó *mister* Mason.

—Y si la hubiese usted metido en la cárcel —intervino Mason—, yo habría conseguido un mandamiento de *babeas corpus* y hubiera sido lo mismo.

El sargento se sentó e indicó unas sillas a los detectives.

—Supongo —dijo a Perry Mason— que usted irá a aconsejarla que no conteste a ninguna pregunta y que se aferré a sus derechos constitucionales.

—Por el contrario —repuso Mason—, lo que me propongo es hacer todo lo que podamos para ayudarle a usted.

—Sí, de eso ya tengo una muestra —dijo sarcásticamente el sargento—. Quizá no lo sepa usted, pero esta joven me ha confesado que sabía que el revólver estaba en el cajón, que lo había llevado en diversas ocasiones y que había practicado con él hasta hacerse una hábil tiradora.

—¿Y qué tiene de particular? —preguntó Mason.

—Extraiga usted sus propias conclusiones —dijo Holcomb.

—Supongo —preguntó Mason— que habrán ustedes practicado la autopsia.

Holcomb hizo un gesto afirmativo.

—Hablemos entonces razonablemente George Trent fue muerto a determinada hora de la tarde del sábado.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó el sargento.

—Ignoro todavía lo que el forense que practico la autopsia tendrá que decir sobre este asunto, pero el cadáver estaba vestido como lo habría hecho en vida el difunto en un sábado Las ropas estaban bien planchadas y la camisa no estaba particularmente sucia Además, el cadáver había sido metido en una caja de embalse y subida esta a lo alto de una pila de cajones George Trent era un hombre corpulento Su sobrina no habría sido más capaz de subir el cadáver hasta allí que de levantar una esquina del edificio.

—Pudo ayudarla un cómplice —insinuó el sargento.

Mason asintió.

—Además —añadió Holcomb— no olvide usted que la víctima había salido a embriagarse Se llevó su coche y lo estacionó en una zona que, durante el día, tiene limitado el tiempo de estacionamiento a treinta minutos Luego cogió las llaves del coche, las metió en un sobre y las envió por correo a su propio nombre A continuación se dedico a embriagarse y a jugar.

—Exactamente —dijo Mason—, y algo debió ocurrir que le hizo regresar a su despacho ¿Qué sería?

—No lo sé —contestó el sargento—. Eso es lo que quiero averiguar.

—No creo que adelante usted mucho atemorizando a *miss* Trent simplemente porque tenía un revólver en aquel cajón y sabía utilizarlo.

—Yo no he atemorizado a nadie.

—La muchacha tuvo anoche un ataque de histerismo —dijo Mason—. Usted se la llevó a la Jefatura y la acosó a preguntas hasta que tuvo que ponerla bajo el cuidado de un doctor.

—Efectivamente, llamamos a un doctor y la enviamos a casa cuando le repitió el ataque por segunda vez —recalcó Holcomb—. Veo que ahora se encuentra perfectamente.

—Tengo razones para creer —dijo Mason— que el único local de

juego que visitó George Trent fue el llamado Golden Platter de la calle East Third.

—Muy bien, ¿y qué deduce usted de eso?

—Algo sucedió allí que obligo a Trent a regresar a su despacho ¿No le parece que sería un buen plan tratar de averiguar qué fue?

—No necesito que me enseñen cómo he de llevar una investigación, hace tiempo que lo sé —replicó bruscamente Holcomb.

—Además —prosiguió imperturbable Mason—, si usted descuida este extremo, y se censura a la policía por haberlo pasado deliberadamente por alto porque le convino cerrar los ojos ante una casa de Juego que funciona a plena luz, no crea que...

—¿Quién dice que hay allí una casa de juego? —preguntó en tono airado el sargento Holcomb.

—Yo —contestó rotundamente Mason—. Y ahora, ¿qué va usted a hacer?

Holcomb reflexionó unos momentos.

—Me ocuparé en investigarlo —dijo.

—Muy bien —repuso Mason—, pues yo, a mi vez, me ocuparé en investigar como hace usted esa investigación. Entretanto, voy a justificar, minuto por minuto, el tiempo de esta muchacha desde el sábado por la tarde al sábado por la noche. Usted cerró el despacho al mediodía, ¿verdad, Virginia?

—Sí.

—¿Adónde fue usted?

—Salí al campo.

—¿A dar un paseo?

—Sí. Mi amigo y yo estábamos...

—Muy bien —interrumpió Mason—, de eso hablaremos particularmente los dos. Creo que debemos, dejar que el sargento Holcomb termine el otro ángulo de su investigación antes de que nosotros...

—Sé lo que se teme usted, Mason —interrumpió Holcomb—. Ahora permítame que le diga algo. Esta joven nos lo contó todo anoche. Yo le pregunté si llevó el revólver, y me contestó que sí. Ella y su amigo estuvieron haciendo ejercicios de tiro.

Mason lanzó una rápida mirada interrogadora a Virginia Trent. La joven hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué tiene de particular? —preguntó la muchacha—. Hemos venido haciendo esos ejercicios durante los pasados seis meses. Mi amigo puede justificar cada minuto de mi tiempo durante la tarde de ese día.

—¿Quién es su amigo? —preguntó Mason.

—El teniente Ogilby. Asiste a mi clase de psicología en la escuela nocturna.

Mason miró al sargento Holcomb. El sargento bajó la cabeza en gesto afirmativo.

—El joven lo ha confirmado —dijo lacónicamente—. Salieron a eso de la una y media. Trent estaba comiendo en un bar cercano a su domicilio cuando se pusieron en camino. Estuvieron de regreso alrededor de las seis. Habían estado juntos todo el tiempo.

—Perdóneme, tengo que hacer una llamada telefónica —dijo Mason—. ¿Dónde está el teléfono, *miss* Trent?

—En el pasillo —contestó la joven.

Mason marcó el número de las oficinas de Paul Drake.

—¿Está Paul? —preguntó—. Muy bien, deseo hablar con él... Hola, Paul. Aquí, Perry Mason. ¿Qué averiguaron tus hombres por el portero del despacho de Trent?

—Tengo un informe completo sobre eso, Perry —contestó Drake—. Los sábados Trent cierra su despacho al mediodía, pero hay muchas oficinas en aquel mismo edificio que permanecen abiertas el sábado por la tarde, por lo que el servicio de ascensores funciona hasta las seis y media. Pasada esa hora, todos los ascensores quedan inmovilizados, excepto el que maneja el portero. Este lleva un libro de entradas y salidas que tienen que firmar los que utilizan el ascensor. Ahora bien, ese libro demuestra que Virginia Trent subió al despacho el sábado por la noche a eso de las ocho y permaneció allí hasta las nueve y diez, aproximadamente. Sarah Breel estuvo en el despacho el domingo por la mañana a las diez y media y permaneció en él hasta las doce y cinco. Eso es todo. No consta que el mismo Trent entrase o saliese. Lo que demuestra que Trent debió de salir a cierta hora del sábado por la tarde, empezó a embriagarse y luego regresó al despacho antes de las seis y media. Desde entonces hasta las seis y media pudo bajar en los ascensores sin que nadie fijase en él su atención.

»El portero entró en el despacho de Trent a las seis y media para

limpiarlo. Estuvo en él media hora. No estuvo nadie más. Vio a Virginia Trent salir del ascensor cuando él abandonaba el despacho, por lo que le dejó la puerta abierta. La joven iba sola.

»Aun hay algo más, Perry. Un periodista me ha dicho que el forense que practicó la autopsia ha determinado la hora de la muerte con bastante seguridad. Han averiguado dónde comió Trent el sábado y cuándo. Suponen que fue muerto alrededor de las cuatro y media de la tarde de sábado, probablemente no después de las cinco. A la policía no le agradó eso, pero tales son los hechos.

—Gracias —dijo Mason, colgó el teléfono y volvió al comedor.

—Bien, sargento —dijo—, vamos a hablar con claridad. Si usted quiere acusar de algo a *miss* Trent, hágalo.

—Yo no voy a acusarla de nada —replicó Holcomb—. Solo trato de establecer los hechos.

—Yo le ayudaré —dijo Mason—. George Trent fue muerto no después de las cinco de la tarde del sábado, *miss* Trent tuvo aquel revólver en su poder toda la tarde del sábado, lo que supone para ella una buena coartada.

El sargento Holcomb se inclinó hacia Perry Mason.

—Mason —dijo—, usted y yo nos hemos encontrado en lados opuestos en diferentes casos. Que ello no nos impida hablar sensatamente ahora. Yo no sé lo que vamos a descubrir. Pero sé que existió la imposibilidad física para Virginia Trent de llevar encima el revólver el sábado por la tarde. La muchacha está equivocada en este punto, esto es todo, y si persiste en esa equivocación, va a impedirnos llegar a una convicción cuando tengamos al asesino de Trent. Por eso deseo que esta joven coopere con nosotros.

—Ya lo sabe —dijo Mason, haciendo una mueca a Virginia Trent—; anímese y coopere.

—Pero es que no comprendo lo que quieren que haga —repuso la joven.

—El sargento Holcomb, cuando la interrogó a usted anoche, quizá no supiera tanto como ahora —dijo—. O si lo sabía, se lo calló. Su tío fue muerto antes de las siete y media.

—Pero no sé por qué habrían de matarle con el revólver que estaba en la mesa —replicó la joven—. Hay millares de revólveres del calibre treinta y ocho...

—No, lo crea —repuso Holcomb—. Nuestro departamento de

balística ha sacado microfotografías de la bala que mató a su tío y de otra bala de prueba disparada por ese revólver. Las balas salieron de la misma arma. Ahora bien, ¿a qué hora regresaron usted y el teniente Ogilby?

—Creo que llegamos aquí a eso de las seis.

—¿Su amigo se quedó a cenar?

—No.

—Veamos lo que tiene que decir ese japonés.

Uno de los detectives marchó a la cocina y trajo al japonés, que compareció sonriente, pero hermético e inescrutable, devolviendo con sus ojos de laca al sargento Holcomb su interrogadora mirada.

—¿Cómo se llama usted?

—Itsumo.

—¿Tiene otro nombre?

—Sí, señor, Itsumo Shinahara.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Hoy hace cinco meses y tres días.

—¿Recuerda usted la noche del sábado?

—Muy bien, señor.

—¿A qué hora sirvió usted la cena?

—Treinta minutos antes de las siete.

—¿Quiere usted decir a las seis y media?

—Sí, señor.

—¿Quiénes asistieron a la cena?

—Miss Virginia y *mistress* Sarah Breel. Mister George no se presentó.

—¿Sabía usted que no se presentaría?

—No, señor.

—¿Puso usted cubierto para él?

—¿Recuerda a qué hora regresó *miss* Trent el sábado por la tarde?

—Sí, señor.

—Unos veinte minutos antes de la hora de la cena. Yo miré el reloj para guisar la carne.

—¿Qué clase de carne?

—Chuletas, señor.

—¿Cuánto tiempo estuvieron cenando?

—¿Quiere usted decir cuánto tiempo emplearon en comer la

cena?

—Sí.

—La noche del sábado la tengo libre —explicó Itsumo—. Tengo cita con un amigo para estudiar la ampliación de películas en una academia de fotografía. La clase empieza a las ocho. Me di mucha prisa antes de esa hora. Telefoneé a mi amigo y tomé en la calle un coche diez minutos después. Llegué a clase un momento antes de empezar la lección, creo que un minuto.

—¿Y *mistress* Breel y *miss* Trent quedaron aquí cuando usted se marchó?

—*Miss* Virginia se marchó antes que yo, quizá unos cinco minutos. *Mistress* Sarah Breel se quedó aquí.

El sargento Holcomb se dirigió a Virginia Trent.

—¿Limpió usted el revólver después de dispararlo? —preguntó.

—Naturalmente. Lo limpié y lo aceité en mi habitación. Mi tío me enseñó a cuidarlo.

—¿Y lo limpió y aceitó?

—Sí.

—¿Y lo volvió a cargar?

—Sí.

—¿Y no lo llevó al despacho hasta las ocho?

—Creo que eran casi las ocho en punto.

—Mire, *miss* Trent —dijo el sargento, moviendo la cabeza—, creo que está usted equivocada en eso del revólver. Esa arma mató a su tío. Su tío encontró la muerte alrededor de las cuatro y media de la tarde del sábado. Por consiguiente, usted no pudo llevar ese revólver.

—Pues lo llevé —insistió la joven.

—Espere un momento. Usted creyó que lo llevaba, pero no se fijó particularmente en él, ¿no es cierto?

—¿A qué se refiere usted?

—¿Comprobó usted los números del revólver?

—Claro que no —sonrió la joven.

—Usted cogió simplemente un revólver del cajón de la mesa y lo guardó en su bolsillo, ¿no fue así?

La joven asintió.

—Y todo lo que sabe usted es que era un revólver del calibre treinta y ocho.

—Era el mismo modelo que el que empleé para mis ejercicios. De eso estoy segura —insistió la joven.

—Pero no había en él nada que le permitiera identificarlo con absoluta seguridad, ¿no es cierto?

—No, no lo había —dijo lentamente Virginia.

—Ahora bien, a las ocho de la noche del sábado usted regresó al despacho y guardó en el cajón de la mesa el revólver que llevaba en su bolso. ¿Fue así?

—Así fue.

—¿Había algún otro revólver en el cajón en aquel momento?

—No...

—¿Cómo iba usted vestida cuando llevó el revólver al despacho?

—Con traje de calle, naturalmente.

—¿Llevaba usted guantes?

La joven reflexionó un momento.

—Llevaba guantes cuando llegué al despacho, pero... No, no los llevaba.

—¿El revólver iba en su bolso?

—Sí.

—¿Y lo sacó usted de él y lo metió en el cajón?

—Sí.

—¿Lo manejó usted sin reparos... es decir, lo abrió para cerciorarse de que estaba cargado?

—Sí, abrí el cilindro y lo examiné para cerciorarme de que estaba cargado. Siempre hago eso antes de guardarlo en el cajón.

—Perfectamente —dijo triunfalmente Holcomb—. Eso prueba mi punto de vista, *miss* Trent. Usted no llevó el revólver que mató a George Trent.

El silencio de la muchacha mostró su completa falta de convicción.

—¿Qué le hace a usted creerlo así? —preguntó Mason.

—Nuestro examen del revólver —dijo Holcomb— demuestra que la última persona que lo —manejó llevaba guantes. Las huellas digitales que pudiera haber antes en él están borrosas y, por consiguiente, carecían virtualmente de valor. Por otra parte, por la forma, confusa de esas huellas, nuestro perito dedujo que la última persona que manejó el revólver llevaba guantes, y que anduvo con él largo rato.

Mason lanzó una rápida mirada a Virginia Trent y volvió a dirigirse a Holcomb.

—Prosiga, sargento, oigamos el resto.

—Creo que usted puede cooperar con nosotros en esto, Mason —dijo Holcomb—. Usted vio lo que sucedió. Alguien cogió el revólver de George Trent y puso otro en su lugar. El lunes por la mañana, esa persona devolvió el revólver de George Trent al cajón y se llevó el que había dejado.

—¿Por qué dice usted que el lunes por la mañana? —preguntó Mason.

—Porque nadie entró en el despacho después de las seis y media de la tarde del sábado, hasta las ocho de la mañana del lunes, con excepción de *miss* Trent el sábado por la tarde y de *mistress* Breel el domingo.

—Comprendo —dijo Mason—. ¿Y qué desea usted que hagamos nosotros?

El tono de voz del sargento Holcomb fue casi suplicante.

—Los periodistas van a hablar con esta joven —dijo—. No quiero que les diga nada del revólver.

Mason se volvió a Virginia Trent.

—Por consejo de su abogado —le dijo—, no debe usted hablar con nadie de este asunto. ¿Comprendido?

La muchacha hizo un gesto afirmativo.

—Muchas gracias —dijo el sargento, tendiendo la mano a Mason.

Mason sonrió afablemente.

—De nada, sargento. Es siempre un placer cooperar con usted.

## Capítulo 11

Mason gesticuló alegremente al entrar en su despacho.

—¿Por qué tiene usted hoy esa expresión da gato que se ha comido el canario, jefe? —preguntó Della Street.

—Estaba pensando en la lógica y belleza de un pequeño trozo de filosofía —contestó el abogado.

—Dígame primero la filosofía —repuso la secretaria— y entonces le diré si estoy de acuerdo con usted.

—La filosofía —dijo Mason— es un párrafo que haba de un ingeniero.

—¿De un ingeniero? —preguntó, intrigada, la secretaria.

Mason tiró su sombrero y lo enganchó en uno de los brazos del perchero.

—Uh, uh, y dice así: «es divertido ver al ingeniero pulverizado por su propio petardo».

—Algo me dice que esto nos va a traer disgustos —refunfuñó la secretaria.

—No los va a evitar, por el contrario —replicó Mason—. Y, a propósito, Della, ¿sabe usted que uno de los mayores defectos de la policía es su falta de imaginación?

—¿A qué se refiere usted en particular? —preguntó Della...

—Estaba pensando en el proceso, histórico que ha conducido a la identificación de las balas valiéndose de la comparación y de la microfotografía. Usted sabe, Della, que solo hace unos pocos años que se ha demostrado que las pequeñas marcas y defectos del cañón de un revólver se imprimen automáticamente en la bala disparada por él.

—Sé también —añadió burlona la secretaria— que solo hace unos años que se ha perfeccionado la radio. Y estoy al corriente de los progresos que hemos hecho en materia de impuestos sobre las ventas y los ingresos.

—Vamos a hablar en serio por un momento —dijo Mason, acariciándose una barba imaginaria—. Cuando un hombre utiliza una inversión científica, es natural que le agrade conocer algo de la historia retrospectiva de esa invención, ¿verdad?

—Bien —dijo la secretaria—, aborrezco distraerle a usted de sus disquisiciones filosóficas sobre el delito, pero ya que se ha puesto usted serio, me parece oportuno disipar todo rastro de hilaridad diciéndole lo peor.

—¿Y qué es lo peor? —preguntó Mason.

—Que uno de los detectives de Drake le está buscando a usted con un ojo ensangrentado.

—¿Dijo usted con sangre en el ojo, sobre el ojo, o alrededor del ojo? —preguntó Mason.

—¿Cómo lo sabía usted, jefe?

—Por mero razonamiento deductivo.

—Si el pobre hombre le oye a usted razonar tan fríamente...

Se interrumpió al oír que Paul Drake llamaba a la puerta con su peculiar código de señales. Mason cruzó el despacho para abrir. Drake entró apresuradamente.

—Nuestro amigo Chennery cree en el método directo, Perry —anunció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mason.

—A los cinco minutos de abandonar nosotros la casa de Chennery salió este, se dirigió al *roadster* donde aguardaba mi operario y dijo: «Su amigo el abogado me dijo que me vigilaban y usted me parece la sombra».

—Y después, ¿qué? —preguntó Mason.

—Mi operario no lo recuerda —contestó Drake, mohíno—. Dice que cayó sobre él un edificio, pero probablemente exagerará un poco. Unos diez minutos después, cuando se presentaron los hombres a quienes yo había telefonado, lo encontraron hecho un ovillo en el fondo del coche, con una cinta adhesiva tapándole los ojos y los labios.

—¿Y Chennery? —preguntó Mason.

—Se nos escurrió de entre los dedos. Pero estamos siguiendo a su mujer y ella nos llevará a él tarde o temprano.

—¿Ella no se escapó?

—No. Chennery machacó a mi ayudante y desapareció. Ella

esperó a hacer las maletas y debió de salir unos diez o quince minutos después que él. Mis hombres llegaron en el momento en que salía.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Mason.

—En el hotel Monadnock, inscrita como *mistress* Charles Peabody, de Nueva Orleans.

—Bien —dijo Mason—. Vigíladla estrechamente. Intentad poner un dictógrafo en su habitación. Que algunos de tus hombres se alojen en los cuartos inmediatos y que abran bien los ojos por si llega *mister* Charles Peabody.

—Todo eso ya está hecho —dijo Drake.

—Ya sabes, Paul, que eso de taparle la boca y los ojos a un hombre es un truco profesional.

—Lo sé —convino Drake.

—También te darías cuenta de que Chennery parecía conocer la Ley. En cuanto le dije que eras un detective, quiso saber si pertenecías a la Jefatura. Y cuando descubrió que no, empezó a envalentonarse.

Drake asintió.

—Según la Brigada de Homicidios —prosiguió Mason—, el fusible de la luz de la residencia de Austin Cullens saltó porque alguien desatornilló una lámpara, introdujo una moneda de cobre en la boquilla y luego volvió a atornillar la lámpara. Tan pronto como alguien intentó encender las luces saltó el fusible. Eso es también un truco profesional.

Drake asintió, pensativo.

—Tienes razón, Perry. *Mistress* Breel nunca habría hecho eso.

—Una persona que sabe poner de ese modo un fusible en cortocircuito —comento Mason—, se sentiría inclinada a cerrar con cinta adhesiva los labios y los ojos de un hombre. Hay cierta similitud eh la técnica. Paul, una eficiencia en obtener los máximos resultados con un mínimo esfuerzo.

Drake asintió, pensativo.

—Por consiguiente —dijo Drake—, debo suponer que quieres que mi ayudante presente una queja a la policía y...

—Nada de eso —interrumpió Mason—. Menciono simplemente el detalle para tu conocimiento, Paul... y para el caso de que te encuentres con *mister* Charles Peabody de Nueva Orleans.

—Comprendido —dijo el detective—. He aquí algo más, Perry. Bill Golding guía un nuevo sedan de color castaño.

Mason entornó los párpados.

—Me interesa el adjetivo, Paul —dijo.

—¿El de castaño? —preguntó Drake.

Mason afirmó con un movimiento de cabeza.

—Ya te comprendo, Perry... pero dudo de que sea nuevo.

—Averígualo —dijo Mason.

—Bueno. Ahora va la noticia bomba, Perry. He identificado los diamantes Bedford. Tu corazonada era acertada en un cien por cien. Las piedras encontradas en aquel bolso y depositadas en la Jefatura de Policía proceden de un robo de alhajas cometido en Nueva Orleans hace seis meses. Un ladrón profesional robó un lote de joyas y las Compañías de seguros han removido cielo y tierra para encontrar su rastro.

—¿Has avisado a la Compañía de seguros?

—Eso es lo que te quería preguntar —dijo Drake—. ¿Puedo hacer esa gestión? Hay una recompensa de dos mil dólares que nos podríamos repartir y...

—Nada de recompensas —interrumpió Mason. Y como viera que el detective ponía mala cara, añadió—: Es decir, para mí. Tú puedes aceptar todas las que quieras... pero no sería mala idea que la repartieses con el sargento Holcomb.

—¿Con esa marmota? —preguntó Drake—. ¿Y por qué voy a repartir con él?

—Así se mostraría más dispuesto a cooperar contigo en el otro asunto —dijo Mason.

—¿En qué otro asunto?

—Cuando termines de aclarar lo de las piedras que Cullens dejó en consignación a George Trent, y se encuentren estas a salvo, podrías conseguir alguna recompensa más.

—¿Crees que Cullens habrá cometido este robo? —preguntó Drake.

—Creo que era un individuo muy hábil —contestó Mason—. Si cobras los dos mil dólares de recompensa por este asunto y te los guardas, no cobrarás ninguna recompensa más, pues Holcomb se moverá y descubrirá otros robos con más medios que tú. Además, puede alegar que las piedras están en poder del departamento de

policía y...

—Comprendo tu punto de vista —dijo Drake—. ¿Debo, entonces, hacerle alguna confidencia?

—En primer lugar tienes que llegar a un acuerdo concreto con él —dijo Mason—. Holcomb y yo cooperamos también en este caso.

—¿Cómo has dicho?

—Que cooperamos —repitió Mason.

—¿Desde cuándo? —preguntó Drake, sorprendido.

—Desde que Holcomb me lo pidió —contestó Mason.

—¿No es un poco raro? —inquirió Drake.

—Más que raro —rió Mason—. Es insólito.

—El fiscal del distrito —dijo Drake— quiere apresurar la vista de la causa por el asesinato de Cullens ante el Gran Jurado. Yo tengo una declaración completa firmada por Diggers... Este descubrimiento de que se trata de unas gemas robadas va a dar mucho juego.

—Supongo —dijo Mason— que el sargento Holcomb removerá cielo y tierra para encontrar a Pete Chennery y a su mujer.

—Lo haría si supiese lo que estarnos haciendo —dijo Drake.

—Bien —recalcó Mason—, pues recuerda que el sargento Holcomb y yo cooperamos en este caso.

—¿Convendría, pues, que yo le contase al sargento toda la historia de *mistress* Chennery?

—Oh, yo no iría tan lejos —repuso Mason—. Después de todo, el sargento es un poco quisquilloso y podría disgustarse por darle aclarado el caso. *Mistress* Ione Bedford fue anoche conmigo a la Jefatura para identificar las piedras encontradas en aquel bolso. No las reconoció. Yo le dije que Austin Cullens había sido asesinado, y ella me abandonó con bastante apresuramiento. Luego tomó un taxi y se dirigió directamente al domicilio de Pete Chennery. Si tú insinuases algo al sargento Holcomb, este probablemente empezaría a investigar entre los taxistas para averiguar a dónde fue *mistress*, Bedford, y esto le daría una buena pista para ponerse al corriente de la situación, con lo que no se daría cuenta de haber recibido demasiada ayuda de nuestra parte.

—¿Entonces no debo de seguir trabajando? —preguntó Drake.

Mason pareció impacientarse.

—Por Dios, Paul, sé razonable. Al principio te ofendiste porque

te pedí cosas que podían indisponerte con la policía, y ahora que te doy la ocasión de hacer algo que te atraerá la simpatía de la Brigada de Homicidios, empiezas a refunfuñar.

—Es que me parece —repuso Drake— que hay trampa en algún sitio y no acierto a descubrirla.

—No tengas cuidado —dijo Mason—; puedes sugerir al sargento Holcomb, después que descubra el escondrijo de Chennery, que sería una buena cosa para vosotros dos el obtener algunas huellas digitales de los objetos de su uso. Hay la probabilidad de que este Chennery tenga un buen historial. Ya sabes que todos sus actos revelan al profesional.

—Comprendido —dijo Drake, encaminándose a la puerta—. Voy a ver a Holcomb.

—Hay otra cosa que me gustaría que consiguieses —añadió Mason.

—¿Cuál es?

—Una fotografía del cilindro del revólver que mató a George Trent.

—Te referirás al que mató a Cullens, ¿no es eso? —preguntó Drake—. Es el que se encontró en el bolso de *mistress* Breel.

—No hables del bolso de *mistress* Breel, Paul —dijo severamente Mason—. No ha sido identificado como suyo. Yo me refiero al revólver que mató a George Trent. Es el único que me interesa.

—¿Quieres una fotografía del cilindro?

—Sí, una ampliación, si es posible —dijo Mason—; y la quiero tal como el cilindro se encuentra ahora, es decir, con todas sus cápsulas.

—No me será nada difícil —dijo Drake—, cooperando como voy a cooperar con la Brigada de Homicidios.

—Pues en marcha y empieza esa cooperación —dijo burlonamente Mason.

Cuando Drake hubo desaparecido, Mason se volvió para mirar a Della Street, bailándole una sonrisa en la comisura de los labios. Ella le miró pensativa un momento.

—¿Sabe usted —dijo— que si fuese usted un muchacho y yo su madre me apresuraría a ir a la alacena de las compotas... y me encontraría con que llegaría demasiado tarde? Ha sido usted muy travieso, *mister* Perry Mason. Venga y dígame a mamá lo que ha

hecho.

Mason se metió las manos en los bolsillos, chispeándole la alegría en los ojos.

—Tengo una sorpresa para usted —dijo.

—¿Una gran sorpresa?

—Bastante grande.

—Cuénteme.

—Nuestra flor de los prados es un hibisco disfrazado.

—¡Un hibisco!

—Bueno, quizá una orquídea.

—¿No le habrán engañado a usted, jefe?

El abogado movió la cabeza y bajó la voz como para comunicar un profundo y misterioso secreto.

—No son habladurías —dijo—, y no se lo he comunicado a nadie, excepto a usted, pero no quiero que lo repita. Claro está que no estoy muy seguro, porque a mí me lo ha contado la vieja *mistress* Blank, y no hay peor chismosa en la tierra, pero su cuñado trabaja para un corredor de Broadway y mi secretaria dijo...

—Vamos, jefe, sea formal y dígame la verdad. Mi corazón está próximo a estallar —rió la secretaria.

—¡Virginia Trent tiene un amigo! —dijo solemnemente Mason.

—¡Oh, oh! —exclamó Della, aplicándose la mano derecha sobre el corazón y dándose aire con la izquierda—. ¡Aire, que me ahogo!... ¿Verdad que no se burla usted de una pobre trabajadora, jefe?

—Salió a pasear con él el sábado por la tarde —prosiguió Mason—. Un paseo por los solitarios desfiladeros y páramos que rodean la ciudad.

—Acompañada, supongo, por dos dueñas y un libro de psicología del amor —dijo Della Street, con ironía.

—No —contestó Mason—, pero evidentemente el muchacho no es lo que pudiéramos llamar un amigo vulgar. Es atento, sobrio, trabajador, y estudia psicología en una academia nocturna.

—Bien —dijo Della, examinando el problema con la frente complicadamente fruncida—, así y todo el muchacho tiene posibilidades. No la ha llevado a la biblioteca pública, y eso ya es algo.

—No —dijo Mason—. Los dos marcharon al campo... pero allí

hicieron las cosas más extrañas.

—No me lo diga —interrumpió la secretaria—. Déjeme adivinar... jugaron a enganchar herraduras... no, estudiaron astronomía... no. ¡Ah! Espere un momento. Ya caigo, jefe. ¡Es algo de botánica! ¡O de zoología! Salieron en busca de la flora y la fauna con lentes de aumento y una actitud seria y serena hacia la vida. Si la mano de él roza accidentalmente la de ella, al alargarla para coger una dorada mariposa, se disculpa prontamente y ella es tan comprensiva que no vuelve a acordarse más del incidente.

—No ha acertado usted del todo —dijo Mason—. El muchacho es un teniente del Ejército que estudia psicología en sus ratos libres y acompaña a Virginia en esas deliciosas excursiones con el fin de practicar el tiro de revólver.

—¿El tiro de revólver? —repitió Della—. Parece mentira que un hombre que lee periódicos y los sucesos en que las mujeres se dedican a cazar a tiros a sus maridos, no encuentre nada mejor que enseñar a su futura esposa que a manejar un revólver.

—Pues así es —dijo Mason—. Y por cierto que la muchacha ha llegado a ser una excelente tiradora.

—Algo me dice que está usted a punto de ponerse serio, jefe. No ha sacado usted a relucir este detalle para darme la sensación de lo que es la vida amorosa de una florecilla silvestre. ¿No es cierto, jefe?

—Claro que no —contestó Mason—. El nombre del muchacho es Ogilby, teniente Ogilby. Ella le conoció en una academia nocturna, donde estudia psicología. Esto le dará una idea de cómo es, pues necesito que lo busque.

—¿Y qué hago después?

—Después procura usted ganarse su confianza —contestó el abogado.

—¿Tengo que animarle a que avance algo más en sus amores o le imbuyo la idea de que tome a Virginia Trent suave pero firmemente de la mano y...?

—Lo que tiene usted que hacer —dijo Mason— es llevarle al sitio donde él y Virginia estuvieron haciendo sus ejercicios de tiro el sábado por la tarde. Procure usted hablarle de revólveres... y luego le pide que recoja todas las cápsulas vacías que pueda encontrar.

—¿Todas?

—Sí.

—¿Se refiere usted a las cápsulas disparadas por los revólveres que estuvieron manejando?

—Naturalmente.

—¿Y luego, qué?

—Guárdelas simplemente en algún lugar seguro donde al sargento Holcomb no se le ocurra buscarlas, pero sin que por otra parte pueda acusársenos de ocultarlas. Lo más conveniente sería dejar que las guardase el teniente Ogilby.

—¿Y si Virginia cree que trato de quitarle su hombre y entonces...?

—Virginia no tiene que enterarse de nada —dijo Mason.

—Tiene usted que recalcar bien eso al teniente Ogilby.

—¿No sería mejor —preguntó la secretaria— hacer que uno de los hombres de Drake se ponga en contacto con él? Después de todo, jefe, no sé cómo, me las arreglaré para cogerle por mi cuenta y...

—Eso allá usted, Della —interrumpió Mason—. No quiero que Drake se entere de este asunto.

—¿Por qué? —preguntó la secretaria.

Mason hizo un guiño.

—Drake está cooperando con el sargento Holcomb.

—Creí que también cooperaba usted —dijo Della.

—Coopero —contestó Mason—; pero coopero de un modo muy elástico. La gente tiene diferentes definiciones para la cooperación.

—¿Cuál es la del sargento Holcomb? —preguntó Della.

Mason encendió un cigarrillo.

—Oh, el sargento Holcomb —dijo, displicente— parece tener sobre las cooperaciones el mismo criterio que yo.

—Comprendo —dijo la secretaria, pasándose el dedo índice por la garganta y alargando la otra mano para coger el teléfono.

## Capítulo 12

Della Street cerró suavemente la puerta y dijo:

—Mejor será que saque usted de la naftalina su chaleco a prueba de balas, jefe.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—Un tal *mister* Golding y su señora se encuentran en el antedespacho y traen cara de pocos amigos.

—¿Mister William Golding, el que regenta la casa de juego conocida por The Golden Platter?

—No dijo cuál es su ocupación, pero parece que le ha obsequiado usted con una citación para que comparezca como testigo de la defensa en el caso de la ciudadana Sarah Breel, y está que se lo llevan los diablos.

—¿Y la mujer? —preguntó Mason.

—La ha citado usted como a Eva Tannis. Y esta que arana. Dice que su nombre es Eva Golding.

—¿Le enseñaron a usted el certificado de matrimonio? —preguntó Mason.

—No lo tome a broma, jefe. Vienen en plan de manifiesta guerra.

—¡Estupendo! —exclamó Mason, empujando a un lado la pila de correspondencia que había estado leyendo—. Hágalos pasar y deje que se desahoguen.

La mujer fue la primera que cruzó la puerta, con la cabeza alta, levantada la barbilla y los ojos llameantes. Bill Golding entró detrás de ella, con el rostro inexpresivo como una careta. Solo sus ojos, de torva mirada, daban algún indicio del furor que le animaba.

—Siéntese —invitó Mason—. Cierre la puerta, Della.

—¿Qué se propuso usted enviándonos esa maldita citación? —preguntó Golding.

—Los necesito como testigos —contestó Mason.

—¿De la acusada?

—Naturalmente.

Golding se echó a reír sarcásticamente.

—¡Creí que era usted un buen abogado! —exclamó.

—Las opiniones difieren sobre eso —confesó Mason, indiferente.

—Ha insultado usted a mi esposa —prosiguió Golding, apretando los labios con rabia.

—Lo lamento —dijo Mason.

—¿Qué se propuso usted citándola bajo el nombre de Eva Tannis?

—Tenía entendido que se llamaba así.

—Pues está usted equivocado, señor. Se llama *mistress* Golding.

—Lo lamento, *mistress* Golding —dijo Mason—, pero quería que la citación surtiese efecto y puse el nombre que me pareció verdadero.

Ella le miraba furiosa, con los párpados ligeramente entornados. Sus dilatadas fosas nasales evidenciaban su emoción.

—Va usted a temer que lamentar eso, *mister* Mason —exclamó.

—¿Lamentar que?

—El habernos citado.

—Oh, no lo creo.

—Pues yo sí.

—Mire, *mister* Mason —intervino Golding—; usted sabe tan bien como yo que explotamos una casa de juego. Si usted nos lleva ante el Tribunal, a mí me van a preguntar mi nombre, domicilio y ocupación. Después preguntarán a Eva un montón de cosas. Esas cosas no nos van a favorecer mucho a ninguno de nosotros.

—Pero pueden favorecer a mi cliente —repuso Mason.

—Eso es lo que cree usted.

Mason hizo como que no se había dado cuenta del sarcasmo.

—¿Quiere usted un cigarrillo, *mistress* Golding?

—No... gracias.

—¿Y usted, Golding?

—No.

—Bien, fumaré yo solo —dijo Mason, eligiendo un cigarrillo—. Creo que guía usted un coche nuevo, Golding.

—¿Qué tiene, de particular eso?

—Oh, nada, nada —dijo Mason, encendiendo su cigarrillo.

Luego apagó el fósforo, exhaló la primera bocanada de humo y prosiguió—: Tengo entendido que lo compró usted el día después del asesinato de Cullens.

—¿Y qué?

—Me interesa el coche que vendió usted. Estaba en muy buen estado. No tendría ni seis meses de uso.

—¡Dios mío! —estalló la mujer—. ¿Pero es que vamos a tener que dar cuenta a los abogados cada vez que cambiemos de coche?

—Me interesó mucho su compra, Golding —prosiguió Mason, sin alterarse y sin siquiera mirar a la mujer—. Mis detectives me han tenido al corriente de todo lo referente a su coche. Era un sedan azul con el parachoques de atrás abollado. No sé si lo sabía usted, pero Diggers declaró que un momento antes de que *mistress* Breel se saliese de la acera, un coche que había estado estacionado junto al bordillo echó a andar y viró bruscamente hacia la izquierda. Era un sedan azul con el parachoques de atrás abollado.

—Eso no prueba nada —repuso Golding—. Apuesto a que cualquier agencia de detectives puede encontrar centenares de coches azules con los parachoques posteriores abollados.

—Es muy posible —confesó Mason con bastante frialdad.

—¿Entonces, para qué nos quiere usted como testigos?

—Oh, se me ocurrió que al jurado podría interesarle saber adónde fueron ustedes cuando Cullens abandonó su local.

—Esa es otra cosa que no me agrada —dijo Golding—. Usted se ha entrometido con mis banqueros, tratando de desacreditarme.

Los ojos de Mason sostuvieron impávidos la acerada mirada del tahúr.

—No me agrada esa palabra de entrometido, Golding —dijo lentamente.

—Bien, pues he dicho entrometido.

—Le he oído a usted.

—Un momento, Bill —intervino la mujer—. Esto no te va a conducir a ninguna parte.

—Eso me parece a mí —convino Mason.

La mujer se puso bruscamente en pie.

—¿Tiene usted un despacho donde podamos discutir con libertad?

—¿Por qué no discutirlo aquí? —preguntó Mason.

—Estoy por aceptar.

—¡Cállate, Eva! —intervino Golding.

—Se lo voy a decir —insistió ella, mirando a Mason.

—¡Eva, cállate!

—No seas tonto, Bill. Tenemos que decírselo ahora. No hay más remedio.

—No le digas nada —aconsejó Golding—. Hablaremos primero con nuestro abogado y que él hable después con Mason.

—¿Tan importante es? —preguntó Mason.

La mujer se retrepó en el gran sillón de cuero.

—No, Bill, no necesitamos ver a un abogado —dijo—. Un abogado podría hablar, y nadie sabe lo que hablaría. Vamos a decírselo a Mason y nada más.

—¡Estás loca! —insistió Golding.

Ella ni siquiera le miró y siguió hablando imperturbable.

—Muy bien, *mister* Mason. Sepa que estuvimos allí. Fuimos los que nos estacionamos en aquel sedan azul, junto a la acera. Salimos unos veinte minutos después de marcharse Cullens...

—¡Eva! ¡Por lo que más quieras, cállate! —repitió Golding, poniéndose en pie y echando a andar hacia ella.

La mujer se volvió para hacerle frente.

—Vuelve a tu asiento —le dijo, como quien ordena a un perro que se vaya a su rincón—. ¡Siéntate! ¡Cállate! Eres un mal jugador. Ni siquiera sabes cuándo llevas las de perder.

Volvió a dirigirse a Mason. Su voz conservaba el tono natural y reanudó su historia sin cambiarlo y sin ni siquiera mirar a Golding, quien, tras titubear un momento, retrocedió lentamente hacia su silla y se sentó.

—Nosotros no podíamos imaginarnos por qué Cullens había armado todo aquel alboroto —prosiguió—. Parecía una especie de comedia. A mí no me agradó. Hablamos del asunto y decidimos no dejarnos enredar. Subimos al despacho de Trent. No estaba allí. Telefoneamos a su hermana. No estaba en casa. Entonces decidimos presentarnos en el domicilio de Cullens y poner las cartas sobre la mesa.

»Fuimos en coche y nos detuvimos frente a la casa. Estaba a oscuras. Bill dijo: “No hay nadie en casa”. “De todos modos vamos a subir a llamar”, dije yo.

—¿Quién guiaba? —interrumpió Mason.

—Yo —contestó la mujer.

—Continúe —dijo Mason.

—De pronto me dijo Bill: «¡Mira! ¡Hay alguien dentro con una linterna!». Yo miré. No había duda; se veía el haz de luz de una linterna. No era muy potente, o estaba amortiguado de algún modo, pero se veía la luz moviéndose de un lado a otro por las ventanas.

—¿En el piso de abajo o en el de arriba? —preguntó Mason.

—En el de abajo.

—Prosiga.

—Decidimos alejarnos de allí, pero sentíamos curiosidad. Yo mantuve el motor en marcha, dispuesta a embragar inmediatamente. Y entonces oímos dos disparos.

—¿Dos? —preguntó Mason.

—Dos.

—¿Provenían de la casa?

—Sí, de la casa.

—¿Y aquello fue después de haber visto la linterna?

—Sí.

—Continúe.

—Vimos algún resplandor más y luego una mujer que salía corriendo de la casa. Surgió del portal y se dirigió hacia la calle, llevaba un bolso en la mano y empujaba algo hacia el fondo. Yo estaba sentada a la izquierda del coche por el lado del volante. Bill ocupaba la derecha, cerca del bordillo, «Es la hermana de George Trent», me dijo. No esperé a más. Metí el embrague y nos alejamos de allí.

—¿No vieron ustedes lo que le sucedió a la hermana?

—No.

—¿Adónde fueron ustedes?

—Metimos el coche en el garaje y regresamos a nuestro establecimiento.

—¿Y abrieron la radio para escuchar las llamadas de la policía?

—preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y oyeron lo de que Cullens había sido encontrado muerto?

—Sí.

—¿Y notificaron a la policía lo que habían visto?

—No.

—¿Por qué no?

—Queríamos mantenernos al margen del asunto.

—¿No se lo han dicho ustedes a nadie?

—Usted es el primer mortal a quien le hablamos de esto.

—Tengo que pensarlo bien —murmuró Mason.

—No sea tonto —dijo la mujer—. No hay nada que pensar. Usted se calla y nosotros nos callamos.

—Como abogado —repuso Mason—, es mi deber aconsejar a ustedes que comuniquen lo que sepan a la policía.

—Bien, pues ya ha cumplido usted con su deber —dijo la mujer, poniéndose en pie.

—¿Pero no le va usted a decir nada? —preguntó Mason.

—No, a menos que se nos obligue a subir al estrado de testigos.

—Va a parecer endemoniadamente raro que este asunto salga a relucir por primera vez en el estrado —advirtió Mason.

—Parecerá mal por Sarah Breel —dijo Bill Golding.

—Y por ustedes también —recalcó Mason.

—Lo sufriremos, si no hay más remedio. A Sarah Breel, en cambio, no le irá tan bien —dijo la mujer.

—Eso queda por ver —repuso Mason.

Golding se echó a reír groseramente.

—Déjese de fanfarronerías —dijo, sacando del bolsillo el ejemplar de la citación—. ¿Qué quiere usted que haga con esto?

Mason le miró fijamente a los ojos.

—¿Qué le parece a usted? —preguntó.

Golding desgarró lenta y deliberadamente la citación y luego hizo un gesto a la mujer.

—Vámonos, Eva —dijo.

Se encaminaron, sin decir palabra, a la puerta y salieron al pasillo.

Mason hundió las manos en los bolsillos, se recostó en el sillón y fijó, pensativo, la mirada en el techo.

—Mienten, jefe —dijo Della Street—. Han inventado esa historia para que usted no se atreva a mencionar su sedan azul y para atarle las manos.

—Si es una mentira, Della, está bien discurrida —dijo Mason con acento sombrío.

—¿Le impedirá a usted citarlos como testigos? —preguntó Della.

—No tengo el menor deseo de verme en manos de la acusación por sacar a relucir pruebas como esa —dijo Mason.

—Pero ¿y si es mentira, jefe?

—Supongámoslo. ¿Y qué?

—Entonces le habrán contado esa historia nada más que por defenderse.

—¿Defenderse de qué? —inquirió Mason.

—Pues de... de tener que explicar lo que estaban haciendo por allí. Quizá de ser acusados de asesinato.

—Exactamente —dijo Mason—. En otras palabras, que se están jugando el resto... Sáqueme a Paul Drake por teléfono. Vamos a ver si averiguamos qué otros motivos pudieron tener para el asesinato. Ya comprenderá usted, Della, lo que esto significa. Hasta ahora todos los indicios que relacionaban a Sarah Breel con el asesinato son circunstanciales. Ella estaba cerca de la escena del asesinato; tenía en su poder el revólver con que se cometió el asesinato; se le encontraron algunos diamantes, que pudo haber quitado al cadáver. Esto hace que los indicios sean claramente vehementes, pero no son más que eso: indicios. Pero supongamos que se presentaran Golding y Eva Tannis y sitúan a Sarah Breel en escena EN EL MOMENTO EXACTO EN QUE SE ESTA COMETIENDO EL ASESINATO.

»Si mienten, lo hacen para salvarse de una acusación de asesinato. Si dicen la verdad... Bueno, si dicen la verdad...

—Supongamos que la dicen —preguntó Della—, ¿qué pasaría entonces?

Mason contempló pensativo las lustrosas punteras de sus zapatos.

—Llámeme a Paul Drake por teléfono —dijo.

Della Street llamó al despacho de Paul Drake, tapó la embocadura del aparato con la mano y dijo:

—Drake no está, Jefe. ¿Quiere usted hablar con algún otro?

—No —contestó Mason, taciturno—. Deje recado de que llame tan pronto como regrese.

Mientras Della colgaba el teléfono, Mason se puso en pie, enganchó sus pulgares en las sisas de la americana; en un gesto característico, y se puso a pasear por el despacho, con la barbilla hundida en el pecho.

Sonaron en la puerta unos golpes dados con los nudillos.

—Ese es Paul —dijo Mason, y se dirigió a abrir la puerta.

Drake entró casi sin aliento.

—¿Qué lío es ese que has armado, Perry? —preguntó.

—¿Lío? —repitió Mason, empujando la puerta.

—Sí, ese de los testigos.

Mason se le quedó mirando un momento, luego cambió una mirada con Della Street.

—¿Qué sabes de los testigos? —preguntó.

Drake se encaminó hacia su sillón favorito y sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos bastante arrugado.

—Escucha, Perry, hablemos claro —dijo—. Yo no pretendo enterarme de lo que no quieras decirme, pero, por otra parte, si he de trabajar en este caso, debo saber todo lo que se refiera a él.

—Prosigue —dijo Mason.

—¿Ibas a hablarme de esos dos testigos que acaban de estar en tu despacho?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Para saber con qué elementos puedo contar.

—¿Y cómo te has enterado de la existencia de tales testigos? —preguntó Mason.

—Tengo una radio en mi coche, que conservo sintonizada con las llamadas de la policía —explicó Drake—. Nadie sabe que lo hago, pero en nuestro oficio hay que estar en todo, como tú sabes.

—Ahórrate el preámbulo —apremió Mason, impaciente.

—Hace cinco o seis minutos —prosiguió Drake—, escuché una llamada urgente de la policía para el coche número diecinueve, ordenándole que se presentase en este edificio a detener a dos testigos que se encontraban en el despacho de Perry Mason, el abogado. Los testigos debían ser llevados a jefatura para su interrogatorio. Y no debían ser detenidos hasta después de abandonar el despacho. Por eso me figuré que tenías un par de testigos que podían dinamitar el caso, que habías telefoneado a Holcomb y que...

—Te equivocaste —dijo Mason—. ¿Y detuvieron a los testigos?

—Supongo que sí. Yo me dirigía al despacho cuando oí el aviso, y un par de calles más arriba me crucé con un coche con radio de la policía que llevaba dos personas en el asiento de atrás. No pude

fijarme bien en ellas, ni pude ver sus caras con la suficiente claridad, pero me pareció que una era un hombre y la otra una mujer...

—Escuche, jefe —intervino la secretaria—. ¿Cree usted que Golding y...?

—Cállese, Della —la interrumpió Mason, volviéndose rápidamente.

Ella miró atemorizada a Paul Drake y guardó silencio.

—¿Era Golding uno de los testigos? —preguntó el detective—. Si eran Golding y Eva Tannis, Perry... ¿por qué todo este misterio?

Mason no contestó. En su lugar cruzó la habitación y se puso a pasear lentamente a lo largo del borde de la alfombra, examinando la franja de madera con extraña atención.

—¡Caramba, Perry! —exclamó Drake—. No supondrás...

El detective se calló bruscamente. Mason no dedicó la menor atención a su comentario y continuó su inspección. De pronto se agachó y oprimió el dedo contra un polvillo blanco que había en el suelo. Algunas partículas de aquel polvo se adhirieron a la húmeda superficie de su índice. Probó entonces su consistencia notando el pulgar y el índice y luego hizo una seña a Drake. El detective se deslizó del asiento para cruzar el despacho y ponerse al lado de Mason. Este señaló hacia un cuadro con marco colgado en la pared. Los dos hombres levantaron lentamente el cuadro y lo descolgaron de los ganchos de latón de que estaba suspendido.

Un limpio agujero aparecía perforado a través del yeso. En aquel agujero asomaba el negro círculo de un micrófono.

Della Street lo miró con ojos de espanto y fue a decir algo, pero se contuvo. Paul Drake dejó encapar un pequeño silbido, casi inaudible.

Mason cruzó la habitación, puso una hoja de papel en la máquina de escribir y tecleó con dos dedos un corto mensaje.

«Esto es contrario a toda ética. La manteca está ahora en el fuego. A Holcomb probablemente no se le da ya un comino porque lo descubramos o no. Este chisme ya ha cumplido su objeto. Nuestra única posibilidad de despistar a Holcomb. Seguid mi juego y disimulad».

Mason apartó su silla de la máquina y se puso a pasear por el despacho.

—Bill Golding y Eva Tannis estuvieron aquí, Paul —dijo—. Holcomb, indudablemente, los hizo vigilar. Yo les había enviado una citación. Alguien debió de ir a la policía con el cuento.

—¿Sobre qué tenían que declarar?

—Creo que están complicados en el asesinato y tratan de echarlo a las espaldas de *mistress Breel*.

Drake miró a Mason, esperando, al parecer, algún gesto o señal. Mason, por la mímica, indicó que el detective tenía que hablar, pero el detective no pareció muy seguro de lo que Mason quería que dijese.

Della Street, interpretando los gestos de Mason, intervino para preguntar:

—¿Y qué va usted a hacer ahora, jefe?

Mason le dedicó un gesto de gratitud, indicando que había interpretado perfectamente su mímica.

—Solo puedo hacer una cosa —dijo—. Si tratan de procesar y condenar a Sarah Breel por perjurio, tendré que recurrir a toda clase de argucias para salvarla, pues de lo contrario...

Mason hizo señas de nuevo, y Drake preguntó tímidamente:

—¿En qué situación colócala esto a tu cliente, Mason?

—No lo sé —confesó el abogado—. Sería mejor para ella que se declarase culpable o que alegara la defensa propia. No lo sé. Es una responsabilidad tremenda tener que representar a una cliente que no puede decirle a uno nada de lo que sucedió o si es culpable o inocente. Me parece que voy a ir a hablar con ella para ver qué tal acoge eso de declararse culpable. Quizá consiguiera yo rebajar la acusación, dadas las circunstancias, a un asesinato en segundo grado.

—Supongo —intervino rápidamente Della— que no querrá usted que la policía tenga la menor idea de lo que se propone usted hacer.

—¡Oh, no, claro que no! —contestó Mason—. La dejaré creer que me dispongo a defender el caso, y, en el último instante, pactaré con ella. No obstante, me presentaré ante el tribunal como si estuviera dispuesto a luchar hasta el fin. Pero no me atrevo a hacer ninguna gestión ahora. Lo interpretarían como síntoma de debilidad y se negarían a hacerme concesión alguna. Cuanto más pienso en ello, más decidido me siento a visitar a *mistress Bree* ahora mismo, ustedes espérenme aquí.

Mason se encasquetó el sombrero, abandonó el despacho y cerró violentamente la puerta detrás de él.

Cuando hubo desaparecido, Della Street dijo a Paul Drake:

—Bien, supongo que esto es todo, *mister* Drake. Creo que si *mister* Mason hubiese querido que hiciera usted algo más, se lo hubiese dicho.

—¿Opina usted, entonces, Della, que no tenemos que hacer nada? —preguntó Drake.

—Nada, excepto lo que el jefe ha ordenado específicamente.

—Bien, hasta la vista, pues —dijo Drake, y, con— una aprensiva mirada al dictáfono, salió al pasillo.

## Capítulo 13

Perry Mason entró en la sala del hospital y encontró a Sarah Breel incorporada en la cama.

—¡Hola! —saludó alegremente—. ¿Cómo va eso?

—Todo lo bien que podía esperarse —contestó ella, con una amable sonrisa.

—Me he acordado mucho del viejo adagio de que «nunca llueve sin que diluvie». Se ha encontrado usted con una conmoción cerebral, una pierna rota, una acusación de asesinato pendiente sobre su cabeza, y, por si fuera poco, la noticia de la muerte de su hermano.

—Ante eso —dijo filosóficamente la mujer— puedo hacer visajes y aguantarme, o aguantarme sin hacer visajes. En cuanto al asesinato, le corresponde a usted hacer cuanto pueda para salvarme. Y en lo referente a George, no hay nada que hacer. Espero que llevarán su asesino a la justicia. Naturalmente, es un golpe tremendo para mí. Le quería y le echo de menos. Le echaré más de menos a medida que transcurra el tiempo; pero no se vive tanto como yo sin familiarizarse con la muerte, *mister* Mason.

»Yo trato de contemplar la vida y la muerte desde un amplio punto de vista. Si ha de haber nacimientos, tiene que haber muertes. La vida es un río que ha de desembocar en alguna parte para no inundarlo todo. Si siguiesen naciendo criaturas y no muriese nadie, el mundo llegaría a estar superpoblado. Si no nacieran criaturas y nadie muriese, sería este un mundo triste y desilusionado, sin juventud, sin romances, sin amores y sin risas de niños.

»Siento que George haya muerto, pero está descansando. Mi pena es más por mí que por él. Es difícil de explicar, *mister* Mason. Quizá le parezca a usted una mujer de sangre fría. Realmente no soy así. Quería mucho a George. Ha muerto. Todos tenemos que

morir alguna vez.

Mason arrastró una silla hasta un lado de la cama.

—Muy bien, hablemos de usted un rato —dijo.

—¿De mí? —preguntó la mujer.

—De su caso.

—¿Y qué hay de mi caso?

—En cierto modo, no parece que marche muy bien.

—Pues lo siento, *mister* Mason, pero no puedo ayudarle. No tengo el recuerdo de lo que sucedió después de las doce del día en que Austin Cullens fue asesinado... ¿No quiere un cigarrillo, *mister* Mason? Sé que fuma usted, y no me importa... No, gracias. No puedo acompañarle. Usted enciéndalo y fume. Siga contándome lo que me iba usted a decir. No trate de suavizar las noticias.

—La parte desgraciada de no poder recordar lo que sucedió —dijo Mason— es que no está usted en situación de negar nada de lo que alguien dice que vio.

—¿A qué se refiere usted, *mister* Mason?

—Hasta aquí las pruebas contra usted no han sido más que circunstanciales. Supongamos ahora, solo en gracia de la discusión, que se presente alguien que afirme que realmente la vio a usted en casa de Cullens y oyó el disparo fatal. Usted no podrá hacer nada. No podrá ni siquiera negarlo.

—¿Quién dice eso? —preguntó la mujer.

—Un individuo que se llama Golding y una mujer que pasa por su esposa tenían su coche parado frente a la casa de Cullens la noche del asesinato. Oyeron dos disparos. Vieron que alguien salía corriendo por la puerta de la calle, guardando algo en un bolso de mano. Ese algo podía ser un revólver.

—¿Y ellos qué hicieron? —preguntó *mistress* Breel.

—Se marcharon —contestó Mason, y añadió—: Tan pronto como reconocieron a la persona que se dirigía hacia su coche.

—¿Quién era esa persona?

Mason la miró fijamente a los ojos.

—Usted —contestó.

Ella guardó silencio durante unos momentos, y luego, cuando habló, su voz reveló solamente un interés impersonal, como si hubiesen estado discutiendo un problema académico.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre que oyeron los disparos y

vieron salir a aquella persona del portal?

—Fue casi inmediatamente.

—¿Y están seguros de que era yo?

—Eso es lo que dicen.

—¿Cree usted que podrá refutar su historia en el interrogatorio, *mister* Mason?

—No lo sé —contestó el abogado—. No sé si mienten o si dicen la verdad. Existe la posibilidad de que quieran ponerme en un aprieto. Ellos saben, naturalmente, que usted ha dicho a la policía que no puede recordar nada de lo que sucedió, que su memoria está en blanco respecto a lo que pudo ocurrir después del mediodía del día en que se cometió el asesinato.

»Los dos son muy listos. Son avispados oportunistas que han ido por la vida aprovechándose de todas las ocasiones que se les han ofrecido. Y son lo suficientemente inteligentes para darse cuenta de que si usted no puede recordar nada de lo que sucedió aquel día, no podrá usted negarlo tampoco.

—Eso hará que mi defensa sea muy difícil, ¿verdad, *mister* Mason? —preguntó *mistress* Breel.

El abogado hizo un gesto afirmativo.

—Pues me parece que tendrá usted que confiar exclusivamente en su habilidad de interrogador —añadió la herida—. ¿Y qué estaban haciendo dentro de un coche, parado en un sitio desde donde se podía ver la puerta de la casa de Cullens?

—Habían ido a visitar a Cullens.

—¿Por qué no lo hicieron?

—Cuando pararon junto a la acera, la casa estaba a oscuras. Estaban a punto de alejarse, creyendo que no había nadie, cuando vieron reflejarse en las ventanas el haz de luz de una linterna. Aquello los impresionó por lo desacostumbrado y permanecieron dentro del coche, observando. Luego oyeron los disparos, y, unos momentos después, vieron que salía usted de la casa y corría hacia la acera. No quisieron esperar más. Dieron gas y se alejaron de aquellos lugares.

—Eso es lo que ellos dicen —observó *mistress* Breel.

—Sí, eso es lo que ellos dicen —confirmó Mason.

—Y eso, como dicen ustedes los abogados, me sitúa en la escena del crimen a la hora en que se cometió el asesinato.

—Así es.

—Pero también los sitúa a ellos en la escena del crimen a la hora en que se cometió el asesinato.

—Cierto —repitió Mason.

—¿Puede usted utilizar ese detalle para refutar su declaración decante del jurado?

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, ellos son dos y usted solamente una. En segundo lugar, ellos pueden negar que entrasen en la casa, y usted no puede negarlo. En tercer lugar, el fiscal del Distrito se sentirá inclinado a prestarles su apoyo oficial, lo que indicará que cree en su historia. En cuarto lugar, no hay indicios que los comprometan, mientras que contra usted existen a montones. Han encontrado un revólver en su bolso. Han encontrado los diamantes en su bolso, *mistress Breel*.

—Si no he entendido mal —repuso la mujer—, cuando fui recogida estaba tendida sobre el pavimento, donde había sido atropellada por el coche. Mi bolso estaba tirado junto a mí y creo que aparecía abierto.

—Así lo he entendido también yo —dijo Mason.

—¿Ha preguntado usted al individuo que guiaba el coche si está absolutamente seguro de que el revólver estaba dentro del bolso o tirado tan cerca de él que creyó que había estado dentro y se había salido cuando el bolso fue arrancado de mi mano?

—No le he preguntado eso todavía —dijo Mason—, porque no he tenido ocasión de interrogarle.

—¿Pero tendrá usted esa oportunidad?

—Sí, naturalmente.

—¿Y le preguntará usted eso?

—Sí.

—Supongamos que dice que el revólver no estaba realmente dentro de mi bolso, sino tirado en la calle, tan cerca de él que le parecía que se había salido.

—Eso sería una suerte para usted —dijo Mason.

—¿Se acordará usted de interrogarle particularmente sobre ese detalle?

—Sí.

—Y si no pueden demostrar que el revólver estaba dentro de mi bolso... ¿qué sucederá?

—Entonces —dijo Mason—, podremos, probablemente, encontrar alguien en el jurado que crea que el revólver fue arrojado desde el sedan azul que estuvo parado frente a la casa y que se encontraba cerca del pasillo donde cayó su bolso cuando le fue arrancado de la mano.

—Es muy posible —dijo *mistress* Breel— que yo viera aquel revólver tirado en la calle y corriera hacia él para recogerlo cuando el automóvil me atropello.

—¿Podría usted recordar que fue eso lo que sucedió? —preguntó Mason.

—No, no puedo recordar nada.

—Nos ayudaría mucho que pudiese usted recordarlo.

—Lo siento. No puedo recordar cosa alguna.

—Bien, allá usted —dijo Mason, desalentado.

—Quisiera hacer un par de preguntas —dijo la mujer.

—Vengan —invitó el abogado.

—Tengo entendido que una persona puede matar a otra en defensa propia y que ello no constituye delito. ¿Es cierto?

—Es cierto.

—¿Y qué se entiende por defensa propia?

—El temor a la muerte o a un gran daño corporal.

—¿Circunstancias particulares en relación con eso?

—Una persona tiene que ser amenazada por alguien que parezca tener la intención de causarle la muerte o un gran daño corporal, y que, aparentemente, tenga capacidad real para realizar su amenaza.

—¿Y entonces qué pasa?

—La persona amenazada puede disparar en defensa propia.

—Supongamos que alguien entró en casa de Austin Cullens. ¿Podría esa persona alegar que él... o ella... se había visto obligada a matar forzosamente a Cullens en defensa propia?

—No con mucho fundamento.

—¿Por qué no?

—Porque cuando una persona penetra con malos fines en casa de otra pierde sus derechos legales. Comete una felonía. El dueño de la casa tiene derecho a defenderse contra el intruso, y este no tiene ningún derecho a defenderse contra el dueño de la casa.

—¿Cómo sabe usted que las personas que entraron en la casa de Cullens no lo hicieron legalmente?

—Existe el detalle de un objeto utilizado para poner en corto circuito los fusibles en caso de que alguien intentase encender las luces. Eso indica propósito delictivo en el que entró.

—Entonces, si una persona entró ilegalmente en la casa, ¿no pudo matar a Austin Cullens en defensa propia?

—Bajo ciertas circunstancias, sí —contestó Mason—, pero nunca podría usted convencer a un jurado de la existencia de esas circunstancias. En la imaginación del jurado y, salvo ciertas excepciones, dentro del compás de la Ley, la casa de un hombre es su castillo. Dentro de esa casa, tiene derecho a hacer lo que le plazca. La persona que entra ilegalmente en ella lo hace arriesgándolo todo. Un hombre tiene derecho a defender su hogar, su vida y su propiedad. Lo que el dueño haga en tales circunstancias será siempre considerado como un acto de defensa propia.

—Es interesantísimo —dijo *mistress* Breel—. ¡Ojalá pudiera yo recordar lo que sucedió! Podría ayudarnos mucho.

—Mucho —concedió Mason sin gran entusiasmo.

—¿Dijeron algo esos testigos sobre cómo obré yo cuando salí de la casa?

—Sí. Se detuvo usted frente al portal el tiempo suficiente para meter algo en el bolso; luego echó usted a correr hacia la calle. Ellos la reconocieron a usted; entonces es cuando decidieron alejarse de allí.

—¿Corría yo?

—Sí.

La mujer suspiró y se recostó en las almohadas.

—Bien, *mister* Mason —dijo—, todo eso es muy complicado. No le envidio a usted su trabajo.

—Si pierdo este caso —dijo melancólicamente el abogado—, no habré hecho más que perder un caso; pero si lo pierde usted, ya sabe lo que significa.

—Supongo que trata usted de prepararme suavemente por si me condenan por asesinato en primer grado.

—Así es.

—¿Y eso implica automáticamente una sentencia de muerte?

—A menos que el jurado recomiende prisión perpetua —

contestó Mason.

—¿Haría eso el jurado en mi caso?

—Es difícil de pronosticar. Depende de las pruebas. Depende del jurado. Depende de la manera en que la acusación presente el caso. Es muy posible que pueda inducir al jurado a dictar un veredicto de asesinato en primer grado sin recomendación. Por otra parte, la acusación quizá si intente siquiera conseguir una pena de muerte... debido a las circunstancias. No se sabe.

Mason observaba atentamente a *mistress* Breel mientras digería sus palabras.

—¿Y qué supone un veredicto de asesinato en primer grado con recomendación? —preguntó la anciana.

—Prisión perpetua —contestó Mason.

—Perfectamente —terminó diciendo *mistress* Breel—. Haga usted lo que pueda. Yo estoy conforme con todo.

—Pero supongamos que pierdo... que perdemos. ¿Qué hará usted entonces? —preguntó Mason.

—No se preocupe por mí, *mister* Mason —dijo ella, con sonrisa maternal—. Yo he vivido una vida muy intensa y activa y nunca he adelantado nada con preocuparme. Cuando era más joven, me preocupaba cualquier cosa. Hace veinte años decidí dejar de ser así. Tengo confianza en usted. Sé que hará cuanto sea humanamente posible. Si el jurado decide que soy culpable de asesinato y que tienen que colgarme, me dejaré colgar. No me queda otro remedio... Pero me parece que subiré las gradas del cadalso sin enseñar la pluma blanca... Bien, *mister* Mason; ya llevo hablando un buen rato y me siento un poco mareada. Si no tiene usted que preguntarme nada más, voy a descabezar un sueño... Siento lo de esos dos testigos. Complica bastante el caso... Comprendo que no se presenta muy favorable para mí... No obstante, no puedo hacer ni decir nada para ayudarle, *mister* Mason. Me temo que va usted a tener grandes preocupaciones.

La mujer ahuecó una almohada bajo su cabeza, cerró los ojos y exhaló un profundo suspiro. Una expresión de calma suavizó las líneas de su rostro al quedarse dormida.

## Capítulo 14

Mason abrió la puerta que comunicaba con su despacho particular. Entró en él precediendo a Paul Drake, encendió las luces y se encaminó de puntillas al cuadro tras el que habían descubierto el micrófono. Luego hizo una seña a Paul Drake y juntos, agarrando cada uno una esquina del cuadro, lo retiraron una vez más de la pared.

No había rastros del micrófono. Una debilísima diferencia en el color del yeso indicaba dónde había sido remendado recientemente con una mezcla lápida.

—Bien, Paul, esto se terminó —dijo Mason.

Drake contempló cabizbajo el parche de yeso.

—¿No lo habrán puesto en otra parte? —preguntó.

—No. Ya se lo han llevado todo —contestó Mason.

—¿Por qué? ¿Porque ha llenado su objeto?

—Porque saben que nos hemos enterado.

—¿Cómo lo supieron?

—Es culpa mía, Paul —confesó Mason—. No me di cuenta hasta después.

—¿De qué, Perry?

—Recordarás que, después de que descubrí el micrófono, me senté a la máquina y escribí un mensaje.

—Sí.

—El ruido de la máquina de escribir sonó claramente a través del dictógrafo. Y por el desigual tecleo y el rabioso tacto comprendieron que yo estaba escribiendo algo. Sabían también que tú y Della estabais en la habitación y que el único motivo de haber tecleado yo algo en tales circunstancias tenía que ser el daros un silencioso mensaje.

—¿Y por eso quitaron el dictógrafo?

—Exactamente —contestó Mason—. Temieron que yo los

denunciase por desacato al Tribunal o que provocase un escándalo que inclinase la opinión pública a mi favor.

—¿Y crees que ahora negarán que hubo nunca un dictógrafo aquí?

—Probablemente no irán tan lejos —dijo Mason—, pero negarán ciertamente que supiesen nada del asunto ni que tuviesen que ver nada con él.

—¡Y luego hablan de los trucos de los abogados criminalistas! —comentó amargamente Drake—. Si nosotros hiciésemos lo que hace la policía, estaríamos en la cárcel esta noche.

Mason se encogió de hombros.

—Así es la vida —dijo—. Yo tuve la oportunidad, una vez descubierto el dictógrafo, de seguir los hilos, averiguar adonde conducían y sacar partido al asunto. Aquella oportunidad pasó. Ahora no se me presentará otra.

—¿Cuánto tiempo supones que estuvo aquí, Perry?

—No lo sé.

—¿Y la acusación sabe lo que hemos descubierto y lo que nos proponemos hacer?

—Sí.

—¿Y cuáles son tus proyectos para remediarlo?

—Voy a prescindir de todo lo ocurrido —dijo Mason—. Cuando no se puede probar una cosa, es necio seguir preocupándose... Hablemos ahora de lo que necesito, Paul: quiero que te concentres en ese individuo Diggers. Se está haciendo importantísimo averiguar lo del bolso.

»En primer lugar, no estoy muy seguro de que puedan identificar ese bolso como de propiedad de Sarah Breel. En segundo, no creo que el revólver estuviera dentro. El revólver fue encontrado tirado en el pavimento, donde parecía haberse caído del bolso o arrancado de la mano de Sarah Breel. A mi juicio, cuando Diggers mencionó que el revólver estaba en el bolso, no se refería al hecho de que encontró el revólver en el bolso, sino que supuso que...

—Me temo, Perry —dijo Drake—, que te has equivocado de árbol para ladrar.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Mason.

—La policía ya ha trabajado a Diggers y le han sacado todo lo que tenía dentro. ¿No has leído los periódicos de esta noche?

—¿Te refieres a la declaración del Fiscal del Distrito de que Golding y Eva Tannis han identificado a Sarah Breel como la mujer que vieron en la escena del asesinato a la hora en que se cometió?

—Sí.

—Para eso quería, verte, Paul. Quiero que averigües sus antecedentes. Necesito que descubras todo cuanto puedas, aunque solo sean sospechas que no puedan probarse. Y quiero que ellos se enteren de lo que estás haciendo. En otras palabras, no lles tus gestiones demasiado en secreto. Sé un poco descuidado. Que llegue a su conocimiento lo que sucede.

—Bien —dijo Drake—. Quieres asustarlos para que huyan. ¿No es eso, Perry?

—Yo no puedo querer que se atrevan a desobedecer la citación que se les ha dirigido —dijo Mason—. Claro que si se asustan y deciden por su propia voluntad desaparecer, es otra cosa. Ahora que después de haberse publicado en los periódicos su declaración y las entrevistas celebradas en el despacho del fiscal, va a parecer catastrófico si no comparecen a la hora de la vista.

—¿Crees tú que son culpables? —preguntó Drake.

—Yo insinuaría que cometieron el asesinato —dijo Mason.

—¿Y abandonaron el revólver?

—Naturalmente...

—Me temo —dijo Drake—, que aprecias muy por bajo la sinceridad y habilidad de ese Diggers. Personalmente, creo que el Fiscal lo ha hipnotizado hasta hacerle creer que han sucedido muchas cosas que no sucedieron. Ya sabes lo que pasa en estos casos. Una persona se planta delante de un automóvil. El automóvil se detiene muy poco después del impacto. El conductor, naturalmente, está muy excitado. Yo he visto algunos tan nerviosos que no pudieron escribir su nombre en un ticket del tráfico. En tal estado las personas tienen, naturalmente, un confuso recuerdo de lo que sucedió... Por lo general, si vamos a profundizar, su recuerdo se reduce a una serie de imágenes que arden en el cerebro. Más tarde a fuerza de repetir una y otra vez la misma historia, aquellas imágenes van adquiriendo gradualmente detalles más acusados... pero esos detalles los suministra por lo general algún hábil abogado... No es perjurio, es sencillamente una cuestión de legítima influencia... Por cierto, Perry, que no creo que adelantes nada

discutiendo con Diggers, en el estrado de testigos. ¡Es tan absolutamente sincero...!

—El fiscal, dicho sea de paso —dijo Mason—, tiene prisa por obtener un veredicto y quiere que se vea la causa de *mistress* Breel, mientras dura la emoción pública.

—¿Por qué? —preguntó Drake.

—La publicidad por un lado, y, por otro, cree que es una buena oportunidad para conseguir una condena.

—Bien, ¿qué tengo yo que hacer? —preguntó Drake.

—Tú averigua todo lo que puedas —dijo Mason—. Yo estoy con la espalda contra la pared y no puedo desperdiciar ningún detalle. Cuando entre en la sala de audiencia, necesito saber más que el fiscal.

—¿Cuándo se celebrará la viste? —preguntó el detective.

—Quizá dentro de una semana —contestó Mason—; tan pronto como puedan llevar a *mistress* Breel ante el Tribunal en una silla de ruedas.

—En una semana puedo averiguar mucho, Perry.

—Pues a ver si te luces, que voy a necesitarlo —dijo Mason, sonriendo un poco forzosamente.

## Capítulo 15

Larry Sampson, representante del fiscal elegido para la vista del proceso de la ciudadana Sarah Breel, contempló desde el otro lado de la mesa las algo atemorizadas facciones de Harry Diggers.

—Todo lo que necesito que haga usted —dijo Sampson— es decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad; pero no quiero que se acobarde usted. ¿Comprende?

Diggers asintió.

—Perry Mason es un abogado muy hábil. Dispone de toda clase de recursos para desconcertar a la gente en los interrogatorios. Tiene usted que andar con mucho cuidado con él.

Diggers volvió a asentir.

—Y recuerde sobre todo una cosa —prosiguió Sampson—; cuando el fiscal del distrito se presenta ante el Tribunal y pide un veredicto de asesinato en primer grado, el acusado es culpable. El ministerio fiscal nunca pediría un veredicto de asesinato en primer grado contra un acusado de cuya culpabilidad hubiese la más ligera duda. Desgraciadamente, los asesinos pueden proporcionarse mañosos abogados criminalistas que los representen. El tanto por ciento de absoluciones en este país es una desgracia nacional. Quiero, pues, que tenga presente que cuando suba al estrado de testigos va a cumplir un deber público; cesa usted de ser un individuo para convertirse en un testigo de un proceso por asesinato; se convierte usted en una persona que declara sobre ciertos hechos y es su deber cuidar de que el Jurado comprenda esos hechos y se penetre de ellos.

»Ahora bien, tenemos un caso perfecto contra *mistress* Breel. Ha cometido a sangre fría, deliberadamente, un asesinato. Podemos probar que cometió ese asesinato y llevarla a la Justicia, si usted no pierde la cabeza. Si usted se desconcierta en el interrogatorio, no podremos hacerlo.

»Vamos ahora a repasar los hechos, tal como yo los entiendo. Usted iba a unas veinte o veinticinco millas por hora, ¿no es eso?

—Bueno, no miré el contador de velocidad.

—Pero usted circulaba por una zona de veinticinco millas por hora. Usted es un ciudadano respetuoso con la Ley. ¿No es así, *mister Diggers*?

—Oh, sí señor.

—Y no le agrada a usted contravenir lo ordenado sobre velocidades.

—No, señor; no.

—Por consiguiente, debe usted suponer que se mantenía dentro de la velocidad legal límite, ¿no es cierto?

—Sí, supongo que sí.

—Perfectamente. Recuérdele. Usted no necesita manifestar el proceso de razonamiento por el que llega a esa conclusión. Afirma sencillamente, de un modo positivo, que no iba a más velocidad de las veinticinco millas por hora y sostiene esa afirmación. Quedamos, pues, en que la acusada se colocó delante de los faros de su coche, ¿no es así?

—Sí —contestó Diggers con firmeza.

—Y antes de que pudiera usted detener el vehículo, la atropello. ¿Cierto?

—Sí.

—Y cuando la arrolló usted, ella cayó al suelo.

—Eché los frenos, pero no pude evitarlo —dijo Diggers—. El borde de uno de los parachoques la rozó y la derribó.

—Comprendido —dijo Sampson—. Vamos ahora a dedicar particular atención a lo que sucedió después. Usted detuvo el coche casi instantáneamente, ¿verdad?

—Sí. Claro que empecé a pararlo antes de alcanzarla.

—¿Y saltó usted del coche y corrió hacia el sitio donde estaba tendida la mujer?

—Sí.

—¿Y la encontró boca abajo sobre el pavimento?

—Bueno, un poco de lado... pero más bien boca abajo que de lado.

—La mujer llevaba este bolso cuando usted la derribó. ¿Es cierto?

—Bueno... me parece...

Larry Sampson le atajó con energía.

—Esa es una de las cosas contra la que quiero advertirle, *mister Diggers*. Sé que es usted un hombre honrado y sé que traía usted de ser sincero; sé que cuando titubea al contestar a una pregunta es que trata de reconstruir en su imaginación la sucesión de los acontecimientos; pero el Jurado no comprenderá eso. En cuanto usted empiece a titubear en el estrado de testigos, el Jurado dirá: «He aquí un hombre que no recuerda muy claramente lo que sucedió». Comprenderá usted, *mister Diggers*, que todos los testigos que comparecen en estrados saben que van a ser sometidos a un interrogatorio. Por consiguiente, piensan las cosas muy cuidadosamente, para que el abogado de la parte contraria no pueda embarullarlos. Los jurados están acostumbrados a que los testigos hablen claramente. Ahora bien, usted sabe que la mujer llevaba ese bolso. No querrá usted que Perry Mason le avergüence en público y le haga quedar en ridículo, ¿verdad?

—No, claro que no; pero...

—Y tampoco querrá usted pasar por un conductor descuidado...

—No fui descuidado —protestó Diggers—. Ninguna otra cosa humanamente posible se pudo hacer. Ella se plantó delante de los faros y...

—Sí, pero usted no querrá que el público piense que no la vio cuando se metió delante del coche, ¿no es así?

—Claro que la vi. La vi en cuanto se salió de la acera, pero ya era demasiado tarde para poder hacer nada.

—¿Qué distancia tuvo que recorrer desde la acera hasta colocarse delante del coche?

—No lo sé, cuatro o cinco pasos, probablemente.

—¿Y la vio usted durante todo ese tiempo?

—Sí.

—¿Le vio usted la cara, las manos, los pies?

—Sí, sí, naturalmente.

—Pues la mujer tenía que llevar ese bolso en la mano, No es de creer que se parase en la acera y lo arrojase al medio de la calle.

—No; claro que no.

—Entonces, ¿tenía que llevarlo en la mano?

—Me parece que sí.

—No diga me parece —le reprendió nuevamente Sampson—. Ya sé que es una figura de dicción, *mister Diggers*, pero comprenderá lo que sucedería si se presentase en el estrado de testigos e hiciese una declaración semejante. Perry Mason le señalaría con el dedo índice y diría: «¡Oh, ¿de manera que le parece?!». Y luego le pondría en ridículo, y lo primero de que se enteraría usted sería de que todo el mundo de la sala se estaría riendo.

Diggers se agitó intranquilo en su asiento.

—No sé por qué no he de poder decir nada más que lo que vi y no pasar de ahí —replicó.

—Sí que puede usted —repuso Sampson—. Eso es exactamente lo que quiero que haga, *mister Diggers*. Pero en justicia para usted y en justicia para mí, y también en justicia para todos los ciudadanos de este Estado, quiero que esté usted seguro de poder decir lo que vio de un modo tan claro y terminante, que no se le pueda hacer titubear en un interrogatorio. ¿Comprende mi propósito?

Diggers hizo un signo afirmativo.

—Ahora bien —prosiguió Sampson—, si usted le vio las manos, tuvo que verle el bolso, porque lo llevaría en la mano. Quizá no haya usted pensado nunca en ese aspecto. Quizá no haya usted, reconstruido la escena en todos sus detalles, pero cuando abandone usted este despacho, quiero que la repase usted con los ojos de la imaginación, para que pueda ver exactamente lo que sucedió y de la manera que sucedió. Respecto al contenido de aquel bolso... usted hizo que el conductor de la ambulancia lo comprobase, ¿verdad?

—Sí, señor —confirmó Diggers—. Y esa es otra de las buenas cosas que hice; con todos aquellos diamantes en el bolso, la mujer podía haber dicho que le faltaba alguno; podía haber declarado que no solo la arrollé, sino que le quité uno de los diamantes...

—Eso es exactamente —dijo Sampson— el punto sobre el que voy a insistir frente al Jurado: que su acción, al ordenar hacer el inventario del bolso, fue la acción de un hombre cuidadoso; fue la acción de un hombre respetuoso con la Ley; fue la acción de un hombre que no pierde la cabeza ni en los mayores apuros. Y tal acción demuestra que usted estaba sereno, tranquilo y sosegado; que vio usted exactamente lo que ocurría y que su testimonio, es digno de fe... Prosigamos. Usted encontró el revólver en el bolso, ¿no es así?

—Bueno, el revólver estaba fuera del bolso, tirado sobre el pavimento.

—No fuera del bolso —corrigió Sampson—; el revólver no podía estar completamente, fuera del bolso. Usted tuvo que ver parte del revólver asomando por el bolso. Esta es una de las cosas en que los abogados tratarán de embrollarle a usted. Querrán hacerle confesar que esos objetos no estaban en el bolso cuando los vio usted por primera vez. Ahora bien; existe una distinción entre estar en el bolso y ser visible a través de una abertura, y quiero que tenga cuidado de recordarlo. En otras palabras, *mister Diggers*, que no tiene usted nada que temer si sube al estrado y dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad; pero deseo, como justicia para usted mismo y justicia para mí, que se asegure de que es la verdad lo que dice; nada de suposiciones y conjeturas. No quiero que declare usted lo que sucedió como si fuera una deducción de su parte, sino que quiero que declare usted los hechos de manera que revele que son hechos. Y sobre todo no permita que Perry Mason le embrolle. Recuerde que cuando empiece a interrogarle quizá parezca hacerlo en términos amistosos. Hasta quizá aparente que intenta ayudarle, a declarar la verdad, pero empiece como empiece, lo que realmente se propondrá será embrollarle, cogerle desprevenido, para poder emplear alguna argucia que le obligue a usted a hacer alguna vaga afirmación. Así, le obligará a decir «creo», o «supongo», o «a mí me parece», o algo por el estilo. Pero usted es un hombre razonablemente inteligente, *mister Diggers*. ¿Cree usted que puedo confiar en que se mantendrá sereno cuando suba al estrado y en que no se dejará arrastrar a decir alguna mentira?

—No mentiré —prometió Diggers—. Diré la verdad. Se lo aseguro...

—Eso es exactamente lo que deseo —dijo Sampson—. Ese es su deber para con usted mismo y como ciudadano. Regrese usted a su casa y repase una y otra vez, en su imaginación lo que sucedió, hasta que lo vea claramente. Examine todo lo que ocurrió, como si estuviera contemplando una película. Sarah Breel se salió de la acera. Usted la vio dar cuatro o cinco pasos; usted vio claramente sus manos; usted vio el bolso en una de ellas; usted la vio correr delante del automóvil; usted desvió el vehículo y echó los frenos; el

coche la arrolló; usted saltó de él y corrió hacia la mujer tendida en el suelo, casi de costado, con la cara hacia abajo; el bolso estaba tirado delante de ella, donde había caído. Usted examinó el contenido y lo primero que vio fue un revólver que sobresalía parcialmente del bolso; detuvo usted a un motorista que pasaba, para pedirle ayuda; llamó usted a una ambulancia y comprobaron ustedes el contenido del bolso con el motorista y con el conductor de la ambulancia, y al hacer el inventario encontraron ustedes aquellos diamantes.

»Atestigüe usted esos hechos y no permita que nadie le aparte de ellos. Y recuerde, *mister* Diggers, que confío en usted. El ministerio fiscal confía en usted.

»Perdóneme que no le acompañe hasta la puerta, pues tengo que celebrar una entrevista importante. La vista tendrá lugar pasado mañana. Estamos activando los trámites; y prescindiremos de algunos interrogatorios preliminares. No tenemos tiempo que perder si queremos que el Gran Jurado juzgue a *mistress* Breel. Recuerde, *mister* Diggers, que se confía en usted.

Y Sampson, con la mano en el brazo de Diggers, le empujó hacia la puerta, le estrechó efusivamente la mano, cerró la puerta detrás del visitante y se frotó las manos con gesto de gran satisfacción.

## Capítulo 16

El juez Barnes ocupó su sitio en el estrado, contempló la atestada sala con solemne gravedad, paseó la mirada por los abogados sentados detrás de sus mesas y dijo:

—Antes de empezar la vista de este caso, el Tribunal desea decir unas palabras a los señores periodistas reunidos aquí. El Tribunal sabe que de vez en cuando los jueces tratan de prohibir que se tomen fotografías en la sala. El resultado es que los más ingeniosos miembros de la Prensa se las arreglan para introducir subrepticamente cámaras diminutas, con lentes de gran velocidad, con las que obtienen sus fotografías.

»Este Tribunal ha opinado siempre que el público tiene derecho a saber lo que pasa en los procesos importantes. La objeción del Tribunal a las fotografías ha sido debida a la interrupción de los debates y a la confusión que produce la explosión del magnesio. Por consiguiente, señores, quiero que quede entendido que no se tomarán instantáneas con fogonazo mientras el Tribunal esté en sesión, ni se permitirá que funcionen las llamadas cámaras disimuladas, que puedan molestar a las partes o distraer la atención de abogados y testigos. En otras palabras, señores: dejo el asunto de las fotografías en sus manos, y confío en su buen gusto y en su voluntad de cooperar Con el Tribunal. En el caso de que se abuse, del privilegio, será retirado.

»Señores, ¿están ustedes preparados para comenzar la vista de la causa contra la ciudadana Sarah Breel?

Los abogados de ambas partes contestaron que sí lo estaban.

El juez Barnes contempló a la anciana de blancos cabellos sentada en una silla de ruedas al lado de Perry Mason, con la pierna derecha enyesada y una expresión tan completamente tranquila como la del mismo juez.

—Muy bien, señores; empiecen.

Mason se puso en pie, alto y erguido, rodeado de algo indefinible que atraía las miradas de los espectadores como un imán.

—Esta defensa —empezó diciendo con voz resonante, que no parecía particularmente alta y, sin embargo, llenó todos los ángulos de la sala como si hubiese sido lanzada por un micrófono— desea únicamente manifestar que espera un proceso normal, pues está convencida de que los hechos hablarán por sí mismos. Para ello se ofrece a estipular con el ministerio fiscal, que las doce primeras personas llamadas a la tribuna del Jurado pueden prestar juramento para actuar sin más requisitos en esta causa.

—¿Sin dirigir pregunta alguna a los jurados propuestos? —preguntó Sampson.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—¿Aunque hayan leído el caso? ¿Aunque tengan formada su opinión sobre él?

—No me importa —dijo Mason—. Todo lo que necesito son doce hombres y mujeres inteligentes y honrados. —Al decir esto. Mason abarcó la tribuna del Jurado con un amplio movimiento de su brazo—. Me contento con que cada una de esas personas posea las necesarias cualidades. Lea doce nombres. Los aceptamos. No importa que tengan prejuicios o no.

Larry Sampson olfateó una trampa. No se podía uno descuidar con Perry Mason. Algo le decía que si se apartaba del ordenado curso de la rutina procesal se encontraría navegando por mares desconocidos, sembrados de peligrosos escollos.

—No —repuso—; no, estoy dispuesto a hacer esa estipulación. —De pronto se dio cuenta de que a los oídos de los futuros jurados aquello tenía que sonar como si no compartiese la opinión de Mason en cuanto a su honradez e inteligencia y levantó la voz para añadir—: No es que dude de la honradez e inteligencia de ninguno de estos señores y señoras, pero necesito enterarme... quiero decir que necesito interrogarlos.

Mason se volvió para mirar al Jurado en ciernes.

—Adelante e interroga —insinuó—. Está usted en su derecho. Yo no haré pregunta alguna.

Mason se sentó y, por primera vez desde que el juez ocupó el estrado, se puso a conferenciar con *mistress* Breel.

—¿Cree usted —le preguntó— que las declaraciones podrán recordar a su imaginación lo que sucedió?

—Mi imaginación está en blanco —contestó la mujer— desde el lunes al mediodía, hasta que recobré el conocimiento en el hospital.

—Esto va a ser muy desagradable para usted —dijo el abogado—. Tendrá usted que hacerse a la idea de tener que escuchar al fiscal describirla como a una empedernida criminal. Habrá sarcasmos, gritos y burlonas alusiones a su pérdida de memoria.

La mujer sonrió serenamente.

—Puedo resistirlo —dijo.

El alguacil leyó los nombres de doce jurados. Sampson instruyó a los doce en la naturaleza del caso. El juez les hizo unas cuantas preguntas formularias y luego se dirigió a los abogados.

—Procedan, señores, a hacer las preguntas que consideren pertinentes sobre la capacidad de los jurados propuestos.

Mason, de pie, examinó a los jurados como buscando algo en sus rostros. Luego sonrió y dijo:

—Esta defensa no tiene que hacer pregunta alguna. Acepta a todos los señores jurados.

Sampson suspiró y se entregó a un examen de los jurados, comprobando a cada pregunta que se había visto forzado a pasar como que desconfiaba de aquellos hombres y mujeres. Sin embargo, una vez adoptada tal posición no se atrevió a cambiarla. Y como la defensa no le había proporcionado indicio alguno con sus preguntas, se vio obligado a averiguar él solo los hechos, inquiriendo de los jurados si conocían a la acusada o al abogado de la acusada, si habían leído los hechos, reales o supuestos, en los periódicos y si habían formado o expresado alguna opinión.

Una vez, para su mayor desconcierto, descubrió que uno de los jurados, que había leído los periódicos, había deducido que *mistress* Breel era culpable. Pero aquel Jurado, sometido a la desarmadora sonrisa de Perry Mason, aseguró prontamente que podía y quería dejar a un lado tal opinión si se le elegía como jurado, y que juzgaría el caso guiándose sola e imparcialmente por la prueba presentada.

Sampson suponía, naturalmente, que Perry Mason recusaría a este Jurado, fundándose en cualquier pretexto, y que los otros miembros de la tribuna encontrarían justificable el ejercicio de tal

prerrogativa; pero así y todo Sampson experimentaba la sensación, de estar haciendo el juego a Mason.

El interrogatorio terminó. Sampson, convencido de que Mason ejercería su derecho de recusación contra el Jurado predispuesto, esperó a que el defensor hablase.

—Esta defensa —declaró Mason— se mostró conforme con el Jurado en cuanto lo vio, y sigue estando conforme con él. Renuncio a toda recusación. Puede tomársele juramento.

Una vez más, Sampson experimentó una vaga sensación de inseguridad. Sampson había esperado que se consumiese por lo menos medio día en el examen de los jurados y se encontraba en plena vista al cabo de menos de una hora y, lo que era peor, puesto a la defensiva. Sin embargo, cuando pronunció su discurso de apertura ante el Jurado volvió a recobrar la confianza en sí mismo. La simple enumeración de los hechos acumulados contra la acusada era suficiente para tranquilizar a cualquier acusador.

La acusada tenía, amistad con la víctima. Se había encontrado en las inmediaciones —en realidad, delante de la casa de la víctima— aproximadamente a la hora en que se cometió el asesinato. El robo había sido el móvil del crimen. La acusada tenía en su poder el revólver con que se cometió. Además, dándose cuenta de que la acusación pudiera tener alguna dificultad en probar realmente que el bolso pertenecía a la acusada, Sampson se extendió sobre este punto particularmente; además, el zapato usado por la acusada estaba manchado de sangre humana, la sangre de la víctima. La persona que asesinó a Austin Cullens había registrado el cadáver, quitándole las gemas que guardaba en un cinturón de gamuza. Al hacer esto, aquella persona había dejado una serie de pisadas sanguinolentas cerca del cadáver de la víctima. Más tarde se mostraría al Jurado el zapato izquierdo que usaba la acusada cuando fue llevada al hospital. Aquel zapato, que hablaba por sí mismo, era suficiente para arrancar un veredicto de asesinato en primer grado.

Sampson dio las gracias al Jurado y se sentó. Mason renunció a la palabra y Sampson llamó, como primer testigo, a un individuo que declaró brevemente, sin objeción ni interrogatorio, que había conocido a Austin Cullens en vida; que Austin Cullens había muerto; que él había visto el cadáver de Austin Cullens con ocasión

de la autopsia; que el cadáver en que el forense practicó la autopsia era realmente el de Austin Cullens, que vivía en el número 9158 del Boulevard Saint Rupert.

Sampson llamó al forense, doctor Carl Frankel. El doctor describió la autopsia, la trayectoria de la bala fatal y la causa de la muerte.

—Puede usted interrogarle —dijo Sampson cortésmente a Mason.

—¿A qué hora se practicó la autopsia, doctor? —preguntó Mason con indiferencia.

—A eso de las tres de la mañana.

—¿Recuperó usted la bala fatal que causó la muerte a Austin Cullens?

—Sí.

—¿Qué hizo usted con ella?

—Se la di al sargento Holcomb, de la Brigada de Homicidios, que se encontraba a mi lado.

—A las tres de la mañana —repitió Mason, como para sí mismo—. A esa hora tuvo usted que ejecutar dos autopsias, ¿no es cierto, doctor?

—Sí.

—¿La otra fue la de George Trent, muerto también de un disparo?

—Sí, señor.

—¿Y usted ejecutó esas dos autopsias al mismo tiempo?

—No, señor; ejecuté primero la de Austin Cullens y luego la de George Trent.

—¿Pero ejecutó usted la autopsia de George Trent inmediatamente después de acabar con la de Austin Cullens?

—Así fue.

—¿Y el sargento Holcomb estuvo presente en ambas operaciones?

—Sí, señor.

—¿Abandonó la habitación en algún momento?

—¿Qué relación puede tener eso con la causa? —preguntó Sampson.

—Trato meramente de reconstruir la escena —dijo afablemente Mason—. Quiero averiguar qué fue de las balas.

—Lo averiguará usted cuando comparezca el sargento Holcomb —repuso Sampson.

—Bien —dijo Mason—; y si el doctor contesta a esta pregunta daré por terminado mi interrogatorio.

—No —contestó el doctor Frankel—; el sargento Holcomb no abandonó la habitación. Estuvo presente, a mi lado, durante ambas autopsias.

—Nada más —dijo Mason.

—Que comparezca Harry Diggers —ordenó Sampson.

Diggers ocupó el estrado. Claramente, casi fotográficamente, describió lo ocurrido con su coche en el Boulevard Saint Rupert. Acababa de pasar la calle Noventa y Uno y se encontraba a mitad de la manzana Junto al bordillo estaba parado un sedan azul, con el parachoques posterior averiado Este sedan se puso repentinamente en movimiento y viró bruscamente hacia la izquierda. El testigo llevó su coche hacia la derecha para evitar una colisión. En aquel momento la acusada se salió de la acera y echó a correr directamente delante de los faros. La mujer agitó en alto las manos como para rechazar al vehículo. El testigo echó rápidamente el coche hacia la izquierda, pero el extremo delantero pasó rozando a la acusada, y el estribo la alcanzó en la pierna y la derribó. La víctima perdió el conocimiento. El testigo se dispuso a llevarla al hospital más próximo, pero otros motoristas, que se habían acercado, le aconsejaron que dejase la responsabilidad a la ambulancia que ya había sido avisada. Diggers encontró el bolso de la atropellada tirado a su lado, con un revólver asomando. Recogió el bolso e insistió en que se hiciese el inventario de su contenido, al principio por unos transeúntes, y luego, cuando se dio cuenta de la naturaleza del contenido, por los empleados de la ambulancia. Mientras decía esto, sacó un cuaderno de notas y leyó el inventario y el número del revólver, que tenía allí anotados.

Sampson observaba atentamente al Jurado. Al leer Diggers los números, vio asomar cierta expresión de dureza en los ojos de los Jurados. Sus miradas se trasladaron luego del testigo a la acusada y Sampson conocía aquel síntoma demasiado bien. Que se levantara ahora Mason y vaciase su saco de triquiñuelas Cuando los jurados se inclinan en sus asientos para escuchar las declaraciones contrarias, y cuando sus rostros se endurecen y miran con acerada

indiferencia a la acusada, el veredicto está ya pronunciado.

Con la terminación del testimonio de Diggers, el Tribunal acordó, como de costumbre, su descanso del mediodía, y Sampson se retiró orgulloso de la sala.

Una enfermera cambió la postura de *mistress* Breel en su silla de ruedas para que no se entumeciese.

—Esto no ha ido tan mal —dijo *mistress* Breel, sonriendo a Mason.

—Pero se va a poner peor —repuso el abogado.

—¿Por qué? —preguntó la anciana.

—Pues porque siempre se pone muy oscuro antes de amanecer.

Se adelantó Virginia Trent, alta, delgada y austera, con un gesto de angustia en la cara, en contraste con la despreocupada sonrisa de *mistress* Breel.

—Es un crimen —se lamentó— que traigan aquí a tía Sarah cuando aún tiene la pierna rota.

—El fiscal quiso que se la juzgase mientras padece aún su pérdida de memoria —explicó Mason.

—¿No puede usted presentar un certificado médico para conseguir el aplazamiento? —preguntó Virginia en tono de reproche.

—Pude —confesó Mason—, pero tuve una idea mejor.

—¿Cuál? —preguntó Virginia Trent.

—Celebrar la vista antes de que su tía haya recobrado la memoria.

Mistress Breel le lanzó una rápida mirada.

—¿Qué quiere usted decir con eso, *mister* Mason? —preguntó Virginia, indignada.

—Pues que quería que se viese el caso mientras tengo alguna probabilidad de obtener la absolución.

—¿Está usted seguro? —preguntó la joven, temblándole la voz de nerviosidad.

—Bueno —rehuyó Mason—, recuerde lo que le expliqué a usted hace unos días... Estoy ahora tan seguro como siempre de obtener una absolución. Por otra parte, un lapso de tiempo para fortalecer la posición de la acusación.

—Ha dicho usted eso dos o tres veces —observó *mistress* Breel—. ¿Puede usted explicarnos lo que tiene en la imaginación?

Mason metió un montón de papeles en su cartera.

—Las preocupaciones déjemelas para mí —dijo.

—Me parece una excelente idea —convino *mistress* Breel, dirigiéndose a Virginia.

—Yo no estoy conforme —repuso la joven—. Creo que las dos somos adultas y tenemos derecho a compartir las responsabilidades.

—¡Pues adelante, y compártanlas! —dijo Mason, sonriente.

Sarah Breel respiró con resignación.

—Muy bien, Ginny —le dijo a su sobrina—; puesto que tú opinas de ese modo, yo estoy de acuerdo con *mister* Mason. Dejaremos que te preocupes tú sola.

—Ustedes dos obran como si siempre se estuvieran riendo de mí —dijo—. Esto no es asunto de risa. Ha de saber usted, *mister* Perry Mason, que el comentario general en toda la sala ha sido la poca energía empleada, por usted hasta ahora. En estos momentos me ha defraudado enormemente.

Hubo un guiño casi imperceptible en los ojos de Mason.

—No se preocupe por eso —dijo—. Yo soy mentalmente perezoso. Ahorro todas mis fuerzas para luchar cuando sea más ventajoso. Esos abogados que se obstinan en discutir un caso punto por punto, malgastan demasiadas energías. Se consumen en su propio fuego.

Virginia Trent y la enfermera hicieron girar la silla de ruedas de *mistress* Breel y, mientras lo hacían, la joven replicó airadamente al abogado:

—Bien, pues usted no se ha consumido. Si he de decirle la verdad, ni siquiera se ha templado.

Sarah Breel no pudo volverse en su silla para ver la cara de Mason, pero levantó la mano derecha, agitándola tranquilizadoramente.

—No haga caso a Ginny —dijo—. Siempre he creído que toma la vida demasiado seriamente. Después de todo, yo soy la acusada de este caso. Vamos, Ginny.

Se acercó Paul Drake y se puso a musitar al oído de Mason.

—Los detectives del sargento Holcomb han encontrado a *mistress* Peabody.

—¿Te refieres a Ione Bedford? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Qué van a hacer ahora?

—Nada —contestó Drake—. La vigilarán, eso es todo. Mis hombres no la pierden tampoco de vista. Me comunicarán todo lo que hagan los policías. Une de mis muchachos los reconoció. Son de la Brigada de Homicidios.

—¿Y no hay rastros de Pete Chennery?

—Nada. Se lo ha tragado la tierra.

—Gracias, Paul. Acompáñame a comer.

Al reanudarse la sesión de las dos, Mason continuó su interrogatorio a Diggers.

—¿Dice usted que marchaba a unas veinticinco millas por hora, *mister Diggers*?

—Sí, señor.

—¿Y la acusada se salió de la acera, directamente delante de sus faros?

—Sí, señor.

—¿Cuánto transcurrió entre que se salió de la acera y el momento en que su coche la atropelló?

—Uno o dos segundos, como máximo.

—¿Y la acusada levantó las manos antes de que el coche la atropellase?

—Sí, señor.

—Muestre al Jurado cómo hizo —dijo Mason.

El testigo levantó las manos con las palmas hacia fuera.

—¿Como tratando de rechazar el coche, verdad? —preguntó Mason en tono de conmiseración.

—Exactamente.

—¿Le vio usted las dos manos?

—Sí.

—¿Llevaba guantes?

—Sí; guantes negros.

—¿Está usted seguro de que pudo ver sus dos manos claramente?

—Sí, señor. Se me grabó de tal modo en la memoria que nunca lo olvidaré.

—¿Pudo usted ver las palmas de sus dos manos?

—Sí, señor.

—¿Y llevaba guantes?

—Sí, señor.

—¿Cuál de las dos manos pudo usted ver más claramente?

El testigo, comprendiendo que Mason trataba de embrollarle, se indignó.

—Pude verlas ambas igualmente bien —dijo—. Ella estaba frente a mí. Tenía las manos levantadas como yo ahora, como tratando de rechazar el automóvil.

Mason pareció sentirse derrotado, y abandonó aquel aspecto del interrogatorio con la mala gracia de quien se retira apresuradamente para salvarse de la catástrofe.

—Cuando arrolló usted a la mujer, ¿detuvo el coche?

—Sí, señor... Bien entendido que empecé a detenerlo antes de tropezar.

—Entendido —dijo Mason—. ¿Dónde estaba tendida cuando detuvo usted el coche?

—Detuve el coche casi en el momento del impacto. Ella quedó tendida junto a la rueda trasera de la derecha.

—¿Saltó usted del coche por el lado derecho? —preguntó Mason.

—No, señor —corrigió Diggers—, por la izquierda. Abrí la puerta más próxima al volante.

—¿Entonces tuvo usted que dar la vuelta al coche para llegar al sitio donde estaba tendida la acusada?

—Sí, señor.

—¿Por delante o por detrás?

—Por detrás.

—¿Qué hizo usted?

—La incorporé y le busqué el pulso, luego traté de llevarla hasta la acera. La estaba incorporando cuando algunas personas vinieron a ayudarme.

—¿Sabe usted quiénes eran esas otras personas?

—No —contestó Diggers—, aunque tengo los nombres de algunos testigos que ayudaron a inventariar el contenido del bolso.

—Ah, sí —dijo Mason con indiferencia—. Ahora hablaremos de eso. Usted estaría excitado en aquel momento, ¿verdad?

—Bastante, pero no perdí ni un momento la cabeza.

—¿Y recuerda usted muy vivamente todo lo que sucedió?

—Sí, señor, todo se me quedó profundamente grabado en la

imaginación.

—Entonces, después que llevó usted a la acusada hacia la acera, vio usted por primera vez el bolso tirado en el suelo, ¿no fue así?

—No, señor —rectificó Diggers—, no fue entonces cuando, lo vi por primera vez. Sino cuando la acusada se salió de la acera.

Mason se puso de pie, apuntando con su dedo índice al testigo.

—Yo creí —tronó— que la acusada levantó sus enguantadas manos de esta manera, como queriendo rechazar el automóvil, y que vio usted una mano tan claramente como la otra. Tenga la bondad de decirle al jurado cómo pudo ser eso posible si la acusada llevaba un bolso como el que identificó usted hace un momento.

Diggers esperó pacientemente a que terminase Mason, tal como Sampson le había dicho.

—La mujer no llevaba el bolso cuando levantó las manos, *mister* Mason —dijo—. Lo dejó caer en el momento de levantar las manos, y el bolso quedó sobre el pavimento, donde ella lo había dejado caer.

—El bolso estaba tirado en el sitio donde había estado detenido el sedan, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Y el sedan azul estuvo allí hasta un momento antes de que la acusada se saliese de la acera?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que el bolso que recogió no fue arrojado por los ocupantes del sedan azul?

—Porque vi que la acusada lo llevaba en la mano —explicó pacientemente Diggers—. En cuanto la vi, vi también el bolso. Si el bolso hubiese sido arrojado por los ocupantes del sedan azul la acusada tendría que haberse metido debajo del coche, recoger el bolso, regresar corriendo a la acera y luego volver a salir para colocarse seguidamente delante de mis faros.

—¿Dónde estaba el revólver cuando lo vio usted por primera vez? Me refiero al revólver del calibre treinta y ocho que acaba usted de describir al jurado.

—En realidad, sobresalía del bolso.

—¿No estaba tirado sobre el pavimento cerca del bolso?

—No, señor.

—Nada más —dijo Mason sentándose.

—Puede retirarse el testigo —anunció Sampson, con una nota de triunfo en la voz.

Sampson llamó a continuación a uno de los empleados de la ambulancia para que identificase el bolso y su contenido. Mason renunció a su interrogatorio.

Sampson lanzó un suspiro de alivio. La parte más peligrosa había pasado. Mason se había visto obligado a rendirse. El representante del fiscal consultó su lista de testigos.

—Carl Ernest Hogan —llamó.

El testigo ocupó su asiento y manifestó su ocupación: perito de balística al servicio de las fuerzas de policía. Una vez más, Mason renunció a comprobar la capacidad legal del testigo sujeto al interrogatorio. Y Hogan, declarando con la facilidad del perito que se encuentra en el estrado de testigos tan a sus anchas como en el salón de su casa, identificó la bala de prueba descargada por el revólver encontrado en el bolso, identificó la bala que fue entregada por el sargento Holcomb como la bala fatal, y luego presentó una microfotografía grandemente ampliada, en la que aparecían las huellas del rayado sobre las dos balas. La microfotografía fue ofrecida como prueba y admitida sin objeción. El jurado necesitó solamente mirarla para decir, sin género de duda, que las dos balas habían sido disparadas por el mismo revólver. Se intentó también identificar al dueño del arma por los números. El intento fracasó debido a que los registros de un comerciante, que comprendían un período de años, se habían perdido o destruido. Los números del revólver, no obstante, no habían sido tocados.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo triunfalmente Sampson.

Sampson se retrepó en su asiento, respirando con placidez mientras tenía lugar el interrogatorio. No, el testigo no podía, por su propio conocimiento, testificar en cuanto al hecho de que aquel revólver hubiese sido encontrado en el bolso. Era un revólver que le había sido entregado por el sargento Holcomb de la Brigada de Homicidios. El testigo había, no obstante, comprobado los números y, como *mister* Mason podría observar, los números coincidían con los anotados por Harry Diggers en el momento del accidente.

No, el testigo no podía, por su propio conocimiento, testificar que aquella bala fuese la bala fatal. Aquella bala, tenía él

entendido, había sido extraída del cadáver de Austin Cullens, por el forense, dada al sargento Holcomb y entregada por este al testigo.

Larry Sampson, pensando que quizá alguno de los jurados pudiera no haber comprendido bien, aprovechó la ocasión para interpolar un comentario.

—Por el momento —dijo—, no pedimos que se admita como prueba esta bala fatal. Solamente la hemos marcado para su identificación. El último eslabón de la cadena será forjado por el testimonio del sargento Holcomb, y luego haremos presentar la bala.

El juez Barnes asintió.

—A propósito, *mister* Hogan —dijo Mason con displicencia—, ¿probó usted los dos revólveres al mismo tiempo?

—Sí, señor.

—¿Eran ambos del calibre treinta y ocho?

—Sí, señor, pero de molde diferente.

—Comprendido. Trato simplemente de aclarar ante el jurado las circunstancias en que se realizaron las pruebas. Creo que uno de los revólveres era el utilizado en el asesinato de George Trent. ¿Es cierto?

—No puedo contestar a eso, *mister* Mason —dijo—. Sé lo que el sargento Holcomb me dijo cuando me entregó los revólveres. Pero mi misión es únicamente probar armas disparando con ellas proyectiles y comparándolos con las balas fatales.

El juez Barnes sonrió. Larry hizo un guiño. Si Mason creía que podía conseguir algo interrogando a un perito como Hogan, estaba muy equivocado. Hogan en los interrogatorios era más peligroso que una serpiente de cascabel.

—A propósito de eso —prosiguió Mason—, ¿recuerda usted si comparó primero una bala que el sargento Holcomb le dijo que había sido utilizada en el caso Trent, o la que el sargento Holcomb le dijo que había sido encontrada en el bolso de la acusada?

Hogan frunció el entrecejo y reflexionó unos momentos.

—Si no recuerdo mal —dijo—, primero descargué una bala de prueba de este revólver. Luego descargué una bala de prueba del revólver que el sargento Holcomb me dijo que había sido utilizado en el caso Trent.

—Y al comprobar las balas, ¿qué orden siguió usted? —preguntó

Mason.

—El sargento Holcomb me entregó una bala que comparé primero con otra disparada por este revólver —contestó Hogan—. Creo que mencioné al sargento Holcomb que no había sido disparada por este revólver...

—¡Oh, no lo fue! —exclamó Mason con retintín.

—Si me lo permite, terminaré mi frase, *mister* Mason —dijo Hogan con acritud.

—No me di cuenta de que le hubiese interrumpido —repuso el abogado—. Creí que había usted terminado.

—No, no había terminado —dijo Hogan—. Iba a hacer constar que advertí al sargento Holcomb que la bala no había sido disparada por este revólver, y el sargento Holcomb me dijo que por supuesto que no; que la bala que él había entregado era la extraída del cadáver de George Trent. Por consiguiente, comparé aquella bala con la de prueba disparada por el revólver que el sargento me había dicho que figuraba en el caso Trent, y descubrí que las balas eran idénticas. Entonces comparé la bala que él me dio, diciéndome que había sido extraída del cadáver de Austin Cullens, y encontré que era idéntica a la bala de prueba disparada con este revólver.

—Nada más —dijo Mason, displicente.

—William Golding —llamó Sampson.

Golding se adelantó hasta el estrado y prestó juramento. Su rostro era el del jugador profesional, frío, inexpresivo y observador, completamente divorciado de lo que tenía lugar en su imaginación.

Golding declaró su nombre y dirección.

—¿Ocupación? —preguntó Sampson.

—Regento un restaurante conocido por The Golden Platter.

—¿Conoce usted a la acusada, Sarah Breel?

—Sí.

—¿Conocía usted a Austin Cullens, la víctima?

—Sí.

—¿Cuándo vio usted a Austin Cullens por última vez?

—La tarde del día que fue asesinado.

—¿Dónde lo vio usted?

—En el Golden Platter, mi establecimiento, a eso de las seis de la tarde.

—¿Y tuvo usted ocasión en el mismo día, de ir a la residencia de

Austin Cullens?

—Sí, señor. A eso de las ocho.

—¿Quién iba con usted?

—*Miss* Eva Tannis.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Fuimos en coche hasta el número noventa y uno del Boulevard Saint Rupert. *Miss* Tannis guiaba el automóvil. Lo detuvo junto a la acera, frente a la casa de *mister* Cullens.

—¿Podía usted ver la casa a aquella hora?

—Sí, naturalmente.

—¿Había luces en la casa?

—En aquel momento, no.

—¿Qué sucedió después?

—Me disponía a saltar del coche cuando vi alguna luz en la ventana. Mi esposa... *miss* Tannis creyó que era una linterna...

—No importa lo que creyese nadie —se apresuró a decir Sampson—. Diga nada más lo que vio usted mismo, *mister* Golding.

—Vi el resplandor de una luz en la ventana. Lo vi en dos o tres ocasiones; luego oí dos disparos; después vi una mujer que salía corriendo del portal y corría hacia mi automóvil.

—¿Reconoció usted a aquella mujer?

—Sí.

—¿Quién era?

En medio de un silencio en el que se podría haber oído caer un alfiler, Golding levantó un dramático dedo índice y apuntó a Sarah Breel.

—Era la acusada en este caso —declaró.

—¿La mujer que está sentada allí? —preguntó Sampson con vehemencia.

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Corrió hacia mi automóvil. *Miss* Tannis dijo que...

—No importa lo que; dijera nadie —interrumpió Sampson—. ¿Qué hizo usted, si es que hizo algo?

—Permanecí en el coche mientras *miss* Tannis lo ponía en marcha para alejarnos de allí.

—¿Dónde estaba la acusada cuando usted la vio por última vez?

—A unos seis pies del bordillo, corriendo hacia la calle.

—¿Corría rápidamente?

—Sí.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Sampson a Perry Mason.

—¿Por qué se alejaron usted y *miss* Tannis tan apresuradamente? —preguntó Mason.

—Porque no queríamos ver a *mistress* Breel.

—¿Y no querían que *mistress* Breel los viese a ustedes?

—No.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque quería ver a *mister* Cullens, sin que nadie más estuviese presente.

—¿Explota usted una casa de juego en relación con su restaurante? —preguntó Mason.

Sampson se puso en pie.

—Me opongo a esa pregunta por improcedente y capciosa —protestó—. No es manera de interrogar; es un intento de desacreditar al testigo a los ojos del Jurado, sometiéndole a...

—Se mantiene la objeción —le interrumpió el juez.

—Reharé la pregunta —dijo Mason sonriendo—. *Mister* Golding, ¿no es un hecho que *mister* Cullens estaba enterado de que *George* Trent le había entregado a usted ciertos diamantes para responder de las pérdidas financieras sufridas en las mesas de juego de su establecimiento?

—Me opongo también a esa pregunta —volvió a protestar Sampson—. Sugiero que el abogado sea amonestado por el Tribunal. El Tribunal ha decidido ya...

—El Tribunal no ha decidido nada de eso —le interrumpió el juez Barnes—. La primera pregunta pudo ser considerada como un intento de desconcertar al testigo arrojando ciertas sospechas sobre su vida privada. Pero tal como se ha formulado, la segunda pregunta se refiere por completo a una conversación que tuvo lugar entre *mister* Cullens y el testigo la noche del asesinato. El testigo ya ha declarado que vio a Cullens en aquella ocasión, y el abogado tiene derecho a interrogar y profundizar en lo que se dijo, tanto más cuanto que puede tener alguna relación con el presente caso. Se rechaza la objeción y el testigo contestará a la pregunta.

Sampson se sentó lentamente. Golding, con el rostro fríamente

inexpresivo, contestó:

—Eso es sustancialmente cierto, sí señor.

—¿Había perdido George Trent dinero en su mesa de juego del Golden Platter?

—Sí, señor.

—¿Pignoró ciertos diamantes para responder de sus deudas de juego con usted?

—No, señor.

—¿No?

—No, señor.

—¿Debo entender que usted no recibió diamante alguno de *mister* Trent en garantía de sus deudas de juego?

—No, señor.

—¿Y por algunas, otras pérdidas?

—No, señor.

—¿O para cubrir algún préstamo?

—No, señor.

—¿O alguna deuda de cualquier otra clase?

—No, señor.

—¿Está usted seguro de que usted no entró en la residencia de Austin Cullens en el Boulevard Saint Rupert?

—Sí, señor.

—¿Usted no hizo más que detener el coche junto a la acera y no se apeó de él?

—Así fue.

—¿Está usted seguro de que el bolso encontrado en la calle, hacía el sitio donde estuvo parado su coche, no fue arrojado desde este?

—No lo fue.

—Y al revólver de que ha hablado el testigo Diggers, ¿no estuvo en poder de usted en algún momento durante la tarde en cuestión?

—No, señor.

—¿Y no lo dejó usted caer ni lo arrojó desde su sedan?

—No, señor.

—¿Ni tampoco *miss* Tannis?

—No, señor.

—Pero, según su propia confesión —dijo Mason, mirando al testigo fijamente—, usted se encontraba a unos pasos de la casa en

que residía Austin Cullens la noche del asesinato. ¿Estaba usted allí cuando sonaron los disparos que al parecer procedían de la casa?

—Sí, señor.

—¿Y no puede usted dar alguna otra explicación de lo que hacía usted allí, diferente de la que acaba de dar?

—No, señor.

—¿Su coche era un sedan azul con el parachoques posterior abollado?

—Sí, señor.

—¿Sabía usted que el testigo Diggers había dicho a la policía que había visto tal coche estacionado junto a la acera la noche del asesinato?

—Sí, señor.

—¿Y se deshizo usted inmediatamente de aquel coche?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque no quería que se me citase como testigo.

—¿Por qué no?

—Quería mantenerme al margen del asunto. Soy un jugador. Sabía que esto saldría a relucir de una manera u otra. Usted se ha encargado de hacerlo. Esto va a arruinar mi negocio. Tendré que cerrar.

—¿No es más cierto que deseaba usted mantenerse apartado del asunto porque estaba complicado con el asesinato mismo?

—No, señor.

—Nada más —dijo Mason, sentándose.

—El sargento Holcomb —llamó Sampson.

—El Sargento Holcomb avanzó a largas zancadas hacia el estrado. Sus modales indicaban claramente que sentía un profundo desprecio por la acusada y por su abogado. Era un Hombre que sabía lo que iba a declarar y que no pensaba dejar que lo embrollase ningún abogado. Prestó juramento y dio su nombre, dirección y ocupación al alguacil del Tribunal. Luego se sentó en la silla, de los testigos y cruzó las piernas como quien se encuentra completamente a sus anchas y en un ambiente familiar. Miró a Larry Sampson, y su mirada dijo claramente: «Joven, empieza».

Sampson empezó por reconstruir el caso con el sargento Holcomb.

El sargento declaró que había encontrado el cadáver de Austin Cullens y citó como detalles la presencia de Perry Mason y Paul Drake, un detective particular, en la escena del crimen, y la moneda de cobre en la boquilla de la lámpara. Una tras otra, identificó varias fotografías en las que se veía la habitación, el cadáver, los regueros de sangre que partían del cadáver hasta el pasillo. Más tarde, Sampson utilizaría aquellas fotografías con magnífico efecto. Compararía el tamaño y forma de las manchas del pasillo con el tamaño y forma de las manchas de la suela del zapato izquierdo de *mistress* Breel. La larga serie de fotografías fue identificada y admitida como prueba. Sampson exhibió entonces la bala fatal.

El sargento Holcomb la identificó. Había permanecido de pie al lado del forense que practicó la autopsia cuando fue extraída la bala del cuerpo de Austin Cullens. Había recibido esta bala de manos del doctor. Luego la había entregado al testigo Hogan para que realizase sus pruebas. La bala fatal había sido disparada por el revólver encontrado en el bolso de *mistress* Breel.

—Interrogue —dijo Sampson a Perry Mason.

—¿Cuánto tiempo lleva adscrito a la Brigada de Homicidios, sargento Holcomb? —preguntó Mason.

—Diez años —contestó el aludido.

—¿En ese tiempo habrá usted adquirido mucha experiencia interviniendo en casos de asesinato?

—Naturalmente.

—¿Sabe usted lo que hay que hacer cuando se entra en una habitación donde se ha cometido un homicidio?

—Creo que sí.

—¿Registra usted los bolsillos del cadáver, sargento?

—Hasta que llega el forense, no. Dejamos el cadáver tal como está hasta que llega el forense.

—¿Hizo usted eso con el cadáver de Austin Cullens?

—Sí.

—¿Y luego le registró usted los bolsillos?

—Los registramos.

—¿Encontraron ustedes al cadáver un cinturón de gamuza?

—Sí.

—¿Había en el cinturón algunas joyas?

—Algunas habían quedado —contestó Holcomb—. *Mistress*

Breel se había llevado las gemas de los bolsillos delanteros del cinturón y las guardó en su bolso.

—¿Sabe usted, por su propio conocimiento, que *mistress* Breel hizo eso, sargento?

—Bueno, tengo mis razones... Como usted dijo, llevo en la brigada diez años y no soy tan torpe.

—El Tribunal —intervino el juez Barnes— suprimirá por su acuerdo las observaciones del testigo respecto a lo que hizo o dejó de hacer *mistress* Breel, ya que se trata de una opinión del testigo y no responde a la pregunta.

—¿Puede usted recordar lo que había en los bolsillos del cadáver? —preguntó Mason.

—Puedo, si refresco la memoria con unas notas que tomé en aquel momento.

—Hágalo —dijo Mason.

El sargento Holcomb sacó un *memorandum*.

—¿Qué había en el bolsillo superior izquierdo de la americana del cadáver? —preguntó Mason.

—Una pluma estilográfica y un peine de bolsillo.

—¿Y en el de la cadera izquierda?

—Un pañuelo y un cortaplumas.

—¿Y en el de la derecha?

—Nada.

—¿Nada?

—Eso he dicho: nada.

—¿Nada en absoluto?

—No sé que pueda haber un nada que no sea absoluto —replicó el sargento—. Cuando digo nada, *mister* Mason, quiero decir nada.

—Veamos, sargento —dijo Mason sin alterarse—, usted estuvo presente en la autopsia practicada por el doctor Frankel al cadáver de Austin Cullens y a continuación presentó usted la autopsia practicada al cadáver de George Trent. ¿Es cierto?

—Cierto.

—¿No abandonó usted la habitación donde se practicaban las autopsias desde el momento en que el doctor Frankel realizó la del cadáver de Austin Cullens hasta que terminó la de George Trent?

—En ningún momento.

—¿Recibió usted del doctor Frankel una bala extraída del

cadáver de Austin Cullens?

—Sí, señor.

—Ahora, sargento, para concretar bien, vamos a designar la bala extraída del cadáver de Austin Cullens como la bala Cullens, y el revólver del calibre treinta y ocho, que el testigo Diggers encontró en el bolso de Sarah Breele. ¿Conformes?

—Perfectamente. ¿Qué hizo usted con la bala Cullens?

—La guardé en el bolsillo izquierdo de mi chaleco.

—Muy bien. Unos minutos después recibió usted del doctor Frankel una bala extraída del cadáver de George Trent. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Para evitar confusiones, llamemos a esa bala la bala Trent. Y puesto que se dice que esa bala fue disparada por un revólver encontrado en el cajón de la mesa de despacho de Trent, nos referiremos a él como al revólver Trent. ¿Comprendido, sargento?

—Comprendido.

—Perfectamente. ¿Qué hizo usted con la bala Trent?

—La guardé en el bolsillo derecho de mi chaleco.

—¿Qué hizo usted después?

—Me dirigí inmediatamente al departamento de balística, donde hice que *mister* Hogan disparase una bala de prueba con el revólver.

—¿Y cómo fue —preguntó afablemente Mason— que confundió usted esas balas?

—¿Cómo ha dicho usted? —rugió el sargento, medio levantándose de su asiento—. Yo no confundí ninguna bala.

—Creo que sí —insistió Mason—, ¿no entregó usted a Hogan la bala Trent para comprobarla con el revólver Trent?

—No hice tal cosa.

—Creí que Hogan lo había dicho.

—Bien, pues ha oído usted mal —el sargento Holcomb se deslizó hasta el borde de su asiento para dar más énfasis a sus palabras—, y cualquier insinuación en ese sentido es una falsedad deliberada. Usted...

Sampson se puso en pie para interrumpirle apresuradamente.

—Basta, sargento, comprendo su indignación, pero sírvase recordar que su función aquí es solamente la de un testigo. Cualquier resentimiento que pueda usted sentir por lo que considera táctica y obstrucción o confusión empleada por la defensa, tiene que

quedar a un lado. Sírvase mostrarse más respetuoso en sus contestaciones a las preguntas de *mister* Mason.

—El testigo es una autoridad policíaca —dijo severamente el juez Barnes— y está indudablemente familiarizado con los procedimientos procesales. Contestará, pues, las preguntas y se abstendrá de todo comentario o recriminación.

El sargento Holcomb tenía los puños crispados, sus ojos brillaban amenazadores y el color de su cara era el de un hombre que ha estado conteniendo el aliento durante unos segundos.

—Continúe *mister* Mason —dijo el juez Barnes.

—¿Entregó usted a *mister* Hogan la bala Trent y le pidió que la comparase con la bala de prueba disparada con el revólver Breel? —preguntó Mason.

—No hice nada de eso —contestó el sargento.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Saqué la bala Trent de mi bolsillo y se la entregué a Hogan, y le dije que la comparase. No dije con qué revólver. Hogan la comparó en primer lugar con la bala de prueba disparada por el revólver de Breel. Las balas, naturalmente, no emparejaron. Él me lo manifestó así, y yo le dije: «Claro que no. Esta no es la bala Cullens, es la bala Trent». Entonces comparó la bala Trent con la bala de prueba del revólver Trent y resultaron idénticas. Luego entregué a Hogan la bala Cullens y él la comparó con la bala de prueba del revólver Breel y las dos resultaron iguales. Estos son los hechos del caso, y ¡USTED NO PUEDE ENREDARME A MÍ CON ELLOS, PERRY MASON!

—Basta ya, sargento Holcomb —dijo severamente el juez Barnes.

—¿No es un hecho, sargento —prosiguió Mason—, que usted confundió aquellas balas? ¿No entregó usted primero a *mister* Hogan la bala Trent bajo la impresión de que era la bala Cullens?

—No, señor —replicó Holcomb—, le he dicho a usted una vez, y se lo vuelvo a repetir, y se lo diré mil veces, que guardé la bala Cullens en el bolsillo izquierdo de mi chaleco, y la bala Trent en el derecho.

—Pero cuando usted entregó las balas al perito de balística, sacó usted primero la bala de su bolsillo derecho, ¿no fue así?

—Sí.

—¿Porqué?

—Es natural que una persona diestra lo haga así —replicó el sargento.

Mason sonrió.

—Y, por la misma causa, sargento, y siguiendo el mismo razonamiento, es natural que una persona diestra ponga los objetos que le den después, en el izquierdo, ¿no le parece?

El rostro del sargento Holcomb volvió a enrojecer.

—Yo no hablo de lo que es natural —dijo, tras un momento de silencio—, cuando le digo donde puse las balas. Yo sé dónde las puse. La bala Cullens la aguardé en mi bolsillo izquierdo y la bala Trent en mi bolsillo derecho.

—Y no obstante el hecho —repuso Mason— de que usted recibió primero la bala Cullens y de que su tendencia natural habría sido guardar esa bala en su bolsillo derecho, ¿la guardó en el izquierdo?

—No obstante todo lo que usted quiera y no obstante su propósito de confundir, al Jurado con lo que yo...

El juez Barnes golpeó enérgicamente la mesa.

—Sargento Holcomb —tronó—, una violación mas de la amonestación del Tribunal, y le impondré una multa por desacato. Conteste usted a las preguntas y limite sus comentarios a los indispensables para contestarlas. Conteste a la pregunta de *mister* Mason.

—Guardé la bala Cullens en mi bolsillo izquierdo y la bala Trent en el derecho. No las confundí —contestó Holcomb de mala gana.

—¿No hubo probabilidad de que las confundiese usted?

—Ninguna.

—¿Ni una entre un millón?

—Ni una entre diez mil millones —afirmó el sargento.

Mason agitó la mano en gesto de despedida.

—Nada más —dijo.

—Que comparezca Eva Tannis —ordenó.

Eva Tannis ocupó el estrado y contestó a las preguntas de Sampson en voz baja y bien modulada. Dio la impresión de una tigresa con las uñas momentáneamente escondidas mientras corroboraba el testimonio de Bill Golding en todos sus detalles.

—Puede usted interrogar —dijo Sampson a Mason, y se preparó para formular indignadas objeciones si el abogado se atrevía a insinuar que la testigo había pasado, en uno u otro momento, por

*mistress* Golding.

Pero Mason dijo tranquilamente:

—No tengo nada que preguntarle, *miss* Tannis, muchas gracias.

La sala acordó su descanso del mediodía, y Mason, rodeado de periodistas, protestó de que hubiera habido por su parte la menor intención de confundir al sargento Holcomb.

—Yo solo quería fijar los hechos —dijo.

Luego rehuyó a su cliente y se escabulló para ir a almorzar. Regresó a las dos en el momento en que Sampson anunciaba que la acusación había presentado todas sus pruebas.

—Deseo hacer unas breves manifestaciones al Jurado —dijo Mason, poniéndose en pie y cruzando la sala hasta colocarse frente a la barandilla de nogal que separaba la tribuna del Jurado del resto de la sala.

—Señoras y señores —dijo en tono casi de conversación—, voy a pedirles que recuerden que no es necesario que la acusada pruebe su propia inocencia. No tiene ni tiempo ni facilidades para hacer una investigación que le permita establecer quién mató realmente a Austin Cullens. Incumbe a la acusación probar, fuera de toda razonable duda, que la acusada asesinó a Austin Cullens. Si la acusación deja de hacerlo, mí defendida tiene derecho a ser absuelta.

»Ahora bien, señoras y señores, toda la tesis de la acusación se apoya en el hecho de que el revólver que Diggers dice encontró en el bolso de Sarah Breel, y al que disparó la bala que mató a Cullens. Esperamos probar que es una certeza matemática que este revólver mató a George Trent.

»Y de la misma manera, señoras y señores, esperamos probar que el revólver de Trent mató a Austin Cullens.

Mason se apartó de los asombrados jurados para encararse con Larry Sampson.

—¿Quiere usted, *mister* Sampson —preguntó—, estipular que George Trent fue asesinado el sábado por la tarde entre las dos y las siete y media, ya que el forense que practicó la autopsia fija la hora de su muerte aproximadamente a las cinco?

Sampson titubeó y se dio cuenta de que las miradas de los jurados estaban fijas en él. Comprendió, pues, que no debía titubear. Debía aparecer como deseoso de portarse noblemente y de

no querer otra cosa que la justicia. Y sin embargo, olfateaba una trampa; Sentía una peculiar sensación enfermiza en la boca del estómago. Después de todo, el sargento Holcomb podía...

—En el caso de que no esté usted conforme —prosiguió Mason —, llamaré, uno tras otro, a sus propios testigos como testigos míos, y probaré de un modo absoluto que George Trent fue muerto por un revólver del calibre treinta y ocho a las cinco de la tarde aproximadamente. Empecemos.

Sampson titubeó una vez más. Le zumbaban los oídos y una confusa mezcolanza de pensamientos bullían en su imaginación. ¿Y si Mason tenía razón?... Pero no, no era posible... ¿Debía acceder a lo que le pedía? ¿Y si no accedía?... Aquel titubeo era la peor estrategia posible en un proceso. Parecía como si él, Sampson, tuviese algo que ocultar. Sí, había que decidirse y acceder...

—Estoy esperando su contestación —le recordó Mason.

Larry Sampson respiró profundamente.

—Estoy de acuerdo —dijo—, pero tenga entendido, *mister* Mason, que no estipulo nada que se refiera a esas balas y revólveres. La acusación sigue apoyándose en absoluto en el testimonio del sargento Holcomb.

—Así queda entendido —dijo cortésmente Mason—. Mi primer testigo el teniente Ogilby.

El teniente Ogilby se adelantó hacia el estrado con aire militar. Declaró que era teniente del ejército de los Estados Unidos; que como tal, le interesaba la práctica del tiro de revólver; que era amigo de Virginia Trent, una sobrina de George Trent; que de vez en cuando salían a pasear por el campo; que le había enseñado a manejar el revólver; que su revólver de reglamento era demasiado pesado para ella, pero su tío poseía uno ligero del calibre treinta y ocho, que disparaba las cápsulas generalmente conocidas como del treinta y ocho cortas, que era más apropiado para la mano de *miss* Trent; que bajo su guía, la joven se había hecho una experta tiradora; que el sábado por la tarde en que George Trent fue asesinado, había ido a buscar a Virginia Trent en su automóvil; que ella había cogido el revólver del cajón de la parte superior derecha de la mesa de despacho de George Trent; que en aquel momento Trent se encontraba fuera, almorzando. Que el testigo vio que Trent estaba comiendo en el mostrador de un bar cercano al edificio

donde tenía sus oficinas; que el testigo y Virginia Trent habían ido a la montaña y habían hecho unos cincuenta disparos sobre blancos; que él había llevado a la muchacha a su casa a las seis de la tarde aproximadamente.

Mason se volvió a Sampson y le dijo cortésmente:

—Ahora, si la acusación tiene la bondad de presentar el revólver encontrado en el cajón de la mesa de George Trent, y el revólver con que afirma fue muerto este, pediré al testigo que identifique aquel.

—Tardaré unos minutos en presentarlo —dijo Sampson.

—Muy bien —dijo Mason—, quizá el Tribunal querrá acordar un breve descanso.

El Tribunal acordó el descanso. Los periodistas rodearon a Mason, dirigiéndole preguntas. Los espectadores, presintiendo que estaba haciendo historia judicial, rehusaron abandonar sus asientos. Los jurados miraron a *mistress* Breel al desfilar. Sus miradas ya no revelaban hostilidad. Había en ellas curiosidad, interés, y, de vez en cuando, un destello de simpatía.

Perry Mason continuó sentado detrás de su mesa de abogado. No se notaba en él aire fanfarrón de quien acaba de obtener un éxito. Su actitud era la de un perito desinteresado que trata de ayudar a los inteligentes jurados en el desempeño de sus deberes.

Mistress Breel indicó con un movimiento de su dedo índice que deseaba hablar con Perry Mason. El abogado acercó su silla a la suya.

—¿Sabe usted lo que está haciendo? —preguntó la anciana.

—Creo que sí —contestó Mason—. Esperaba, naturalmente, poder evitar que el Jurado aceptase definitivamente que el bolso era de usted. Ahora me estoy retirando a mi segunda línea de defensa.

—Bien —dijo la mujer, con la misma jovialidad que si no estuviese en juego su propia suerte—, pues a mí me parece que se está usted saliendo de la sartén para caer en el fuego.

—Eso, al menos, será un cambio de escenario —dijo Mason, sonriente.

—¿Sabe usted, *mister* Mason —dijo la anciana, tras de reflexionar un momento—, que creo que si me concentrase firmemente mi memoria podría percibir algunos destellos de lo que sucedió...?

—No se concentre entonces —repuso. Mason.

—¿Por qué? ¿No quiere usted que recuerde?

—No lo creo necesario.

—¿Piensa usted que me perjudicaría?

—No lo sé. Hasta ahora yo estoy obrando sencillamente con arreglo a la lógica. Pero cuando comprobamos los acontecimientos, nos asombramos a veces de descubrir cuan ilógicos son realmente.

—Bien —dijo la anciana—, nadie mejor que usted sabe lo que tiene que hacer, pero no creo que haya una sola persona en este Jurado que crea que el hombre de la Brigada de Homicidios confundió aquellas balas. Ese hombre es demasiado serio y tiene demasiada experiencia.

—Sí —dijo simplemente Mason.

—¿Qué ha querido decir usted con eso? —preguntó la mujer.

—Que es demasiado serio —sonrió Mason— y que tiene demasiada experiencia.

Sarah Breel se echó a reír.

—Prométame —dijo— que tendrá usted cuidado.

—Déjeme a mí las preocupaciones. ¿No fue eso lo convenido?

—No —sonrió la anciana—. Virginia quedó en hacerse cargo de ellas.

—Es cierto —convino Mason—. Quizá esté ahora muy preocupada. ¿Quién sabe?

Sarah Breel le lanzó una mirada de apremiante interrogación. Pero Mason, queriendo hacer pasar su última observación como una mera broma, retrocedió hasta su mesa y se puso a arreglar sus papeles.

El Tribunal reanudó la sesión al cabo de cinco minutos, y Ernest Hogan, el perito en balística, se adelantó y dijo:

—Ruego que se haga constar, solamente para fines de la prueba, que someto para inspección cierto revólver numerado siete R, nueve-seis-dos. Y luego que se haga constar también que el revólver es de mi propiedad y no deseo desprenderme de él.

—Nada más natural —dijo Mason—. Por mí, queda entendido que esta arma se retiene como prueba en relación con el homicidio de George Trent.

—Así es —dijo Ernest Hogan.

—Teniente Ogilby, voy a preguntarle si ha visto este revólver

antes de ahora —dijo Mason dirigiéndose al teniente.

—Lo he visto —contestó Ogilby.

—¿Es el revólver que Virginia Trent llevó la tarde del sábado en cuestión?

El teniente Ogilby abrió el cilindro, lo examinó rápidamente y contestó:

—Este es.

—¿Es ese el revólver que la joven disparó en aquella ocasión?

—Sí, señor.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Mason a Sampson.

Sampson se puso apresuradamente en pie, como si fuese a lanzarse sobre el testigo.

—Dice usted que es el mismo revólver —tronó—, y sin embargo lo ha examinado, muy por encima. No ha mirado usted ni siquiera el número del revólver.

—No, señor —confirmó el teniente Ogilby—. No hice la identificación por el número del revólver.

—La Compañía que manufactura estas armas lanza al mercado millares de revólveres absolutamente idénticos, hechos a máquina, y parecidos en todos los aspectos, excepto únicamente en que, para los fines de identificación, a cada uno de los revólveres se le da un número por la manufactura, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿cómo puede usted presumir de reconocer este revólver y diferenciarlo de los millares de otros idénticos lanzados al mercado, a menos que mire usted la única señal positiva de identificación, que es el número estampado en el arma por la manufactura?

El teniente Ogilby sonrió.

—Perdóneme, *mister* Sampson —dijo—, pero conozco muy bien las armas de fuego. Es mi afición favorita. Tiene usted razón en lo que dice de que estas armas de fuego son absolutamente idénticas cuando salen de la manufactura, justamente como los automóviles son idénticos cuando abandonan la fábrica, pero cuando los revólveres llevas mucho tiempo de uso, adquieren ciertas características individuales. Por ejemplo, en este revólver, la mira delantera estaba un poco alta. *Miss* Trent disparaba un poco bajo con él. Yo traté de que *miss* Trent corrigiese la puntería a simple

vista, pero no lo pudo conseguir, por lo que yo mismo rebajé la mira limándola. Las huellas de la lima son perfectamente visibles en esta mira. Además, con objeto de que no hubiera absolutamente ninguna duda, fui al sitio donde habíamos estado tirando al blanco y recogí a petición de *mister* Mason, las cápsulas vacías expulsadas del arma cuando yo la recargué.

—¿Qué tienen que ver las cápsulas vacías con nuestro asunto? —preguntó burlonamente Sampson.

—Sencillamente esto —dijo el teniente Ogilby—. Antes de que la ciencia de la balística descubriese que las balas disparadas por un arma podían ser identificadas por las huellas dejadas por el rayado, el único método para determinar si una cápsula había sido disparada por un determinado revólver era centrar la aguja de percusión sobre el pistón del fulminante. Las agujas de percusión, teóricamente, golpean directamente en el centro del pistón. Pero realmente no sucede tal cosa. Además, con el uso cada aguja de percusión desarrolla por su cuenta pequeñas peculiaridades. Existe no solamente la posición de la marca hecha por la aguja de percusión sobre el pistón, sino también pequeñas irregularidades, perfectamente, distintivas, en esa impresión. Yo estoy convencido de que todas estas cápsulas han sido disparadas por el mismo revólver.

—Usted no tuvo el revólver para comparar las cápsulas con él —replicó Sampson.

—No, pero tenía una fotografía del cilindro, que me fue proporcionada por un periodista, y tengo todas las razones para creer que es auténtica. Pero si usted lo desea, *mister* Sampson, lo comprobaré ahora mismo.

Sacó del bolsillo una cápsula descargada, cogió el revólver de Hogan, lo abrió y dijo al perito:

—Usted es un experto. Puede verlo por sí mismo.

Hogan se inclinó para realizar el examen.

—Protesto de esta forma de testimonio —dijo Sampson—. Que el testigo conteste a la pregunta para que el Jurado se entere y nada más.

—Pues es su propio testigo —replicó Mason—. Retírelo si no quiere que esté aquí.

Hogan retrocedió, miró a Sampson e hizo un gesto afirmativo

casi imperceptible.

—Acérquese al Jurado —dijo Mason al teniente Ogilby—, y muéstrole las huellas dejadas por la aguja de percusión sobre la cápsula descargada que se encuentra en el cilindro del arma, y sobre la cápsula descargada que tiene usted en la mano y que recogió en el sitio donde estuvieron practicando el tiro al blanco.

El teniente Ogilby se acercó a la barandilla del Jurado. Los jurados se inclinaron hacia adelante para ver mejor. El teniente señaló los puntos de similitud en las huellas causadas por la aguja de percusión sobre las cápsulas.

Sampson entabló una breve conversación en voz baja con Hogan, y el perito armero de la Brigada de Homicidios, y luego dijo débilmente:

—Nada más. Renuncio a seguir interrogando al testigo.

Su cabeza era un torbellino. Los hechos desfilaban por su cerebro en confusa procesión. Trató de detenerlos el tiempo suficiente para seguir sus ideas hasta su lógica conclusión, pero la confusión era demasiado grande. Se sentí como si hubiese estado en la estación local viendo desfilas los expresos y tratando inútilmente de detenerlos. Se daba cuenta de que la gente le miraba; que el juez Barnes fruncía la frente en sombría concentración; que Mason sonreía; que los jurados parecían asombrados. Sintió que el vértigo mental le produjo casi una náusea. Percibió un gesto seco en la boca.

Oyó que Mason decía:

—Ahora, si la sala lo permite, habiendo quedado demostrado que George Trent no pudo ser muerto con el llamado revólver Cullens, puesto que ha quedado establecido, fuera de toda duda, que existen solamente dos revólveres, el revólver Trent y el revólver Cullens. La bala extraída del cadáver de Trent es idéntica a la bala de prueba disparada con uno de los revólveres, en poder del departamento de balística. Y puesto que no pudo ser la bala disparada por el revólver Trent, tuvo que ser la bala disparada por el revólver Breech.

»Ahora bien, en vista de las circunstancias, solicito del Honorable Presidente que se permita al Jurado ir al domicilio de Austin Cullens con el fin de examinar las habitaciones».

El único instinto de Sampson era luchar.

—¿De qué servirá señor presidente? —preguntó, levantándose iracundo—. Seguramente que nada se adelantará haciendo que los jurados realicen tal inspección.

—¿Hay allí algo que no quiere usted que vean? —preguntó Mason con ironía.

—Nada —contestó secamente Sampson.

—Entonces, ¿por qué no dejarlos ir?

—Un momento, *mister* Mason —intervino el juez Barnes—. Absténgase de discutir con el letrado y diríjase a esta presidencia. ¿Qué razones tiene usted para pedir que los jurados vayan a aquella casa?

—Sencillamente esta: el revólver, que el testigo Diggers dice fue encontrado en el bolso Breel, realmente salió del bolsillo de Austin Cullens. Recuerde que, según el testimonio del sargento Holcomb, no había nada en el bolsillo de la cadera derecha de los pantalones de Austin Cullens. La razón de que no hubiese nada en ese bolsillo es que Cullens tenía la costumbre de llevar un revólver en él. En, ese bolsillo llevaba el revólver que mató a George Trent. Ese es el revólver que el testigo Diggers afirma fue encontrado en el bolso de la acusada. Ahora bien, ruego a la sala se fije en la parte más significativa del testimonio prestado por los testigos Golding y Tannis. Ambos afirman que oyeron dos disparos. El testimonio del forense que practicó la autopsia es que se encontró solamente una bala en el cadáver de Austin Cullens. No ha habido explicación de cuál fue el revólver que hizo el otro disparo. Bajo tales circunstancias, esta defensa opina que debe darse al Jurado la oportunidad de inspeccionar las habitaciones, y si lo desea, hacer alguna investigación para descubrir si hay otra bala...

El juez Barnes movió la cabeza.

—No me parece que sea una buena interpretación del privilegio de visitar la escena del crimen, hacer que los jurados presencien el descubrimiento de algún hecho que puede tener una importancia vital en el caso. No obstante, el Tribunal designará un investigador desinteresado para hacer tal investigación, si el letrado lo desea, y ese investigador puede ir acompañado por los letrados de ambas partes para que mañana informen al Tribunal.

—Estoy completamente conforme —dijo Mason—, y para demostrar que mi deseo es solamente establecer los hechos

pertinentes, me permito sugerir que el Tribunal designe a Ernest Hogan, el perito armero del departamento de policía, para realizar la investigación en presencia de *mister* Sampson, representante del fiscal, y de mí, como representante de Sarah Breel.

—Así se acuerda —dijo el juez—, y el Tribunal suspende la sesión hasta mañana por la mañana a las diez.

Una oleada de comentarios recorrió la sala.

## Capítulo 17

Durante todo el camino hasta la residencia de Cullens, Larry Sampson mantuvo un pensativo silencio. Gradualmente, comenzaba a recoger los hilos sueltos de diversas ideas que habían cruzado su mente en revuelta confusión, e iba formando con ellos un conjunto comprensible.

Hogan guardaba también silencio, el cuidadoso silencio del que teme decir algo por miedo de decir demasiado.

Perry Mason, por su parte, se sentía muy locuaz, pero su locuacidad no tenía nada que ver con el caso de la ciudadana Sarah Breel. Su conversación se componía de anécdotas, de comentarios políticos, y en general mantenía tan constante flujo de palabras que los otros se veían imposibilitados de concentrar sus imaginaciones en el problema que había adquirido tal importancia.

Detrás del coche oficial que conducía a los abogados y al individuo designado por el Tribunal para realizar la inspección oficial, iba un coche de la policía y tres automóviles llenos de periodistas, y fotógrafos.

Sampson se revolvió intranquilo en su asiento y puso gesto avinagrado ante el resplandor de faros que penetraba por la mirilla posterior.

—Es preciso evitar que esa gente penetre en la casa —dijo a Mason.

—¿Por qué? —preguntó el abogado.

—Podrían estorbar nuestro trabajo. Y además, el Tribunal dijo que solo entrásemos nosotros tres.

—Oh, no —rectificó Mason afablemente—, el Tribunal acordó que Hogan sería el inspector neutral que le representase. A nosotros se nos permitía acompañarle como testigos de su actuación. Nada se habló de los demás.

—Bien, pues yo no quiero que entren.

—Perfectamente —dijo Mason, riendo—; asuma usted la responsabilidad de mantenerlos fuera... ya sabe usted cómo toman los periodistas esas cosas.

—¿Por qué no se cuida usted de que no entren? —preguntó Sampson—. Yo ostento un cargo oficial y no puedo ponerme frente a la Prensa.

—Yo los dejaría entrar —dijo Mason.

Y así fue que mientras Hogan penetraba en la habitación donde había sido encontrado el cadáver de Cullens, los periodistas se apretujaron en los pasillos. Los fotógrafos sacaron muchas instantáneas entre los destellos de las bombillas, y las fotografías publicadas en los periódicos de la mañana mostraron a un Perry Mason sonriente, afable, bien humorado, mientras que la expresión del representante del fiscal indicaba claramente la preocupación que le iba corroyendo los últimos restos del dominio de sus nervios.

Hogan se dedicó a su misión con calmosa eficiencia.

—Si no entendí mal —dijo—, el cadáver estaba tendido en este sitio aproximadamente. Ahora bien, usted sostiene, *mister* Mason, que esta bala fue disparada por Cullens con un revólver que sacó de su bolsillo. Por consiguiente, Cullens tuvo qué encontrarse aproximadamente en esta dirección cuando fue muerto. La bala puede estar en cualquier parte desde el nivel del suelo hasta una altura de unos seis pies sobre este nivel... No veo rastro alguno de tal bala.

—Bien, sigamos mirando —dijo Mason—. Continúo opinando que el revólver tuvo que ser disparado como yo indiqué. Es la única explicación lógica que justifica los hechos. No obstante, es cierto que el orificio de la bala no se encuentra en sitio fácilmente visible, pues de otro modo habría... ¿Qué es esto que hay en este sillón?

Hogan se puso de rodillas para inspeccionar un agujero situado entre el brazo de un sillón tapizado de cuero y el respaldo. En la parte inferior de este se veía un desgarró peculiar cuyos bordes estaban manchados de negro.

—Esto pudiera ser algo —opinó Hogan.

—Arranque el asiento y miremos —dijo Mason.

Hogan arrancó el asiento. Detrás de él, y en una posición tal que había quedado oculto por el almohadillado, se veía un pequeño orificio redondo. Hogan examinó la parte posterior del sillón. No se

notaba por allí el menor orificio.

—Si eso es una bala —dijo alegremente Mason—, y parece que sí lo es, se encuentra todavía en la madera. Vamos a buscarla.

—Mejor será que saquemos algunas fotografías de esto antes de seguir adelante —opinó Hogan.

Los fotógrafos de la Prensa no deseaban otra cosa. Avanzaron en tropel y dispararon una docena de placas.

Hogan abrió un afilado cortaplumas, sacó del bolsillo un par de largos alicates y dijo:

—Vamos allá.

Cortó hacia atrás la tapicería del sillón y sacó parte del relleno de pelo. Una bala estaba incrustada en el almacén de caoba.

—¿Qué hago? —preguntó Hogan a Sampson—. ¿Saco esta bala?

—Mejor será fotografiarla primero y sacarla después —sugirió Mason—. Lo que queremos es observar las señales del rayado del arma con que fue disparada.

Una vez más hubo una sucesión de destellos mientras los fotógrafos tiraban sus placas. Los reporteros desaparecieron por el pasillo para transmitir la noticia a sus periódicos. Hogan se puso calmadamente a extraer la bala, teniendo cuidado de no tocar el plomo con la punta del cuchillo. El roble era duro. La operación resultó pesada. De vez en cuando Hogan desviaba la punta de la navaja por detrás de la bala y la empujaba hacia fuera.

—Voy a tomar toda clase de precauciones para que esta bala no sea sustituida —dijo, sacando un sobre del bolsillo—. Sellaré este sobre y ustedes dos escribirán sus nombres en la solapa. La bala quedará dentro.

Mason sacó su estilográfica.

—Me parece bien —dijo.

Mason y Sampson escribieron sus nombres en la solapa del sobre, que fue sellado y guardado en el bolsillo de Hogan.

—Si no tiene usted inconveniente —dijo Mason—, voy a seguir esta bala hasta su ultimo destino... al menos hasta que saquemos microfotografías.

—Venga —le invitó Hogan—. A mí me han designado como perito neutral. Puede, pues, acompañarme.

Fueron los tres a la oficina de Hogan.

—Disparé dos o tres balas de prueba con el revólver Breel —dijo

el perito—. ¿No habrá inconveniente en utilizar una de ellas para la comparación, *mister* Mason?

—Ninguno —contestó el abogado.

Hogan colocó las balas una al lado de otra en un soporte especialmente construido, que permitía hacerlas girar. Colocó el soporte bajo las lentes de un microscopio de doble objetivo, enfocó el ocular y se puso a hacer girar lentamente las balas.

Mason observaba su mano mientras hacía girar el tornillo, y vio que se detenía, que lo hacía retroceder una fracción de vuelta y volvía a detenerse. Hogan observó intensamente a través del ocular del microscopio.

Luego se irguió lentamente y se volvió a Sampson.

—Encantado, Sampson —dijo—. Estas balas, son del mismo revólver.

Una verdadera batería de cámaras fotográficas emitió sus chasquidos mientras Hogan hacía tal declaración.

—Sacaremos, desde luego, microfotografías —dijo el perito—, pero son una mera formalidad. Las balas son idénticas. Pueden ustedes verlo, por sí mismos.

—Gracias —dijo Mason, sonriendo—, me basta su palabra y confío en que cuidará usted de que las balas no se confundan o sustituyan de modo alguno. Me vuelvo a mi despacho. Tengo que hacer.

—Me tiene sin cuidado la urgencia legal que intenta usted con estas armas —dijo airadamente Sampson—. Nunca podrá usted borrar la mancha de sangre del zapato de la acusada.

—Ni lo intento —dijo Mason, retirándose.

\* \* \*

Paul Drake y Della Street le estaban esperando en su despacho.

—¿Qué noticias nos trae, jefe? —preguntó la secretaria.

Mason sonrió alegremente.

—Nadie se había dado cuenta, de la bala porque se había alojado bajo la tapicería de un sillón para incrustarse en la madera por debajo del nivel del asiento —explicó.

—¿Sabe usted lo que está haciendo, jefe? —preguntó Della Street.

—¿Qué? —preguntó Mason, enarcando las cejas.

—Está usted sacando a Sarah Breel de un caso de asesinato para

meter en él a Virginia Trent hasta las cejas.

—¡Cierto, cierto! —exclamó alegremente Mason—. Después de todo, comprenderá usted que alguien tuvo que matarle.

—Pero, jefe, Virginia Trent es también su cliente —protestó Della.

—Claro, claro —rió Mason—; y como usted ve, no la han procesado todavía.

—No, pero la procesarán si sigue usted por ese camino.

—Por él seguiré —afirmó tranquilamente Mason—. Pero ahora vamos a comer, que tengo mucha hambre.

## Capítulo 18

Cuando se reanudó la vista, no había un asiento vacante en la sala. Había gente de pie a lo largo de las paredes, detrás de las sillas. El ambiente era de tensa expectación. Solamente los jurados que habían tenido escrúpulos en mirar los titulares y fotografías de los periódicos ignoraban aún lo ocurrido. El juez Barnes, mientras ocupaba su puesto en el estrado y escuchaba al alguacil, que llamaba al orden a la sala, miró a Perry Mason con ojos que tenían un destello de admiración. Larry Sampson, con los labios apretados en gesto de decisión, se sentó, ceñudo, detrás de su mesa. Su caso amenazaba derrumbarse. Pero todavía tenía unas cuantas cartas con las que esperaba fallar los ases de Mason.

—Pido que *mister* Hogan ocupe el estrado —dijo Mason.

Hogan subió al estrado y declaró lo que había descubierto. Acto seguido mostró la bala que había encontrado embutida en el sillón, así como algunas fotografías.

—¿Y en su opinión —preguntó Mason— esta bala fue disparada por el arma que presentó la acusación y que designamos como el revólver Breel?

—No hay la menor duda —contestó Hogan.

—¿Es cierto —siguió Mason— que cuando este revólver fue encontrado en el bolso de la acusada solamente presentaba una cápsula disparada?

—No puedo contestar a eso —dijo Hogan—. Sé que cuando me fue entregada el arma para su examen, solo tenía una cápsula disparada.

—Muchas gracias. Eso es todo —dijo Mason.

—Renuncio a interrogar —anunció Sampson.

—Que comparezca Paul Drake —solicitó Mason.

Avanzó Paul Drake, prestó juramento y ocupó el estrado. Parecía algo a disgusto.

—¿Es usted un detective particular y ha sido empleado alguna vez por mí como tal? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Tuvo usted ocasión de vigilar a una mujer conocida por Ione Bedford, que decía ser la dueña de ciertas alhajas que Austin Cullens había confiado a George Trent?

—Me opongo a esa pregunta por inadmisible, improcedente e insignificante —saltó Sampson—. Además, no tiene relación alguna con el presente caso.

—Espero establecer la relación —repuso Mason.

—No acabo de ver lo que se propone usted —observó el juez Barnes.

—Tenga presente Su Honorabilidad que este es un caso desacostumbrado —dijo Mason—. Ordinariamente incumbe a la acusación probar la culpabilidad del acusado fuera de toda duda razonable. No corresponde al acusado probar su inocencia. No obstante, en este caso, puesto que la acusación ha probado realmente cómo no pudo suceder el asesinato, la defensa va a demostrar cómo pudo perpetrarse.

—¿Y espera usted relacionar esta prueba con el caso? —preguntó el juez en tono de duda.

—Sí, señor presidente —contestó Mason.

—La permitiré, al menos por ahora —decidió el juez Barnes—. Pero tendré en cuenta la objeción de la acusación si no se justifica esta prueba de un modo que el Tribunal juzgue pertinente.

—Estoy de completo acuerdo —dijo Mason—. Conteste a mi pregunta, *mister* Drake.

—Sí —consintió el detective.

—¿Vigiló usted a esa mujer?

—Sí.

—¿A partir de dónde?

—De la Jefatura de Policía.

—¿A la que había sido llevada y donde no pudo identificar como de su propiedad las piedras contenidas en este bolso?

—¡Me opongo! —exclamó Sampson, poniéndose en pie—. Esa pregunta es capciosa y tiene por objeto sugerir la respuesta al testigo.

—Se mantiene la objeción en lo que se refiere a lo que *mistress*

Bedford hizo o dejó de hacer —sentenció el juez—. El testigo puede manifestar dónde y cuándo siguió a esa señora.

—La seguimos desde la Jefatura de Policía —contestó Drake—. No sé lo que estuvo haciendo allí.

—¿Y hasta dónde la siguió usted? —preguntó Mason.

—Hasta los departamentos Milpas, en Canyon Drive, habitación trescientos catorce.

—¿Investigó usted con qué nombre era conocida en aquel lugar?

—Sí, señor.

—¿Cuál era el nombre?

—Me opongo por impertinente —volvió a intervenir Sampson—. Poco puede interesarnos con qué nombre era conocida esa señora.

—Se admite la objeción —decidió el juez.

Mason frunció el ceño, como disgustado.

—Trataré de hacerle la pregunta de otra manera, *mister* Drake. ¿Vivía en aquellos departamentos alguna persona conocida por Pete Chennery?

—Sí, señor.

—¿En qué departamento vivía?

—En el departamento trescientos catorce —contestó Drake antes de que Sampson pudiera intervenir.

—Me opongo a esto —dijo Sampson—. Solicito que no se haga constar la respuesta hasta que yo tenga la oportunidad de interponer una objeción. Me opongo basándome en que la pregunta es improcedente y no tiene relación alguna con el caso de que se trata.

—Se apoya la objeción —dijo el juez—, a menos que el letrado demuestre la admisibilidad de su pregunta.

Mason se revolvió, irritado.

—Si el ministerio fiscal —dijo— se abstiene de poner obstáculos legales a la maquinaria, espero demostrar que Pete Chennery asesinó a Austin Cullens. Espero demostrarlo probando que...

—Basta, *mister* Mason —interrumpió el juez Barnes—. No tiene usted derecho a decir que el letrado fiscal pone obstáculos legales a la maquinaria. El letrado ha interpuesto objeciones que hasta ahora el Tribunal ha estimado pertinentes. El Tribunal le ha pedido a usted solamente que explique por qué considera procedente este testimonio.

—Lo demostraré —afirmó Mason—. Relacionaré Cata declaración con el caso, probando que mi defendida no pudo matar a Austin Cullens porque Pete Chennery lo mató.

—Es un procedimiento muy desacostumbrado —repuso el juez.

—El caso no lo es menos —replicó Mason.

—Por el momento desecharé la objeción —dijo el juez Barnes—, pero suprimiremos la parte de la respuesta que se refiere al departamento donde vivía Pete Chennery. No hay indicios que relacionen a Pete Chennery con Ione Bedford.

—No hay indicios —replicó Mason— porque la acusación nos ha impedido presentarlos.

—La acusación no tiene nada que ver con eso —dijo el juez—. Es el Tribunal el que lleva aquí el orden de la prueba. Prosiga usted, *mister* Mason, y limite sus observaciones al Tribunal.

—Muy bien —dijo Mason—. Pregúntale a usted, *mister* Drake, si tomó usted o hizo que se tomaran bajo su dirección fotografías de huellas digitales latentes en la casa en que vivía Austin Cullens.

—Sí, señor.

—¿Se proporcionó usted también fotografías de las huellas digitales de Pete Chennery?

—Entré en el departamento donde había vivido —explicó Drake— y descubrí bastantes huellas digitales. Entre ellas figuraban las de un individuo que supongo sería Pete Chennery, porque eran las únicas que encontré en alguna cantidad en el departamento ocupado por él.

—¿Quién estaba con usted cuando tomó esas huellas, *mister* Drake?

—El sargento Holcomb.

—Guiándose por esas huellas digitales, ¿averiguó usted si Pete Chennery tenía antecedentes criminales? —preguntó Mason.

—Me opongo a la pregunta por inútil e improcedente —interrumpió nuevamente Sampson—. El mismo testigo ha confesado que no sabe si las huellas digitales eran de Pete Chennery.

Mason miró interrogadoramente al juez.

—Se admite la objeción —dijo Barnes—. Después de todo, la cuestión que se debate ante el Tribunal en este cabo es si la acusada mató a Austin Cullens. Dentro de límites razonables, cualquier testimonio que tienda a probar que Cullens encontró la muerte a

manos de cualquier otra persona es, naturalmente, pertinente, pero hay que poner límite a eso, y la prueba tiene que ser llevada en debida forma.

—Tenga en cuenta la Honorabilidad —dijo cortésmente Mason— que yo no soy más que un abogado particular en ejercicio. Este hombre es un detective privado. Ninguno de nosotros dos disponemos de las facilidades con que puede contar el ministerio fiscal para realizar una investigación, completa.

—Lo comprendo muy bien —dijo el juez Barnes—, pero eso es algo que no concierne a este Tribunal; le concierne únicamente procurar que la prueba se lleve de un modo pertinente y admisible. Lo que este testigo pueda haber supuesto sobre el caso no puede ser tenido en cuenta por la acusación.

—Bien, quizá pueda conseguir mi propósito de otra forma —dijo Mason—. Retiraré este testigo temporalmente y solicitaré que el sargento Holcomb sea llamado nuevamente como testigo de la defensa.

El sargento Holcomb avanzó ceñudo, indicando claramente su gesto que no pensaba en manera alguna ayudar a la defensa.

—¿Localizó el testigo al dueño de las joyas encontradas en el bolso que se dice perteneció a la acusada?

—La pregunta carece de objeto —interrumpió Sampson—. Ninguna importancia tiene a quién pertenecieron las joyas.

—Yo creí —repuso Mason— que la acusación sostenía que esas joyas habían sido retiradas de un cinturón de gamuza encontrado sobre el cadáver de la víctima.

—No hay tal cosa —replicó Sampson—. La fotografía del cadáver revela la posición del cinturón de gamuza y su estado, pero fuera de la necesaria deducción, no hemos sostenido que...

—En la necesaria deducción está la clave de lo que se discute —opinó el juez Barnes—. El testigo ha querido hacer esa deducción aun más acentuada. Voy a permitir que conteste a esta pregunta. ¿Ha encontrado usted el dueño de esas joyas, sargento Holcomb?

—Sí —contestó sombríamente el sargento.

—¿Habían sido robadas esas joyas? —siguió preguntando Mason.

—Sí.

—¿A alguien de Nueva Orleans?

—Efectivamente.

—¿Y una Compañía aseguradora ha ofrecido una recompensa por la recuperación?

—Sí —contestó lacónicamente Holcomb.

—¿Y usted, como uno de los descubridores, ha reclamado una parte de esa recompensa?

—Sí.

—¿A cuánto asciende la recompensa?

—Me opongo a la pregunta por improcedente —saltó Sampson—. Nada nos interesa la cantidad ofrecida por la Compañía.

—Se acepta la objeción —sentenció el juez.

Una vez más Mason pareció derrotado.

—Cuando examinó usted las habitaciones, sargento —dijo—, inmediatamente después del descubrimiento del cadáver de *mister Cullens*, ¿encontró usted un fusible saltado?

—Cierto.

—¿Y averiguó usted lo que había ocasionado el corto circuito de aquel fusible?

—Sí. Había sido desenroscada una lámpara eléctrica e insertado en la boquilla una moneda de cobre, volviendo a enroscar la bombilla. Tan pronto como se accionó el conmutador de la luz, el fusible saltó.

—¿Examinó usted la moneda de cobre en busca de posibles huellas dactilares?

—Me opongo a la pregunta por improcedente e inútil —dijo Sampson.

El juez Barnes frunció el ceño y miró al fiscal.

—¿Se propone esa acusación —preguntó— que el defensor no puede aprovechar ninguna prueba aportada por la policía y que indique que el crimen fue cometido por alguna otra persona?

—El propósito de esta acusación —repuso Sampson— es que no se embrolle el procedimiento. No existen indicios en absoluto, en el estado en que se encuentra ahora la causa, que tiendan a demostrar que ninguna otra persona que no fuese la acusada entró en aquella casa.

—Pero si no recuerdo mal —repuso el juez— en su discurso inicial manifestó usted que el robo había sido el móvil y...

—Perdone el señor juez la interrupción —dijo Sampson—. Pero

a veces el acusador estima necesario cambiar su táctica personal para hacer frente a las condiciones variables que se presentan durante la vista.

—Me parece muy bien —dijo el juez—, pero esta prueba es claramente pertinente. Este testigo ha sido llamado ahora por la defensa. Se desestima la objeción ¿Encontró usted huellas latentes en aquella moneda, sargento Holcomb?

—Sí —contestó el sargento.

—¿Posee usted las huellas digitales de la acusada? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Las comparó usted con las encontradas en la moneda de cobre?

—La acusada llevaba guantes —replicó el sargento—. No pudo dejar ninguna huella.

—No le pregunto a usted eso —dijo Mason—, le pregunto si comparó usted las dos huellas.

—Sí.

—¿Eran las mismas?

—No.

—Si el Tribunal me lo permite —dijo Mason—, desearía que el sargento Holcomb presente fotografías de las huellas digitales encontradas en la moneda, y que dé al testigo Drake la oportunidad de demostrar que tales huellas son las de Pete Chennery, individuo de graves antecedentes criminales.

—Me opongo —dijo Sampson—. Protesto de esas manifestaciones, protesto del procedimiento y protesto de la manera de hacer esta proposición ante el jurado. El Tribunal ha acordado ya que el testigo Drake no tiene medios de saber si las huellas digitales que tomó son las de Pete Chennery.

—¿Debo entender que la acusación desea impedir que la defensa demuestre la identificación de la persona que colocó la moneda de cobre en la boquilla de la lámpara? —preguntó el juez Barnes.

—No acabo de comprender qué relación puede eso tener con el presente caso —replicó Sampson—. Se trata únicamente de embrollar el procedimiento. Supongamos que alguna persona entró en el piso con el fin de robar en determinado momento anterior al asesinato. Eso no tiene nada que ver con el caso.

—No —concedió el juez Barnes, malhumorado—. Pero supongamos que esa persona entró en el piso EN EL MOMENTO DEL ASESINATO.

—En ese caso —repuso Sampson—, no importa quién fuese esa persona. Se han presentado ya pruebas ante ese Tribunal que demuestran que las huellas digitales encontradas en la moneda de cobre no eran las de la acusada. Eso es todo lo que la acusada puede esperar demostrar... Quede, pues, sentado que no quiero aparecer como obstaculizando ninguna prueba legítima, pero desde un punto de vista técnico, la acusada tiene solamente derecho a probar que no participó en la comisión de un robo o en la colocación del dispositivo para poner en corto circuito aquellas luces. Una vez sentado este hecho, la identidad de la persona que manipuló en la lámpara es absolutamente improcedente y carece de importancia, a menos que se demuestre que tal persona actuaba en combinación con la acusada. Y la acusación no ha hecho indicación alguna de que tal sea el caso.

—Perfectamente —dijo Mason, levantando las manos—. Si la acusación no quiere que el jurado sepa quién mató a Austin Cullens, yo no voy a perder el tiempo haciéndole su trabajo. Retiro la pregunta. He terminado decididamente con el testigo.

—Eso no es noble —protestó Sampson—. El letrado trata de aturdir al jurado.

—Usted es el que... —gritó Mason.

El juez Barnes golpeó la mesa con su martillo.

—Señores —dijo—, repórtense. Absténgase de nuevas observaciones, *mister* Mason, y sobre todo, tan improcedentes e injustificadas. En cuanto a usted, *mister* Sampson, su actuación referente a los propósitos de *mister* Mason al hacer sus preguntas está completamente fuera de orden. El Tribunal le aplicaría un más severo apercibimiento, *mister* Sampson, si no fuera porque la observación de *mister* Mason, que provocó su declaración, fue evidentemente inoportuna. Quede, pues, entendido, señores, que no estoy dispuesto a consentir más personalismos. Es la última advertencia del Tribunal.

—Perfectamente —dijo resignadamente Mason—. Esta defensa ha terminado.

—¿Quiere usted decir que desiste de su interrogatorio? —

preguntó Sampson.

Mason miró al presidente y dijo:

—Puesto que debo dirigir mis observaciones a Su Honorabilidad me permito sugerirle que advierta al letrado de la acusación que cuando el defensor anuncia que ha terminado, es improcedente que él aproveche la circunstancia para dirigir observaciones a esta defensa. En realidad, creo que los jurados comprenderán que la defensa ha hecho todos los esfuerzos para aclarar este caso, y que la única razón de que la defensa no lo haya aclarado es...

—Cuidado, *mister* Mason —advirtió al juez.

Mason terminó con una sonrisa.

—DEMASIADO OBVIA, eran las palabras que me proponía emplear —dijo sentándose.

—¿Desean los letrados discutir el caso? —preguntó el juez.

Sampson lo hizo, y su argumentación fue todo lo lejos posible al comentar el fracaso de la parte contraria al negar los cargos acumulados contra ella. Exhibió el zapato de la acusada, que figuraba entre las pruebas de convicción, señaló la famosa mancha de la suela y desafió al letrado a explicar cómo se había manchado aquel zapato, si es que ello no indicaba la culpabilidad de la acusada.

Sampson citó después el intento de la defensa de introducir cierto criminal mítico que debió de entrar en la casa y, por deducción, matar a Austin Cullens; pero sobre todo, censuró a Mason por su intento de embrollar el procedimiento acusando al sargento Holcomb de haber confundido las balas.

Cuando hubo terminado, Mason se aproximó a la barandilla y quedó sonriente frente al jurado.

—Señoras y señores —dijo—. El Tribunal les instruirá de que para llegar a una convicción basándose en indicios vehementes las circunstancias tienen que ser no solamente compatibles con la culpabilidad de la acusada, sino también incompatibles con toda otra hipótesis razonable. En el caso de que haya alguna hipótesis razonable, diferente de la hipótesis de culpabilidad con la que puedan explicarse los indicios vehementes, vuestro es el deber de absolver a la acusada.

»Esto es un caso en que la acusación se basa en indicios vehementes. En lo que se refiere al arma, la prueba se ha convertido

en un “boomerang”. La prueba demuestra concluyentemente que el revólver encontrado en el bolso de la acusada (y admitiré, señoras y señores, que es el bolso de la acusada, no porque ella me lo haya dicho, que su memoria signe en blanco, sino porque creo que es una deducción lógica de la prueba presentada) demuestra, repito, que no mató a Austin Cullens. Pero aquel revólver mató a George Trent. Figuran solamente dos balas en el caso. Si la bala del revólver Breel no mató a Cullens, tuvo que matar a George Trent. Pero la noche en que Cullens fue muerto ese revólver hizo solamente un disparo. Ese disparo fue hecho por Austin Cullens contra alguien que estaba en la habitación con él. La bala se alojó en el respaldo de un sillón. Cullens llevaba aquel revólver en el bolsillo de la cadera derecha... que fue la causa de que el examen del forense no descubriese nada en aquel bolsillo.

»Nada, pues, más razonable, señores, que suponer que *mistress* Breel imaginó que su hermano había muerto y sospechó vivamente que Austin Cullens lo había matado. Austin Cullens tenía muchas razones para querer que George Trent desapareciese. Todos los indicios revelan que George Trent había descubierto pruebas que, comunicadas a la policía, habrían hecho responsable a Cullens de una serie de robos de joyas. En consecuencia, Cullens mató a Trent. Y para encubrir esa muerte, hizo diversas cosas, tales como fingir que Trent había pignorado unas gemas en una casa de juego. Y para dar más visos a tal afirmación, Cullens hasta fue a la casa de juego e hizo una escena, tratando de establecer un falso móvil para la muerte de Trent.

»Es evidente, señores, que como en el caso de Cullens, Trent no pudo ser muerto con el revólver que la acusación afirma fue utilizado en aquel asesinato. Por consiguiente, es igualmente evidente que TUVO QUE SER MUERTO CON EL OTRO REVOLVER, puesto que hay solamente dos armas y dos balas fatales, disparada cada una por una de aquellas. Es igualmente evidente que el sargento Holcomb supuso, naturalmente, que el revólver encontrado en el bolso de *mistress* Breel había matado a Austin Cullens, y que el revólver del despacho de Trent había matado a Trent. El sargento sacó del bolsillo derecho de su chaleco la bala que le entregó el forense diciendo que era la que mató a Cullens. El sargento entregó, a su vez, la bala al testigo Hogan, y este la comprobó con los

revólveres e informó al sargento Holcomb que esa había sido disparada por el revólver ya encontrado en el despacho de Trent.

»¿Qué sucedió?

Hubo un momento de tenso silencio, mientras Mason esperaba que profundizase bien en los cerebros la pregunta que acababa de hacer.

—Ya han visto ustedes el carácter del sargento Holcomb —prosiguió—. Ese carácter se reveló claramente en el estrado de testigos. CREYÓ que había confundido las balas; que había cambiado inadvertidamente las balas en sus bolsillos, cuando en realidad no había hecho nada de eso. Y para remediar lo que imaginaba ser equivocación suya, entregó inmediatamente la otra bala a Hogan con la afirmación de que era la que había matado a Cullens.

»Es un pequeño detalle, señoras y señores, pero es una de las pequeñas cosas importantes que acaban por hacerse vitales en mi caso. Es un exponente del carácter del sargento Holcomb. Indudablemente, nunca se le habría ocurrido comprometer a esta acusada de haber creído que era inocente. Pero habiendo creído que había cometido una equivocación, trató de encubirla, y llevó su subterfugio hasta subir al estrado de testigos para declarar lo que es una manifiesta imposibilidad. Independientemente de lo que el abogado fiscal pueda decirles, y a pesar del testimonio del sargento Holcomb, es una imposibilidad física que la bala que mató a Austin Cullens fuese disparada por el revólver Breel. Por otra parte, es una imposibilidad física que George Trent fuese muerto por el revólver Trent.

»Ahora bien, señoras y señores, creo que podría haberse demostrado quién mató a Austin Cullens. No obstante, ya que no se me permitió llevar aquella prueba a su lógica conclusión, aceptaré los hechos COMO APARECEN AHORA y les diré una hipótesis razonable que aclárala lo ocurrido en este caso. Y esta hipótesis no solamente será compatible con la inocencia de la acusada, sino que la inocencia de la acusada será la única hipótesis bajo la cual podrán ahora explicarse los hechos.

»Algo sucedió la tarde de la muerte de Cullens que convenció a Sarah Breel de que Cullens era el responsable de la desaparición de su hermano y posiblemente de su muerte. Mistress Breel se dirigió entonces a casa de Cullens para conseguir la prueba. Alguien había

estado allí antes que ella.

»¿Quién era ese alguien?

»Era alguien que tenía magnífica puntería, alguien que fue allí con un propósito desconocido, alguien que tenía acceso al revólver con el que ahora parece que TUVO que cometer el asesinato.

»Austin Cullens vio a aquella persona. Comprendió lo que quería aquella persona. Se sintió abrumado por la conciencia de su propia culpabilidad. Repentinamente, sacó el revólver del bolsillo de su cadera y disparó. Falló el blanco. Pero aquella persona iba también preparada contra tal contingencia. Aquella persona iba armada. Aquella persona disparó, y aquella persona no erró la puntería.

»Algún tiempo después, *mistress* Breel se presentó en la casa. Encontró la puerta abierta. Encontró las luces apagadas... Recuerden, señoras y señores, que no se encontró linterna alguna en su bolso. Tuvo, pues, que avanzar a tientas en la oscuridad. Ella no sabía que el cadáver de Austin Cullens estaba tendido en el suelo. Avanzando en las tinieblas, su pie izquierdo tropezó repentinamente con algo.

»Solo disponía de un medio para investigar y ese medio era el tacto. La habitación estaba a oscuras. No llevaba linterna alguna en el bolsillo. No tenía fósforos. Se inclinó, explorando con las puntas de los enguantados dedos. Tocó algo duro. Lo recogió. Era un revólver. Y entonces tocó un cuerpo. La invadió el espanto, quiso llamar a la policía. Mecánicamente, automáticamente e inconscientemente metió el revólver en su bolso y huyó de la casa, llamando a gritos, a la policía. Nadie oyó sus gritos. Se lanzó corriendo al bulevar, y se encontró de pronto delante de un par de faros. En su terror, se había olvidado de mirar antes de Saltar a la calle.

»Esta, señores y señoras, puesto que se ha impedido dar otra, es la explicación que se verán obligados a adoptar, teniendo en cuenta la prueba practicada.

»Han jurado ustedes obrar noble e imparcialmente. Yo no he hecho esfuerzo alguno para formar este jurado con personas que se mostrasen favorables a la acusada, porque sabía que no lo necesitaría. Todo lo que yo quería es que fuesen personas nobles y honradas. Uno de ustedes hasta llegó a mencionar que había formado una opinión respecto a la culpabilidad de la acusada, pero

dijo que podía dejar a un lado tal opinión cuando se entrase en la vista del caso. Yo tenía derecho a recusarle y a apartarle del jurado, pero no lo hice. ¿Por qué? Porque estaba convencido de que era un hombre noble e inteligente. Y además, porque sabía que todo lo que mi defendida necesitaba, era nobleza e inteligencia de sus juzgadores. ¿Es esa la actitud de un abogado que defiende a un cliente culpable? ¿Es esa la actitud de quien busca aturdir a un jurado?

»Señoras y señores, han jurado atenerse a la ley en este caso. Cuando escuchen las instrucciones del juez, comprobarán que esto significa que han prestado juramento solemne de que si los hechos de este caso pueden explicarse con alguna hipótesis razonable diferente de la culpabilidad, tendrán que absolver a la acusada. Señoras y señores dejen que se entreguen a su solemne deber.

Mason se volvió y retrocedió hacia su asiento.

Sampson, con el rostro lívido, luchando por dominar su voz, púsose en pie.

—Solo una palabra de refutación, señoras y señores. Permítaseme que desafíe al letrado a llevar su propio argumento a su lógica conclusión... ¿Quién era aquella persona tan diestra en el manejo del revólver? ¿Quién era aquella persona que, según afirma el letrado, tenía acceso al revólver con que ahora afirma que Austin Cullens fue asesinado? ¡Tuvo que ser Virginia Trent, la sobrina de la procesada! ¡Tuvo que ser ella! ¡Le desafío a negarlo!

—Me desagrada interrumpir al abogado fiscal —dijo Mason levantándose—. ¿Pero debo entender que el letrado de la acusación sostiene que Virginia Trent asesinó a Austin Cullens?

—Según su propio razonamiento, está tan claro como el agua —replicó Sampson.

—Bien, ¿puede usted encontrar algún defecto en ese razonamiento? Si es así, señáleselo al jurado sin titubeos.

El calor huyó del rostro de Sampson. Su boca se abrió en gesto de sorpresa. Mason se volvió al juez Barnes.

—Iba a sugerir a Su Honorabilidad que si la acusación opina que la prueba demuestra ahora que Virginia Trent asesinó a Austin Cullens, debe aconsejarse a este jurado que absuelva a la acusada. Pero si el representante del fiscal quiere realmente saber quién mató a Austin Cullens, sugiero que hable con Paul Drake...

—Basta, *mister* Mason —interrumpió el juez Barnes—. Esa proposición es improcedente. Siéntese. El Tribunal no hará nada para orientar el veredicto y dejará que el jurado hable por sí mismo es decir, a menos que la acusación sostenga ahora que Virginia Trent cometió el crimen.

Sampson titubeó, tragó saliva y dijo bruscamente:

—No, yo me proponía únicamente demostrar lo absurdo que era el razonamiento de Mason.

Uno de los jurados miró a Sampson con desconfianza.

—¿Qué tiene de absurdo? —preguntó.

—No es más que una cortina de humo —afirmó Sampson—, detrás de la cual el letrado trata de ocultar a su cliente.

—¿Pero qué encuentra usted de equivocado en su hipótesis? —insistió el jurado.

—Todo —dijo Sampson—. Sin embargo, yo he completado mi argumento. Tienen pruebas de que... de que Cullens fue muerto con el revólver encontrado en el bolso de *mistress* Breel. La otra prueba presentada tiende meramente a introducir la confusión. Confío, señoras y señores, en que no se dejarán desorientar.

Sampson retrocedió hasta su mesa.

Mistress Breel trató ansiosamente de buscar la mirada de Mason, pero el abogado la desvió deliberadamente.

El juez Barnes instruyó a los jurados respecto a la ley, tomó juramento al alguacil para que los condujese a lugar seguro donde pudieran celebrar sus deliberaciones, y luego, mientras los jurados abandonaban la sala, anunció que el Tribunal acordaba un descanso mientras se dictaba el veredicto.

Sarah Breel hizo a Perry Mason una seña para que se acercase.

—Nunca debió usted hacer eso —le dijo.

—¿Qué? —preguntó Mason.

—Comprometer a Virginia en este asunto.

—Por el contrario —dijo Mason riendo—, la he eliminado de él. Ya oyó usted a Sampson decir que era absurdo pensar que ella hubiese asesinado a Cullens.

—¿Dónde está mi sobrina? ¡Quiero verla!

—Mi secretaria se la llevó a dar un paseo por el campo —dijo Mason—. Pensé que el aire fresco le sentaría bien. La persuadí de que nos favorecería mucho que no estuviese presente al final de la

vista.

Sarah Breel suspiró.

—Bien, mientras esperamos que el jurado dicte el veredicto, y puesto que usted ha admitido que era mi bolso, ¿quiere usted ver si puedo sacar ahora de él la labor de punto?

Mason le palmoteo una mano.

—Creo que será mejor que se dedique usted a resolver palabras cruzadas. Será más seguro.

—¿Tendremos que esperar mucho? —preguntó la anciana.

—Unos diez minutos —contestó Mason.

El tiempo demostró que Mason se había equivocado exactamente en veinte minutos. El jurado empleó media hora en volver a la sala con su veredicto.

—¿Se han puesto ustedes de acuerdo sobre el veredicto, señoras y señores? —preguntó el juez.

—Sí, señor —contestó uno de los miembros del jurado.

El alguacil cogió el doblado documento y lo entregó al juez Barnes, quien lo examinó un momento y lo devolvió a continuación.

—Lea su veredicto —dijo.

El presidente del jurado leyó el veredicto.

«Nosotros, el jurado, reunidos para juzgar el presente caso, declaramos que Sarah Breel no es culpable del crimen de que se la acusa. El jurado sugiere al ministerio fiscal que detenga inmediatamente a Virginia Trent y trate de acusarla más inteligentemente que lo ha hecho con la acusada en este caso».

Las comisuras de la boca de Mason se alargaron ligeramente.

—Supongo que se acordará al tomar nota del veredicto, que conste solamente en el acta la parte que se refiere a la no culpabilidad de la acusada —dijo.

—Queda así acordado —contestó Sampson con acento sombrío.

El juez Barnes esperó hasta que el veredicto quedó registrado y luego miró pensativo al jurado.

—Señoras y señores —dijo—, al cesar en su cargo, el Tribunal desea felicitarlos por la manera con que han cumplido su deber. Ha sido este uno de los casos más desconcertantes que ha juzgado este Tribunal. En este momento el Tribunal puede ya declarar que no sabe si la prueba indica, como el jurado parece creer, que Virginia Trent hizo el disparo que mató a Austin Cullens, o si este Tribunal

ha presenciado uno de los más asombrosos casos de la prestidigitación legal jamás perpetrados en una sala de audiencia. Los futuros acontecimientos demostrarán, indudablemente, cuál de estas hipótesis es la acertada. La acusada queda en libertad y el Tribunal suspende la sesión.

## Capítulo 19

Mason detuvo su coche ante el arco que sostenía la muestra «The Gabes Hotel».

El hotel rural se destacaba en la noche como una enorme mancha oscura, con alguna otra ventana iluminada, indicadora de la presencia humana.

Mason entregó su maletín a un soñoliento botones que emergió del iluminado vestíbulo, cruzó este hasta el mostrador y dijo al encargado:

—Me llamo Mason. Creo que tiene usted una habitación reservada para mí.

—Oh, sí, *mister* Mason —contestó el empleado—, su habitación está ya preparada. ¿Desea usted subir ahora?

—Sí.

Mason siguió al botones por unas amplias escaleras, recorrió un largo pasillo y entró en un típico dormitorio del hotel campestre. Dio una propina al muchacho, se quitó el abrigo y la americana, se lavó cara y manos, cerró la puerta del pasillo, volvió a ponerse la americana y el abrigo, y, metiéndose en el cuarto de baño, aplicó el oído a la puerta que comunicaba con la habitación inmediata. Oyó unos sollozos ahogados, y entonces llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Della Street.

—Mason —contestó el abogado.

La secretaria abrió la puerta.

Virginia Trent, con los ojos enrojecidos de tanto llorar, se incorporó en el lecho para mirarle. Luego agarró el kimono que la cubría parcialmente.

—¿De dónde viene usted? —preguntó.

Mason cruzó la habitación para ir a sentarse al borde de la cama.

—Vengo de la audiencia —dijo—. No pude escabullirme antes.

Virginia Trent se apartó de la frente el húmedo y revuelto, pelo, se sentó en la cama, hizo una pelota de una almohada empapada en lágrimas y apoyó en ella la espalda.

—Yo voy a volver —dijo.

Mason volvió la cabeza en gesto negativo.

—Sí, voy a volver y presentarme —insistió la joven—. Lo he estado intentando todo el día y Della Street no me quiso dejar. ¿Le mandó usted por eso que me trajese aquí?

Mason asintió.

—Bien, pues voy a presentarme. Voy a decirles...

—¿Decirles qué? —preguntó Mason.

—Todo.

—Dígamelo a mí primero, Virgie —dijo Mason.

—Tía Sarah me está encubriendo —sollozó la muchacha—. No ha perdido la memoria un instante. No me importa lo que diga usted, *mister* Mason. No me importa lo que diga ella. Yo sé que tía Sarah está en peligro. Es casi seguro que el jurado la condena. Los periódicos parecen creer que no existe la menor esperanza para ella y...

—El jurado acaba de absolver a su tía —anunció alegremente Mason.

—¿Absuelta?

—Sí.

—¿Y cómo... cómo ha sido eso?

—Creo que el jurado se formó una idea bastante acertada de lo que realmente sucedió —contestó Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Por qué no me cuenta usted exactamente lo que sucedió, Virgie? —preguntó dulcemente Mason.

La joven empezó a hablar con voz que quebraban de vez en cuando unos sollozos histéricos.

—Voy a decirle toda la verdad, *mister* Mason. Austin Cullens telefoneó y me pidió que buscara a tía Sarah y que estuviésemos en la esquina de cierta calle a una hora determinada. Dijo que pasaría por allí con su coche y nos recogería. Así ocurrió. El objeto era que aunáramos nuestros esfuerzos para encontrar a tío George. Cada uno de nosotros debía elegir determinado distrito y recorrer todos sus clubs y casas de juego. Él nos daría una lista de los sitios que tío

George acostumbraba frecuentar.

»Nos recogió en su coche como habíamos convenido, y nos llevó a su casa para entregarnos la lista de los sitios que debíamos recorrer.

—¿Llevaba usted un revólver? —preguntó Mason.

—Sí. Yo sabía que tendría que ir sola a algunos sitios de dudosa reputación y metí un revólver y una linterna en mi bolso.

—Prosiga. ¿Qué ocurrió?

—Mister Cullens nos llevó a su casa. Él metió el coche en el garaje y se encaminó hacia el portal. Yo vi un destello de luz en una de las ventanas y él gritó que alguien estaba en la casa. Cullens llevaba un revólver en el bolsillo de la cadera. Lo sacó y echó a correr hacia la puerta. Yo no quería seguirle, pero tía Sarah, sí. «Vamos, Virgie», me dijo, y echó a correr. Yo, naturalmente, saqué el revólver de mi bolso. Usted sabe que cuando uno domina algo confía siempre en ello. Yo me había hecho una buena tiradora y...

—Sí, lo sé —interrumpió Mason—. Prosiga y dígame lo que sucedió.

—Había un hombre en la habitación de delante de la casa. Yo lo vi vagamente un momento. Mister Cullens fue a dar las luces y el fusible saltó y todo quedó a oscuras. El hombre pasó corriendo por delante de mí y se lanzó a la puerta trasera.

—¿Y después? —preguntó Mason.

—Saqué de mi bolso la linterna y se la di a *mister* Cullens.

—¿Y llevaba usted todavía el revólver en la mano?

—Sí.

—Prosiga.

—Mister Cullens dijo que le habían robado un lote de joyas, y mi tía le preguntó por qué las guardaba de aquel modo en la casa. «¿Sabe usted lo que creo?», dijo de pronto Cullens a mi tía, «Pues creo que no se trata de un ladrón, sino de un detective que me ha puesto usted para que me vigile». «¿Qué dice usted, Aussie?», repuso mi tía. «Sin duda desconfía usted de todos porque sabe que sus gamas eran robadas». «¿Y qué, si así fuese?», la desafió él. «Aussie», dijo mi tía, «yo le prometo que si me dice dónde está George y lo encontramos salvo y sano, no haremos nada; pero si no lo hace usted, denunciaré a la policía que...». Es todo lo que mi tía pudo decir. Aussie gritó que no le cogerían vivo y, sacando su

revólver, disparó directamente sobre mi tía.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Lo que hiciera no fue más que un reflejo inconsciente. Si he de decir la verdad, no tengo el menor recuerdo de que *mister* Cullens estaba tendido en el suelo, y vi a mi tía pálida como una muerta. «Virgie, me dijo, es preciso no perder la cabeza. Me temo que a George le ha sucedido algo espantoso y tenemos que hacer hablar a Aussie. Telefonearemos pidiendo una ambulancia para que lo lleve al hospital, pero antes vamos a comprobar si lleva encima algo que sospecho». Mi tía se inclinó sobre Cullens, le abrió el chaleco y la camisa y encontró un cinturón de gamuza con algunas gemas dentro. Mi tía sacó las piedras, recogió el revólver que yo había dejado caer, lo guardó en su bolsillo y me dijo: «Busca un teléfono, Virgie, y telefona a la policía». Unos minutos más tarde, mientras yo andaba buscando a tientas un teléfono, me llamó y me dijo: «Espera un momento, Virgie, Cullens ha muerto».

—¿Qué sucedió después? —preguntó Mason.

Virginia Trent sacudió la cabeza como tratando de ahuyentar un recuerdo y, hundió la frente en la almohada. Mason posó una mano en sus temblorosas espaldas.

—Vamos, Virgie, tranquilícese. Acabe de contarme lo que sucedió.

Tras unos momentos, la joven volvió la cabeza y prosiguió sollozando:

—Tía Sarah dijo que creía que las piedras encontradas sobre el muerto eran robadas. Que si lo eran, todo marcharía bien. Que sí no, nos íbamos a ver en un espantoso apuro; que nadie sabía que hubiésemos estado allí, y que, era evidente que alguien había entrado subrepticamente en la casa, y que lo mejor que podíamos hacer era escapar de allí y no decir nada a nadie. Me dijo también, que me fuese por la escalera de detrás, pues ella lo haría por la de delante... Y luego... bueno, ya sabe usted lo demás.

—¿Y subió usted al despacho de su tío y volvió el revólver al cajón poco antes de llegar yo?

—Sí.

—¿Y no tenía usted la menor idea de que estuviese allí el cadáver de su tío?

—No, Dios mío. Aquel descubrimiento después de tantas

emociones estuvo a punto de volverme loca.

—¿Y después qué?

—Después... sabe usted tanto como yo. Tía Sarah nunca quiso confesarme que recordaba nada de lo ocurrido. No hacía más que decir que su imaginación estaba en blanco y que yo no debía preocuparme, que usted se encargaría de arreglarlo todo. Ni siquiera me permitió que le hablase de lo sucedido. Decía que no recordaba nada y que la dejase así.

—Quizá no recordase nada en efecto —dijo Mason.

—No lo creo... Estoy convencida de que solo trata de protegerme.

—¿Pero no lo sabe usted?

—No.

Mason cambió una mirada con Della Street.

—Virgie —dijo—, voy a comunicarle a usted algo. Grábeselo bien en la memoria. Que la imaginación de su tía está en blanco es una cosa, pero que trate de encubrirlo a usted es otra. En lo que a usted respecto, una u otra cosa apenas si tienen diferencia. Usted disparó en defensa propia. Es indudable que Austin Cullens se proponía matarlas a usted y a su tía. Mató también a su tío George cuando este descubrió que los diamantes Bedford eran robados. Probablemente, su tío envió a llamar a Cullens. Cullens subió al despacho; los dos tuvieron una entrevista. Cuando Cullens vio que estaba cogido y que su tío se disponía a llamar a la policía, sacó el revólver y disparó sobre él. Luego ocultó el cadáver en una caja de embalaje, borró todas las huellas del crimen, fue a su casa, volvió a cargar el revólver, y, como sabía las costumbres de su tío, envió por correo las llaves del coche.

»Ahora bien, yo no sabía lo que había sucedido, pero lo sospechaba. Estaba seguro de que la mujer de Pete Chennery había confesado a su marido todo lo ocurrido con Austin Cullens; y su marido, Pete Chennery, un ladrón de joyas, vio la oportunidad de hacer un buen negocio, por eso hizo que su mujer continuase haciendo su papel con Cullens. Y estaba ocupado en registrar la casa cuando Cullens se presentó.

»Yo estaba seguro de que Cullens había matado a su tío George, pero al principio no sabía cómo podría probarlo definitivamente. No podía decir si su tía había perdido realmente la memoria o si

trataba de proteger a alguien. Pero tenía la corazonada de que, caso de ser esto último, aquel alguien era usted. Comprobé que todos los indicios apuntaban hacia Pete Chennery como el ladrón que había penetrado en casa de Austin Cullens. Y pensé que quizá pudiera utilizarle como cebo para atraer la atención hacia él y conseguir la absolución de tía Sarah, porque yo estaba seguro de que la prueba demostraría que se habían confundido las balas.

»Más tarde, cuando el sargento Holcomb ocupó el estrado de testigos y trató de encubrir su error declarando tan positivamente con respecto a las balas, me di cuenta de que tenía una oportunidad perfecta para obligarle a servir involuntariamente los verdaderos, fines de la justicia.

»Francamente, Virgie, yo no sé lo que habría sucedido si la acusación hubiese olfateado la verdad y ordenado una investigación a fondo. La habrían detenido a usted, acusada de asesinato, y usted habría tenido que alegar la defensa propia. En tales circunstancias, tal alegación no habría sido muy bien recibida. Cuando se mata a un hombre en su propia casa, es algo difícil probar la defensa propia.

—Lo sé —dijo la joven sollozando.

—Pero el sargento Holcomb —prosiguió Mason— pensó que había cometido una equivocación, y entregó al perito armero la bala cambiada. En muchos aspectos, usted no puede censurarlo. Él llegó a una conclusión perfectamente natural y no era de esperar que un jefe de policía fuese tan escrupuloso que dejase escapar a un asesino simplemente por haber confundido inadvertidamente unas balas que le fueron entregadas por el forense que practicó la autopsia.

»Pero el testimonio del sargento Holcomb en el estrado de testigos fue tan belicoso y rotundo que vi mi gran oportunidad para aprovecharme de él de manera que nunca pudiera usted ser perseguida.

—¿Por qué no puedo ser perseguida? —preguntó la joven con ansiedad.

—Porque el Estado nunca puede perseguirla a usted por el asesinato de Austin Cullens, a menos que se demuestre que Cullens fue muerto con el revólver que usted guardó en el cajón de la mesa de despacho de su tío. Y la única manera de que puedan conseguirlo

es seguir el rastro de la bala a partir del cadáver de Cullens. Y la única manera de seguir ese rastro es hacer subir al sargento Holcomb al estrado, y como el sargento Holcomb ha declarado tan positiva y belicosamente, nunca podrá rectificar su primer testimonio... a menos de arriesgarse a un proceso por perjuicio y al mayor de los ridículos ante la opinión pública. Nunca harán eso.

—¿No me harán nada entonces? —preguntó la joven.

—No, si cierra usted la boca —contestó el abogado—. Es preciso que jamás diga usted a nadie lo que sucedió.

—Yo no quería que mi tía negase mis culpas —explicó la joven—. Quería presentarme y confesar.

—Yo sabía que usted haría eso —dijo Mason, palmeteándole la espalda—. Por eso mandé a Della que la trajese aquí. Ahora quiero que sea usted tan buena veterana como su tía. La he tenido a usted aquí virtualmente presa. Ya se acabó. Ahora puede usted volver, telefonar o...

—¿Cómo... cómo recibió mi tía la noticia? —preguntó Virginia.

—¡Ah! Con mucha calma —contestó Mason—. En cuanto escuchó el veredicto, volvió su silla hacia el jurado, le dio las gracias, y luego, fría como un carámbano, se acercó a la mesa del secretario, sacó de su bolso la labor de ganchillo y se puso a trabajar.

—Es un rasgo muy suyo —rió Virginia—. Y si el veredicto hubiese sido condenatorio, habría hecho lo mismo.

—Lo creo, lo creo —dijo Mason pensativo y añadió dirigiéndose a Della Street—: Me estoy muriendo de hambre. Salí disparado para aquí en cuanto pude escabullirme de la sala y deshacerme de la gente que me rodeaba tratando de interrogarme, estrechar mi mano o sacar fotografías pan los periódicos. El problema ahora es cuándo comemos, dónde comemos y qué comemos.

—Comeremos en el pequeño restaurante del otro lado de la calle —dijo Della—, porque el comedor del hotel está cerrado. Las probabilidades son que comeremos emparedados hamburgueses, y que los comeremos tan pronto como Virginia Trent tome una ducha, se lave los ojos con agua fría y se dé cuenta de que ya no tiene por qué llorar.

—Eso me llevaría demasiado tiempo —dijo Virginia Trent—. Además... bueno, no tengo hambre... Váyanse ustedes y coman...

Yo voy... voy a telefonear a alguien.

—Toda la tarde he estado luchando con esta disciplina de la negra desesperación —dijo Della Street a Mason—. Concédame quince minutos para arreglarme. ¿Puede ser?

—Ya lo creo —dijo Mason—. La espero en el vestíbulo.

## Capítulo 20

Mason pasó su brazo por debajo del de Della y los dos se alejaron por el sendero hacia la carretera, por la que desfilaban raudos los faros de los automóviles. Al otro lado de la carretera había una muestra eléctrica de luz rojiza que decía: «

Hot-dog

».

—¿Ha sido un día muy duro? —preguntó Mason.

—Muchísimo. No había manera de calmarla cuando le entró la desesperación.

—Yo tenía miedo de que se presentase.

—¿Sabía usted que iba a conseguir la absolución de Sarah Breel?

—Estaba casi seguro. No podía fallar, a menos que el sargento Holcomb se desconcertase y dijese la verdad en el interrogatorio...

—¿Y no creyó usted que haría eso?

—No. Y pensándolo bien no hay por qué censurarlo. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en parecidas circunstancias. Particularmente, cualquiera que mire a los abogados defensores como enemigos particulares.

—¿Tratarán ahora de detener a Virginia Trent, jefe?

—No lo creo. Compliqué a Pete Chennery en el caso para que la policía lo presente como coartada. Alegarán que Chennery fue quien hizo el disparo; que tuvo que entrar deliberadamente en el despacho de George Trent, y que se apoderó del revólver, mató a Cullens, robó las joyas, volvió el arma a su sitio y huyó.

—¿Y qué sucederá cuando cojan a Chennery? —preguntó la secretaria.

—No lo cogerán —dijo Mason—. Chennery lee los periódicos y sabe lo que le espera. Este es uno de esos casos en que Un abogado tiene que recordar que su fin supremo es procurar que se haga justicia. Pero hay ocasiones en que los médicos tienen que

subordinarse a los resultados.

—¿Y qué opina usted de la manera de luchar del sargento Holcomb, jefe?

—El sargento Holcomb deformó los hechos... pero no deliberadamente, sino bajo la equivocada impresión de que los exponía correctamente. Yo tuve esto en cuenta.

Caminaron un rato en silencio. De pronto, preguntó Mason:

—¿Qué hay de Virgie? ¿Llamó por fin a su amigo?

—Sí, pidió una conferencia con él.

—Supongo que sería de esas desinteresadas conversaciones académicas sobre balística y...

Della le interrumpió con su risa.

—Se hubiera usted sorprendido si la hubiera escuchado —dijo.

—¿Me va usted a decir que sé puso muy molesta por teléfono?

—Se puso hecha unas mieles, y un momento antes de colgar...

—¿Qué? —preguntó Mason intrigado.

—No me atrevo a decírselo —rio Della—. Sería traicionar una confidencia sagrada...

—Vamos, dígamelo, que no revelaré el secreto —insistió Mason.

—Bien, acerque usted el oído. Virgie antes de colgar el receptor envió a su novio un sonoro beso.